


52. b. 9
Que sera sera
Richd: Ford


DOMINUS ILLUMINATIO MEA
Taylor Institution.

Richard Ford. en Mad Sep.27: 1833.

POESIAS SELECTAS

CASTELLANAS

DESDE EL TIEMPO DE JUAN DE MENA
HASTA NUESTROS DIAS,

RECOGIDAS Y ORDENADAS

por Don Manuel Josef Quintana.

Nueva edicion aumentada y corregida.

TOMO II.

MADRID:
IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS.
1830.

SIGLO XVII.

POESÍAS

DE LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

CANCION.

A Felipe II en la canonizacion de S. Diego.

En estas santas ceremonias pias,
A donde tu piedad, Filipo augusto,
Con admirables rayos resplandece,
Verás como dejando el cetro justo,
Despues de largos y felices dias,
Al nuevo tronco que á tu sombra crece,
Nuestra Madre santísima te ofrece
Los mesmos cantos, y la mesma palma;
Y ya nos muestra como en cierta idea,
Que tal quiere que sea
La gloria entonces de tu cuerpo y alma:
Y que al inmenso templo que dedicas
Al gran Levita, que en la ardiente llama
Examinó la de su amor divino,
Ha de venir devoto el peregrino,
No solo convidado de su fama
Por contemplar las aras de oro ricas,
Sino á probar si á su congoja aplicas

Saludable remedio desde el cielo,
Como lo das á todos en el suelo.
  Tú, enseñado á escuchar humanos ruegos,
Y á ser comun defensa de los hombres,
Serás de todos ellos invocado;
Y justamente uniéndose los nombres,
Tendremos dos Filipos y dos Diegos,
Y un altar solo á entrambos dedicado:
Que pues has con tu mano levantado
El primero que á Diego se dedica,
Aquí y allá serás su compañero,
Y ejemplo verdadero
De como Dios tambien se comunica
Debajo de la púrpura preciosa,
Como debajo el áspero vestido;
Que no son abreviadas, no, sus manos.
Mas ¿de cual de tus hechos sobre-humanos
Te daremos entonces apellido?
¿Si lucirá la espada rigorosa?
¿Ó, retorcido en tu corona hermosa
Sus hojas tenderá el olivo sacro,
Por propia insignia de tu simulacro?
  ¿Ó si, cuando la trompa horrible diere
Señal en los ejércitos, y tienda
La roja Cruz el viento en las banderas;
Y de la muerte la vision horrenda
Envuelta en polvo y humo discurriere
Por medio las esquadras y armas fieras,
Tu nombre ha de sonar en las primeras
Voces, que diere la española gente
Pidiendo por tu medio la victoria?
¿Ó si querrás la gloria

De ser en los concilios Presidente
Donde se trate del gobierno humano,
Del cual nos dejas admirable ejemplo?
¿Ó si será mas propio que el piloto
Cuando luchàre con el Euro y Noto
Prometa ronco visitar tu templo,
Y allí colgar las velas por su mano?
¿Ó que en tu proteccion el rubio grano
El labrador envuelva, y te suplique
Que por tu medio Dios lo multiplique?
Primero vivirás felices años
Introduciendo por el ancho mundo
La santa paz, y la justicia unidas,
Y gemirá Pluton en el profundo
De ver por tí deshechos los engaños,
Y á Dios tantas naciones convertidas,
Y que las escrituras no entendidas
Como el otro Filipo les declaras.
Teme tambien, y no sin causa, viendo
Lo que hoy estás haciendo,
Que á mayores empresas te preparas,
Y que si, por honrar la sepultura
De Diego, das de tu piedad tal muestra,
Por quitar al tirano la de Cristo
Has de dar un ejemplo nunca visto,
Y derribar sus ídolos tu diestra,
Venciendo en medio de la noche obscura,
Como el gran Gedeon; pues en tí dura
La insignia del vellon, con que Dios quiso
Darle de la victoria cierto aviso.
Cancion, el ser humilde no te espante,
Que es hoy fiesta de humildes, y se precia

De ser su amparo el Rey mayor del suelo:
Bien puedes atreverte, pues el celo
Hace precioso el don, y se desprecia
Aunque raro y costoso el arrogante.
Mas pues se me permite que yo cante
Entre los cisnes del famoso Henares,
Mucho harás si de humilde te preciares.

CANCION.

Alivia sus fatigas
El labrador cansado,
Cuando su yerta barba escarcha cubre,
Pensando en las espigas
Del Agosto abrasado,
Y en los lagares ricos del octubre:
La hoz se le descubre
Cuando el arado apaña,
Y con dulces memorias le acompaña.
Carga de hierro duro
Sus miembros, y se obliga
El jóven al trabajo de la guerra:
Huye el ocio seguro;
Trueca por la enemiga
Su dulce, natural y amiga tierra;
Mas cuando se destierra,
Ó al asalto acomete,
Mil triunfos y mil glorias se promete.
La vida al mar confia,
Y á dos tablas delgadas
El otro, que del oro está sediento;
Escóndesele el dia,

Y las olas hinchadas
Suben á combatir el firmamento:
El quita el pensamiento
De la muerte vecina,
Y en el oro le pone y en la mina.
  Deja el lecho caliente
Con la esposa dormida
El cazador solícito y robusto:
Sufre el cierzo inclemente,
La nieve endurecida,
Y tiene de su afan por premio justo
Interrumpir el gusto,
Y la paz de las fieras
En vano cautas, fuertes y ligeras.
  Premio y cierto fin tiene
Cualquier trabajo humano;
Y el uno llama al otro sin mudanza:
El invierno entretiene
La opinion del verano,
Y un tiempo sirve al otro de templanza.
El bien de la esperanza
Solo quedó en el suelo,
Cuando todos huyeron para el cielo.
  Si la esperanza quitas,
¿Qué le dejas al mundo?
Su máquina disuelves y destruyes:
Todo lo precipitas
En olvido profundo,
Y del fin natural, Flérida, huyes:
Si la cerviz rehuyes
De los brazos amados,
¿Qué premio piensas dar á los cuidados?

TERCETOS.

Descripcion de Aranjuez.

Hay un lugar en la mitad de España
Donde Tajo á Jarama el nombre quita,
Y con sus ondas de cristal lo baña:
  Que nunca en él la yerba vió marchita
El sol, por mas que al Etiope encienda,
Ó con su ausencia hiele al duro Scita;
  Ó que naturaleza condesciendá,
Ó que vencida deje obrar al arte,
Y serle en vano superior pretenda:
  Al fin, jamas se ha visto en esta parte
Objeto triste, ni desnudo el suelo,
Ó cosa que de límite se aparte.
  Contrarias aves en conforme vuelo
Los ayres cortan, y en iguales puntas
Las plantas suben alabando al cielo.
  Las fieras enemigas aquí juntas
Forman una república quieta,
Mezclándose en sus pastos y en sus juntas;
  Sin temer que el lebrel las acometa,
Ó hiera el plomo con terrible estruendo,
Ó con mortal silencio la saeta.
  Las fuentes cristalinas, que subiendo
Contra su curso y natural costumbre,
Están los claros ayres dividiendo,
  Rocían de los árboles la cumbre,
Y bajan, á las nubes imitando,
Forzadas de su misma pesadumbre,

Sobre las bellas flores, que adornando
El suelo como alfombras africanas,
Las estan con mil lazos esperando.
Las calles largas de álamos y llanas,
Envidia pueden dar á las ciudades
Que están hoy de las suyas mas ufanas.
¿Pues quien podrá contar las amistades
Con que las plantas fértiles se prestan,
Y templan sus contrarías calidades?
Y cómo no se impiden ni molestan
Por ver su fruta en extrangeras hojas,
Ni del agravio apelan y protestan;
Como tú, fragil hombre, que te enojas
Si tener ves al otro lo que es tuyo,
Y con rabia lo usurpas y despojas.
Comunica el gran Tajo el humor suyo
Á cualquier de los árboles do llega,
Sin atender si es hijo propio, ó cuyo:
Al huesped no sus alimentos niega,
Ni al natural desecha, y así hace
Corona rica de su hermosa vega.
Si la region remota ve que aplace
Alguna planta suya en esta, luego
La envia, y á su dueño satisface.
Y así la que se jacta de que al fuego
De los templos dá olores, no es mas rica,
Ni la fingió ningun Latino ó Griego.
Cualquiera aquí su condicion aplica,
Aunque su origen traiga de otra parte
Dó el sol menos ó mas se comunica.
Suple la falta de la tierra el arte,
Y del calor con límite y del hielo

Aquello que conviene les reparte.
Hay planta que miró en su patrio suelo
El sol al mismo tiempo que la luna
En éste mira en la mitad del cielo:
Y no por esto siente falta alguna
De la virtud, que tuvo allá en su tierra,
Como si aquella y esta fuesen una:
La cual en senos cóncavos encierra
Las aguas usurpadas al gran rio,
Donde los peces viven sin ver guerra.
Pudiera en cada cual un gran navío
De aquellos que á Neptuno son mas graves,
Navegar sin temor de hallar bajío:
Mas solamente aquí navegan aves
De aquellas que á la muerte se aperciben
Con cantos apacibles y suaves.
Aquí redes y engaños se prohiben,
Y así discurren sin temor las fieras,
Y á los hombres pacíficas reciben.
La hermosura y la paz de estas riberas
Las hace parecer á las que han sido
En ver pecar al hombre las primeras.
Álzase al lado del jardin florido
Con cuatro hermosas frentes una casa,
Que nunca el sol su semejante ha herido.
Del alto chapitel hasta la basa
Ninguna imperfeccion hallarse puede,
Si el gran Vitrubio vuelve, y la compasa.
Pues lo interior, que á lo exterior excede
En materia y en arte, que tal sea
Con esto solo declarado quede:
Que nuestro gran Filipo dió la idea,

Y en ella sus cuidados deposita,
Cuando su corte deja y se recrea.
Que puesto que los hombros jamas quita
Del peso con que Atlante desmayára,
Con eso lo aligera y facilita.
Los árboles, las aves, la agua clara
En este verde sitio son testigos
De las heróicas obras que prepara:
Del modo con que traza los castigos
Á la cerviz, que huyó del yugo santo,
El premio regalando á los amigos.
Las aves mezclan su acordado canto
Entre los dulces y ásperos decretos,
Que han de poner despues al mundo espanto;
Y aquellos profundísimos secretos,
Que á los ausentes Príncipes desvelan,
Y les tienen los ánimos inquietos;
Aquí con los Ministros se rebelan,
Y el templo del gran Jano se abre ó cierra,
Los pueblos se castigan ó consuelan;
Y la espantable y poderosa guerra
Aguarda que de aquí le den materia
Para cubrir de sangre el mar y tierra.
Mas no dentro los límites de Iberia,
Donde la paz y la justicia santa
Previenen con cuidado á tal miseria.
Aquí se engendra el rayo, mas no espanta
Sino al loco Nembrot, que contra el cielo
Muros de barro frágiles levánta.
Filipo, tú tambien, que del abuelo
Y padre emulacion gloriosa al mundo
Prometes, y en su pérdida consuelo;

Mientras tu padre con saber profundo,
Y tu niñez te escusan del trabajo,
Entre esas flores andas vagabundo.
Tiempo vendrá que no te ofrezca Tajo
En su ribera conchas mas caballos,
De aquellos que lo beben mas abajo:
Y que tú y esos niños tus vasallos
Armados convirtais en gruesas lanzas
Las que agora jugais de tiernos tallos.
Entonces cumplirás las esperanzas
Que das de tu valor, dejando libres
Á los que dan agora dél fianzas;
Y ya la Grecia espera que la libres,
Que abras el paso del sepulcro santo,
Y que la espada en su defensa vibres.
¡Ó temeraria lira! ¿por qué tanto
El punto subes, que entre el son horrendo
De las trompetas suena ya mi canto?
Vuélveme á la ribera, donde viendo
Estaba con el Príncipe á su hermana,
Rayos de luz y flechas despidiendo:
Tal en el monte Cintio á su Diana
Rodeada de vírgenes hermosas
Fingió la antigüedad en forma humana.
No huyen, no, las fieras temerosas;
Mas antes como víctimas sagradas
Se ofrecen á sus flechas poderosas.
Las flores del divino pie pisadas
Ya miran con desprecio á las estrellas,
Y son de las estrellas envidiadas:
Y puesto que la esperan gozar ellas,
Y saben que en el mundo su presencia

Las hace con los hombres menos bellas;
La detienen acá con su influencia,
Y proponen su daño y su deseo
Forzadas de la eterna Providencia...

SÁTIRA.

Contra la Marquesilla.

Muy bien se muestra, Flora, que no tienes
Desta mi condicion noticia cierta,
Pues piensas enmendalla con desdenes.
Tú pensarás que guardaré tu puerta
Desde que se recogen las gallinas,
Hasta que el ronco gallo las despierta:
Y que cuando á las horas matutinas
Se levantan los frailes, y durmiendo
Tus émulos estan y tus vecinas,
Me estaré yo en la calle consumiendo,
Y por el agujero de la llave
Lo que en tu casa tienes inquiriendo:
Y que te sufriré despues muy grave
Pidiéndote perdon, porque me seas
Afable como sueles y suave.
Pues porque si lo crees, no lo creas,
Y sepas que no ignoro con quien trato,
Es bien que mis odiosos versos leas.
Aquí verás un natural retrato
De nuestras diferentes condiciones,
Por mas que tú lo encubras con recato.
Agora me parece que te pones
Mucho mas colorada que tu saya,

Y me das un millon de maldiciones,
  Diciendo que primero que me vaya,
Quedarás satisfecha de la injuria,
Aunque dificultades cien mil haya.
  Y yo por todo el oro que Liguria
A España con usuras arrebata,
No quiero hacerme digno de tu furia:
  Ni quiero dar mi vida tan barata,
Ni ver del Africano la frontera,
Cosa que por tu causa alguno trata.
  Escríbate pues sátiras quien quiera,
Que yo alabanzas solas quiero darte,
Hasta que tú te canses, ó yo muera.
  Ya, ya me tienes, Flora, de tu parte,
Que como tus costumbres amo tanto,
Mudable soy tambien por imitarte.
  Quiero dejar la pluma, que me espanto
De ver ese furor tras ordinario,
Y dar de contricion señal con llanto.
  Pero tengo conmigo un tu contrario,
Que tiene prometido defenderme
Contra el poder de Jerges y de Dario:
  Y no me da lugar de recogerme,
Antes con amenazas me provoca:
Dios sabe si ofenderte es ofenderme.
  Pero no puedo mas, mi fuerza es poca;
Tú no me defendieras del que digo
Siquiera con el ayre de la boca.
  Y pues he de cobrar un enemigo,
Escojamos de dos el menor daño;
Demas, que la razon y verdad sigo.
  En el mas fértil mes de todo el año,

O Flora, yo te ví, que no debiera,
Aunque no ha resultado dello engaño.
Y luego, como frágil y ligera,
Antes de conocerme ni yo hablarte,
Me descubriste ser tu pecho cera.
Mas, como sé de Ovidio mal el arte,
No procuré poner en Troya el fuego,
Aunque te ví contenta descuidarte.
Hubo manjares, y tras ellos juego;
Y como ví colgar allí la yedra,
El vino reputé por malo luego.
A todo estuve cual si fuera piedra,
Tan fuera de pensar en tus amores,
Como Hipólito estuvo en los de Fedra.
Mil veces repetiste mis loores,
Que en tí los engendró mi negra fama,
(Díceslo así, y es bien que así lo dores).
Y para declararme que eres dama
Tan grave que la corte señorea,
Ó, por mejor decir, quema tu llama;
Como quien confesar algo desea,
Y lo quiere decir por negativa,
Para que lo contrario se le crea;
Así me declaraste cuan esquiva
Con grandes cortesanos habias sido,
A quien de libertad tu valor priva.
Tras esto me juraste haber venido
Al lugar donde estabas por hablarme,
Y la visita falsa haber fingido.
Pensaste, no lo dudo, colocarme
Encima de los cuernos de la luna,
(Y aun por ventura dellos adornarme).

Jamas infante tierno de la cuna
Oyó tan dulces nombres repetidos
De su madre con besos importuna,
Como yo los oí, pero fingidos,
Solo para cubrir las cautas redes,
Con que á tantos enredas los sentidos.
Sin preceder servicio hacer mercedes
Dará que sospechar á quien no sea
De los con quien hacer tu labor puedes.
Créame quien lo oyere, ó no me crea,
Digo que sospeché, sospeché, digo,
Viéndote tan afable, sin ser fea.
Mas soy de ingratitud tan enemigo,
Que, por corresponder al beneficio,
Agradecido me mostré contigo.
Hubo tambien en ello su artificio;
Porque sé que resbala fácilmente
En tales ocasiones el jüicio:
Y tú te imaginabas suficiente
A poderme llevar, como de rienda,
A todos tus antojos obediente.
Así lo creo yo, porque mi hacienda
Es menos que el tesoro veneciano,
Y otro tanto ha de dar quien te pretenda.
Al fin, como si fuera yo aldeano
Que se admira de ver con perlas y oro
La gorra del soberbio cortesano,
Así me descubriste tu tesoro,
(Esto disimulando, como acaso,
Y sin perder allí de tu decoro).
¿Hubo bajilla por ventura, ó vaso,
Que delante de mí no te sirviese,

Buscando tú ocasion á cada paso?
  Y porque tus esclavas todas viese,
Y que son siervas libres, ó prestadas,
Como soy malicioso, no creyese;
  Todas delante mí fueron llamadas,
Y por cierto descuido no muy grande
Con ásperas palabras afrentadas.
  No hay mayordomo necio que así mande
En casa de un Señor á los sirvientes,
Y en guerra con aquellos y estos ande,
  Como tú con tus siervas diligentes,
Solo para mostrar tu preeminencia,
Haciendo ostentacion con los presentes.
  Mandábaste traer en mi presencia
(Sin haber menesterlas) tus arquillas
De menos oro llenas que apariencia.
  Estaba la esclavilla de rodillas,
En tu imaginacion, de mí notada
Por una de las siete maravillas.
  ¡O Flora, como estabas engañada!
Que entonces el Eunuco revolvía,
(Comedia de Terencio celebrada);
  El cual en sus ejemplos me decía,
Que desean las damas de tu trato
Las esclavas tener que Tays tenía:
  Y que soleis comprarlas muy barato;
Que un ignorante Fedria las presenta
En competencia de un Trason bravato.
  ¡Mira cuan al reves salió tu cuenta!
Que lo que tú por honra descubrías,
En mí se convirtió para tu afrenta.
  Y cuando mas compuesta te ponías,

Como quien va mirándose la sombra,
Conmigo de tu crédito perdías.
No pienses, si lo piensas, que me asombra
Un lecho de damasco granadino,
Y á un lado y á otro la morisca alfonbra:
Que soy, si no lo sabes, adivino,
Y no tienes un clavo ni una evilla
Que no sepa de donde y como vino.
Véote santiguar con maravilla
De esto que voy diciendo; pues no dudes
Que fábula serás en esta villa.
Sabrá, quien no las sabe, tus virtudes,
Las cuales te sustentan todo el año,
Aunque ya vendrá tiempo en que las sudes.
Quiero vender al mundo desengaño,
Que aunque es poca la gente que lo entienda,
Sé que te puedo hacer no poco daño:
Y que si por tu mal abro mi tienda,
La tuya quedará tan abatida,
Que un ochavo en un año no se venda.
Mas tengo condicion tan comedida,
Que no quiero quitarte la ganancia,
Contando los enredos de tu vida.
En tí tienda sus redes la ignorancia,
Para los que pidieren á sus padres
De su porcion debida la sustancia:
A estos muerdas, y á los otros ladres:
Y por ver á sus hijos lastimados,
Te den su maldicion doscientas madres.
Tengas mil hombres viejos engañados,
En sus canudas barbas te regales,
Haciendo rica presa en sus ducados:

Y á otros que se precian de leales,
Con vanos favorcillos entretengas,
Y pesques mas de espacio sus reales.
Con los que veas ardientes, te detengas,
Y con los que veas tibios te apresures,
Y á todos en comun enredo tengas.
Delante de tu madre te mesures,
Fingiendo que la temes, y que ignora
Los favores que das, y así lo jures.
Y si te vieres sola, bella Flora,
Y el necio sin pagarte se desmanda,
Dí luego, ¡ ay Dios, que sale mi señora!
Y cuando veas al triste que se ablanda,
Lleguen el portugues con el joyero,
Este con oro, el otro con holanda,
Dirás, como los médicos, no quiero,
Alargando la mano á la presea
Con que te esté rogando el majadero.
Y dirás, como sueles, si desea
Ser tu favorecido, que dé muestra
En donde su aficion mejor se vea.
Ayúdete tu madre ó tu maestra,
Dándote mil recaudos al oido,
(Leccion de todo punto propia vuestra.)
Estése el otro necio sin sentido,
Mientras hablais vosotras muy compuesto,
O, como acá decimos, muy corrido:
Que no me quiero yo poner en esto,
Ni descubrir tus faltas en la calle,
Pues se descubrirán por sí tan presto.
Pero no será bien que sufra y calle
Cierto tributo, censo ó alcabala

Pues tú no te avergüenzas de cobrallo.
Cuando sale quien digo de la sala,
Le vuelves á llamar con gran caricia
Ó sales tú con él hasta la escala:
Y allí, disimulando tu codicia,
Le pides un catálogo de cosas,
Como si las debiera por justicia.
El, ambas las mejillas hechas rosas,
Arrepentido ya de verse en ello
Y de emprender empresas tan costosas,
No sabe qué decir, que tiene el cuello
Ceñido con tus brazos, y los ojos
Clavados, por su mal, en tu cabello.
Quiere satisfacer á tus antojos;
Y quisiera tambien á menos costa
Comprar, pues que se venden, los despojos.
Imagínasle tú la bolsa angosta,
Ó por ser muy avaro ó por ser pobre;
Personas de quien huyes por la posta:
Y para hacer sudar por fuerza al robre,
Ó como buen artífice en la piedra
Tocando, conocer si es oro ó cobre.
Enmaráñaste dél cual verde yedra,
(No te comparo mal, pues que se dice
Que nunca el árbol que la tiene medra),
Diciendo: buena prueba, señor, hice
De vuestra fe, si no fingida, tibia,
Con que, para mi mal, me satisfice.
Si yo os mandara humedecer la Libia,
Si oponer vuestros hombros á la carga
Que en los de Atlante nunca el tiempo alivia;
Si peregrinacion pidiera larga,

Donde estuviera en duda el volver vivo,
Ó cierta en el progreso vida amarga;
¿Pudiérades estar mas pensativo?
¿Pudiérades dudar de tal manera,
Y mostraros conmigo mas esquivo?
Pues yo sé bien alguno, que quisiera,
Y como que quisiera, que pagára,
Porque lo que á vos pido, le pidiera:
Que ni tan pobre soy, ni tan avara,
Que por necesidad, ó por codicia
En cosa tan pequeña reparára.
Mal de mi condicion teneis noticia:
Que, aunque no lo trujérades tan presto,
No os sacára yo prendas por justicia.
Pero no reparemos mas en esto:
Solo vivid seguro de que os amo,
Y que no me sereis jamas molesto.
El triste ya cual pece asido al hamo,
Ó como ciego pájaro, que viene
Llamado con el son de su reclamo,
Ni en dudas, ni en peligros se detiene;
Quiere tomar prestado ó con usura,
Sin ver si de pagarle modo tiene.
Promete allí sin tasa, ni cordura,
Y niega, que jamas dudase en algo,
Y aun, para ganar crédito, lo jura.
Así lo creo yo de un noble hidalgo,
Respondes tú, soltando la cadena,
Que quisiera yo mas la de mi galgo.
Atraviésase luego Magdalena,
Pide para chapines, ó una toca,
Y tu page de danza pide estrena.

A aquella tú le dices, calla loca,
Y á este otro, ¿tú, rapaz, tambien te atreves?
Y por detras les señas con la boca.
Ni á la carne se dá tal priesa el jueves,
Como le dais vosotras entre dientes,
Diciendo, pagarás lo que no debes.
O tú, que con pagarlo no lo sientes,
Y cansarás, pidiéndolo prestado
Despues á tus amigos y parientes:
Si alguna vez ó veces has pasado
De Aragon á Castilla, y en los puertos
Del uno y otro reyno registrado,
A donde los derechos hacen tuertos,
Y con decreto y órden de justicia
Roban en los poblados y desiertos:
A donde puede tanto la codicia,
Que no son tan mudables Venecianos,
Cuando á alguno prometen su amicicia:
Como aquellos ladrones y villanos
En olvidar al rey, si el caminante
Les pone de sus armas en las manos:
Conocerás agora, ó adelante,
Que es mayor el trabajo que se pasa
Con Flora, de quien andas ciego amante.
Y tú, Flora, tambien modera y tasa
Los derechos tiránicos que llevas
De entradas y salidas de tu casa;
Pues solamente deben ropas nuevas
Al entrar por los puertos el derecho,
Y no será razon que á mas te atrevas.
No quieras descubrir tu avaro pecho,
Ni como mercader tener oreja.

Abierta solamente á tu provecho.
  Y no digo con esto que eres vieja;
Mas téngote por ropa tan traida,
Que descubres la hilaza por la ceja.
  Pues quien te ve fingir la recogida,
Ha de soltar á su pesar la risa,
Si sabe como yo tu buena vida.
  Verte salir con tu Señora á misa,
Como fraile novicio, que no mira
Acá ni allá mas suelo del que pisa,
  ¿A quien tu gravedad allí no admira?
¿Quien no dirá que puedes llevar palma,
Y que á las once mil tu intento aspira?
  Quien sepa como yo que en esa calma
Suceden por momentos torbellinos,
Que anegan las agenas y tu alma....
  Ni lo dirán tampoco tus vecinos;
Que ven salir y entrar en tu posada
Los recien emplumados palominos:
  Ni lo dirá tu hermana, que se enfada
De estar labrando soliman y mudas,
Ella desnuda, y tú muy enjoyada:
  Ni el que suele soltarme cien mil dudas,
(Si se lo preguntase), cuyo nombre
Es del que sucedió en lugar de Judas:
  Ni lo dirá, bien sabes, aquel hombre
Que en darte y abstenerse tal anduvo,
Que le doy Alejandro por renombre:
  Ni lo dirá tampoco quien estuvo
De Mantua, por tu causa, foragido,
Y el perdon por dineros despues hubo:
  Ni menos lo dirá quien ha leido

Lo que con apariencia va cubierto,
Si con la vista pasa del vestido.
  Yo digo de vosotras (y es lo cierto),
Que sois de las fantasmas y visiones
Que vido San Antonio en el desierto.
  Debajo de esas ropas y jubones
Imagino serpientes enroscadas,
Uñas de grifos, garras de leones.
  Si sois fuera de casa convidadas,
Desechais mil viandas que son buenas,
Solo para fingiros delicadas.
  Tomáislas con dos dedos, y aun apenas,
Ni dellas exhibis mas que á un doliente
Le dan nuestros modernos Avicenas.
  Fingis os muy honestas juntamente,
Y á la palabra equívoca no clara
Le dais luego el sentido maldiciente;
  Y puestas ambas manos en la cara
Llamais al que la dijo torpe y necio,
Quizá porque mejor no se declara.
  Y con desden y grande menosprecio
Burlais de algun galan, que por ventura
Os tuvo en su poder á poco precio.
  Pues quien del mal de amor sanar procura,
En vuestras casas, si pudiere, os vea
Sin tanta gravedad y compostura:
  Y verá convertir la que desea
En un fiero demonio; poco digo,
Si cosa se pudiese hallar mas fea:
  Y mas si no teneis allí testigo,
Y salis de la cama descompuestas,
Mostrando de los pies hasta . . . . .

¡Qué fieras pareceis! ¡qué deshonestas!
Con los ojos hinchados, y sobre ellos
Dos negras y tendidas nubes puestas;
Revueltos en bedijas los cabellos,
Como los de las Furias infernales,
Ó largos, como colas, por los cuellos.
Torciendo cuerpo y brazos dais señales,
Mezcladas con bostezos, del deseo
Que mueve vuestros ánimos bestiales;
Pues para transformar el rostro feo,
No vais á fuente clara, ó rio santo,
A donde fue Naaman por Eliseo.
Tampoco lo mudais con mago canto,
Ni buscando las yerbas fabulosas,
Cuando la noche tiende el negro manto:
Antes lo transformais con otras cosas,
Poniendo las cabezas en arquillas,
Yo no digo que bien, pero olorosas.
¿Quién podrá numerar las garrafillas
Dedicadas al sucio ministerio,
Ungüentos, botecillos y pastillas?
Aquí para enrubiar el sahumerio
De aqueste mismo aceite que blanquea
Los huesos de la boca ó cimenterio.
Allí la miel mezclada, que se emplea
Con mostaza y almendras en ser muda,
Para mudar color á la que es fea.
En otra parte ya la vereis ruda,
En otra ya en aceyte convertida,
Que dicen que al cabello el color muda.
La leche con jabon vereis cocida,
Y de varios aceytes composturas,

Que no sabré nombrarlos en mi vida:
Aceyte de lagartos, y rasuras
De ajonjolí, jazmin y adormideras;
De almendras, nata y huevos, mil mixturas;
Aguas de mil colores y maneras,
De rábanos y azucar, de simiente
De melon, calabazas y de peras.
El aceyte de enebro propiamente
Para curar el mal á las ovejas,
Aqui sirve de oficio diferente.
Agua de alumbre, buena para viejas,
Que quita las arrugas, que los años
Les cargan, como fuelles, en las cejas:
Y ellas (¡oh ceguedad!) con darse baños,
Cual parche de atambor tiran el cuero,
Como si no venciese el tiempo engaños.
Pero debiera yo nombrar primero
Al magno soliman tan vuestro amigo,
Como lo fue de Francia el otro fiero;
El cual os dá justísimo castigo,
Pues solo por salir con vuestro intento,
Os valeis del veneno y enemigo:
Y mudándoles nombres ciento á ciento,
Quereis arebozallo, como usura,
Con nombre de mohatra ó quitamiento.
Agora lo vendeis por agua pura,
En pasas con azucar, piedra luego,
Mudándole de especies y figura.
Y que pondreis las manos en un fuego,
Decís, si no os lavais con agua sola,
Pudiendo lo contrario ver un ciego.
Cuan mal se cubre el gato con la cola,

Cuan mál se cubre el fuego sin dar humo,
Así la que se afeita y arrebola.
Otros afeites hay, que no los sumo,
Porque en imaginallos tanto hiede,
Que de congoja y rabia me consumo.
Ni ser nombrados todos aqui pueden,
Porque como se inventan cada dia,
En infinito número proceden.
Y porque me parece que sería
Afrenta de sus nombres acordarme
Y que á los que me hablasen olería;
Así he determinado prepararme,
Y por haber tratado de estas cosas,
En una fuente líquida purgarme.
Ni son en sus manjares mas curiosas,
Puesto que allá en lo público pregonan,
Que sin ellos se pasan como diosas.
Encima de los platos se amontonan,
Y hoy comen lo que ayer quedó fiambre,
Que ni por ser helado lo perdonan.
Direis que son las hijas de la hambre,
Ó cuales avestruces suficientes
A digerir el hierro y el arambre.
Aqui no se comprehenden las prudentes
Que siguen las virtudes ; que las tales
No llevan composturas aparentes.
No son todas las leyes generales,
Que muchas excepciones hay en ellas;
Ni las cosas del mundo son iguales.
En las tinieblas lucen las estrellas;
A vueltas de los cardos nacen flores;
Y entre agudas espinas rosas bellas.

Destas despues yo cantaré loores:
Que no se han de mezclar con las profanas
Las cosas excelentes y mayores.
Tú, Flora, y otras damas cortesanas
Sois estas enemigas de quien trato,
Perdidas por comer y andar galanas,
Con esto le doy fin á tu retrato,
Y parécete tanto, que me afrento
De haberlo concertado tan barato;
Pero tengo por premio tu contento,
Del cual, por ser yo causa, participo,
Y el nombre de mis obras acreciento.
Así creció de Apeles y Lisipo
La fama, solos ellos retratando
Al hijo venturoso de Filipo.
Agora con razon estoy dudando,
Pues he de retratarme, donde y como
Me puedo yo estar viendo é imitando.
La mano mas pesada que de plomo,
Inobediente al arte, desatína,
Si el cansado pincel en ella tomo.
Parece (y es posible) que adivina,
Que (como siempre el conocerse ha sido
Cosa dificultosa y peregrina),
Yo de mi propio gusto persuadido,
Como pienso que soy querré pintarme,
Por falta de no haberme conocido.
Yo mismo no sabré vituperarme,
Y, aunque verdad dijese, menos puedo
(Si ya no es defendiéndome) alabarme.
Si como cuando vine de Toledo
Me supiese pintar, en testimonio

De tocar las verdades con el dedo:
Ó como me pintaba don Antonio
(Puesto que es al reves), yo juraría
Que te espantases menos de un démonio.
Alguno con razon me culparía
Si me pintase mal, y tu figura
Por obra de otra mano juzgaría;
Y quien tener buen crédito procura,
(Segun dice Caton) jamas lo cobra,
Si le pierde una vez por desventura.
A mí no me hace falta, ni me sobra:
Quiero, pues, conservarle como cuerdo,
Alzando, como dicen, mano de obra,
Ya fue un pintor (del nombre no me acuerdo,
Y de que no me acuerde no te espantes,
Que ya de la memoria mucho pierdo):
Ni sé bien si fue Zeusis ó Timantes,
(Yo me fatigo poco en éstas cosas,
Por ser disputas propias de pedantes):
Este pintor, pintando las tres diosas,
Delante del pastor troyano puestas,
Desnudas y del oro codiciosas,
(Que suelen muchas veces tan honestas
Al rústico por él así mostrarse,
Y á los que no lo tienen muy compuestas):
En Juno y en Minerva señalarse
Tan de veras mostró, que no podia
Para pintar á Venus mejorarse:
Y viendo que pintarla convenia,
Para no ser culpado, mas hermosa,
Lo cual aunque quisiese, no sabia,
Al arte socorrió con ingeniosa

Astucia, sus defectos encubriendo,
Y pintando de espaldas á la Diosa.
Yo, pues, la misma falta conociendo,
De poder retratarme desconfio,
Si al discreto pintor no voy siguiendo.
Y pues has de llevar retrato mio,
Verás por las espaldas mi retrato;
Que con volverlas, Flora, me desvio
De tu conversacion, favor y trato.

SONETOS.

I.

Tanto mi grave sentimiento pudo,
Que en la mano de bárbara violencia
Hizo dando lugar á la clemencia
Volver el filo del cuchillo agudo.
¿Hay por ventura de dïamante escudo
Que pueda hacer tan firme resistencia,
Como de una alma pura la inocencia
Que ofrece el pecho al vencedor desnudo?
Yo ví, yo ví los ojos, no es mentira,
Que muerte amenazaban, detenerse
Con blando afecto en la miseria mia;
Y deshacerse los nublados de ira,
Y la santa piedad aparecerse;
Que todo es fácil si en la fe se fia.

II.

Este prolijo y tenebroso dia,
El cual con piedra negra notar quiero,
Memoria es dignamente del primero
De mi vida, si es vida aquesta mia.
Entonces lo lloraba en profecía,
Y de su soledad tomando agüero,
En tanto que viviere ya no espero
Tener en él sucesos de alegría.
Odioso me será, y odioso sea
Al cielo y á la tierra eternamente,
Pues en él se me esconde Galatea.
Entre las noches lóbregas se cuente,
Y en él ninguna accion jamas se vea
Digna de que la fama la sustente.

III.

Tras importunas lluvias amanece,
Coronando los montes el sol claro;
Salta del lecho el labrador avaro
Que las horas ociosas aborrece.
La torba frente al duro yugo ofrece
El animal que á Europa fue tan caro;
Sale de su familia firme amparo,
Y los surcos solícito enriquece.
Vuelve de noche á su muger honesta,
Que lumbre, mesa y lecho le apercibe,
Y el enjambre de hijuelos le rodea.
Fáciles cosas cena con gran fiesta;
El sueño sin envidia le recibe:
¡O corte! ¡o confusion! ¿quien te desea?

IV.

Yo os quiero confesar, don Juan, primero,
Que aquel blanco y carmin de doña Elvira
No tiene de ella mas, si bien se mira,
Que el haberle costado su dinero.
Pero tambien que me confieses quiero,
Que es tanta la beldad de su mentira,
Que en vano á competir con ella aspira
Belleza igual de rostro verdadero.
Mas ¿qué mucho que yo perdido ande
Por un engaño tal, pues que sabemos
Que nos engaña así naturaleza?
Porque ese cielo azul que todos vemos
Ni es cielo, ni es azul. ¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!

V.

Lleva tras sí los pámpanos octubre,
Y con continuas aguas insolente
No sufre Ibéro márgenes ni puente,
Mas antes los vecinos campos cubre.
Moncayo como suele ya descubre
Coronada de nieve la alta frente,
Y el sol apenas vemos en Oriente
Cuando la opaca sombra nos le cubre.
Sienten el mar y selvas ya la saña
Del aquilon, y encierra su bramido
Gente en el puerto y gente en la cabaña.
Y Fabio en el umbral de Tais tendido
Con vergonzosas lágrimas le baña,
Debiéndolas al tiempo que ha perdido.

VI.

Imagen espantosa de la muerte,
Sueño cruel, no turbes mas mi pecho,
Mostrándome cortado el nudo estrecho,
Consuelo solo de mi adversa suerte.
Busca de algun tirano el muro fuerte,
De jaspe las paredes, de oro el techo;
Ó al rico avaro en el angosto lecho
Haz que temblando con sudor despierte.
El uno vea el popular tumulto
Romper con furia las herradas puertas,
Ó al sobornado siervo el hierro oculto.
El otro sus riquezas descubiertas
Con llave falsa ó con violento insulto;
Y déjale al amor sus glorias ciertas.

POESIAS

DE BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

CANCION.

De los campos y mares se apodera,
Céfiro, tu ministro, á su albedrío,
Formando el tiempo amor que mas te agrada:
Pues con máquinas vuelve ya el navío,
Que enjuto reposaba en la ribera,
A la tranquilidad tiranizada;
Y crespando las olas á su entrada,
Tiende los lienzos al favor del cielo.
El prado rie, y su virtud fecunda
De cien mil pastos fértiles abunda,
Que blanqueaba rígido del hielo:
Mas con el blando vuelo
Del pacífico soplo abre los poros,
Y pródigo descubre sus tesoros.
Tú armado de ternuras y suspiros
En los silbos de Céfiro te arrojas,
Y en su espacioso diáfano sereno
Oyes dulces querellas y congojas,
Y se encuentran recíprocos los tiros,
Que de nectar bañaste y de veneno.
Tal vez acudes al amado seno
De Ericina, la cual te abraza y prende,
Y en su carro sentada, y tú en sus faldas,
Sembrando varias flores y guirnaldas

Deja volar sus cisnes, y desciende
Donde Adonis atiende
Á la robusta caza, y con mil bellas
Ninfas lo busca y lo regala entre ellas.
Todo es amor y paz, las piedras aman
Dando suspiros mudos, y las vides
En alegre silencio amor las casa
Con los soberbios árboles de Alcides:
Las flores se entretejen y se llaman,
Y tu flecha las hiela y las abrasa.
El mismo sol enamorado pasa
Tan risueño el viaje, que parece
Que persigue la Ninfa de Peneo:
Y para ostentacion de su deseo,
La pompa de la luz con que amanece
Trémula resplandece
Sobre las ondas, y las rosas dora
Que pintó con su púrpura la aurora.
Las rosas, cuando dellas mas compuesta
Su abríl adorna la nativa espina,
Una sus hojas, cual belleza inculta,
Confiada dilata; otra se inclina
Dentro en sí misma tímida y modesta
Con virginal vergüenza medio oculta:
Algunas en niñez menos adulta
Dentro el materno manto se aperciben
Para salir tambien á competencia
De toda la olorosa diferencia:
Á quien las aves que á su sombra viven,
La gloria que reciben
¡Cambio divino! abriendo su armonía,
La recompensan en sintiendo el dia; &c.

SÁTIRA.

Diálogo entre el Poeta y su Musa.

POETA.

¿Esos consejos das, Euterpe mia?
Tu plática me deja de manera,
Que no sé si te llore ó si me ria.
  Cuando eras fabulosa y lisonjera
¿Usáras de un estilo y de un lenguage
Que tanto á tu opinion contradijera?
  Superior patria y superior linage
Te engendró, que no Grecia, la que daba
A sucesos extraños hospedage.
  Y pues ya á la verdad sirves, acaba
De alabarme que siga aquel cuidado,
Que ella en los mas pacíficos alaba.
  ¿Cuando á pleytos me viste aficionado,
En el estruendo judicial suspenso
Entre el Procurador y el Abogado?
  ¿Ó cuando de mohatras cargué un censo?
¿Ó cobrar usurario en las Kalendas?
¿Ó sahumar á Mercurio con incienso?
  ¿Yo embarazarme en cambios ó en contiendas?
¿Por cual razon? Ni en tu gentil Parnaso
Crecieron por litigio las haciendas.
  Quédate, Musa, en paz.

MUSA.

A paso, á paso,
Que no quiero sufrir que me condenes . . .

Hasta que mas capaz estés del caso.
Y no me trates mal, pues que no tienes
La licencia que en Roma los esclavos,
Para decir malicias y desdenes,
Cuando sus dueños (todo el año bravos)
Sufrian en diciembre las injurias
Y apodos de sus Getas y sus Davos.
Pero tengo experiencia de tus furias,
Que agora tratas con oprobrio á Grecia,
Y luego alabarás á la que injurias.
¿Ya te aplacaste? pues escucha, y precia
Estos consejos, que te harán mas rico
Que los suyos neutrales á Venecia.
No entiendas que á las fraudes te dedíco
De los negocios, ni para que aprehenses
Las leyes justas con sentido inico:
Ni á seguir el tropel de las forenses
Discordias: ni á esgrimir sus artificios,
Para que siempre en sus astucias pienses.
Ni á Italia has de pasar por beneficios,
Para darles asalto con la capa
De que son subrepticios ó obrepticios.
Para engañarlo no verás al Papa,
Aunque te llame el golfo de Narbona
Tan pacífico en sí como en el mapa:
Que si Micer Pandolfo trae corona,
Y Prebendado ha vuelto ya, Dios sabe
Cual Simon le ayudó, Mago ó Barjona.
Ya ni en sí mismo, ni en su patria cabe,
Ni de su loba pródiga las varas
De gorgorán en su espaciosa nave.
Si tú por estos términos medráras,

¿Que bascas, qué visages y figuras
De puro escrupuloso nos mostráras!
¿Que fuera ver nuestro Curial á escuras
Tropezar cada paso en infinitas
Amenázas, papeles y censuras!
Ni tampoco yo quiero que repitas
Para reformador y discursante,
Sobre todas las leyes que hay escritas.
Ni contra el Scita, Augusto de Levante,
Quiero que Reyes juntes y escuadrones,
Porque tu ingenio se nos muestre Atlante:
Que á mi risa me dan sus digresiones,
Y el lenguage sin pies desvanecido,
Que ellos llaman discursos y razones.
Y sí, doliendome de ver tu olvido
En cosas de tu hacienda, te encomiendo
Que no andes tan remiso y divertido.
No te hago mercader, aunque ya entiendo
Que hay de tu profesion en este abismo,
A quien por ser cual es no reprehendo.
Sé bien tu inclinacion, y que á tí mismo
Odio mortal cobráras obligado
A vivir con las reglas del guarismo:
Y mas si en el dinero mal ganado,
Usuras, cambios, prendas, quitamientos
Hubieses de poner celo y cuidado.
Menos vulgares son mis pensamientos:
Que la cumbre mejor á que te incito,
Huye medios torcidos y violentos.
No evito yo á Aristóteles, ni evito
A su Maestro, al Livio, ni al Cornelio
Tácito, ni otros gustos te limito:

Como las doctas noches de Aulo Gelio,
Al buen Macrobio, y del gentil parlero
El sueño de Cipion, la fe de Lelio.
Ni otros muchos que adrede no refiero,
Filósofos de honor, ó Historiadores
De precepto ó ejemplo verdadero.
Y cuando entre mas cultos Escritores
Transformado en abeja en nuestro monte
Te pluguiere pacer sus varias flores:
Píndaro, Lino, Orfeo, Anacreonte,
Y los Homeros andarán contigo,
Que Archíloco refiere y Jenofonte.
Enio de empresas árduas fiel testigo,
El gran Virgilio con su amigo Horacio,
De cuyos plectros fuiste siempre amigo.
El grave Claudiano, el docto Stacio,
El Tibúlo, el Catúlo, con Propercio,
Liras las tres del venerable Lacio.
Ni te desplacerán en este tercio
Cuatro ó cinco modernos, admitidos
No sin bastante causa á su comercio.
Aqui el entendimiento y los sentidos
Tendrán para sus gustos campo abierto,
Y aun á peligro de quedar perdidos.
Luego para evitarlo bien te advierto,
Que al gusto en lo mejor tires la rienda,
Y pongas en el tiempo buen concierto.
Que es forzoso tratar de la vivienda,
Dar vuelta por tu casa y por la plaza,
Para aumentar ó conservar tu hacienda.
Y perdone Platon, mientras das traza
En cobrarla del otro por sentencia,

Si con cabilaciones la embaraza.
Y cuando sin lesion de la conciencia
Subir puedes la renta, que la subas
Con prudencia: que agora (y por prudencia)
No habitan los Diógenes en cubas,
Ni ellas reciben sino el estupendo
Nectar, ¡o gran setiembre! de tus uvas.
Nuestra Filosofia anda pidiendo
Limosnas en el hábito escamada,
(Digo en trapos cosidos de remiendo):
Y aunque á los ricos su modestia agrada,
Rabia de hambrienta, y muerde las paredes
Esqueleto de seca y descarnada.
Y la que soltó al ayre las mercedes,
Que el insigne Alejandro le ofrecía,
Les arma agora cautelosas redes.
¿Pues ya que para si no las quería,
Para otros fueran malas? ¡O soltura
Impropia de sagaz filosofía!
En efeto lo acierta el que asegura
De la fiel Marta aquella parte buena,
Aunque María insista en la mas pura.
Bien que, pues son hermanas, y sin pena
Se avienen entre sí; muy bien se puede
Filosofar y aderezar la cena.
Viendo yo, pues, lo que al valor sucede,
He dejado ternuras y concetos,
Algun rico buscando á quien herede.
Para verificar estos precetos,
¿Qué ejemplos te daré de nuestra gente?
¿De sus reinos perdidos y sujetos?
Grecia de letras llena y elocuente,

Por el ocio filósofo obedece
Al fiero Architirano del Oriente.
  Sus Déspotos y Príncipes parece
Que trujeron la antigua edad consigo,
Que de oro la llamó quien la encarece.
  Cuando nacía voluntario el trigo,
(Que el manejar arados ignoraban)
Era el trato pacífico y amigo:
  Sin leyes la justicia veneraban;
Y con tal sencillez eran fïeles
Que á sus Reyes por Dioses adoraban:
  Bien que á sombra de un árbol rudas pieles
De fieras eran todos sus arreos,
Tronos, tapicerías y doseles.
  Mas ay, que en esta paz nuestros deseos
De la razon suprema desviados,
Solo ganaban palma en sus Museos.
  Fulminaban los bronces asestados
Del Scyta poderoso á sus murallas;
Y ellos, ni del estruendo alborotados,
  El uno componiendo sus medallas,
Ó estudiando sus cifras y reversos,
Muy previsto sin fruto en antiguallas.
  Perdido el otro por sus propios versos,
Ó atento el Matemático á su esfera,
Imaginaba círculos diversos.
  Nadie ponia al pueblo ley severa,
Para atajar sus furias y tumultos,
Con que la paz universal se altera.
  Ninguno castigaba los insultos,
Notorios todos; porque la insolencia
No los guardaba en el silencio ocultos.

Faltaba en el gobierno diligencia,
Y á los Príncipes todos la divina
Lumbre de la comun correspondencia:
Que el valor que en blanduras se afemina,
Con detrimento cierto de las cosas
Públicas, él ministra su ruïna.
Y así cuando las armas rigorosas
Del Turco ejecutaban crueldades,
A los bárbaros mismos lastimosas,
Nadando en sangre humana las ciudades,
(Que su horrible cuchillo no respeta,
Ni entonces respetó, sexos ni edades),
Vieras nuestra nobleza mas quïeta,
Que el ocio mismo; bien que especulando
Lo que suele correr cada planeta:
No, no sobre los muros, animando
A la atónita plebe, que confusa
Perecía, sus nombres invocando.
¿Puédenos Grecia dar bastante escusa,
Sino la que Arquimedes dar pudiera,
Cuando ganó Marcelo á Siracusa?
Que saqueando la Ciudad la fiera
Legion, se entró un soldado embravecido
Donde él con su compás de tal manera
Estaba en formar líneas divertido,
Que no sintió el estruendo del asalto,
Ni del Romano el súbito ruido.
Pregúntale: ¿Quien eres? Mas él falto
De voz para nombrarse, sordo y ciego
De puro atento, y no de sobresalto,
No bórres estos círculos te ruego,
Dice al bravo Romano; el cual creyendo

Que despreciaba su pregunta el Griego,
  Pásale por el pecho el hierro, abriendo
Postigo al alma, y con la sangre hirviente
Borró sus mismos círculos muriendo.
  Dirán que la omision del Occidente,
Y la que hoy dura en los Septentrionales,
No fue de nuestro sueño diferente:
  Y es la verdad que Ungría en los umbrales
Miraba la Tragedia; y en Polonia
Andaban por formar su Rey parciales.
  Austria, Bohemia, Cleves y Sajonia
Fuerzas mostraban; pero divididas,
Y aun en la religion y ceremonia.
  Pues las otras regiones esparcidas
Bajo los Septentriones, no me mandes
Ser fiscal de sus tratos y sus vidas.
  De las demas acá brindaba Flandes,
Y con fin ya de cizañar la crisma,
Tiempo buscaban heresiarcas grandes.
  No pudiendo caber Francia en sí misma
Ocupaba otros Reinos; Inglaterra
Alegre retozaba con el cisma.
  No le convino á España nueva guerra:
Mas cuando la aprobára ¿en cuantos dias,
Ó siglos arribára á nuestra tierra?
  ¿Y tú entonces, Italia, en qué entendias?
Dí tú, en armar y desarmar tiranos,
Ocupaciones naturales mias;
  Y por vengar los odios ciudadanos,
Tratar sin fe mis ligas temerarias
Con fraudes y con pactos inhumanos.
  Llamaba las naciones mas contrarias

Pródiga del esfuerzo antes robusto,
Ejercitando sus crueldades varias.
Porque allí con el pacto mas injusto
Del orbe mis magnates se ligaron,
Como Antonio con Lépido y Augusto,
Al fin todas discordes nos miraron.
O Imperio fiel, si entonces te juntáras,
Como tus enemigos se juntaron,
¿Que Tirano comun no atropelláras?
Es cierto que con próspera venganza
En sus Reinos el tuyo dilatáras;
Y tiemblas hoy debajo de su lanza,
Mirando el hierro de tu sangre tinto,
Dudoso entre el temor y la esperanza.
Pero salgamos de este laberinto,
Que la cuerda que atamos en la entrada,
Faltará en el horror mas indistinto.
Y tú, si vida anhelas descansada,
Acomódate al trato humilde y llano,
Cesa de la divina y retirada.
No contradigo que huyas el profano
Vulgo con Trimegistro, que te endiosa,
Con tal que te gobiernes como humano:
Que la fortuna ó no reparte cosa,
Sabiendo á quien la dá, sino así á bulto,
Ó hasta que se le quita no reposa.
Y si tú no eres uno del tumulto
De los que la frecuentan, si imaginas
Que la traerás á tí viviendo oculto:
A turbia luz la condicion le atinas,
Ó esperas que otra excelsa Providencia
Te cargue de riquezas repentinas.

Agráviate en justicia y en prudencia,
Quien piensa que de justo ó presumido,
Esperas en la fe de tu conciencia,
Que otro Abacuc de un pelo suspendido
Te traiga los manjares por el viento,
A punto sin tardanza y sin olvido.
Así que muda estilo y argumento,
Y no te admires de que yo te exhorte,
Que animes tus acciones con aliento
Siguiendo dellas la que mas te importe,
Y que acudas solícito á dar voces
A Roma, ó, si te place, á nuestra Corte.
Estudios tienes, Príncipes conoces,
Por cuyo beneficio en pocos dias
Podrá bien ser que el premio dellos goces;
Y esto sin fraudes y sin simonías:
¿Que sabes tú la suerte que te aguarda,
Y cuan ingratamente desconfias?
Que no se pierde, no, lo que se tarda;
Y si no lo procuras, si lo dejas,
Dirémos que el descanso te acobarda.
Mas yo quiero callar, pues te aparejas
A responderme, y rato ha que te veo
Morder los labios y arquear las cejas.

POETA.

Señal, o Euterpe, que con el deseo
Que muestras de mi bien con animarme,
Mas que con el consejo me recreo.
Dí, ¿que quieres que haga? he de formarme
De nuevo? he de alquilar inclinaciones?
¿Ó puedo de las mias despojarme?
Que puesto que á lo activo me aficiones

A costa de mi genio; es á gran costa,
Gran obra, y mas los medios que propones.
Mas facilmente correrá la posta
Una tortuga, y por sufrir el yelo
Sacudirá de sí su alcoba angosta,
Que pueda yo (y perdone tu buen celo)
Ser industrioso y ágil, como dices,
Contra la inclinacion que me dió el Cielo:
Y los que le resisten infelices,
Cuando de ocupacion tan importuna
Cargan el grave yugo á sus cervices,
El carro van tirando de Fortuna,
Que triunfando la llevan domeñados,
Como á Venus, ó á Juno, ó á la Luna:
Que á sus cisnes ó pabos enfrenados,
En mi opinion, serán los pretendientes
Con metáfora propia comparados.
¿Pues querrás ver mis alas obedientes?
¿Que sufra su coyunda y tasque un freno,
Aunque lo forje de oro entre los dientes?
El pasage de Roma no condeno:
Mas, sino para risa de Curiales,
¿Para que seré yo en Italia bueno?
Porque en vez de afilar los memoriales,
Para herir los Datarios, precediendo
Tributo y humildad á sus umbrales:
Curioso me verias inquiriendo
Donde fue el primer muro y el Pomerio,
Que al Aventino monte va excediendo.
En cual Foro se dió al odioso Imperio
(Viendo á Lucrecia muerta) la sentencia
Por consejo de Bruto y de Valerio.

Donde hizo el buen Camilo resistencia
Al Senado inconstante; y en que parte
Cedió Papirio á la comun violencia.
Los Circos, los Teatros, donde Marte
Tantos émulos vió como varones,
Para cuya alabanza es muda el arte:
Y á donde yacen de los dos Cipiones
Las venerables casas (hoy ruínas)
Templos de tantos bélicos blasones.
Y en las tierras fructíferas vecinas
Taladas por el pérfido Africano
Hasta las Tusculanas y Latinas,
A cuales perdonó la astuta mano,
Para hacer sospechoso á Quinto Fabio
Con el pueblo y ejército Romano:
(Mas él vendiólas como fiel y sabio,
Y libró con el precio muchos presos,
Y convirtió en su crédito el agravio).
Pedazos de arquitrabes y de fresos
Andaria notando, que la gloria
Han sido ya de bélicos sucesos.
Y el ánimo inflamando en ésta historia
Lo libraría del tiempo, que ahora corre,
Con la dulzura de mejor memoria.
Pues voyme á nuestra Corte, ó á la torre
Que edificó Babél, y de su trage
Madama Hipocresía me socorre.
Entro en la variedad de su lenguaje:
Pídoles agua, y danme cal ó arena;
Y sufro bien este primer ultraje.
Quiérome retirar, mas la Sirena
Por voz de algun Ministro me detiene,

Cuando entre dulces esperanzas suena.
  Pasan los años, pero nunca viene
El vuestro; y cuando viene danos cosa,
Que ni arma á vuestro talle ni os conviene:
  Ó por ser desigual ó vergonzosa,
Ó para siempre estar sobre las alas
Conservando una gracia peligrosa,
  Tan alta que dará cuidado á Palas,
Cuanto mas al que pobre de consejo
Busca el sueño de tantas noches malas.
  Tuviera en hora buena por espejo
Useñoría, y otros encumbrados
De las alas de cera el cuento viejo:
  Que ya para volar aparejados,
Dédalo al mozo Icaro le dijo:
«Por tierra estamos y por mar cercados;
  A vuelo habemos de librarnos, hijo:
Mas vuela entre dos ayres, no te arrojes
Sino por el camino que yo elijo:
  Que si la medianía por mí escojes,
Del sol y el mar te librarán tus plumas,
Digo sin que te abrases ni te mojes.»
  Pasó el viejo, y un templo fundó en Cumas:
Cayó el rapaz; y con el nombre suyo
Intituló sus trágicas espumas.
  Por esto no te admires si me excluyo
Del tráfago; y me apelo á mi retrete,
Donde á mi soledad me restituyo:
  Donde si la fortuna me acomete
Con cuanto poseyeron Craso y Creso,
No habrá prosperidad que me inquïete.
  Mi pensamiento, ya no como preso,

Sino como consorte y grato amigo
Reprueba los que vuelan con exceso:
  Y en la continuacion de estar conmigo
No es facil de creer cuan de su grado
Sigue el mismo dictamen que yo sigo.
  ¿De que sirve picarle á que irritado
Aperciba las velas y los remos
Para buscar sosiego á nuestro estado,
  Si entre nosotros mismos le tenemos?
¡O execrable ambicion que nos encantas,
Para que ni él parezca ni le hallemos!
  Como escarpin revuelto entre las mantas
Calla escondido sin hacerse fuerte:
Luego ¿qué importan diligencias tantas?
  Acomodarse el hombre con su suerte,
Y abrazarse con ella es paz y vida,
Y todo lo demas discordia y muerte.
  Pero pongamos caso que me pida
El *sí* fortuna (que le pide á pocos),
Y con rentas y cargos me convida:
  Y que con una mitra me hacen cocos,
Y coronan mi frente (aquesta frente
Vaso de muchos pensamientos locos):
  ¿Tendré por eso el ánimo obediente
A la razon? ¿Desterraré la arpía
Y con ella tambien la sed ardiente?
  ¿Piensas tú que en el cargo ó prelacía
Tranquilidad del ánimo perfeta,
Segun hoy está el mundo hallar podría?
  Ni la fortuna dá, aunque la prometa,
Al que aspira á subir sobre su cumbre,
De sus descansos posesion quïeta:

Sino solicitud y pesadumbre,
Bascas mortales; y en su imperio ciego
Lazos de no creida servidumbre.
Pues donde las riquezas y el sosiego
Como amiga te guarda, allí se esconde
Para sacar de tí donaire y juego.
Agora se me acuerda un cuento, donde
Verás lo que sucede á cada paso,
Qúe al propósito desto corresponde.
Un hombre labrador cabando á caso
Atento á la cultura de su huerto,
A media vara halló enterrado un vaso.
Suena la azada, y á los golpes cierto
Ya formado salió cántaro ó jarro,
Con un betun fortísimo cubierto.
Era el atapador tambien de barro
A modo de pirámide, y tan dura,
Que la quebrára apenas un guijarro.
Y como en esta tierra se mormura
Que hay en ella escondida plata y oro,
Pensó que estaba dentro su ventura.
Dichoso yo, sin duda que es tesoro,
Dijo, que en los peligros de la guerra
Aquí lo sepultó algun rico Moro.
Saca su hallazgo de la amiga tierra,
Prometiéndose ya de comprar cuanta
Alcanza á ver, con lo que él vaso encierra.
Las manos tiemblan cuando lo levanta,
Mirando á todas partes con cautela,
Que ladron se le antoja cualquier planta.
Ya al fin nuestro dichoso se recela,
Y á solas, de testigos retirado,

Abrir quiere la urna ó tinajuela.
Pero aunque le entristece el peso amado
(Porque segun lo estima, y lo que espera
Se le antoja liviano demasiado),
Lo excusa luego, porque considera
Que la carga que aplace no es pesada,
Y que el nuevo placer se la aligera.
Al fin, en lo interior de su posada
Cierra su puerta y las endrijas tapa,
Y aun quisiera á la luz negar la entrada.
Tras esto extiende próvido la capa,
Y forcejando por no hacer ruido,
Como pudo lo rompe y desatapa.
Trastorna la vasija, persuadido
Que estaba del mas fino oro maciza
Entre joyas antiguas embutido:
Pero envueltos le arroja con ceniza
Huesos medio quemados (de varones
Quizá que alguna historia solemniza).
Atónito entre varias opiniones
Llega á tener por cierto, que el demonio
Aquel tesoro transformó en carbones.
Si él pudiera entender á Suetonio,
Que nos dejó en las vidas que dispuso,
De exequias de aquel siglo testimonio,
Cierto de que ya un tiempo hubo aquel uso
De sepultar, no hallára causa alguna
Para quedar burlado ni confuso.
Asi nos enriquece la fortuna,
Cuando ya por rigor, ya por clemencia
Sale á nuestros designios oportuna.
Prometiónos el gozo y la opulencia

De su prosperidad; pero no tarda
Ni un instante á probar nuestra experiencia,
Que es ceniza el tesoro que nos guarda.

SATIRA.

Contra los vicios de la corte.

Dícesme, Nuño, que en la corte quieres
Introducir tus hijos, persuadido
A que asi te lo manda el ser quien eres.
Que ya la obligacion con que han nacido,
Concede á su primera edad licencia
Para que intenten á volar del nido.
Que en los umbrales de la adolescencia,
Poniendo acibar junto de la leche,
Ó el pedagogo evitas ó su ciencia;
No porque como inútil se desheche,
Sino porque les des la que él no alcanza,
Que al trato humano mas les aproveche.
Supuesto, dices, que han de hacer mudanza
¿A donde ocurrirán como á la corte,
Unica perfeccion de su crianza?
Si estás resuelto de seguir su norte,
Precediendo consulta, no me atrevo
A estorbarlo, por mucho que te importe.
Mas, si en virtud de otro consejo nuevo
Quisieres ver que el tuyo es peligroso,
Mira cuan sin efugios te lo pruebo.
Bien que, si huyendo el paternal reposo
Al espanto te expones ó á la ira,
Por algun caso, ó grave ó afrentoso;

Si tus amadas prendas (á quien mira
Como á su luz tu patria) ver deseas
Despojos de la pública mentira;
Y si cebarse en las mohatras feas
(Habiendo el patrimonio trastornado)
Te persuade alguno que los veas;
Si ciegos al honor, y del cuidado
Del gobierno político incapaces,
Y de las calidades de su estado;
Si viciosos, al fin, y contumaces
En lujuria y en gula; vengan presto,
Tráelos á la corte, muy bien haces.
Mirando estoy que te santiguas desto,
Y que enojado quedas ó risueño,
Llamándome filósofo molesto:
Pues enfrena la risa ó templa el ceño,
Y en mi defensa escúchame, entretanto
Que estas proposiciones desempeño.
Si está en verdad que no nos mueve tanto
Docta declamacion griega ó latina,
Como el ejemplo vivo ó torpe ó santo;
Del padre, que á sus hijos disciplina
Con mal ejemplo, ¿quién dirá que es prueba
Del águila, que al sol los examina?
¿Pues dar rienda á la edad ferviente y nueva
No es culpa de indiscreto amor paterno,
Que á manifiesta perdicion la lleva?
El diestro agricultor al arbol tierno
De recientes raices, no lo expone
Luego á las inclemencias del invierno:
Que hasta que su virtud se perfeccione,
De hojosas ramas entreteje setos,

Cuya defensa en torno le corone.
  Así con preceptores y precetos
Lucirán esos niños, pues los crias
Para que excedan á los mas perfetos.
  Y ordénales que busquen muchos dias
La mas útil verdad en las historias,
Y aprendan de las dos filosofías
  Con que medio se alcanzan las vitorias,
Y se guarda la paz; y al fin que apliquen
El pensamiento á verdaderas glorias.
  Para esto harás que siempre comuniquen
Con tales hombres, que seguramente
A imitar sus costumbres se dediquen.
  Y porque hay enemigos en Oriente
Y en Africa los hay, y el siglo nuestro
Acá produce ocasionada gente;
  Tomen espadas negras, y algun diestro
A enseñarles con modo á herir comience,
(Sólo en aquella facultad maestro).
  Mas al trabajo (el cual si abunda, vence),
Suceda el ócio; pero no tan largo
Que contra la virtud se desvergüence.
  Y así en el ayo que los tiene á cargo
Cubra mas que las canas el bonete,
Sepa ser dulce y si conviene amargo.
  Goce los mismos gages que él decrete:
Que en bien de tus caballos si pagaste
Precio tan excesivo por Hamete;
  No has de juzgar que el ordinario baste,
Para el que de tus hijos traiga cuenta,
A quien como á segundo padre honraste.
  Haz que en sus aposentos no consienta

Un page disoluto; ni allí suene
Cancion de las que el vulgo vil frecuenta.
Cancion que de Indias con el oro viene,
Como él á afeminarnos y perdernos,
Y con lasciva cláusula entretiene.
Al curioso inventor de usos modernos,
Copete y goma, que lo carguen de heno,
Como al buey coceador sobre los cuernos.
El cuadro que no fuere honesto y bueno,
En ningun caso por sus puertas entre,
Porque parece almibar y es veneno.
Y haz que tanto concierto se guarde entre
Sus pages, que un descuido, un desaliño
En bufete ó en silla no se encuentre.
Gran reverencia se le debe á un niño:
En los principios su salud consiste;
Por esto á su observancia le constriño.
Porque en su edad con tanta fuerza embiste
Las sencillas potencias el objeto,
Que ninguna un momento le resiste:
Antes agarran del primer conceto,
Y andan como los ojos de la sierva
Atendiendo á sus manos con respeto.
El vaso nuevo así el olor conserva
Que la primera vez le cupo en suerte,
Ya ministrando á Baco ya á Minerva.
Pues si en lo que le aplican se convierte
Un niño, ¿puede hacerle mayor tiro
Quien de sanos principios le divierte?
Mi opinion es al fin (porque no aspiro
A caminar por senda tan andada,
Formando con preceptos otro Ciro).

Que cuando les conozcas arraigada
Con la eleccion, que al ciego error condena,
La fuerza á proseguir determinada;
Que entonces vengan muy en hora buena,
Para que con su ejemplo nos refrenen
De lo que aqui nos turba y desordena.
Pero si agora en este tiempo vienen,
¿Qué piensas que hallarán sino ocasiones
A donde pierdan el candor que tienen?
¿Qué Fabios toparán, ó qué Cipiones?
¿A qué Lacedemonia los envías
Rígida formadora de varones?
Nuño, si á los leones los confias,
La inocencia una vez sola en su lago
Fue recibida con entrañas pías.
Y así el punto en que lleguen, por aciago
Con carbon nota; como quien confiesa
Que juzga por certísimo su estrago.
Tienen aqui jurisdiccion expresa
Todos los vicios, y con mero imperio
De ánimos juveniles hacen presa:
Juego, mentira, gula y adulterio,
Fieros hijos del ocio, y aun peores
Que los vió Roma en tiempo de Tiberio,
Y los de sus horribles succesores:
Las noches de Calígula y de Nero
Son á nuestros portentos inferiores.
De Síbaris el trato hallo severo,
Su juventud viciosa penitente,
Si con la desta corte la confiero.
Aqui es tenido en poco quien no miente,
Quien paga, quien no debe, quien no adula,

Y quien vive á las leyes obediente:
  Y admitido al honor, quien disimula
En pacífica piel hambre de fiera,
Que con modesto nombre la intitula.
  Pasea el que en su patria no pudiera
Fiarse á su muger, y por insultos
Quebró los grillos y la carcel fiera:
  Religiosos apóstatas ocultos
En mentiroso trage de seglares,
Sediciosos y autores de tumultos.
  De semejantes monstruos, que á millares
Nuestro teatro universal admite,
De príncipes amigos familiares,
  Los nocturnos solaces del convite
En indecentes casas celebrado,
¿Hay aqui autoridad que los evite?
  Pues mira tú si un jóven, frecuentado
De los tales podrá salir modesto,
Aunque de tres aceros venga armado.
  Ninguno fue torpísimo de presto:
Que el agua poco á poco le combate,
Mas cuando acuerda se halla descompuesto.
  Andad acá, señor, que es disparate
Estar leyendo, dice un Ganimedes
Destos que andan perdidos á remate.
  Si habeis venido á estar entre paredes,
Y á no ser visto, claven esa puerta,
Y pongan campanilla, torno y redes.
  Como si no viniese en él cubierta
La mas perjudicial, que le embaraza
La vida y la salud le desconcierta.
  Salen juntos al Prado, que es la plaza

De armas donde la gran reina de Gnido
La gente alista y sus facciones traza.
  Queda el bisoño ya persuadido
A frecuentar los árboles, saeta
De que (sin que lo sienta) quedó herido.
  Los Narcisos lo admiten á la seta
Que mas por randas y almidon suspira
Que por la perdicion de la Goleta.
  Luego que el bozo á dar bigote aspira,
No diré yo si lo arma, ó si lo aflije
Con pegajoso baño de alquitira;
  Ríndese á un fiel Acates, que lo rige,
A cuya risa y voz, que desentona,
Cosa que hubiera de imitar corrige.
  Este á sus meretrices le aficiona,
Y en el error del laberinto ciego
Sin prevencion le empeña y le aprisiona.
  Otro en cuevas sacrílegas de juego,
Donde suenan blasfemias exquisitas
Dignas de celestial vengador fuego.
  Parecen mesas bárbaras de scitas,
Y su estruendo el del címbalo ó tinaja,
Donde habitaba el tarentino Architas.
  Cállase aquí quien forma la ventaja,
La industria del artífice que juega,
Ó la suerte, que yace en la baraja.
  Al fin, cualquier novel que se le allega,
O le reduce la virtud á menos,
Ó alguna grave enfermedad le apega.
  Convídale otro á visitar los senos
Desta gran poblacion, de seda y oro,
Y de pinturas admirables llenos,

Que á ley de ingenio valen un tesoro;
En la de Dios, él sabe lo que cuesta
Leda en el cisne, Europa sobre el toro,
Venus pródigamente deshonesta,
Sátiros torpes, ninfas fugitivas,
Y entre las suyas Cintia descompuesta.
Que las tendria por figuras vivas,
Quien juzgarlo á sus ojos permitiese,
Tanto como las juzga por lascivas.
¡ Mas qué ni un cortés pámpano creciese
El favor del pincel, ni otro piadoso
Velo, que á nuestra vista se opusiese!
En esta sala el genovés vicioso
Bañado en ámbar, las usuras vierte,
Ó en juego ó en convite delicioso.
Tiene nuestra española con tan fuerte
Mágica preso al ligurino bravo,
Que en la lluvia de Dánae lo convierte.
Conservas, que navegan desde el cabo
De Zeylan, toman puerto en su posada,
Sin que Neptuno quiera ser su esclavo.
Y alli en brocado envuelta la casada
Por ignoto portillo introducida,
Del yugo maridal se desenfada.
Su esposo es noble, y ella bien nacida;
¿Pero aquella paréntesis qué importa
En un discurso largo entremetida?
Demas que otra madama, y no de corta
Fortuna, no desdeña el hurto mismo,
Y un grave ejemplo, si no manda, exhorta.
Deste y otros secretos es abismo
El confidente amor de una vecina,

Que nunca ha cometido solecismo.
Esposa fue de un César Mesalina,
Y lámparas de bálsamo dejaba,
Techos de oro en la cumbre palatina:
Y al candil, que en su casa un lenon daba,
Augusta meretriz . . . . . .
. . . . . . por vil precio acariciaba.
Pensó que hurtando el nombre y el postigo
Que abre y cierra á sus cómplices Licisca,
Evitára la infamia y el castigo.
Harto mas cauta á su interes se arrisca
Nuestra Godeña, si al galan secreto
Los cambios por injustos les confisca.
No admiten la moneda del decreto
Su coche, sus tapices y sus galas,
Que presuponen paga con efeto.
No todas estas fáciles zagalas
Lleva tras sí la liviandad del sexo,
Que de otras causas cobran fuerza y alas.
Pues quizá es omision, si no és consejo,
De benignos maridos, y de tias
De sagaz y compuesto sobrecejo.
Reciben al principio unas bujías;
Mas luego anhelan al metal mas grato,
Y en figura de ninfas son harpías.
El mayorazgo es corto, el aparato
Abundante de joyas y de telas,
Para servir al ídolo de ornato.
¿Quién nos dirá (dejadas sus cautelas
Mayores) lo que cuestan sus encajes,
Sus cadenetas, randas y arandelas?
¿Quién las ciegas mudanzas de los trages?

Que yo por no decirlas, ó por solo
No verlas, habitára entre salvages,
A donde miran por Zenith el polo,
Ó en la Barbaria, que hacen no habitable
Onzas y tigres ó el fervor de Apolo.
El ornato á su antojo es variable,
El culto que las bruñe y hace tersas
Las mejillas ni limpio ni mudable.
Ya en los tocados no andan muy diversas
De las bárbaras mitras, que traían
Sobre el cabello las mugeres persas.
En cultivarse unánimes porfian:
El ornato sin causa, y así á bulto,
Hasta las mas honestas lo varían.
Gran diferencia va de ornato á culto,
Este lascivia; aquel soberbia arguye,
De una sola atencion distinto insulto.
La humilde sumision de ornato huye,
Como la castidad deste segundo,
Que del ánimo es cierto que la excluye.
Y si aquel pide perlas á otro mundo,
¿Este para sus baños y sus mudas
Anda menos curioso y vagabundo?
O tú, cualquier que seas, la que sudas,
Arando surcos en los materiales,
Que en la tez natural del rostro engrudas;
Si destilas con esto los metales,
Que taladran las sienes, ¿qué deleite
Ó qué esplendor te infunden baños tales?
¿Goma tenaz y avenenado aceite
Podránte preservar de las arrugas
Que anticipa el abuso del afeite?

¿Qué tan mohina contra Dios madrugas
A enmendarle su hechura, y del espejo
Al arbitrio aquí mojas y allí enjugas?
Y el dedo (ya pincel) curte el pellejo,
Donde extiende con líquidos barnices
Las manchas ó las nubes de un bosquejo.
Risa á la vista, hedor á las narices,
Mentira aborrecible á todo el cielo,
Y á los que dél cayeron infelices.
¿Piensas que añaden gracias al cerbelo
Esas piedras y perlas que le aplicas?
¡Oh siglo atroz de abominable celo!
¡Que monstruos de otros monstruos multiplicas!
¿Qué dijera el severo Tertuliano
A vista de costumbres tan inicas?
¿Cuantas engendra en el distrito humano
Hermosura odorífera ó luciente,
Das al antojo de un adorno vano?
La piedra, que el dragon cria en su frente,
Pones, Lice, en la tuya: ¡oh cuantas veces
Le das sucio lugar no diferente!
Mas las que en los celebros de los peces
Nacieron, ¿no podrán quejarse, viendo
A cuan mas leve casco las ofreces?
Pero al lugar donde salí, volviendo,
Porque de divertido no me acuses
(Bien que no sin gran causa) ya me enmiendo:
Y digo, caro Nuño, que rehuses
Tu gusto, y á tus tiernas palomillas
El vuelo peligroso les excuses:
Que andan muchos azores por asillas,
De cuyas uñas penden los despojos

De otras aves incautas y sencillas.
¿Quién en la corte volverá los ojos
Sin topar un objeto que los venza,
Que abone y acaricie sus antojos?
Es un mañoso engaño, que comienza
Con título de honesto regocijo,
Y entre manos se os vuelve desvergüenza.
El proverbio vulgar corte ó cortijo,
En mi opinion fue loco ó muy blasfemo,
Digno de una mordaza quien lo dijo.
El sábio en medio de uno y otro extremo,
Desengañado, estableció vivienda,
Y es todo lo demas vivirla al remo.
Que en Madrid ni hay paciencia ni hay hacienda
Para vivir al uso; y menos malo
Si aquí esperar pudiéramos la enmienda:
Pero entre los peligros que señalo,
No hay quien sin vicios ande, ó sin la fuerza,
Que los produce todos, del regalo.
Este es voraz, que en recordando almuerza,
Y deja seno para tres comidas,
Aunque por donde entró salga la berza.
El otro entre comadres conocidas,
Que saben mil secretos, reprehende
Entre sus almohadillas nuestras vidas:
Y como ocioso de sus labios pende,
Al blando taburete se acomoda,
Y á los chismes inútiles desciende.
Otro, gastada ya su hacienda toda,
Con Lesbia, hace el postrero desconcierto,
Y la conduce en clandestina boda.
Al panal de sus labios inexperto

Corrió, para lograr la miel primera,
Con risa del que sabe lo mas cierto.
Y el padre, como Cremes por la nuera,
Que tañe y canta, contra el hijo brama,
Aunque al fin se conforma y se modera.
Hay quien modernas invenciones ama,
Peinado siempre y limpio como armiño,
Que su hacienda y su crédito derrama;
Y en perdiendo el dinero, hace desinio
Sobre el de los amigos no advertidos,
En quien por esto tiene predominio.
¿Qué diré del que suelta los sentidos
Solo al olor de la primera rosa,
Y acomoda familias y maridos?
Es gran tesoro aqui una hija hermosa,
Aunque ande con su madre tan asida,
Que sin su voluntad no intente cosa.
¿Y habrá en los que profesan esta vida
Alguno que se precie de amor puro,
Que eleve el alma al dulce objeto unida?
¿Que salga en los alientos del seguro
Pecho, que con fineza heróica ahuyenta
La inclinacion del apetito escuro?
Todo es torpeza, imperfeccion y afrenta,
Que estraga la salud, y en tiempo breve
La vida que en sus gustos apacienta.
Otro verás que á acrecentar se atreve,
Cercado de valientes y crueles,
El número famoso de los nueve.
Al sol nos muestra horrendos sus lebreles,
Bien que á la luna él sabe si acometen
La riña tan ligeros como fieles;

Y para que estos mismos le respeten,
Finge la voz ó bárbara ó robusta,
Porque á inhumanidades lo interpreten.
No de caballos generosos gusta,
Para correr los montes y los valles
Del Belgio helado y de la Libia adusta:
Pero alaba sus brios y sus talles,
Para sacar centellas de guijarros,
Cuando nos desempiedran nuestras calles.
Y no se correrán de andar bizarros
Con rostros opilados y sutiles,
Y quizá de comer cascos de barros.
¿No fuera gran vergüenza ver que Aquiles
Y el gran Hector trataran con ahinco
En estas travesuras femeniles?
En comprar dijes, en feriar un brinco,
Traen cinco sentidos ocupados,
(Si no carecen del comun los cinco);
Y aunque el uso los tenga disculpados,
Pero saben tan poco de otras cosas,
Que es risa (antes dolor) ver sus cuidados:
Sus motes, sus empresas amorosas
(Honor de sus adargas en las fiestas)
Te lo dirán, si examinarlas osas:
Ó en la ocasion urgente sus respuestas
Envueltas en sofística doctrina,
Aun á los nuevos lógicos molestas.
Discrecion que, afectada, determina
La voz antes pacífica en su quicio,
Primero aguardaré una culebrina.
¡O cuantos hallarás que (á su juicio
No influyen otras partes esenciales

En la nobleza, que ignorancia y vicio!
¿No ves llorar las artes liberales,
(Que este nombre les dieron, porque en ellas
Se ejercitaban hombres principales)
De que hagan sacrilegio el recogellas,
Ni en un zaguan? Y asi como en extraña
Region vierten en vano sus querellas.
El gran Cipion solia en la campaña
Peleando, oponerse al sol y al hielo,
Como lo saben Africa y España.
Y se preciaba de saber del cielo
Causas y efectos, y la agreste ciencia
Que fructífero vuelve el rudo suelo.
Los triunfos que adquirió en su adolescencia
Vió Roma; y en el cómico proscenio
Por él edificado, su elocuencia:
Con quien sus convidados Lelio y Enio,
Al tiempo que en la olla hervian las coles,
Conferían en pláticas de ingenio.
Y entre nuestros preciados españoles,
No robustos ni dados al trabajo,
Ni curtidos por hielos ni por soles;
El que con traza escribe es hombre bajo,
Y estiman por ilustre al que figura
Por letras unos pies de escarabajo,
Que el diablo (á quien semeja su escritura)
No las descifrará, si en quince dias
Con diabólica industria lo procura:
Sus caractéres son, pero vacias
Señales; y asi no las interpretes,
Como ellas lo merecen, por impías.
Mas piensa la frialdad que en sus billetes

Desta letra verá madamisela,
Qué vocablos trocados, qué juguetes!
Anda el confiadillo en centinela
Por lograr un conceto ó dicho bueno;
Y alábolo, si en esto se desvela:
Pero vino á acostarse el vientre lleno
De pabo, y el celebro se le abrasa
Del gran licor que se avivó al sereño.
Porque hizo media noche en cierta casa:
Hubo mimos, bailó la histrionisa,
(Turba, que en fiesta las tinieblas pasa).
Duerme, y antes que pida la camisa,
Ya son las doce, y pasará buen rato,
Y perdone el precepto de la misa.
¡Pues cuan digno es de ver el aparato,
La priesa y ceremonia que anda entre ellos,
Cuando se está vistiendo el mentecato!
Un ministro le crespa los cabellos,
Mientras que el otro allá formas inventa
(Mas que las del panal) de abrir los cuellos.
Di, ¿el brasero y los hierros que calienta,
No le condenarán por cirujano
Que apercibe cauterios, legra y tienta?
Todos andan vistiendo á don Fulano,
Porque él de flojo y lánguido no puede
A tales usos alargar la mano:
Ó piensa que es grandeza, y finge adrede
No saberse vestir; porque el aseo
Solamente á los siervos se concede.
Pone el rostro á lo Turco ó Nabateo,
Mostachos y aladares se perfila,
(Que es belleza tener algo de feo).

Luego su Consejero ó su Sibila,
¡Qué calumnias, qué pláticas secreto
En sus orejas fáciles destila!
Háblale ó con denuedo ó sin respeto,
(Dominio viene á ser mas que privanza,
Que tiene mas de un Príncipe sujeto),
Y como ejecutor de su esperanza,
(Odio comun de los demas criados)
A todos sus antojos se abalanza.
Pero su industria es tal, que los pescados,
Como á su Antonio los sirvió Cleopatra,
Del agua se los da en la red guisados.
Traza el empeño á cambio, la mohatra
En el ayre acomoda, y siempre flecha
Al que en las mismas aras idolatra.
Y aunque á su dueño el corazon le estrecha
Por una parte la molesta usura,
Por otra á nuevas fraudes se pertrecha.
Al son de los doblones asegura
Con las fuerzas que pide al que los presta,
Y se deja enlazar de la escritura:
Que la tardanza sola es la molesta,
Y asi con sus privados clandestinos,
A vista de la cédula hace fiesta:
Como de algun electo los sobrinos,
Que arribando las bulas, que tardaban,
Besan aquellos sacros pergaminos.
Pues ver cuando los plazos se le acaban,
Con qué cauto desvío arma la treta,
A los que antes sin ley lo desarmaban:
Que si engañado el acreedor le aprieta,
Por mas que le persiga diligente,

Le entretiene, le burla y le sujeta;
De suerte que agraviado y obediente
Le da otros plazos y contemporiza,
Aunque conoce que otra vez le miente:
Y cuando á judicial rigor le atiza,
Le ruega y turba; y del concierto escrito,
Proteo en formas mil se le desliza.
En efecto, en la ley de su apetito
No hay palabra, no hay fé, no hay gentileza;
Antes, cobrando fuerzas del delito,
No atiende mas á fueros de nobleza,
Que un Juez pesquisidor, que acelerado
Se opone á Dios y á la Naturaleza.
Destos niños Madrid vive logrado,
Y de viejos tan frágiles como ellos,
Porque en la misma escuela se han criado:
Que cuando el tiempo, al fin, para vencellos
Con no previsto ivierno se incorpora,
Sus barbas plateando y sus cabellos;
Este les pone luto, aquel los dora
Con fuego baño y peine fementido,
Resistiendo á la fuerza vencedora,
Como si fuera injuria haber vivido,
Ó al sol pudiesen detener las riendas,
Ó infundir en sus ánimos olvido.
Ni á vosotras, ó tocas reverendas,
Autoridad y norte de la casa,
Ha de negar mi musa sus ofrendas.
Por vuestras manos su comercio pasa,
Los lechos conyugales y aun las cunas
Mancilla vuestra industria, ó las abrasa.
El agraz virginal de las alunas

En las prensas arroja aun no maduro,
Sin aguardar tardanzas importunas.
Descoyunta el candado, humilla el muro,
En la familia toda infunde sueño,
Introduce al adúltero seguro.
Ni un fiel ladrido, ni un rumor pequeño
A su eficaz superstición se opone,
De las potencias absoluto dueño.
Pero no he de negar, que aunque aficione
La inclinacion al gusto, hay otra rueda
Superior, que esta máquina compone:
La grave autoridad de la moneda,
Del áspero desden nunca ofendida,
Porque jamas oyó respuesta aceda.
Arbitro de la muerte y de la vida,
Que fisga del valor y del derecho,
Porque del trato humano se despida.
Y así todo es venal, no hay sano pecho:
Cada cual Epicuro ó Aristipo,
Su deleite pretende ó su provecho:
Si tú pudieses ver, como el Menipo
De Luciano, en los ayres sostenido,
Cuando hierve esta corte de Filipo;
De su desórden, tráfago y rüido,
Sin otros argumentos importantes,
Quedarias asaz persüadido.
Como aqui de Provincias tan distantes
Concurren ó por gracia ó por justicia,
Diversas lenguas, trages y semblantes;
Necesidad, favor, celo, codicia
Forman tumulto, confusion y priesa
Tal, que dirás que el orbe se desquicia.

Tropel de litigantes atraviesa,
Con varias quejas, varios ademanes,
Sus causas publicando en voz expresa.
Entre mil estropeados Capitanes,
Que ruegan y amenazan todo junto,
Cuando nos encarecen sus afanes;
Los vivanderos gritan, y en un punto
Cruzan entre los coches los entierros,
Sin que á dolor ni horror mueva el difunto.
Las voces, los ladridos de los perros,
Cuando acosan la fiera, aqui resuenan,
Y aquí forjan los Cíclopes sus hierros.
Todos esperan y discordes penan,
Segun la disonancia de los fines,
Y prosiguen lo mismo que condenan.
Mas dirás, que no todos son rüines,
Que entre los vicios las virtudes nacen,
Como entre yedras rosas y jazmines.
¿Pues eso no está claro? Que aunque yacen
Sordas, tal vez avivan las acciones,
Y á su nobleza misma satisfacen.
Mas básteme mostrar las ocasiones,
Y peligros, que vencen las mas veces,
Y el grande riesgo á que tus hijos pones.
Y digo al fin, que sí los aborreces,
Y no admitiendo el parecer segundo,
Constante en el primero permaneces;
Que si en tu casa hay pozo bien profundo,
Ó alta ventana, allá los precipita:
Que en los castigos no desplace al mundo
Quien por clemencia el mas horrendo evita.

EPÍSTOLA.

Yo quiero, mi Fernando, obedecerte,
Y en cosas leves discurrir contigo
Como quien de las graves se divierte.
  Por lo cual será bien que las que digo
No salgan fuera del distrito nuestro,
Que al fin van de un amigo al otro amigo.
  Y no soy tan soberbio ni tan diestro
En dar preceptos, ni advertir enmiendas
Que aspire á proceder como maestro.
  Digo, pues, que me place el ver que atiendas
Tanto á las filosóficas verdades,
Que siempre de sus órdenes dependas.
  Pero que alguna vez te desenfades
De aquel rigor, y el gusto no apremiado
Se cebe en mas benignas facultades.
  Que si ellas guardan su nativo agrado,
No será menester que lo compelas
A seguir lo que yo le persuado.
  Que allí no hay que ocurrir á las cautelas
Que por ventura un tiempo ejercitabas,
Como lo enseñan hoy nuestras escuelas;
  Cuando pará probar tu intento andabas
Afilando entimemas, que volantes
Salen de las dialécticas aljabas:
  Porque á lo ya pacífico levantes
Por diversion el gusto con las nueve
Piérides ingenuas y elegantes.
  Y la cansada historia que nos debe,
A pesar de la muerte, ejemplos vivos

Por los vestigios de la edad te lleve.
  Y saliendo despues de sus archivos,
Al poético ardor se ofrezca el pecho
Dispuesto á pensamientos mas altivos.
  Esta excelente inclinacion sospecho,
Sin que preceda rigoroso examen,
Que es la que mas te deja satisfecho.
  Síguela pues: por mas que la desamen
La inconsideracion y la fortuna,
No aflijas con violencia tu dictamen.
  Y cuando en la sazon mas importuna
Sigue aquel en la selva unos ladridos
Al resplandor escaso de la luna;
  Y el otro rinde al juego los sentidos,
Ó en indignos sugetos que no ignoras
Andan nuestros patricios divertidos;
  Tú, retirado las nocturnas horas,
Escribe á vigilante lamparilla,
Ó en la estudiosa luz de las auroras,
  Contra el rapaz que la razon humilla
Remedios nuevos, con primor juntando
En los versos deleite y maravilla.
  Y si te instiga mas, dulce Fernando,
La fama de magnánimas acciones,
Costumbres y provincias explorando;
  Ó si á canto mas digno te dispones,
Inquiriendo el concurso de los siete
Planetas y sus varias impresiones;
  Resuélvete al designio y acomete,
Que á seguir sus estímulos resueltos
El orbe encerrarás en tu retrete.
  Pero si no te hallares desenvuelto

En consonar nuestro lenguage, fia
La empresa al generoso verso suelto:
  Porque la libertad de la armonía,
Como solo sus números respeta
De emparentar las voces se desvia.
  Y el que atiende á la parte mas perfeta,
Ponderando y midiendo consonantes
A ridiculo estorbo se sujeta.
  El ser forzoso que apercibas antes
Lo menos sustancial verbos y nombres
Que suenen con acentos semejantes;
  Y que si ha de acabar la estanza en nombres,
Como si te mostrase alguna fiera,
Diga el verso anterior que no te asombres.
  Por esto apenas oyes rima entera
Con ambas partes fáciles y llanas,
Y excluyes por ociosa la primera:
  Como para guisar palustres ranas,
Que sospechoso el cuerpecillo todo,
Las piernas solo nos ofrecen sanas.
  Y cuando aplaya el Nilo, de este modo
Causa el fecundo sol generaciones
En las grasezas del informe lodo:
  Que organiza los húmedos terrones,
Escarban ya los pies, gruñen las testas,
Sin darles forma entera de ratones.
  Desde que llevan consonante á cuestas
Miran su trabazon los versos ruda,
Con voces no importantes ni dispuestas.
  Concedo que á las veces nos ayuda
Y apoya la sentencia si lo ablanda
El arte, ó á mejor lugar lo muda.

La fuerza del dinero ó sirve ó manda,
Y la del consonante, que igualmente
Por uno de estos dos extremos anda.
Mas quien por una cláusula elocuente,
Para un final escrita de antemano;
Pasa inculta la parte precedente;
¿En qué se diferencia de un tirano,
Que por medios injustos encamina
Alguna utilidad del trato humano?
Perezca la política doctrina
Que por sacar de la maldad ganancia
La ley de las virtudes arruina.
Pero si acomodar la consonancia
Con liberalidad ó con miseria,
Es en las rimas caso de importancia;
El escritor abunde en la materia,
Para que se le vengan á la pluma
Cuantas palabras vuelan en Iberia,
Mas el furor nativo no presuma
Reducirlas á número y concierto
Sin sumo estudio y sin industria suma.
Homero en estas ondas tan experto,
Que sobre trozos de animosas naves
Responde como oráculo en el puerto,
Para ser mas acepto á las suaves
Musas, surcó primero luengos dias
Profundos golfos de otras ciencias graves.
Si tú para las dos filosofias
Ya por Platon, de Sócrates conoces
Las siempre misteriosas ironías;
Y prender te dejaste de las voces
Con que suele el sutíl Estagirita

Dar caza á los espíritus veloces;
Por esta docta antigüedad escrita
Deja correr tu ingenio, y sin recelo
Conforme á su eleccion roba ó imita.
Suelta despues al voluntario vuelo
Pomposa vela en golfo mas remoto
Que no descubra sino mar y cielo:
No navegante ya, sino piloto
Intrépido á las olas insolentes,
Tanto como á los ímpetus del Noto.
Quiero decir que cuando en los corrientes
Métodos varios te hayas dado filos,
Con destreza ya propia los frecuentes.
Porque los dos genéricos estilos
Mas de un naufragio nuevo nos avisa
Que no por frecuentados son tranquilos.
Obliga el uno á brevedad concisa,
Que aunque la demasiada luz desama
Precia la elocucion peinada y lisa;
Y no solo el honor del epigráma
Recibe calidad de este preceto,
Sino la lira con que amor nos llama:
El trágico favor puesto en aprieto,
Y la sátira en este caso amiga
Siempre del panegírico perfeto.
El émulo de Píndaro lo diga,
Por quien Venosa el título recibe,
Que á venerar á Tebas nos obliga.
Y en el romano autor, que en prosa escribe,
Desde que falleció su Augusto, anales,
El compendioso laconismo vive.
Á Trajano sus dotes inmortales

Refiere Plinio en este acento puro;
Sin voces tenebrosas ni triviales.
De las primeras ¿quien corrió seguro,
Si el Presbítero docto de Cartago
Aspirando á ser breve quedó escuro?
Mas quien el genio floreciente y vago
De Séneca llamó cal sin arena
No probó los efectos de su alhago.
No niego yo que de sentencias llena
La agudeza sin límites congoja,
Y al rigor con que hiere nos condena,
Como la nieve que granizo arroja
Sobre esperanzas rústicas floridas
Que aquí destronca, y acullá deshoja.
Y al golpe de las recias avenidas
Mira el cultor su industria defraudada
Que yace entre las ramas esparcidas.
La fuerza que nos venga arrebatada
En esta brevedad yaculatoria
Si quieres que deleite y persuada;
Aunque por ambicion de mayor gloria,
Fleche cada palabra una sentencia,
Y obre cada sentencia una victoria.
Que en el segundo estilo hay elocuencia,
Que entre la igual corriente del progreso
Anima su fervor con la frecuencia:
Y en su mediocridad lleva gran peso,
Pues sin que lo envilezca ni lo encumbre,
Le suele dar mas próspero suceso.
Pruébase por razon y por costumbre,
Que aunque no influye en término tan breve,
Insta con mas vigor la mansedumbre:

Como en invierno descender la nieve
Tan sosegada vemos, que al sentido
Parece que ni baja ni se mueve;
Pero en valles y montes recibido
De la cándida lluvia el humor lento,
Los cubre y fertiliza sin ruido.
Con la perseverancia de este aliento
Canta Homero las iras juveniles,
Y el orbe escucha atónito ó atento.
Y Maron los afetos pastoriles,
El culto agreste, y el varon Troyano
Que el cielo arrebató al furor de Aquiles.
Èste que llama el vulgo estilo llano
Encubre tantas fuerzas, que quien osa
Tal vez acometerle suda en vano.
Y su facilidad dificultosa
Tambien convida, y desanima luego
En los dos corifeos de la prosa.
Fulmina la retórica del Griego;
Pero desata aquel vigor divino
En la igualdad frecuente con sosiego.
No menos el Demóstenes Latino
Para cuya riqueza usurpa el oro,
Que nació en minas Áticas, Arpino.
Yo ha mucho que lo hurté para el decoro
De algun poema, y hecho el aparato
Me asenté sobre el arca del tesoro.
Porque me profanó el cuidado ingrato
De gran causa civil, á pesar mio,
Y es menester purgarme de su trato.
Que al fin no sufre la altivez de Clío,
Que canto venerable se medite

Sino en la soledad de su desvío.
  Demas de esto, no falta quien me incite
Á que, si ornarme de laurel deseo,
Los números latinos ejèrcite;
  Porque gusta de ver aquel museo
La ostentacion del dáctilo gallarda
Tropellar la quietud del espondeo.
  Y cuando aquel prosigue y éste tarda,
Mas gracia de esta priesa y deste espacio
Que de los pies de nuestro verso aguarda.
  Mas yo sé bien el sueño con que Horacio,
Antes el mismo Rómulo me enseña,
Que llevar versos al antiguo Lacio,
  Fuera lo mismo que á los bosques leña,
Y trastornar en Betis ó en Ibero
Una vasija de agua muy pequeña.
  Nuestra patria no quiere, ni yo quiero
Abortar un poema colecticio
De lenguage y espíritu extrangero:
  Pues cuando me quisiera dar propicio
Maron para su fábrica centones,
¿Quien sabe cual surgiera el edificio?
  Con mármoles de nobles inscripciones,
(Teatro un tiempo y aras) en Sagunto,
Fabrican hoy tabernas y mesones.
  Ya me parece, pues, que al mismo punto
Que me retiro á vida libre y sola,
Imitaciones y advertencias junto.
  Y que mi Musa fiel, como española,
A venerar nuestras banderas viene,
Donde la religion las enarbola.
  Que en los silvosos montes de Pirene,

En ningun tiempo infieles ni profanos,
Las espadas católicas previene:
  Para que las reciban de sus manos
Los heroes, que escogió por lidiadores
Contra los escuadrones Africanos:
  Cuando por dar señal de sus favores
Sobre uno de los árboles, fué vista
Cándida Cruz vibrando resplandores.
  Con lo cual dió principio á la conquista
El Rey, en los fervores de la guerra,
Por su velocidad llamado *Arista;*
  Porque al ímpetu horrible con que cierra
Como de flor de sacudidas ramas,
Se cubre de arcos púnicos la tierra.
  Acero en limpias órdenes de escama
Teje á nuestros campeones las lorigas,
Que ilustradas del sol arrojan llamas.
  Y en ambas huestes fieles y enemigas
Héctores, Turnos, Nisos, Telamones
Ejercitan las bélicas fatigas:
  Ni con esfuerzo de ínclitos varones
Faltáran otras vírgenes guerreras
Como en Frigios y en Tuscos escuadrones.
  Aquí verás Pentesileas fieras,
Camilas fuertes, que dejada el arte
De Aracne, siguen trompas y banderas.
  Ni caerá ocioso el arco en esta parte,
De cuyos tiros nacen los deseos
Con que amor solicita el mismo Marte.
  Los ramos de los robles pirineos
Desgajará el honor de las hazañas;
Y en tanto que lo viste de trofeos,

Sonará el abolorio en sus montañas
Progenitor de tantos graves nietos,
Que hoy veneramos en las tres Españas.
No guardaré el rigor de los precetos
En muchas partes, sin buscar excusa
Ni perdon por justísimos respetos.
Y si algun Aristarco nos acusa,
Sepa que los precetos no guardados
Cantarán alabanzas á mi Musa:
Que si sube mas que ellos ciertos grados
Por obra de una fuga generosa,
Contentos quedarán y no agraviados.
Asi habrás visto alguna ninfa hermosa
Que desprecia el ornato ó le modera
Quizá con negligencia artificiosa:
Que es mucho de hermosura verdadera
A veces consultar con el espejo,
Mas por la adulacion que de él espera,
Que por necesidad de su consejo.

FRAGMENTO DE OTRA EPISTOLA.

Apólogo de los dos ratones.

Quiero oponerme al tráfago injurioso.
Causador de improvistas turbaciones,
Para que no me asalten el reposo.
Aquello de los dos cautos ratones,
Que en Horacio con gusto habras leido,
Oye, aunque el repetirlo me perdones.
Rústico vivió el uno, y conocido
Del otro, al cual, si bien fue cortesano

Le convidó en su campo al pobre nido.
Y siendo escaso, ó próvido el villano
A conservar su provision atento,
A honor de huesped alargó la mano.
Derramó sus legumbres, bastimento
De que guardaba su despensa llena,
Y los trozos de lardo macilento.
De pasas, de garbanzos y de avena,
Ufano entresacó lo mas reciente,
Y con los labios lo sirvió en la cena.
Mas hecho el cortesano á diferente
Gusto, de sus manjares fingió agrado
Y probó algunos con soberbio diente.
En paja muelle entonces recostado
(Próspero lecho) el gran raton yacía
Dueño de aquel vivar afortunado:
Que royendo unos tronchos se abstenia
De lo bueno, queriendo que el cortijo
Se acreditase con la demasía.
Al cual, riendo, el cortesano dijo:
¿No me dirás, amigo, por qué pasas
La vida en este mísero escondrijo?
¿Antepones las selvas á las casas,
Y al sabor de los mas nobles manjares
Unas legumbres débiles y escasas?
Ruégote que este yermo desampares:
Vente conmigo á mejorar tu suerte
Donde venzas los últimos pesares.
Que todos somos presa de la muerte,
Y cuanto ella mas lazos apercibe,
Con mas cautela el sabio los divierte.
Este, pues, breve espacio que se vive,

¿Quién tan sin arte sirve á su destino
Que de alimento substancial se prive?
  Persuadido con esto el campesino,
Sale tras él por el boscaje escuro,
Y hácia la corte siguen el camino.
  Llegados entran por el roto muro,
Y en casa de uno de los mas felices
Magnates se pusieron en seguro:
  En cuyos aposentos los tapices
Por la paciencia bélgica tejidos,
Mostraban sus figuras de matices.
  Sobre los lechos de marfil bruñidos
Los carmesíes adornos de la China,
A la púrpura tiria preferidos.
  Aquí el raton campestre se reclina,
Y sin que el caro amigo se lo evite
La cuadra y sus adornos contamina.
  Y en los platos, reliquias de un convite,
Que una fiel mesa le ofreció, procura
Que el vientre de su ayuno se desquite.
  Muy hallado tras esto la figura
Hace de alegre huesped, discurriendo
Por la pieza con libre travesura.
  Pero cesó el placer por el estruendo
Con que cierran las puertas principales,
Por no esperado entonces, mas horrendo.
  Los canes luego (honor de los umbrales)
Como acostumbran con ladridos altos,
De su fidelidad dieron señales.
  Aquí de tino los ratones faltos,
Huyen hasta subir por las paredes,
Y ambos cayendo, chillan y dan saltos.

Mas luego el campesino, tú que puedes,
Le dice al cortesano, llevar esto,
Podrá bien ser, que en tu vivienda quedes:
Que yo á tentar la fuga estoy dispuesto,
Y con celeridad tan proseguida,
Que á mi quietud me restituya presto;
Donde no hay asechanza que la impida:
Por incapaz del trato, ó por indigno,
Volveré á la escaseza de mi vida.
Todo cuanto me ofreces te resigno:
Con tu abundancia á tu placer te dejo
Por un hoyo sin luz, pero benigno.
Este el suceso fue, y éste el consejo
Que yo venero, con haberle dado
Un tímido y silvestre animalejo.

SONETOS.

1.

Ya el oro natural crespes ó extiendas,
Ó á componerlo con industria aspires;
Lucir sus lazos ó sus ondas mires,
Cuando libre á tus damas lo encomiendas:
Ó ya, por nueva ley de amor, lo prendas
Entre ricos diamantes y zafires,
Ó bajo hermosas plumas lo retires,
Y el trage varonil fingir pretendas:
Búscate Adonis por su Venus antes,
Por su Adonis te tiene ya la Diosa;
Y á entrambos los engañan tus cabellos:
Mas yo en la misma duda milagrosa,

Mientras se hallan en tí los dos amantes,
Muero por ambos, y de celos de ellos.

II.

Díme, Padre comun, pues eres justo,
¿Por qué ha de permitir tu providencia
Que, arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude á tribunal augusto?
¿Quién da fuerzas al brazo, que robusto
Hace á tus leyes firme resistencia;
Y que el celo, que mas las reverencia,
Gima á los pies del vencedor injusto?
Vemos que vibran victoriosas palmas
Manos inicas; la virtud gimiendo
Del triunfo en el injusto regocijo.
Esto decia yo, cuando riendo
Celestial ninfa apareció y me dijo:
¿Ciego, es la tierra el centro de las almas?

EPIGRAMAS.

I.

Viéndose en un fiel cristal
Ya antigua Lice, y que el arte
No hallaba en su rostro parte
Sin estrago natural;
Dijo: hermosura mortal,
Pues que su orígen lo fue,
Aunque el mismo amor le dé
Sus flechas para rendir,
Viva obligada á morir;
Pero á envejecer ¿por qué?

II.

Cuatro dientes te quedaron,
(Si bien me acuerdo) mas, dos
Elia, de una tos volaron,
Los otros dos de otra tos.
Seguramente toser
Puedes ya todos los dias,
Pues no tiene en tus enoías
La tercera tos que hacer.

NOTICIA

DE LOS ARGENSOLAS.

Lupercio nació en la ciudad de Barbastro en 1563: estudió filosofía y leyes en Huesca, y despues en Zaragoza historia, elocuencia y lenguas. Vino por los años de 1585 á Madrid de secretario del duque de Villahermosa, y al instante se hizo conocer por sus talentos. En Madrid compuso las tres tragedias *Filis*, *Isabela* y *Alejandra* representadas con sumo aplauso, si creemos á Cervantes. La viuda del emperador Maximiliano II le hizo su secrecretario, y su hijo el archiduque Alberto gentil-hombre de su cámara. Este nuevo empleo le obligó á fijarse en Madrid, cuando á poco despues, entrando á reynar Felipe III, se le nombró cronista del reyno de Aragon. En cumplimiento de este encargo emprendió escribir los Anales de aquel pais, y aunque llegó á tener bastante adelantado este trabajo, se ignora si le concluyó y qué paradero tuvo.

Entonces vivia en Zaragoza entregado al estudio y á los placeres del campo: mas vuelto á Madrid á tiempo que el conde de Lemus partia de Virey á Nápoles, se le llevó de secretario del vireynato; en cuyo empleo vivió Lupercio hasta el año de 1613, que fue el de su muerte, acaecida en Nápoles, teniendo cincuenta de edad. Su crédito y los aplausos que disfrutó como hombre público, como literato y poeta fueron muy grandes. Se ignora por qué capricho quemó en una ocasion todos sus versos; habiendo quedado solamente los que estaban en poder de sus amigos, impresos despues con las poesías de su hermano.

Bartolomé Leonardo de Argensola, un año mas jóven que su hermano Lupercio, siguió la carrera eclesiástica, y puede decirse que en todo lo demas fue comun la suerte de los dos. Unos fueron sus estudios: al influjo de su hermano debió ser rector de Villahermosa y capellan de la emperatriz, y seguir á Nápoles al conde de Lemus. Muerto Lupercio, debió al pontífice un canonicato de Zaragoza, y á los estados de Aragon que le nombrasen cronista del reino. Dedicado al estudio y al retiro vivió en aquella ciudad hasta el año de 1633 en que murió de setenta y cuatro de edad. Sus obras son la *Historia de las Malucas* publicada en 1610, los *Anales de Aragon* impresos en 1630, y las *Rimas* recogidas y publicadas por el hijo de Lupercio juntamente con las de éste en 1634.

POESIAS

DE D. ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS.

IDILIO.

Dafne. Dametas. Poeta.

POETA.

Viniéronse á juntar Dafne y Dametas,
Pastor de cabras uno, otro vaquero;
Mientras las unas pacen inquïetas
Y las otras el sol huyen severo,
Cuales por las roturas mas secretas,
Y cuales, al soplar cierzo ligero,
Por las amenas sombras distraidas,
Con paz gozadas, con piedad movidas.
Era robusto, sí, Dafne y mancebo
Al ejercicio duro entonces dado,
Dametas mozo, pero no tan nuevo
En el oficio de guardar ganado:
Rigen cayados de taray y acebo,
Y cada cual sombrero coronado
De acebuche y laurel, y al cabo de ellos
Zurrones pardos sobre blancos cuellos.
La floja ociosidad, y el grave estío
De la pesada siesta, entonces grave:
El susurrar de céfiro y el rio,
Fresca la sombra, querellosa el ave:
La vacada extendida, y el cabrío
Aun no cansado de pacer suave,

En Dafne ocasionaron voz dispuesta,
Y en Damètas despues voz y respuesta.

DAFNE.

¿No ves, o Polifemo, como tira
La blanca Galatea á tu ganado,
Con muestras de retozo, no de ira,
Manzanas libres desde el mar salado?
Vuelve gigante, pues, el rostro, y mira
Con cuanta desnudez, con cuanto agrado
Del pecho de cristal perlas derrama,
Y con su boca de coral te llama.
Llámate duro y amador grosero:
Y tú, cantando al son de tu cicuta,
Mísero no la ves; antes austero
Huyes el cuerpo á la tirada fruta:
Solo tu mastinillo lisonjero
La sigue jugueton, que se reputa
Por digno del favor de Galatea;
Y ella se lanza al mar, y él la rastrea.
Pero ya desde allá vuelve lozana,
Como el acanto en medio del Estío,
Cuando las verdes hojas engalana,
Cuando al fin de arrebol purpúra el brio:
Ella pues, bien quisiera serte humana,
Sin darte á conocer su desvarío:
Que en las cosas de amor siempre acontece
Que lo que no es hermoso lo parece.
Respetos vence, y honras destituye
Solo por conmover tu pecho duro:
Y si otras veces tus alhagos huye,
Hoy les promete paces de seguro:
Postra pues esta vez, postra y destruye

Las altiveces de su enhiesto muro:
Que amor al que se atreve da saetas: —
Pero escuchad al bárbaro en Dametas.

DAMETAS.

Víla, no hay duda, víla, cabrerizo,
Sí, por el Pan que rige mi manada,
Desde el instante que en mis cabras hizo
Tiro burlon con fruta colorada;
Y aunque su desnudez me satisfizo,
No por eso de mí será obligada:
Que la miré, no hay duda, y con deseo;
Sí, por el reluciente con que veo.

Sol de mi frente, que será en mis dias
Luz á mis pasos, lumbre á mi camino,
Si ya no son verdad las profecías
Del mísero Telemo el adivino:
Que plegue al cielo que en sus canas frias
Se vengue el ódio del infausto sino,
Y desmintiendo el juicio de Telemo,
Ciegue á sus hijos, deje á Polifemo.

Soy, si me adviertes, cuerdo enamorado,
Y en extremo sagaz, pues porque sea
De su loca pasion mas estimado,
Desden hago al amor de Galatea:
Zelos la doy, y finjo que el agrado
De Kénife me abrasa y me espolea:
Celebro su hermosura, y ella entonces
Pierde el color, y queda cual los bronces.

Otras veces rabiosa con los celos
Sale del hondo mar, como la loba
Que va desalentada á sus hijuelos
En busca del villano que los roba:

Luego mis hatos escudriña, y vé los
Negros rincones de mi parda alcoba;
Y yo por mas encarecer su yerro,
Hago al descuido que la ladre el perro.
  Ella con esto se halla tan rendida
De la tierna pasion que Venus labra,
Que ya esté vergonzosa, ya rendida,
Agora cele, agora se desabra,
Siempre busca mi amor de amor herida,
Como el cabrito el paso de la cabra
Cuando en el monte con furor violento
Oye la rama sacudida al viento.
  Verás que ya el regalo, ya el mensage
Me envìa cuidadosa, á quien yo luego
Cierro las puertas, dándole hospedage,
Si no á su amor, á la aficion que niego:
Otras veces al fin digo á su page,
Que si pretende mejorar su fuego,
Jure de darme por Neptuno y Doris
Fin á mis gustos, gusto á mis amores.
  Y que en la siempre verde cabellera
De ésta, que miras, vega caudalosa,
Me mulla lecho conyugal siquiera,
Pues hijo soy de dios, si ella es de diosa.
Con esto parte el nuncio y se alijera;
Y aunque, cual virgen, la halla vergonzosa,
Rayo que Venus despeñó en mi seno,
Bien sé que en ella sembrará veneno.
  No soy tan fiero, no soy tan deforme
Como dicen de mí los que me afean;
Antes al buen dictamen soy conforme,
Si las aguas del mar no lisonjean:

Donde una siesta, cuando mas enorme
El sol las dora, y ellas le platean,
Pude mirarme bien, porque su espejo
Del rostro que me hurtó sacó un reflejo.
Vime robusto en él, no femenino,
Y aunque robusto, por extremo hermoso,
Erguido como el álamo y el pino,
Y mas que el ciervo corredor brioso:
Pero del suelto que á mis manos vino,
Aunque ayer era céfiro gancoso,
La de Zeusipo mal casada nueva
Gozó una espalda y la cabeza entera.
Vime este sol tambien, que es por Apolo
Igual al que de luz nace en Oriente:
Solo le tengo porque aquel es solo,
Y esto conviene al cielo de mi frente:
No peino crin, no cejas alcoholo,
Pero de barba y crin hago un torrente
Que desgajado por espalda y pecho,
Con ser inmenso mar, les vengo estrecho.
El blanco diente que alimenta y cria
El elefante asiático y tardío,
Negro parece mas que noche umbría
Si llega á compararse con el mio:
Y porque de Kotítaris sábia
Una leccion que tengo á desvarío,
Al mirarme tan plácido y sereno,
Luego tres veces me escupí en el seno.

POETA.

Esto apenas cantó Dametas, cuando
Dafne besó su faz, y él á su beso
Respondió con abrazos, engendrando

Amor en ellos amoroso exceso:
Y cual su flauta á cítara trocando,
Poco á poco se van del monte espeso,
Con su vacada el uno al fresco rio,
Y el otro á su redil con su cabrío.

ODAS.

I.

En alabanza de Garcilaso.

Si al apacible viento,
Eterno huesped de este prado umbrío,
Regalado instrumento,
Dulce tal vez, y secretario mio,
Hemos cantado á solas
Tú dulces ojos, yo sangrientas golas;
Ea, de aquel famoso,
De aquel ilustre mayoral cantemos,
Que con pie generoso
Pisó del Tajo márgenes y extremos,
Hasta que la Garona
Le vió blandir las armas de Belona.
¡Cuan cubierto de acero
El aquitano conoció sus brios
En el asalto fiero,
Y desatando manantiales rios
De galicanas venas,
Murallas inundó, coloró almenas!
Mas luego que al soriego
Del trance duro retiraba el brazo,

Venus le ardia en fuego,
Dócil al yugo, facil al regazo,
Y él cantaba su espuma
Tomando ora la espada, ora la pluma.
Asi como solia
Al apararse de su voz postrera
El cisne que á porfia
Aguas paró del Istro en la ribera,
Que fueron á sus males
Rocas de yelo, ó yelos de cristales.
Bien lo dirá la fuente,
Dígalo amor tambien, que amor lo sabe,
Si cuando en su corriente
Cantando á veces tierno, á veces grave,
Maldijo su fatiga,
Y el casto engaño de su dulce amiga.
Mas ¡ay! detente un poco,
Detente, lira, pues que aqui Salicio
Desalentado y loco,
Cuerdo en perder entonces el juicio,
Tambien paró su canto,
Colgó su lira y empezó su llanto.

II.

Al Céfiro.

Dulce vecino de la verde selva,
Huesped eterno del Abril florido,
Vital aliento de la madre Venus,
Céfiro blando;
Si de mis ansias el amor supiste,
Tú, que las quejas de mi voz llevaste,

Oye, no temas, y á mi ninfa díle,
Díle que muero.
Filis un tiempo mi dolor sabia,
Filis un tiempo mi dolor lloraba,
Quísome un tiempo; mas agora temo,
Temo sus iras.
Asi los dioses con amor paterno,
Asi los cielos con amor benigno
Nieguen al tiempo, que feliz volares,
Nieve á la tierra.
Jamas el peso de la nube parda,
Cuando amanece en la elevada cumbre,
Toque tus hombros, ni su mal granizo
Hiera tus alas.

CANTILENAS Y ANACREÓNTICAS.

I.

Como rosa que nace
En el jardin cercado
No sujeta el arado
Ni al ganado que pace,
Cuyo primer aumento
El sol, el agua, el viento
Crece, cria y halaga,
Con cuya vista paga
Del dueño amado el celo,
A quien promete el cielo
De piedad cada dia
Cristal que la rocia;
Que mientras no es tocada

Crece su lozanía
Y es de todos amada;
Mas si en agena mano
Pierde el lustre lozano,
Y á desdecir comienza
La nativa vergüenza,
Al paso que es amada
Viene á ser desdeñada;
Asi la virgen bella
En tanto que es doncella
Es de todos querida
Con el alma y la vida:
Mas cuando se ve falta
De dignidad tan alta,
Si busca quien la quiera,
Es mas aborrecida
Que ponzoñosa fiera.

II.

Amada Filomena,
Que entre aquestos laureles,
Con doliente armonía
Significas la pena,
Que los brazos crueles
Del infame Tereo
Obraron aquel dia:
Pues la terca porfia
Que aviva tu deseo
En cantar mil pesares
Por desiertos lugares,
Al son de la corriente,
Que despeña esta fuente,

En tí cual siempre veo;
Ya con gemido triste
Querellándote al cielo,
Ya con tácito vuelo
Recelando la injuria,
Que por tus ojos viste;
Deten, deten la furia
En derramar querellas,
Y á las altas estrellas
Que se nos muestran pias,
Deja las tuyas bellas,
Canta las tristes mias.

III.

Yo vi sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado:
Víle tan congojado,
Por tal atrevimiento,
Dar mil quejas al viento,
Para que al cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonia,
Esforzando el intento,
Mil quejas repetia,
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvia;

Ya circular volaba,
Ya rastrero corria,
Ya pues de rama en rama
Al rústico seguia,
Y saltando en la grama,
Parece que decia:
Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañia:
Y que le respondia
El rústico: no quiero.

IV.

Lleguen esos rubíes
Con que graciosa ries,
Bella Lidia, á mi boca;
Pues amor los provoca,
Y espárzanse sus mieles
Como esparcirlas sueles.
Lleguen: que amor lo quiere;
Amor que sana y hiere;
Amor, hijo de Marte,
Que reina en toda parte;
Amor que si atosiga,
Luego cura y mitiga;
Amor niño y gracioso,
Que con fuego amoroso
Nos hizo en todo iguales.
Lleguen pues tus corales,
Lidia, quien te acobarda?
¿No ves que si se tarda
Un punto, un solo instante

Tu regalado beso,
Perderás un amante,
Y yo perderé el seso?

V.

En tanto que el cabello
Resplandeciente y bello
Luce en tu altiva frente
De cristal trasparente,
Y en tu blanca mejilla
La púrpura que brilla;
La púrpura que al labio
No quiso hacerle agravio;
Goza tu abril, Drusila,
En esta edad tranquila.
Coje, coje tu rosa,
Muchacha desdeñosa,
Antes que menos viva
Vejez te lo prohiba,
Porque si te rodea
Y en ti su horror emplea,
Quizá lo hará de suerte,
Que llegues á no verte,
Por no verte tan fea.

VI.

Lidia, Amor y yo estando,
¡O dulce y claro dia!
Cogiendo tiernas flores,
La beldad contemplando

Se aprestan susurrantes:
Mas viéndose burladas,
Unas se vuelven luego
A sus dulces moradas,
Otras con vago juego
A gustar los licores
De las nativas flores,
Se esparcen revolando.
De aqueste inicuo bando,
Una, la mas traviesa,
Se llega á Lidia hermosa,
Y pensando que es rosa
La boca le atraviesa.

VIII.

Sobre el márgen de un rio,
De árboles tanto umbrio,
Cuanto de linfas claro,
Donde se halla reparo
Contra el can del estío,
Dormido yace el ciego
Cuyo blando sosiego
En éxtasis tenia
Todo cuanto solia
Arder en vivo fuego.
Tambien yace su aljaba,
Que no ya le colgaba
Del hombro reluciente;
Ni del brazo pendiente
El arco le agravaba.
Él yace al fin dormido,

Y Lidia que le vido
Despierta y levantada,
Cual tigre estimulada
Al cazador rendido,
A la aljaba arremete,
Y al vendado acomete,
Que ya entonces decia,
Viéndola que tenia
La ocasion del copete:
Lidia, mal te aprovechas
Si con armas bien hechas
Quieres vengar enojos;
Donde tienes tus ojos
No has menester mis flechas.

IX.

Al son de las castañas,
Que saltan en el fuego
Echa vino, muchacho,
Beba Lesbia, y juguemos.
Siquiera el Capricornio
Tire lanzas de hielo,
Mal agüero á casados,
Buen auspicio á solteros.
Enemigo de Baco,
Cuando estaba en el suelo,
Destrozándole vides,
Rumiándole sarmientos,
Y agora no tan dócil,
Que no procure vernos,
Aguados con mil aguas,

De aquella que allí via,
En sus varios colores,
Sentí nuevos olores,
Derramarse en mi alma;
Sentí dichosa calma
Esparcirse en mis venas;
Y libre de las penas
Que hasta allí amor tirano
En sujecion eterna,
Obró con llama interna
Y con ingrata mano.
Lidia amorosa y tierna
Embebecida estaba:
Amor que la miraba
Con señas que me hacia,
Mis ánimos movia,
Y al hecho me llamaba.
Yo de Amor incitado,
Por fin de mis congojas,
En sus mejillas rojas
Libre mi boca añado:
Mas ella, que usurpado
Su nectar vió sabroso,
Y en el trance forzoso,
Su clavel en mi labio,
Por vengar tal agravio
De Amor la flecha toma,
Con que las almas doma,
Y así vengar intenta
Esta süave afrenta:
Pero Amor que la mira,
Piadoso á mis querellas,

Hirió sus carnes bellas
Con la indomable vira.
Lidia bañada en ira,
Viendo rotos los bronces
Que imaginó inmortales,
Y con la esfera iguales,
Dijo: pierda la vida
Quien vive inadvertida,
Niño, de tu centella.
Quedando desde entonces
Ella de amor herida,
Y yo de amores della.

VII.

Miraba Lidia atenta
Las flores que le ofrece
Su jardín heredado,
Cuyos pies humedece
El cristal desatado
De una fuente sedienta:
Amor, que solo intenta
Darle algunos pesares,
En unos colmenares,
Principios deste daño,
Con ligeros talares
Á robar fué sus mieles:
Las abejas crueles,
Movidas del engaño
A gozar la venganza,
Sin ninguna tardanza
Con puntas de diamantes

XII. *

Quiero cantar de Cadmo,
Quiero cantar de Atridas,
¡Mas ay! que de Amor solo,
Solo canta mi lira.
Renuevo el instrumento,
Las cuerdas mudo aprisa,
Pero si yo de Alcides,
Ella de Amor suspira.
Pues, héroes valientes,
Quedaos desde este dia;
Porque ya de Amor solo,
Solo canta mi lira.

XIII.

En medio del silencio,
Cuando la Ursa corre
Veloz hácia la mano
De la estrella Boótes;
Cuando el piadoso Sueño
Esparce sus licores,
Suspendiendo el trabajo
De los cansados hombres;
Amor á mis umbrales,
Llegó acaso una noche,
Y llamando á las puertas,

* Esta y todas las siguientes son traducciones ó imitaciones de Anacreonte.

Del sueño despertóme;
¿Quien es el atrevido,
Airado dije entonces,
Que á tales horas llama,
Y al que duerme interrompe?
Abre, piadoso huesped,
Las puertas, me responde,
Y deja el miedo, ámigo,
Que mi llamar te pone.
Porque soy un muchacho
Que ando toda la noche
Perdido por ser ciego,
Y helado por ser pobre.
Yo movido á sus ruegos,
Y amigable á sus voces,
Las puertas abrí luego,
Porque entre el que las rompe.
Cuando ví un niño ciego
Al modo de los Dioses,
Con alas en sus hombros
Y en su carcax arpones.
Subíle á mi aposento,
Encendí mis carbones,
Enjugué sus cabellos,
Y apagué sus temblores.
Sus manos con las mias
Le apreté, y él entonces,
Viéndose redimido
Del hielo y sus rigores;
Probemos, dice, el arco,
Por si el nervio se encoge:
Y estirando la cuerda

El pecho atravesóme.
Luego con mil risadas
De mi casa salióse,
Diciendo al despedirse:
Huesped, queda á los dioses;
Pero primero advierte,
Que tras hacer tal golpe,
Mis arcos quedan sanos,
Y tú con mil dolores.

XIV.

La rosa de Cupido
Juntemos á Liéo,
Y della laureados,
Bebamos y jugemos.
La rosa que á las flores
Es süave ornamento,
Y del verano alegre
El cuidado primero:
La rosa que á los dioses
Es deleite, y por esto,
De rosas coronado
Danzas sigue el de Venus.
Haz pues, ó padre Baco,
Que de rosas compuesto,
Y de lira adornado,
Me reciba tu templo.
Süaves daré olores,
Süaves diré versos,
Y juntos yo y mi dama
Süaves bailaremos.

XV.

Amada palomilla,
¿De donde, dí, ó á donde
Vienes con tanta priesa,
Vas con tantos olores?—
¿Pues á tí, qué te importa?
Sabrás que Anacreonte
Me envia á su Batilo,
Señor de todo el orbe:
Que como por un himno
Me emancipó Dione,
Nombróme por su page,
Y él por tal recibióme.
Suyas son estas cartas,
Suyos estos renglones;
Por lo cual me promete
Libertad cuando torne.
Pero yo no la quiero,
Ni quiero que me ahorre;
Porque ¿de qué me sirve
Andar cruzando montes,
Comer podridas vacas,
Ni pararme en los robles?
Á mí, pues, me permite
El mismo Anacreonte,
Comer de sus viandas,
Beber de sus licores:
Y cuando bien brindada
Doy saltos voladores,
Le cubro con mis alas,

Y él dulce las recoge.
Su cítara es mi cama,
Sus cuerdas mis colchones,
En quien suavemente
Duermo toda la noche.
Mi historia es ésta, amigo;
Pero queda á los Dioses,
Que me has hecho parlera,
Mas que graja del bosque.

XVI.

Una taza me forja
De plata; pero en ella,
Vulcano, no me pintes
Armadas ni peleas.
Porque yo ¿qué con Marte?
Solo harás que ella sea,
Ya que no la mas ancha,
La mas honda que puedas.
Ni tampoco me esculpas
Las lucientes estrellas,
Ni el carro de las Osas,
Ni el Orion que hiela.
¿Qué á mí las Pleïadas
Ó el Boótes me prestan?
Pero grávame vides
Con racimos que pendan,
Y á Baco juntamente
Que los esprima en ella,
Con Amor y Batilo
Mas bello que las bellas.

XVII.

Si alargarse pudiera
Nuestra vida con oro,
Sin duda le buscára
Por un mundo ó por otro;
Y así luego á la Muerte
En el dia forzoso,
Le diera una gran suma,
Porque volviera el hombro.
Pero ya que es vedado
Hacer del hado logro,
¿De qué sirve el gemido?
¿De qué sirve el sollozo?
Tambien, si inexcusable
Es la via del Orco,
¿Para qué las riquezas?
¿Para qué los tesoros?
Pues ea, venga el vino
Que me salte á los ojos;
Que entre mis camaradas
Quiero hacerme beodo.
Y tambien la muchacha
Con risadas y gozos,
Y deme mil abrazos,
Que yo le daré otros.

XVIII.

Al Amor descuidado
Cogieron las Pimpleas,
Y con grillos de flores
Al Decoro le entregan.

Luego para el rescate
La misma Citeréa
Previene muchos dones,
Y da grandes riquezas.
Pero cuando lo libre,
Tenga por cosa cierta,
Que amor tarde se arranca
Si á ser esclavo empieza.

XIX.

Si eres hombre que vales,
Cuantas la selva verde
Contiene breves hojas,
Á contar doctamente;
Ó cuantas, sin errarte,
Arenas el mar tiene,
A tí solo encomiendo,
Que mis amores cuentes.
Y cuanto á lo primero,
De Atenas cuenta veinte,
A quien añade quince
Por número siguiente.
Luego los de Corinto,
Caterva nada esteril,
Que es Corinto en Acaya
De asaz bellas mugeres.
Los de Lesbos tras estos
Con los Jonios refiere,
Y los de Caria y Rodas,
Que son mas de cien veintes.—
Pues dí ¿tanto has amado?—
¡Oh! si advertirme quieres,

Aun no cuento los Siros,
Ni los de Egipto alegres;
Ni menos los de Candia,
Cuya viciosa gente
Está debajo el yugo
Del Amor que enloquece.
¿Pero qué? no es posible,
Sin cansarte, que acierte
A nombrar los de Cádiz,
Que yace en el poniente,
Ó los de Bactria y India
Tierra en aromas fertil;
Todos, todos calores,
Que mis pechos encienden.

XX.

Agora que süave
Nace la primavera
¿No ves como las Gracias
De rosas mil se llenan?
¿No ves como las ondas
Del ancho mar quïetas,
Aflojan los furores,
Y amigas se serenan?
¿No ves como ya nada
El ánade, y empieza
La grulla á visitarnos,
Y el sol á barrer nieblas?
Los trabajos del hombre
Ya lucen y ya medran,
La vega pare gramas,
La oliva flores echa;

Las cepas se coronan
De pámpanos que engendran,
Y de bullentes hojas
Los campos y alamedas.

XXI.

Amor entre las rosas,
No recelando el pico,
De una que allí volaba
Abeja, salió herido;
Y luego dando al viento
Mil dolorosos gritos,
En busca de su madre
Se fué cual torbellino,
Hallóla, y en su gremio
Arrojado, esto dijo:
Madre, yo vengo muerto,
Sin duda, madre, espiro,
Que de una sierpecilla
Con alas vengo herido,
A quien todos abeja
Llaman, y es basilisco.
Pero Venus entonces
Le respondió á su niño:
Si un animal tan corto
Da dolor tan prolijo,
Los que tú cada dia
Penetras con tus tiros,
¿Cuanto mas dolorosos
Que tú estarán, Cupido?

ROMANCE.

A mejorar la vendimia
Salieron Filis la bella,
Y Amor y Baco, deidades
Uno en uvas, y otro en flechas.
Las Gracias tres desceñidas
Van con las Ninfas compuestas,
Y entre las aras del gusto
La lascivia y la belleza.
¡Ay Dios, cuan dulce camina
Entre la pompa soberbia
La tigre! ¡Mal haya, Celio,
Quien mas paráre en la aldea!
Toma el sombrero de rua,
Dame la parda montera,
Que Amor, con ser cortesano,
Ya canta toscas endechas.
¡Ay, si me permite el cielo
Llegar á donde me veas,
Con cuanto gusto al trabajo
Daré, muchacha, mis fuerzas!
Por tres labradores diestros,
El alma se fia en ellas,
Trabajaré sin cansarme,
Como yo presente os tenga.
¡O cuantas cepas viudas
Serán por mis manos hechas;
Cuando caigan sus racimos
Desde el cuchillo á la cesta!
Usar acciones villanas,

No lo tendré por afrenta,
Que el sol las usó en Anfriso,
Entre las vacas y ovejas.
¡Qué poco le aprovecharon
Sus astutas diligencias,
Ni el dulce son de su lira,
Ni el oro de sus madejas!
Contra la pasion del alma
Nada valieron sus yerbas,
Que al arte de medicina
Venció de Amor la saeta.
Del gran mayoral Admeto
Trató las anchas dehesas,
Llevando el zurron al lado
Con la lira y la merienda.
Tejiendo mimbres estaba
Mientras las vacas le dejan,
Y de la leche exprimida
Natas cuaja y queso encella.
¡O cuantas veces la hermana
Le vió, bañada en vergüenza,
Con el becerro en los brazos
Subir las ásperas cuestas!
¡Y cuantas veces los toros,
Cuando él cantaba en las peñas,
Interrumpieron sus voces
Con bramidos de fiereza!
Y ni por eso olvidaba
La dulce imagen de aquella
Que por ser laurel sin alma,
Le dió la suya á sus huellas.
Desmayado en su memoria,

O pensativo en su idea,
Tal vez pagaron las vacas
Su descuido y negligencia.
Animo, pues, al trabajo,
Saca el ganado á la vega,
Llévale al agua en paciendo,
Y al redil cuando anochezca.
Y sepa el Amor en ambos,
Yo en mi viña y tú en en tu selva,
Que un labrador y un vaquero
Sirven mas cuando mas penan.

NOTICIAS

DE DON ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS.

Natural de Nájera, en la Rioja, nació ácia los años de 1595, y pasó los primeros años de su vida en Madrid, de donde á los catorce fue á estudiar leyes á la universidad de Salamanca. Entonces fue cuando escribió sus Cantilenas, á que dió el nombre de *Delicias*, limadas, segun él mismo dice, á los veinte años, y que, acompañadas de sus traducciones y demas poesías, publicó en 1618 con el título de *Eróticas*. Pero puede decirse que sus estudios poéticos acabaron al mismo tiempo que acabó su juventud. Los cuidados domésticos le ocuparon en adelante, y la escasez de su hacienda le obligó á pretender largo tiempo algun empleo con que suplirla. Todos sus deseos en

esta parte se malograron. El resto de su vida le pasó en su patria dedicado á tareas de erudicion que tampoco le consiguieron utilidad ninguna. En su vejez tradujo la obra *De Consolatione* de Severino Boecio, reimpresa con las Eróticas en nuestros dias, y murió en Nájera en 3 de setiembre de 1669.

ROMANCERO.

PARTE I.

ROMANCES MORISCOS.

I.

Sale la estrella de Venus
Al tiempo que el sol se pone,
Y la enemiga del dia
Su negro manto descoge:
Y con ella un fuerte moro
Semejante á Rodamoute
Sale de Sidonia armado.
De Jerez la vega corre
Por do entra Guadalete
Al mar de España, y por donde
De Santa María el puerto
Recibe famoso nombre.
Desesperado camina,
Que aunque es de linage noble,
Le deja su dama ingrata
Porque se suena que es pobre;
Y aquella noche se casa
Con un moro feo y torpe,
Que es alcaide de Sevilla
Del alcazar y la torre.
Quejábase gravemente
De un agravio tan enorme,
Y á sus palabras la vega
Con el eco le responde.
Zayda, dice, mas airada
Que el mar que las naves sorbe,

Mas dura é inexorable
Que las entrañas de un monte;
¿Como permites, cruel,
Despues de tantos favores,
Que de prendas que son mias
Agenas manos se adornen?
¿Es posible que te abraces
A las cortezas de un roble,
Y dejes el árbol tuyo
Desnudo de fruto y flores?
¿Dejas un pobre muy rico,
Y un rico muy pobre escoges,
Y las riquezas del cuerpo
A las del alma antepones?
¿Dejas al noble Gazul,
Dejas seis años de amores,
Y das la mano á Albenzayde
Cuando apenas le conoces?
Alá permita, enemiga,
Que te aborrezca y le adores,
Que por celos de él suspires,
Y por ausencia le llores.
Y que de noche no duermas,
Y de dia no reposes,
Y en la cama le fastidies,
Y que en la mesa le enojes:
Y en las fiestas y en las zambras
No se vista tus colores,
Ni aun para verle permita
Que á la ventana te asomes.
Y menosprecie en las cañas,
Para que mas te alborotes,

El almaizar que le labres,
Y la manga que le bordes,
Y se ponga el de su amiga
Con la cifra de su nombre,
A quien le dé los cautivos
Cuando de la guerra torne.
Y en batalla de cristianos
De velle muerto te asombres,
Y plegue á Alá que suceda
Cuando la mano le tomes.
Y si le has de aborrecer,
Que largos años le goces,
Que es la mayor maldicion
Que pueden darte los hombres.
Con esto llegó á Jerez
A la mitad de la noche,
Halló el palacio cubierto
De luminarias y voces,
Y los moros fronterizos
Que por todas partes corren
Con mil hachas encendidas
Y las libreas conformes.
Delante del desposado
En los estribos se pone,
Que tambien anda á caballo
Por honra de aquella noche.
Arrojado le ha una lanza,
De parte á parte pasóle:
Alborotóse la plaza,
Desnudó el moro su estoque,
Y por en medio de todos
Para Medina volvióse.

II.

Azarque ausente de Ocaña
Llora, blasfema, se aflige,
Y aunque ausente y olvidado,
Poco siente, pues que vive.
Jurando está por su amor,
Y por la espada que ciñe,
Que tiene en la guarnicion
Cintas de aquella á quien sirve,
De no volver á Toledo
Hasta que del Tajo al Tiber
Sus animosas hazañas
En las mezquitas se pinten.
Celindaja de mis ojos,
¿Quien te habla, quien te escribe?
¿A quien escribes y hablas,
Que mis memorias impide?
Siendo tú de sangre real,
¿Como fue posible, díme
Que tan presto quebrantases
La palabra que me diste?
Acuérdate, mora ingrata,
Que paseando en tus jardines,
Por darme tu blanca mano,
Que tropezabas hiciste;
Y que alzándote del suelo,
Hechas de ambar y de almizcle,
Unas cuentas me entregaste,
Porque me mostraba libre.
Y al despedirte de mí,

Dando suspiros terribles
Me dijistes: ten, Azarque,
Cuenta con que no me olvides.
Tu rey entró de por medio,
No supe lo que me dije,
Entró tu justa mudanza,
Que con la luna compites.
Que si va á decir verdad,
No hay rey humano que obligue
A que no se acuerde el alma
De la memoria en que vive.
Con él te quedaste ufana,
Sin tí muriendo me vine,
A mí me abrasan tus celos,
Y él tus abrazos recibe.
Contarásle por baldon
Que pocas fiestas te hice,
Qüe malos motes saqué,
Porque mas tu gusto estime.
Cuando diga si me amaste,
Yo apostaré que le dices,
Que tan infame bajeza
De tu valor no imagine.
Y que tu esquiva arrogancia
Y tu condicion terrible
Apenas la vencen reyes,
Cuanto mas hombres humildes.
El tiempo lo trueca todo:
Yo me acuerdo que te vide
Tan regaladora mia,
Como del rey á quien sirves.

III.

El alcaide de Molina,
Manso en paz y bravo en guerra,
Con sus capitanes todos
Llegó á la vista de Atienza,
De do volvió victorioso
Sin daño, y con grande presa
De cautivos bautizados,
Y de cristianas banderas.
Entró por la puerta el moro,
Y corriendo á media rienda
A la calle de su dama
Soberbio y contento llega.
Dos vueltas por ella dió,
Y al dar la tercera vuelta,
Desterrando sus temores
Celinda salió á la reja,
Diciendo furiosa y loca:
Si tú tuvieras vergüenza
No corrieras por mi calle
Ni paráras á mi puerta.
Mal haya Celinda mora,
Tan determinada ó necia,
Que para vivir en paz
Se aficionó de la guerra.
Por ser tu alfange temido,
Mas que no por tu nobleza
Ofrecí á tu nombre solo
Lo que ves en tu presencia;
Sin considerar primero,

Que es claro que no concuerdan
Con entrañas de diamante
Entrañas que son de cera.
¿Qué importa que mis regalos
En paz y en amor te tengan,
Si al son del pífaro ronco
En furia y ódio los truecas?
No niego yo que no acudes
Con voluntad á mis quejas,
Pero acudes con mayor
Al ruido de una escopeta.
Pues esas cosas estimas,
Justo es que esas cosas quieras;
Que pues en tanto las tienes,
Menos soy yo que son ellas.
Cíñete tu corvo alfange,
Embrázate tu rodela,
Y llama tu fiel Acates
Que te lleve las saetas.
Sal á hacer escaramuzas
Por el monte y por la vega
En tu caballo tordillo,
Y en tu fronteriza yegua.
Tala los campos cristianos,
Roba las cristianas tiendas,
Desde el campo de Almazan
Hasta el monte de Sigüenza.
Deja á Celinda del todo,
Pues tantas veces la dejas,
Y acude á tus obras vivas,
Pues que me haces obras muertas.
No te llamarán mis ojos,

Aunque viendo su miseria,
Llorarán sin ver los tuyos
Mi soledad y tu ausencia.
Esto dijo, y al momento
Cerró del balcon las puertas,
Sin tener lugar el moro
De poderla dar respuesta.

IV.

No en azules tahelíes
Corvos alfanges dorados,
Ni coronados de plumas
Los bonetes africanos,
Sino de luto vestidos
Entraron de cuatro en cuatro
Del malogrado Aliatar
Los afligidos soldados.
Tristes marchando,
Las trompas roncas,
Los atambores destemplados.
La gran empresa de Fenix,
Que en la bandera volando,
Apenas la trató el viento
Temiendo el fuego tan alto,
Ya por señas de dolor
Barre el suelo y deja el campo,
Arrastrado con la seda
Que el alferez va arrastrando.
Tristes marchando, &c.
Salió el gallardo Aliatar
Con cien moriscos gallardos

En defensa de Motril,
Y socorro de su hermano;
A caballo salió el moro,
Y otro dia desdichado
En negras andas le vuelven
Por donde salió á caballo.
Tristes, &c.
Caballeros del maestre,
Que en el camino encontraron
Encubiertos de unas cañas,
Furiosos le saltearon;
Hiriéronle malamente,
Murió Aliatar malogrado,
Y los suyos, aunque rotos,
No vencidos se tornaron.
Tristes, &c.
¡O como lo siente Zaida!
¡Y como vierten llorando
Mas que las heridas sangre,
Sus ojos aljofar blanco!
Dílo tú, Amor, si lo viste;
¡Mas ay! que de lastimado
Diste otro nudo á la venda,
Por no ver lo que ha pasado.
Tristes, &c.
No solo le llora Zaida,
Pero acompáñanla cuantos
Del Albaicin á la Alhambra
Beben de Genil y Darro.
Las damas como á galan,
Los valientes como á bravo,
Los alcaides como á igual,

Los plebeyos como á amparo.
Tristes marchando, &c.

V.

Batiéndole las hijadas
Con los duros acicates,
Y las riendas algo flojas,
Porque corra y no se pare;
En un caballo tordillo,
Que tras de sí deja el aire,
Por la plaza de Molina
Viene diciendo el alcaide:
Al arma, capitanes,
Suenen clarines, trompas y atabales.
Dejad los dulces regalos,
Y el blando lecho dejadle;
Socorred á vuestra patria,
Y librad á vuestros padres.
No se os haga cuesta arriba
Dejar el amor suave,
Porque en los honrados pechos
En tales tiempos no cabe.
Al arma, capitanes, &c.
Anteponed el honor
Al gusto, pues menos vale;
Que aquel que no le tuviere
Hoy aqui podrá alcanzalle.
Que en honradas ocasiones
Y en peligros semejantes
Se suelen premiar las armas
Conforme al brazo pujante;

Al arma, capitanes, &c.
Dejad la seda y brocado,
Vestid la malla y el ante,
Embrazad la adarga al pecho,
Tomad lanza y corvo alfange,
Haced rostro á la fortuna,
Tal ocasion no se escape,
Mostrad el robusto pecho
Al furor del fiero Marte.
Al arma, capitanes, &c.
A la voz mal entonada
Los ánimos mas cobardes
Del honor estimulados
Ardiendo en cólera salen,
Con mil penachos vistosos
Adornados de turbantes,
Y siguiendo las banderas
Van diciendo sin pararse:
Al arma, capitanes, &c.
Cual tímidas ovejuelas
Que ven el lobo delante,
Las bellas y hermosas moras
Llenan de quejas el aire;
Y aunque con femenil pecho
La que mas puede mas hace;
Pidiendo favor al cielo
Van diciendo por las calles:
Al arma, capitanes, &c.
Acudieron al asalto
Los moros mas principales,
Formándose un escuadron
Del vulgo y particulares;

Y contra dos mil cristianos,
Que están talando sus panes,
Toman las armas furiosos,
Repitiendo en su lenguage:
Al arma, capitanes,
Suenen clarines, trompas y atabales.

VI.

Recoge la rienda un poco,
Para el caballo que aguija
Medroso del acicate
Con que furioso le picas;
Que sin uso de razon,
A mi parecer te avisa
De aquel venturoso tiempo,
Que tú, desleal, olvidas:
Cuando ruabas mi calle,
Midiendo de esquina á esquina
Con tus corbetas el suelo,
Mis ventanas con tu vista.
¡O cruel á mi memoria!
Pues por ella me castigas,
Abrasando mis entrañas
Con esas entrañas frias.
¡Qué de prendas que fiaba
De tu voluntad fingida!
¡Qué de verdades me debes!
¡Y yo á tí, qué de mentiras!
Ayer temiste á mis ojos,
Hoy vences á quien temias;
Que amor y tiempo en mil años

No están iguales un dia.
Pensaba yo que en tu nombre
Mi esperanza fuese rica
En prendas de quien tú eres,
Y de quien son mis caricias.
¿A donde enseñan engaños?
Por merced que me lo digas:
Defenderéme del tiempo,
Y de tí no tendré envidia.
Mas bien pudiera saberlo,
Si yo saberlo queria;
Cuando escuché tus razones,
Y vi tus quejas escritas.
Disculpas pensabas darme,
No quiero que me las digas:
Para la dama que engañas
Será mejor que te sirvan.
Ya te cansas de escucharme,
Bien es ya que te despidas.
De mi alma y de mis ojos
Como de mis celosías:
Esto dijo al moro Azarque
La bella Zayda de Ocaña,
Y cerrando su balcon
Dió principio á sus desdichas.
El Moro picó el caballo
Y hácia el terrero le guia,
Murmurando de su estrella,
Que á mil mudanzas le inclina.

VII.

Diamante falso y fingido
Engastado en pedernal,
Alma fiera en duro pecho,
Que ninguna fiera es mas;
Ligero como los vientos,
Mudable como la mar,
Inquïeto como el fuego
Hasta hallar su natural;
Si las lágrimas que vierto
Fueran lenguas para hablar,
Injurias me faltarian
Para culpar tu maldad.
¡Qué injurias podré decirte!
Mas no te quiero injuriar,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.
A todas dices que son
Las que contento te dan
Para tu gusto mentira,
Y que yo soy tu verdad.
Y con esto piensan todas
Que debo á tu voluntad
Cuantos caminos emprendes,
Para que te deba mas.
Si como yo conociesen
Tu condicion natural,
A otro blanco mirarian
A donde tus flechas van.
Yo sé, traidor, que estas quejas

Muy poca pena te dan,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.
Cansada estoy, enemigo,
De sufrir y de llorar
Causa agena y propios daños,
Tu placer y mi pesar.
Mis enemigos acoges;
Porque al fin conoces ya,
Que cuando no puedan obras,
Palabras me matarán.
Sospechas dudosas fueron
Causa de todo mi mal,
Y celos averiguados
Convaleciéndome van.
Al cielo quiero dar voces;
Pero mejor es callar:
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.
Asi Fátima se queja
Al valiente Reduan
En el jardin de la Alhambra,
Al pie de un verde arrayan.
El Moro que está sin culpa,
Aunque no sin pena está,
Asióle la blanca mano
Y así comienza á hablar:
Cesad, hermosas estrellas,
Que no es bien que lloreis mas,
Que si á mí me llamais piedra,
En piedras haceis señal.
Y no penseis que me agravio

De que injurias me digais,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.

VIII.

Mira, Zaide, que te aviso
Que no pases por mi calle,
Ni hables con mis mugeres,
Ni con mis cautivos trates:
Ni preguntes en que entiendo,
Ni quien viene á visitarme,
Ni que fiestas me dan gusto,
Ni que colores me placen.
Basta que son por tu causa
Las que en el rostro me salen,
Corrida de haber mirado
Moro que tan poco sabe.
Confieso que eres valiente,
Que rajas, hiendes y partes,
Y que has muerto mas Cristianos
Que tienes gotas de sangre:
Que eres gallardo ginete,
Y que danzas, cantas, tañes,
Gentilhombre, bien criado,
Cuanto puede imaginarse:
Blanco, rubio por extremo,
Esclarecido en linage,
El gallo de las bravatas,
La gala de los donaires:
Que pierdo mucho en perderte,
Que gano mucho en ganarte,

Y que si nacieras mudo,
Fuera posible adorarte.
Mas por este inconveniente
Determino de dejarte,
Que eres pródigo de lengua,
Y amargan tus libertades.
Y habrá menester ponerte
Quien quisiere sustentarte,
Un alcazar en el pecho,
Y en los labios un alcaide.
Mucho pueden con las damas
Los galanes de tus partes,
Porque los quieren briosos
Que hiendan y que desgarren.
Y con esto, Zayde amigo,
Si algun banquete les haces,
El plato de tus favores
Quieres que coman y callen.
Costoso fué el que hicistes,
Venturoso fueras, Zayde,
Si conservarme supieras,
Como supiste obligarme.
Pero no saliste apenas
De los jardines de Tarfe,
Cuando hiciste de tus dichas
Y de mi desdicha alarde;
Y á un Morillo mal nacido
Me dijeron que enseñastes
La trenza de mis cabellos,
Que te puse en el turbante.
No pido que me la dés,
Ni que tampoco la guardes:

Mas quiero que entiendas, Moro,
Que en mi desgracia la traes.
Tambien me certificaron,
Como le desafiastes
Por las verdades que dijo,
Que nunca fueran verdades.
De mala gana me rio,
¡Qué donoso disparate!
Tú no guardas tu secreto,
¿Y quieres que otro lo guarde?
No quiero admitir disculpa,
Otra vez vuelvo á avisarte;
Esta será la postrera,
Que me veas y te hable.
Dijo la discreta Mora
Al altivo Abenzerrage,
Y al despedirle replica;
Quien tal hace que tal pague.

IX.

Dí, Zayda, ¿de qué me avisas?
¿Quieres que muera y que calle?
No des crédito á mugeres,
No fundadas en verdades.
Que si pregunto en que entiendes,
Ó quien viene á visitarte,
Son fiestas de mi contento
Las colores que te salen.
Si dices son por mi causa,
Consuélate con mis males,
Que mil veces con mis ojos

Tengo regadas tus calles.
Si dices que estás corrida
De que Zayde poco sabe;
No supe poco, pues supe
Conocerte y adorarte.
Conoces que soy valiente,
Y tengo otras muchas partes;
No las tengo, pues no puedo
De una mentira vengarme.
Mas ha querido mi suerte,
Que ya en quererme te canses:
No pongas inconvenientes
Mas de que quieres dejarme.
No entendí que eras muger
A quien novedad aplace,
Mas son tales mis desdichas,
Que ya aun lo imposible hacen.
Hánme puesto en tal estrecho,
Que el bien tengo por ultrage,
Y alábasme por hacerme
La nata de los pesares.
Yo soy quien pierdo en perderte,
Y gano mucho en ganarte;
Y aunque hablas en mi ofensa,
No dejaré de adorarte.
Dices que si fuera mudo
Fuera posible adorarme;
Si en mi daño yo lo he sido,
Enmudezco en disculparme.
¿Hate ofendido mi vida?
¿Quieres, señora, matarme?
Basta decir que yo hablé

Para que el pesar me acabe.
Es mi pecho calabozo
De tormentos inmortales;
Mi boca la del silencio
Que no ha menester alcaide.
El hacer plato y banquete
Es de hombres principales,
Mas de favores hacerlo
Solo pertenece á infames.
Zayda cruel, hasme dicho
Que no supe conservarte:
Mejor supe yo quererte,
Que tú supiste pagarme.
Mienten los Moros y Moras,
Y miente el villano Atarfe,
Que si yo le amenazára,
Bastára para matarle.
Este perro mal nacido,
A quien yo mostré el turbante,
No le fio yo secretos
Que en bajo pecho no caben.
Yo he de quitarle la vida,
Y he de escribir con su sangre,
Lo que tú, Zayda, replicas:
Quien tal hace que tal pague.

X.

Si tienes el corazon,
Zayde, como la arrogancia,
Y á medida de las manos
Dejas volar las palabras;

Si en la vega escaramuzas,
Como entre las damas hablas,
Y en el caballo revuelves
El cuerpo como en las zambras;
Si el aire de los bohordos
Tienes en jugar la lanza,
Y como danzas la toca,
Con la cimitarra danzas;
Si eres tan diestro en la guerra
Como en pasear la plaza,
Y como á fiestas te aplicas,
Te aplicas á la batalla:
Si como el galan ornato,
Usas la lucida malla,
Y oyes el son de la trompa,
Como el son de la dulzaina:
Si como en el regocijo
Tiras gallardo las cañas,
En el campo al enemigo
Le atropellas y maltratas;
Si respondes en presencia,
Como en ausencia te alabas;
Sal á ver si te defiendes,
Como en el Alhambra agravias.
Y si no osas salir solo,
Como lo está el que te aguarda,
Alguno de tus amigos
Para que te ayuden saca.
Que los buenos caballeros
No en palacio ni entre damas
Se aprovechan de la lengua,
Que es donde las manos callan;

Pero aquí que hablan las manos
Ven, y verás como habla
El que delante del Rey
Por su respeto callaba.
Esto el Moro Tarfe escribe
Con tanta cólera y rabia,
Que donde pone la pluma,
El delgado papel rasga.
Y llamando á un page suyo,
Le dijo: vete al Alhambra,
Y en secreto al Moro Zayde
Dá de mi parte esta carta.
Y dirásle que le espero
Donde las corrientes aguas
Del cristalino Genil
Al Generalife bañan.

XI.

Así no marchite el tiempo
El abril de tu esperanza,
Que me digas, Tarfe amigo,
Donde podré ver á Zayda.
La forastera te digo,
Aquella recien casada,
La de los rubios cabellos,
Y mas que cabellos gracias.
Aquella que en menosprecio
De las damas cortesanas
Celebran los Moros nobles
Con gloriosas alabanzas.
Voy por ella á la mezquita,

Por ellà voy á las zambras,
Y aunque tan caro me cuesta
No puedo velle la cara.
Encúbrese de mis ojos,
Cierta señal que me agravia,
Y aunque mas, Tarfe, me digas,
No tengo celos sin causa.
Despues que á Granada vine,
¡Nunca viniera á Granada!
Sale mi alcaide de noche,
Y aun no viene á la mañana.
Enfádanle mis caricias,
Y estar conmigo le enfada:
No es mucho que yo le canse
Si en otra parte descansa.
Si está en el jardin conmigo,
Si está conmigo en la cama,
No solo las obras niega,
Mas me niega las palabras.
Si le digo: vida mia,
Me responde: mis entrañas;
Pero con una tibieza
Y un yelo que me las rasga.
Y mientras mas le regalo,
Como trae vestida el alma
De pensamientos traidores,
Enséñame las espaldas.
Si me enlazo de su cuello
Baja los ojos, y baja
La cabeza, y de mis brazos
Dá vuelta y se desenlaza;
Arrojando unos suspiros

Del infierno de sus ansias,
Que mis sospechas enciende,
Y mis contentos abrasa.
Si la causa le pregunto,
Dice que yo soy la causa;
Y miente, que allí me tiene
Ociosa y enamorada.
Pues decir que le he ofendido;
En infiernos de amor arda,
Si despues que le conozco
Me he asomado á la ventana,
Si he tomado mano agena,
Si he visto toros ni cañas,
Y si en parte sospechosa
Se han estampado mis plantas.
Y Mahoma me maldiga,
Si por guardarse en mi casa
La ley de su gusto sola
Las del Alcoran se guardan.
Mas ¿para qué gasto tiempo
En darte cuentas tan largas,
Si el alcance que le he hecho
Tú lo sabes y lo callas?
No jures, que no te creo:
¡Aquella muger mal haya,
Que de vuestros juramentos
Redes para el gusto labra!
¡Que traidores son los hombres!
¡Como sus promesas falsas,
Muerto el fuego, desparecen
Como escritas en el agua!
¡Ay Dios! que me acuerdo cuando....

Aquí el aliento me falta,
Una congoja me viene,
Tenme, Tarfe, no me caiga.
Dijo llorando Adalifa
Celosa de su Abenamar,
Y en brazos del Moro Tarfe
Se ha quedado desmayada.

XII.

Por la plaza de San Lucar
Galan paseando viene
El animoso Gazul
De blanco, morado y verde.
Quiere partirse gallardo
A jugar cañas á Gelves,
Que hace fiestas su alcaide
Por las paces de los Reyes.
Adora una Abencerraje,
Reliquia de los valientes
Que mataron en Granada
Los Zegries y Gomeles.
Por despedirse y hablalle
Vuelve y revuelve mil veces,
Penetrando con los ojos
Las venturosas paredes.
Al cabo de una hora de años,
De esperanzas impaciente,
Vióla salir al balcon
Haciendo los años breves.
Arremetió su caballo
Viendo aquel sol que amanece

Haciendo que se arrodille,
Y el suelo en su nombre bese.
Con voz turbada le dice:
No es posible sucederme
Cosa triste en esta ausencia,
Viendo así tu vista alegre.
Allá me llevan sin alma
Obligacion y parientes;
Volveráme mi cuidado
Por ver si de mí le tienes.
Dame una empresa en memoria,
Y no para que me acuerde:
Sino para que me adorne,
Guarde, acompañe y esfuerce.
Celosa está Lindaraja,
Que de celos grandes muere
De Zayda la de Jerez,
Porque su Gazul la quiere.
Y de esto la han informado
Que por ella ardiendo muere,
Y asi á Gazul le responde:
Si en la guerra te sucede
Como mi pecho desea,
Y el tuyo falso merece,
No volverás á San Lucar
Tan ufano como sueles
Á los ojos que te adoran,
Y á los que mas te aborrecen.
Y plegue á Alá que en las cañas
Los enemigos que tienes
Te tiren secretas lanzas,
Porque mueras como mientes.

Y que traigan fuertes jaces
Debajo los alquiceles,
Porque si quieres vengarte,
Acabes y no te vengues.
Tus amigos no te ayuden,
Tus contrarios te atropellen,
Y que en hombros de ellos salgas
Cuando á servir damas entres.
Y que en lugar de llorarte
Las que engañas y entretienes,
Con maldiciones te ayuden,
Y de tu muerte se huelguen.
Piensa Gazul que se burla,
(Que es propio del inocente),
Y alzándose en los estribos,
Tomarle la mano quiere.
Miente, le dice, Señora,
El Moro que me revuelve,
A quien estas maldiciones
Le vengan, porque me venguen.
Mi pecho aborrece á Zayda,
De que la amó se arrepiente,
Malditos sean los años,
Que la serví por mi suerte.
Dejóme á mí por un Moro,
Mas rico de pobres bienes...
Esto que oye Lindaraja,
Aquí la paciencia pierde.
A este punto pasó un page
Con sus caballos ginetes,
Que los llevaba gallardos
De plumas y de jaeces.

La lansa con que ha de entrar
La toma y fuerte arremete,
Haciéndola mil pedazos
Contra las mismas paredes.
Y manda que sus caballos
Jaeces y plumas truequen,
Los verdes truequen leonados,
Para entrar leonado en Gelves.

XIII.

De los trofeos de amor
Coronadas ambas sienes,
Muy gallardo entra Gazul
A jugar cañas á Gelves,
En un overo furioso
Que al aire en su curso excede,
Y su pujanza y rigor
Un leve freno detiene.
Llegando á do están las damas,
En los arzones se mete,
Y en pie se pusieron todas
Bien ciertas que mas merece.
Entre ellas estaba Zayda,
De quien un tiempo doliente
Fué favorecido el Moro,
Aunque agora la aborrece.
Y como vido á Gazul,
Renovóse el accidente,
Y tanto cuanto le mira
Mas le adora y mas le quiere.
Y así cual puesta en balanza

Dando el alma mil vaivenes.
Celosa y arrepentida
Diversas cosas revuelve.
Alminda que vido á Zayda
Que de nuevo se entristece,
Para divertir, la dijo
Le descubra lo que siente.
Tomó Zafira la mano,
Y la plática suspende
El alboroto y estruendo
De los que á las cañas vienen.
Estaban ya las cuadrillas
Dentro del cerco y palenque
Con berberiscas naciones
Y marlotas diferentes.
Al son de bárbaras trompas
Los caballos impacientes
Con relinchos y bufidos
Por medio la turba hienden.
Revuélvense unos con otros,
Y con ánimos valientes
Con leves cañas procuran
Ofenderse cuanto pueden.
Duró gran rato la fiesta,
Pero fue, como sucede,
Que todo á la fin se acaba,
Todo se acaba y perece.
Daba priesa el cano tiempo
A Apolo porqne detiene
Su velocísimo carro
De su tardanza impaciente:
Y cuando llegó al ocaso,

Su contrario que lo siente,
Con no menor movimiento
Bate las alas y viene.
A cuya venida todos
Por medio el campo arremeten,
Y de su esfuerzo pagados
Mandaron cesar los jueces.

XIV.

No es razon, dulce enemiga,
Si acaso me quieres bien
Que por dar contento á Zayde,
Tan sorda á mi llanto estés.
¿Qué aspid de Libia, señora,
Te ha enseñado á ser cruel?
¿Quien te dió entrañas tan duras,
Que amorosas solian ser,
Que la gloria que en un año
Con pura aficion compré,
Quieres con alma traidora
Tiranizarla en un mes?
Dicenme que ese envidioso
La causa de mi mal es;
Y que son tus ojos fuentes
El tiempo que no le ves.
Pues no es justo, hermosa Laura,
Que con tan rico laurel,
Y á fuerzas de fe ganado,
Se adorne un traidor sin ley.
Vuelve con piedad los ojos,
Verás rendido á tus pies

Como se queja Floriardo
Por el rigor de un desden.
Con lisonjas me entretienes,
Y con engaños tambien,
Hete sido fiel en todo,
Y en nada me has sido fiel.
Pues ya mis quejas te enfadan,
¿A quien, tigre hircana, á quien
De mi dolor daré cuenta
Sino es á la causa de él?
Y si por pobre me dejas,
Y te mueve el interes,
Si has menester lo que valgo,
Tu esclavo soy, vendemé.

XV.

Reduan, anoche supe,
Que un vil Atarfe me ofende,
Y en un infierno insufrible
Trocada mi gloria tiene.
Que un pecho que fue diamante
En blanda cera lo vuelve,
Mis contentos en pesares,
Y en favores sus desdenes.
Tanto pudo su porfia,
Y mi ausencia tanto puede,
Que es ya lo que nunca ha sido,
Y yo no lo que fui siempre.
¡Qué de abrazos que la debo!
¡Qué de suspiros me debe
Que ardiendo van de mi pecho,

Y se hielan en su nieve!
Gloria la daban mis prendas,
Y consuelo mis papeles;
Lo que mi lengua decia,
Eran inviolables leyes.
Pasó este tiempo dichoso,
Por ser dichoso, tan breve,
Y en mil pesares y enojos
Se trocaron mis placeres.
¡Quien tal creyera! olvidóme,
Y olvidado me aborrece
Por un moro advenedizo,
Que no sé de quien desciende.
Huélgate, mora enemiga,
Aunque á mi pesar te huelgues:
Entra ufana en Vivarrambla,
Donde mis penas te alegren.
Aquese infame Morillo,
Que aborrezco y favoreces,
Átale al brazo tu toca,
Para que las cañas juegue.
Que por Alá que has de verla
Teñida en su sangre aleve,
Y en la tuya la tiñera;
Mas soy hombre y muger eres.
Por Mahoma, que estoy loco,
Mi sangre en las venas hierve,
La paciencia se me acaba,
Y mi jüicio se pierde.
Pero no me tenga el mundo
Por el alcaide de Velez,
Ni me favorezca el cielo,

Ni la tierra me conserve,
El mas corbarde me mate,
Sin que tenga quien me vengue,
Si á esta ciudad, si á este infierno
A donde mi honra muere,
No la escandalizo, y vengo
Mis agravios con la muerte
De ese Morillo cobarde,
Que es infame y se me atreve;
A quien quitaré la vida,
Y mil vidas, si mil tiene.
Resuelto estoy, Reduan,
De vengarme ó de perderme;
Que un noble, si está ofendido,
Facilmente se resuelve.

XVI.

Al lado de Sarracina
Jarife está en una zambra
Hablando en su amor primero
De que fue la secretaria.
¿Sois vos, le dice la mora,
Jarife, aquel de Daraja,
Aquel de fé templo, aquel
Monstruo de perseverancia?
Tres años ha, caballero,
Que os llora por muerto España;
¿Si muerto, cómo en el mundo?
¿Si vivo, cómo sin alma?
El enamorado moro
Por satisfacer la dama

Ni en voz humilde ni altiva
Así su lengua desata:
El hilo de nuestras vidas
En mano está de las Parcas:
Ellas le rompen y tuercen,
Que fuerza de amor no basta.
Si hubiera querido el cielo,
Que para mas mal me guarda,
Puerta han dado mis empresas
A mas de un morir de fama.
Mas de una vez el Maestre
Midió conmigo su lanza:
Mas de un golpe de los suyos
Guarda por blason mi adarga.
En la traicion de Muley
Y en la libertad de Zaida
Si no derramé la vida,
Fue culpa de mi desgracia,
Aunque fue (si bien se mide)
Cosa por razon guiada,
Que no es justo pueda el hierro,
Lo que no puede la rabia.
Ví triunfar á mi enemigo
De quien me venció sin armas,
Yo el cuello puesto en cadena,
Él su frente coronada.
Ví adornados sus trofeos
De mil laureles y palmas,
Y el ave de Ticio fiera
Cebarse de mis entrañas.
Entonces, entonces, muerte,
A buena sazon llegáras:

Tuviera el sepulcro el cuerpo
Do tuvo su cielo el alma.
Muriera donde á lo menos
Supiera el mundo la causa,
Donde mis placeres, donde
Murieron mis esperanzas.

XVII.

Aquel valeroso moro,
Rayo de la quinta esfera,
Aquel nuevo Apolo en paces,
Y nuevo Marte en la guerra;
Aquel que dejó memoria
De mil hazañas diversas,
Antes de apuntarle el bozo
Por punta de lanza hechas;
Aquel que es tal en el mundo
Por su esfuerzo y por su fuerza,
Que sus mesmos enemigos
Le bendicen y le tiemblan;
Aquel por quien á la fama
Le importa que se prevenga
Para contar sus hazañas
De mas alas y mas lenguas;
Zulema al fin, el valiente
Hijo del fuerte Zulema,
Que dejó en la gran Toledo
Fama y memoria perpetua;
No armado, sino galan,
Aunque armado mas lo era,
Fue á ver en Avila un dia
Las fiestas como de fiesta.

En viéndole, la gran plaza
Toda se alegra y se altera,
Que en ver en fiestas al moro
Les parece cosa nueva.
En los andamios reales
Los adalifes le ruegan
Que se asiente, aunque se temen
Que á todos los escurezca.
Bendiciéndole mil veces
Su venida y su presencia,
Le dan las damas asiento
Dentro en sus entrañas mesmas.
Pero al fin Zulema en medio
De los alcaides se sienta,
Que lo fueron por entonces
De la mayor fortaleza.
Cuando mas breve que el viento,
Y mas veloz que cometa
Del celebrado Jarama
Un toro en la plaza sueltan,
De aspecto bravo y feroz,
Vista enojosa y soberbia,
Ancha nariz, corto cuello,
Cuerno ofensivo y piel negra.
Desocúpale la plaza
Toda la mas gente de ella:
Solo algunos de á caballo,
Aunque le temen, le esperan.
Piensan hacer suerte en él,
Mas fuéles la suya adversa,
Pues siempre que el toro enviste
Los maltrata y atropella.

No osan mirar á las damas
De pura vergüenza de ellas,
Aunque ellas tienen los ojos
En otra fiera mas fiera.
A Zulema miran todas,
Y una disfrazada entre ellas,
Que hace á todas la ventaja
Que el sol claro á las estrellas,
Le hizo señas con el alma,
De quien son los ojos lengua,
Que esquite aquellos azares
Con alguna suerte buena.
La suya bendice el moro,
Pues gusta de que se ofrezca
Algo que á la bella mora
De sus deseos dé muestra.
Salta del andamio luego,
Mas no salta, sino vuela;
Que Amor le prestó sus alas
Como es suya aquesta empresa.
Cuando vé que á un hombre el toro
Con pies y manos le huella.
Y siendo sujeto al hombre
Agora al hombre sujeta.
A pie se parte á librarle,
Y aunque todos le vocean,
No lo deja, porque sabe
Que está su victoria cierta.
Llega al toro cara á cara,
Y con la indomable diestra
Esgrime el agudo alfange
Haciéndole mil ofensas.

Retírase el toro atras,
Líbrase el que estaba en tierra,
Grita el pueblo, brama el toro,
Vuelve á aguardarle Zulema.
Otra vez vuelve á embestille,
Y mejor que la primera
Le acierta y riega la plaza
Con la sangre de sus venas.
Brama, bufa, escarba, huele,
Anda al rededor, patea,
Vuelve á mirar quien le ofende,
Y de temelle da muestra.
Tercera vez le acomete,
Echando por boca y lengua
Blanca y colorada espuma
De corage y sangre hecha.
Pero ya cansado el moro
De verle durar, le acierta
Un golpe por do á la muerte
Le abrió una anchurosa puerta.
Levanta la voz el vulgo,
Cae el toro muerto en tierra,
Envídianle los mas fuertes,
Bendícenle las mas bellas.
Con abrazos le reciben
Los Azarques y Vanegas,
Las damas le envian el alma
A darle la enhorabuena.
La fama toca su trompa,
Y rompiendo el aire vuela,
Apolo toma la pluma,
Yo acabo, y su gloria empieza.

XVIII.

Ocho á ocho, diez á diez
Sarracinos y Aliatares
Juegan cañas en Toledo
Contra Alarifes y Azarques.
Publicó fiestas el rey
Por las ya juradas paces
De Zaide, rey de Belchite,
Y del granadino Atarfe.
Otros dicen que estas fiestas
Sirvieron al rey de achaques,
Y que Zelindaja ordena
Sus fiestas y sus pesares.
Entraron los Sarracinos
En caballos alazanes,
De naranjado y de verde
Marlotas y capellares.
En las adargas traían
Por empresas sus alfanges
Hechos arcos de Cupido,
Y por letra: *Fuego y sangre.*
Iguales en las parejas
Les siguen los Aliatares
Con encarnadas libreas
Llenas de blancos follages.
Llevan por divisa á un cielo
Sobre los hombros de Atlante,
Y un mote que así decia:
Tendrélo hasta que me canse.
Los Alarifes siguieron

Muy costosos y galanes
De encarnado y amarillo,
Y por mangas almaizales.
Era su divisa un nudo
Que le deshace un salvage,
Y un mote sobre el baston,
En que dice: *Fuerzas valen.*
Los ocho Azarques siguieron
Mas que todos arrogantes
De azul morado y pajizo,
Y unas hojas por plumages.
Sacaron adargas verdes,
Y un cielo azul en que se asen
Dos manos, y el mote dice:
En lo verde todo cabe.
No pudo sufrir el rey,
Que á los ojos le mostrasen
Burladas sus diligencias,
Y su pensamiento en valde.
Y mirando á la cuadrilla,
Le dijo á Selin su alcaide:
Aquel sol yo lo pondré,
Pues contra mis ojos sale.
Azarque tira bohordos,
Que se pierden en el aire,
Sin que conozca la vista
A do suben, ni á do caen.
Como en ventanas comunes
Las damas particulares,
Sacan el cuerpo por verle
Las de los andamios reales:
Si se adarga ó se retira,

Del mitad del vulgo sale
Un gritar: Alá te guie,
Y del rey, un muera, dadle.
Zelindaja sin respeto
Al pasar por rocialle,
Un pomo de agua vertia,
Y el rey gritó: paren, paren.
Creyeron todos que el juego
Paraba por ser ya tarde,
Y repite el rey celoso:
Prendan al traidor de Azarque.
Las dos primeras cuadrillas
Dejando cañas á parte,
Piden lanzas, y ligeros
A prender al moro salen:
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.
Las otras dos resistian
Si no les dijera Azarque;
Aunque Amor no guarda leyes,
Hoy es justo que las guarde.
Rindan lanzas mis amigos,
Mis contrarios lanzas alcen,
Y con lástima y victoria
Lloren unos, y otros callen:
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.
Prendieron al fin al moro,
Y el vulgo para libralle
En acuerdos diferentes
Se divide y se reparte;
Mas como falta caudillo,

Que los incite y los llame,
Se deshacen los corrillos
Y su motin se deshace:
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.
Sola Zelindaja grita:
Libradle, moros, libradle;
Y de su balcon queria
Arrojarse por librarle.
Su madre se abraza de ella,
Diciendo: loca ¿qué haces?
Muere sin darlo á entender,
Pues por tu desdicha sabes,
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.
Llegó un recado del rey,
En que manda que señale
Una casa de sus deudos,
Y que la tenga por carcel.
Dijo Zelindaja: digan
Al rey que, por no trocarme,
Escojo para prision
La memoria de mi Azarque:
Y habrá quien baste
Contra la voluntad de un rey amante.

PARTE II.

ROMANCES PASTORILES.

I.

El tronco de ovas vestido
De un álamo verde y blanco
Entre espadañas y juncos
Bañaba el agua del Tajo,
Y las puntas de su altura
Del ardiente sol los rayos,
Y todo el árbol dos vides
Entre racimos y lazos:
Al son del agua y las ramas
Heria el céfiro manso
En las plateadas hojas
Tronco, punta, vides y árbol.
Este con llorosos ojos
Mirando estaba Belardo,
Porque fue un tiempo su gloria,
Como ahora es su cuidado.
Vió de dos tórtolas bellas
Tejido un nido en lo alto,
Y que con arrullos roncos
Los picos se están besando.
Tomó una piedra el pastor,
Y esparció en el aire vano
Ramas, tórtolas y nido,
Diciendo alegre y ufano:
Dejad la dulce acogida:
Que la que el Amor me dió,

Envidia me la quitó,
Y envidia os quita la vida.
Piérdase vuestra amistad,
Pues que se perdïó la mia:
Que no ha de haber compañía
Donde está mi soledad.
Esto diciendo el pastor,
Desde el tronco está mirando
A donde irán á parar
Los amantes desdichados.
Y vió que en un verde pino
Otra vez se están besando;
Admiróse y prosiguió
Olvidado de su llanto:
Voluntades, que avasallas,
Amor, con tu fuerza y arte,
¿Quien habrá que las aparte,
Si apartallas es juntallas?
Pues que del nido os eché,
Y ya teneis compañía,
Quiero esperar que algun dia
Con Filis me juntaré.

II.

De las africanas playas
Alejado de sus huertas
Mira el forzado hortelano
De España las altas tierras.
Mira las golosas cabras
En las peladas laderas,
Que apenas se determina

Si son cabras ó son peñas.
Tiende la envidiosa vista
Por las abundosas vegas
Y comarcanas cabañas,
Que casi á la par humean.
Miraba por Gibraltar
Las heladas rocas yertas.
Azotadas de las ondas,
Y arrancadas de la arena.
Mira el estrecho cubierto,
Y las hervientes arenas;
Que le parece que braman,
Y por mil partes resuenan.
O sagrado mar, le dice,
Haz con mis suspiros treguas;
Perdona si ellos ó el viento
Son causa de tu tormenta.
Pásame en esotra playa;
Que si en ella me presentas,
Te ofreceré un blanco toro
El mejor de mis dehesas.
No quiero que mis deseos
Vayan á tierras agenas;
Dá vida á un nuevo Leandro,
Que en tus manos se encomienda.
Esto diciendo el forzado,
En las blandas ondas se echa
Con los brazos á remar;
Hiende, rompe, rasga y huella.
Mas allá á la media noche
Cuando los miembros le aquejan,
Temeroso de su daño

Habló así á las ondas fieras:
Queridas y amadas ondas,
Pues determinais que muera,
Dejadme salir amigas,
Que yo os pagaré esta deuda.
Fuele el viento favorable,
Oyó fortuna sus quejas,
Y al nacer el rubio sol,
Hizo pie sobre la arena:
Dió gracias al mar piadoso,
Al viento, norte y estrellas,
Y con ceremonia humilde
Besó y adoró la tierra.

III.

Al dulce y sabroso canto
De las aves placenteras,
Ya recaudaba la aurora
La escura nube desierta,
Cuando un pastor desdichado
De ningun sueño recuerda,
Porque quien cuidados tiene,
¿Como es posible que duerma?
Y por hacer compañía
A las aves que se quejan
De algun agravio de Amor,
Así tambien se querella:
Ingrato Amor, Silvia ingrata,
Ciego Amor, hermosa fiera,
Mas que las selvas doblada,
Y mas que las selvas bella;

Quien te dió de Silvia el nombre
Bien dijo, pues que la selva
Las fieras bestias produce,
Osos y tigres alberga.
Tú dentro tu pecho hermoso
Desden y crueldad encierras,
Fieras mas duras y esquivas
Que tigres y que otras fieras:
Pues estas suelen moverse
Á mansedumbre y clemencia,
Mas á tu rigor no pueden
Vencer mis dones y ofertas.
¡Triste! que cuando te envío
Flores hermosas y nuevas,
Tú las desdeñas, quizá
Porque en tí las hay mas bellas.
Y si escogidas manzanas
Te llevo, tú las desechas,
Quizá porque mas hermosas
Las de tu seno se muestran.
Triste! que cuando te ofrezco
La dulce miel, la desprecias,
Quizá por ser mas sabrosa
La que tus labios encierran;
Pero si no puedo darte
Otros dones de mas cuenta,
Y aquestos en tí se hallan
Con mas dulzura y belleza;
Á mí mesmo te he entregado,
Y aun este don menosprecias,
Que en otro tiempo estimaste,
Mas al fin todo se trueca:

Con esto acabó el pastor,
Para no acabar sus quejas,
Hasta que acabe la vida,
Ó la razon que hay en ellas.

IV.

Presta la venda que tienes,
Amor, á la bella niña
Para que cubra los ojos
Con que dá muerte y dá vida.
Los mas libres corazones
Prende con sola una vista,
Los mas soberbios sujeta,
Y los mas firmes derriba.
Y aunque muriendo viva,
Goza de gloria el alma que cautiva.
Si no quieres de tus flechas
Gozar solas las cenizas,
Y que de tus tiernos brazos
Te quite el arco y se rinda,
Déjale la venda y huye,
De ella te oculta y te libra;
Que no hay quien hoy se le escape
De cuantos sus ojos miran.
Y aunque muriendo, &c.
No hay zagal en el aldea
De noble ó de baja estima
Que la señal de su hierro
No traiga en su rostro escrita.
De lo que las almas sufren
Salen al rostro las pintas,

Y por los ojos descubren
Lo que los suyos lastiman.
Y aunque muriendo, &c.

V.

En tanto que la tormenta
Del airado mar se amansa,
Y que se enjugan las redes
Y mi barquilla descansa;
Al son de las olas fieras,
Que en estas peñas desbravan,
A cuyos golpes se mueven
Mas que á mis males mi ingrata;
Quiero hacer un discurso
De mi vida lastimada,
Y cantar con voz de cisne,
Si es verdad que el cisne canta.
Agora pises la arena,
Soberbia y hermosa Glauca,
Desdeñando la tormenta
Como desdeñas mi alma;
Agora con tus amigas
Sobre las redes sentada
Cuentes de los pescadores
Las enamoradas ansias;
Escucha las que padezco,
Hermosa ingrata, á tu causa,
Que bastarán á ablandarte
A no ser de piedra helada.
Apenas supo la lengua
Articular las palabras

Cuando sembré por el aire
Mis quejas y tu alabanza.
Y tú sabes bien que apenas
Eché las redes al agua,
Cuando me enredé en tus hebras,
Que son redes de esta playa.
Crecieron en mí los años,
Y subieron las desgracias
Al peso de mis desdichas,
Que fueron siempre pesadas.
Nunca las puertas de Oriente
Abrió tan hermosa el Alba
Cuando saca de alhelíes
Las bellas sienes ornada,
Que á los ojos de tu Albano
No le hicieses tú ventaja
Con salir ella á dar luz,
Y tú á lastimar entrañas:
Ni jamás llegó la noche
Envuelta en sus negras alas,
Que de mis llorosos ojos
No quedases obligada:
Para obligarte á querer,
Mil ejemplos hay que bastan,
No solo en los pescadores,
Mas en las silvestres plantas:
El mirto quiere á la oliva,
Y la palma ama á la palma,
La yedra y la vid al olmo
Con tiernos brazos le abrazan.
Sola tú, homicida mia,
Que tienes de roca el alma,

A los golpes amorosos
Ni te humilles ni te ablandas..
No hay piedra en estas riberas
En cuyas duras entrañas
No estén por mi mano escritos
Los nombres de Albano y Glauca.
No hay piedra en ella tan dura
Como tu condicion brava,
Pues me dan el acogida
Que en tus entrañas me falta.
Desterráronme desdichas,
Que siempre son mís contrarias.
Cadenas ciñen el cuerpo,
Y tus desdenes el alma.
En la fe que te tenia
He vivido sin quebralla,
Que no desatan prisiones
Los nudos que atan el alma.
Pero si aquí me acabaren
Mis ausencias y tu saña
Dejando á mis enemigos
En las manos la venganza;
Á tí, desdeñosa mia,
Quiero suplicar que vayas
A hallarte en mis exequias,
Pues de ellas fuiste la causa.
Y con un suspiro mudo,
Con una lágrima falsa
Sobre el helado sepulcro
Honres la ceniza helada.
Esto está diciendo Albano
En tanto que el mar se amansa,

Que con erizado cerro
Las estrellas amenaza.

VI.

Por un dichoso favor,
Que ayer me atreví á pedir,
De celos me hacen morir
Estando muerto de amor.
Vivia tan avariento
Mi deseo; que buscaba
Cuando en un contento estaba
Otro segundo contento:
Entendiéronme el humor,
Y porque aprenda á pedir,
De celos me hacen morir
Estando muerto de amor.
Esto cantaba Riselo
Despues de haber escuchado
Las quejas de un ruiseñor
Que llora y está cantando.
Maldice sus pensamientos
Porque volaron tan alto;
Maldice memorias tristes
Nacidas de agravios caros:
Maldice el verde laurel
Que en aquel siglo dorado
Ciñó sus dichosas sienes
Riberas del Tormes claro:
Maldice la grama verde
Que paciera su ganado,
Maldice el cencerro nuevo

De su conocido manso.
Maldice una corderuela
A quien ha querido tanto
Que la crió en su zurron
Llevándola siempre en brazos:
Y maldice á quien amase
Favor alguno negado;
Que si Amor anda desnudo
Es porqué el vestido ha dado.
Por su Narcisa lo dice,
Que en la villa y en el prado
Por tasa le da los gustos,
Y los celos no tasados.
Fuese tras esto el pastor
Huyendo de su cuidado:
Pero luego le alcanzó,
Y volvió á penar doblado.

VII.

Por los jardines de Chipre
Andaba el niño Cupido
Entre las rosas y flores
Jugando con otros niños:
Cual trepa por algun sauce
Presumiendo buscar nidos,
Cual cogiendo el fresco viento
Por coger los pajarillos:
Cual hace jaulas de juncos,
Cual hace palacios ricos
En los huecos de los fresnos
Y troncos de los olivos.

Cuando cubiertas de abejas
Halló el travieso Cupido
Dos colmenas en un roble
Con mil panales nativos;
Metió la mano el primero
Llamando á los otros niños,
Picóle en ella una abeja,
Y sacóla dando gritos.
Huyen los niños medrosos,
El rapaz pierde el sentido,
Vase corriendo á su madre
A quien lastimado dijo:
Madre mia, una avecita
Que casi no tiene pico,
Me ha dado mayor dolor
Que pudiera un basilisco.
La madre que lo conoce
Vengada de verle herido
De cuando la hirió de amores
De Adonis, que tanto quiso;
Medio riendo le dice:
De poco te admiras, hijo,
Siendo tú y esa avecita
Semejantes en el pico.

VIII.

Noche templada y serena,
Que como madre piadosa
Das á mis quejas silencio,
Entre los vivos tú sola;
Oye despacio y no temas;

Pues no menos que tu sombra
Recelan mis ojos tristes
La venida de la Aurora.
En tanto que á estas murallas,
Do mi enemiga reposa,
Dan asalto mis suspiros
Y combaten mis congojas.
¡Cuitado del que llora
A lenguas mudas y á paredes sordas!

No duermas, fiera enemiga,
Segura de tu victoria,
Que no hay victoria segura
Donde hay fortuna dudosa.
No soy tan flaco contrario
Que mi razon mucha ó poca
A contrastar no bastára
La tigre mas espantosa.
¡Cuitado del que llora, &c.

Goza, cruel, tu sosiego,
Que esta mi voz temerosa
Poco te ofende en quejarse
Si con su daño te gozas.
Den voces por mí las piedras,
Llamándote rigurosa;
Que si de serlo te precias,
Tus enemigos te honran:
Y si por yerro me vieres,
Haz que de verme te asombras,
Que si el pecado es cobarde
Con razon vives medrosa.
¡Cuitado del que llora
A lenguas mudas y á paredes sordas!

IX.

Apolo con su laurel,
Y el Dios Marte con su roble
Corona de plumas y armas
De sabios y fuertes hombres,
La memoria de su padre
Tan glorioso entre españoles,
Y la fama que le espera
Con sus eternos loores,
Todos llaman á la guerra
A Lisardo, ilustre joven,
Que está durmiendo seguro
Sobre la yerba de un bosque.
A la guerra, dice el rio,
Que junto á sus plantas corre;
Las aves sobre los sauces,
Los ganados en los montes,
Parece que todos juntos
Al son de los atambores,
Dicen: á la guerra, guerra,
A la guerra, mozo noble.
Despierta metiendo mano,
Ya voy, ya parto, responde:
Y encontró que era cayado
Lo que imaginaba estoque.
No importa, dice el mancebo,
Que aqueste pellico pobre
Riberas del Tajo tiene
Espadas para los hombres.
Sobre tu vega famosa
Tengo yo famosas torres,

Envidiadas por ventura
De los que mandan las Cortes.
A donde las voces suenan,
A caminar se dispone;
Cuando siente que le tiran
Llamándole por su nombre.
Volvió los ojos ayrados,
Y vió los de Alcida, donde
Llorando perlas, hacia
Oriente la tierra entonces.
¿A donde te vas sin mí,
O capitan de traidores?
Pero Lisardo le dice:
No te lastimes, amores;
Que voy á ver una garza,
Que volaba y despertóme.
Pues llevame allá contigo,
Primero que se remonte;
Que yo te tendré la flecha,
Mientras tú la cuerda pones.
Quemaráte el sol, mis ojos,
Envidioso de tus soles;
Por detenerte, las zarzas
Herirán tus pies si corres.
No importa, le dice Alcida,
Porque ya el sol me conoce;
Y tú me sueles decir,
Que cuando me vé se esconde.
Y otra vez me aseguraste
Huyendo tus ocasiones,
Que á las zarzas por do iba
Mudaban mis pies en flores.

Mas Lisardo le replica:
A la guerra voy, amores,
Apolo, Marte y la Fama
Me llaman, que bien los oyes.
Alcida entonces turbada
Su rubio cabello rompe,
Diciendo: enemigo mio,
Allá vayas, y no tornes.
Mas vete en paz á tu guerra,
Que á buen seguro te acoges,
En llevar el alma mia
Por defensa de los golpes.
Mal podrán mis tiernos años
Detener tus pies veloces,
Y mas si llevan en ellos
Mis obras y mis razones.
Llegó Belardo en aquesto,
Y con algunos pastores
Sobre el pellico de seda
Le vistieron armas dobles.

X.

Una estatua de Cupido,
Que al templo de unos pastores
De dios de amor le servia,
Siendo dios de sinrazones;
Colgaba el pastor Belardo
De la alta rama de un roble,
Que quiere que lleve el fruto
A su dureza conforme.
Desciñéndose la honda

De un arroyo piedras coge,
Y resonando los valles,
La dorada imagen rompe.
Ahí te quedarás, le dice,
Persecucion de los hombres,
Maestro de hacer agravios,
Inventor de traiciones;
Aspid fiero que se cria
Dentro de los corazones,
Que su propia sangre bebe,
Y de sus entrañas come;
Locura en que dan las almas,
Alegre mal y bien pobre,
Enfermedad sin remedio,
Que con él se aumenta al doble;
Padre de celos y olvido,
Ladron de puertas y torres,
Afrentador de linages,
Ingeniero de traidores;
Mejor estarás ahí,
Donde te echen maldiciones,
Que no en los sacros palacios
A donde necios te adoren.
La estatua solo te afrento
Por si á los cielos te acoges,
Para que viéndote infame,
De allá te arrojen los dioses.
En esto vió que bajaban
Al valle algunos pastores,
Y contándoles el caso
Les ruega que le perdonen.
Por mi parte, dijo Albanio,

No hayas miedo que me enoje,
Que allá me tiene diez años
De mi vida los mejores.
Sinrazon es, dijo Alcino,
Que entonces amaba á Floris,
Sacar al dios de su templo,
Y deshonralle en el monte.
El Amor en sí no es malo,
Mire el hombre lo que escoge;
Que si sus ojos le engañan,
Es justo que ellos le lloren.
Mientras ellos argüian,
Se fué acercando la noche,
Y Filis con otras damas
Bajó de secreto al bosque.
Llegó piadosa á Cupido,
Y de la rama quitóle;
Como aquella que tenia
Mayores obligaciones.
Que no es bien, dijo llorando,
Que por un villano torpe
Un dios tan bello se afrente,
Y que de infame le noten.
Éste hizo á mi hermosura
Celebrada en todo el orbe,
Y que ya en mi edad postrera
Descanso y oro me sobre.
Con esto muy triste Filis
De la soga desatóle,
Haciéndole sepultura
Entre jazmines y flores.

IX.

Continuacion del anterior.

¿Cuando cesarán las iras
De tus injustos desdenes,
Cobarde enemiga mia,
Que no perdonas y puedes?
Yo confieso que venciste;
¿Que Alcides piensas que vences
Sino á un hombre que te llama,
Siendo flaca, muger fuerte?
¿Cuando riberas del Tajo
Miraré del sol la frente,
Sin que me queme tu lumbre
Porque de mí no te vengues?
Cansada tengo la noche
De llamarla para verte,
La ventura de ayudarme,
Y la luna de esconderse.
Yo que no me contentaba
Con tus brazos muchas veces,
Ya me consuelo, enemiga,
Con ver tu calle, y volverme.
Los hierros de tu ventana
Quiere amor que adore y bese,
A devocion de tu alma
De quien su dureza aprenden.
¡O larga desdicha mia!
Mas no es razon que me queje,
Bien es yerro que te adore,

Quien andubo errado siempre.
Estas piedras son testigos,
De que cubierto de nieve
Me halló mil veces el sol,
Antes que el tuyo saliese.
Y agora por no aguardar
A que tu nieve me queme,
Paso el puerto temeroso
De que á tu puerta me quede.
Para que no me conozcan
Has mudado las paredes,
De quien era yedra amada,
Mientras estabas ausente.
Quizá porque escrito estaba
El nombre que tú aborreces;
Que lo borrado en el alma,
En las paredes ofende.
Cuando, ingrata, me querías,
No habia quien no trujese
Los dos nombres en la boca;
Que ahora enfadan la gente.
Y asi enfada el tiempo mismo,
De que no puede vencerme,
Aunque yo lo canso, y digo,
Que tu hermosura me vence:
Que mientras fueres hermosa,
No dejaré de quererte;
Y seráslo siempre, ingrata,
Porque pene eternamente.
Vengaste tu estátua, amor,
Afloja el cordel; no aprietes
Ofensor mártir del alma,

Deja el cuerpo que no siente.
Tu estatua colgué de un roble;
Todo se sufre á quien pierde;
Viva Filis, venció Filis,
Vive Amor, Belardo muere.
Con esto orilla del Tormes
Sus aguas llorando crece
El mas verdadero amante,
Y el mas agraviado siempre.

XII.

Cuando las sagradas aguas
Del ancho y sagrado Betis
Con la multitud de barcos
Con dificultad parecen;
Cuando entoldadas las popas
De juncia y de ramas verdes
En el agua escaramuzan
A pesar de sus corrientes;
Cuando mil alegres cantos,
Que los sentidos suspenden,
Interrumpen á los vientos,
Y enamoran á los peces;
Cuando en las torres mas altas
Mil luminarias parecen,
Y cual veloces cometas
Atraviesan los cohetes;
Entonces, mi Jacinto, amor me tiene
Sin tí, sin mí, sin libertad, sin verte.
Envidiosos de mi bien
Fortuna y amor me tienen,

El uno en prision el cuerpo,
El otro el alma en sus redes.
En vez del ligero barco
Entoldado de laureles
Tengo un triste calabozo,
Do mis pensamientos remen.
El agua por do navega,
Es la que mis ojos vierten;
Que aunque á mi fuego no basta,
Basta para que me anegue.
Y del implacable fuego,
Que en mis entrañas se enciende,
Cual los cohetes veloces
Salen suspiros ardientes.
Ecos de suspiros tristes
Son mis canciones alegres;
Tal estoy, que cuando el cielo
Su favor al mundo ofrece,
Entonces, mi Jacinto, amor me tiene
Sin tí, sin mí, sin libertad, sin verte.

XIII.

Escóndete en tu cabaña,
Serrana, y cierra la puerta,
Que viene sin venda el ciego
Desde la corte á la aldea.
Ningun serrano se escapa,
Ni serrana en toda ella,
Si él con la vista le alcanza,
Que no le hieran sus flechas;
Y en haciendo la presa,

El arco y alas bate con presteza.
No tiene fuerza el acero,
Ni aprovecha resistencia;
Que trae puntas de diamante,
Y en el arco cuerda nueva:
Y si una vez él te tira,
Guárdate, serrana bella,
Que en blanda cera convierte
Pechos de bronce y de piedra:
Y en haciendo la presa, &c.
El mas bravo corazon
Con el mas humilde mezcla,
Y con bravo pecho abate
Las cervices mas enhiestas:
Es cazador tan seguro,
Que quien mas huye su diestra,
Con mas presteza le alcanza,
Y mas presto de él se venga;
Y en haciendo la presa, &c.
Zagala, págueste el cielo,
Dijo la serrana bella,
El aviso, y en tus cosas
Dichoso suceso tengas.
Ya conoce aqueste pecho
Con tiempo sus falsas tretas;
Mil veras mezcla con burlas,
Y entre las burlas mil veras:
Y en haciendo la presa, &c.
Del centro de mis cuidados
Robó la mas rica prenda,
Arrojada en el olvido
Con guerra de falsas presas.

Dentro en mil memorias vivas
Están las cenizas muertas;
Paga al fin como traidor;
Quien le sirve poco medra;
Y en haciendo la presa,
El arco y alas bate con presteza.

XIV.

Peñas del Tajo deshechas
Del curso eterno del agua,
¿Como el de los ojos mios
Un pecho tierno no ablanda?
Bien parece que se rie
Entre vosotras la ingrata,
Que me ha desterrado el cuerpo,
Y me ha perseguido el alma.
Gozosa Filis se goza
De quien me destruye y mata,
Como si el vencer un muerto
Diese victoria tan alta.
Humilde sufriendo estoy
El cuchillo á la garganta,
Y con ser sentencia injusta
No le replico palabra.
Mis agravios me dan voces,
Para que tome venganza;
Yo acállolos con decirles
Que poca vida me falta.
Aconséjoles que sufran,
Y respóndenme que osáran,
Si como ella tiene el pecho,

Tuviera yo las entrañas.
¿A quien se humilla el leon?
¿Quien con ser fiera le agravia?
Y á mí me mata de celos
Una muger enojada.

XV.

Quien dijese que la ausencia
Causa olvido en quien bien ama,
Mi firmeza lo desmiente,
En quien verá que se engaña.
Ausente en el Tajo vivo,
Y allá me tiene mi alma
En sus fértiles riberas
La salobre Guadiana.
Crecen mas con el ausencia
Mi fuego y mi confianza;
Que la memoria importuna
Mas mi sentido levanta.
Ayuda la soledad
Entre estas sierras ingratas
A mis voces y á mi llanto,
A mis quejas y á mis ansias.
Solo con voz mentirosa
Me responden y me engañan,
Formada en hondas cavernas
Y entre peñas erizadas.
Si amor digo, amor responden:
Si alma digo, dicen alma:
Si Tirsi, responden Tirsi:
Y si la llamo, la llaman.

Amanecerá tu sol
Hará mayo mi esperanza
A mis prados ya sin flores,
Y á mis agostadas ansias.
Entonces los falsos ecos,
Y con ellos las montañas
Callarán y serán mudos,
Ó reventarán si hablan.
Viendo entonces yo mis glorias
En aquel dia que aguardan,
Por entre confusas voces
Daré la vuelta á mi patria.
Rompiendo montes inciertos,
Dificultades contrarias,
Iré á tus brazos, señora,
Por mil sendas no pisadas:
Vendráste tú á mí corriendo
De gozo y gritos bañada,
Mirarás firme mis ojos,
Miraré alegre á tu cara.
Colgaráste de mi cuello,
Penderé de tu garganta,
Haremos los dos alegres
Una vida de dos almas.
Ansí cantaba Menalio,
Dándose triste esperanza,
Respirando de sus penas;
Porque quien llora descansa.

XVI.

Soledad que aflige tanto,

De suyo torcida,
Tarde la enderezan
Varas que la arriman.
Escuchais consejas
De dueñas valdías,
Que en la Iglesia pasan
Cuentas y mentiras:
Y sobre nosotras,
Vuestras enemigas,
Pareceis nublado,
Que atruena y graniza.
Yo de mi cosecha
Me soy Teatina,
Medrosa de engaños,
Y esperanzas tibias.
No echeis tantas llaves,
Porque no se diga,
Que no hay que fiar
De quien no se fia.

XVII.

Escuchad, las que de Amor
La falsa ley adorais,
Y vereis en mis desdichas
Su gloria y cielo infernal.
Mal digo, no me escucheis,
Que si de veras amais,
En amantes corazones
El desengaño es mortal.
Un basilisco adoré,
Cárcel de mi libertad,

Que mataba con los ojos,
Y daba vida en matar.
Enamoréme cual niña,
Supe como vieja amar,
Que amor sus iguales busca,
Y en las almas no hay edad.
Díle el alma de mi pecho,
Lo mas que le pude dar:
Que el niño amor, como es dios,
Nunca menos que almas dá.
Quísome mas que á sus ojos,
Yo le gané en la mitad;
Mas si es igual el amor,
Nunca es la ventura igual.
Engañóme con palabras,
Que no faltarán jamas:
Mas cuando se carga mucho,
Son fáciles de quebrar.
Dejóme como tirano,
A otra sirve, y quiere mas:
Las que amais, mirad si es pena,
Si acaso podeis mirar.
Dos años contenta estuve
Sin temor de aqueste afan,
Que cuando se goza el bien,
Nunca se recuerda el mal.

XVIII.

Deten tu curso, fortuna,
De perseguirme te cansa:
Que para tan fieros golpes

Tan flacas fuerzas no bastan.
Mas si nací sin ventura,
Y sujeto á tus mudanzas,
Sin remedio á mis desdichas
Anda con su rueda vária.
Solo el tiempo me consuela:
Que tiene ligeras alas,
Y nada en él permanece:
Porque al fin todo se cansa.
Y así, aunque me falta el bien,
No he perdido la esperanza;
Que el mal, temprano ó tarde,
Por mas que me atormente, ha de acabarse.
Corre, fortuna enemiga,
De mis bienes descuidada,
Sube á todos en tu cumbre,
Y á mí hasta el centro me baja.
Triunfa á priesa de mis males,
Ríete de mis desgracias,
Enmudece en mi provecho,
Y para mi daño habla.
Dame disgustos sin cuenta,
Y ponme á los gustos tasa;
Que yo en el tiempo confio;
Y así, aunque el bien me falta,
No he perdido del todo la esperanza.
Dicen que ve muchas penas
El que tiene vida larga;
Mas yo bien poco he vivido;
Y en tan poco he visto hartas.
Nada sino penas tengo,
Las glorias de mí se apartan,

Hallo en cosas ciertas dudas,
Sonme las propias contrarias.
Mas de la recia tormenta
Salgo asido como á tabla
Del tiempo que es mi defensa:
Porque al fin todo lo acaba.
Y así, aunque el bien me falta,
No he perdido, &c.
Tengo un noble pensamiento,
Que me defiende y me guarda;
Si me derriban desdichas
En sus hombros me levanta.
De ordinario está conmigo,
Nunca de mi pecho falta,
Memorias tristes me cercan,
Y él solo las desbarata.
Alégrame en mis tristezas:
Pero no lo estimo en nada,
Sino que le ayude el tiempo:
Porque al fin todo lo acaba;
Y así, aunque el bien me falta, &c.
A orillas de Manzanares
Un ausente de su patria
Esto á su fortuna dice,
Que con él ha sido avara.
Y entre suspiros y quejas
Se volvió á mirar el agua,
Y cesando el llanto tierno
Le dijo aquestas palabras:
El curso llevas ligero,
Corres á priesa, y no paras;
Pero acabaráte el tiempo:

Que el tiempo todo lo acaba.
Y así, aunque el bien me falta,
No he perdido del todo la esperanza:
Que el mal, temprano ó tarde,
Por mas que me atormente, ha de acabarse.

XIX.

Enemíga de mis glorias,
Hártate de mis agravios:
Que mas sufrimiento tengo,
Que rigor tu pecho ingrato.
Tu hermosura me ha vencido;
Pero no tus desengaños:
Que cuanto mas me aborreces,
Mas en tu yelo me abraso.
¿Como puede ser posible
En mí y en tí tal milagro,
Que tú me mates el alma,
Y que yo te adore tanto?
Por ser de mi fe testigos
Estas paredes de marmol,
Ya con mi llanto deshechas,
Solo con ellas descanso:
Pero si viviste dentro
Seránme testigos falsos,
Que encantas con la belleza
Como otro Orfeo cantando.
Mi remedio está en la muerte,
Pero mi vida en tus manos;
Que porque jamas descanse
Vive mi muerte á tu cargo.

Pues no te cansa olvidarme;
No puedo cansarme amando:
Aborréceme riendo,
Que yo te amaré llorando.
Y en esta eterna porfía
Eternamente vivamos,
Porque no triunfe la muerte
De dos extremos tan altos.

PARTE III.

ROMANCES HEROICOS.

I.

Belleza de Elena.

Desde una soberbia torre
De aquellas que al fuerte alcazar
De la inexpugnable Troya
Sirven de adorno y de guarda;
Los mas ancianos varones
Sobre cuyos hombros carga
Todo el peso de la guerra,
Que es mayor que el de las armas;
Estaban mirando un dia
Una reñida batalla
Que fuera del ancho muro
Troyanos y Griegos traban.
Ven que de una parte y otra
La tierra en su sangre bañan,
Y que alaridos y polvo

Hasta el cielo se levantan.
Que unos se encuentran furiosos
De tal suerte, que las astas
En piezas al ayre suben,
Y ellos á la tierra bajan.
Que otros firmes en la silla
Ponen mano á las espadas,
Y dan y reciben golpes
Hasta dar tambien las almas:
Que los caballos sin dueño
Rellinchan, corren y saltan,
Y á muchos de los de á pie
Atropellan, hieren, matan:
Y que dentro en la Ciudad
Las miserables Troyanas
Cuyos maridos pelean
En defensa de la patria:
Con ansia mortal se afligen,
Rostro y cabellos maltratan,
Y los ojos en el cielo
Le piden justa venganza.
Hijas por sus padres lloran,
Por sus hermanos hermanas,
Cuyas lamentables voces
Lastiman duras entrañas.
Todo es confusion y estruendo,
Alaridos, golpes, rabia,
Al fin como en cruda guerra
Del tirano amor causada.
Viendo tan triste tragedia
Los que tristes la miraban,
Y de ver buen fin temiendo,

Poca ó ninguna esperanza;
Bañan lágrimas sus ojos,
El dolor su pecho rasga,
Y á voces llaman la muerte
Que los libre de ver tantas.
Un rayo á Júpiter piden
Contra la que ha sido causa
De una guerra tan prolija
Por hermosa y por liviana.
En esto vieron que Elena,
Principio de estas desgracias,
Á la misma torre sube
Á ver los males que causa:
Y viendo que su hermosura
Es mas divina que humana,
Pues con ser tal la de Venus,
Le hace notable ventaja;
Juzgándola poderosa
Para rendir libres almas,
Sin que desden aproveche
Ni otras prevenciones valgan;
Á una voz dicen llevados
De una fuerza extraordinaria
Que tiene en sí la belleza
Contra quien fuerzas no bastan;
¡Dichoso él que en esta guerra
Alcanza ventura tanta,
Que por tu defensa muere
Para que viva su fama!
Si yerros de amor nacidos
Es justo el perdon que alcanzan;
¿Quien á Páris se lo niega?

Siendo su ocasion tan alta?
Grecia y Troya en esta empresa
Ambas estan disculpadas;
Con razon te pide aquella,
Y ésta con razon te guarda:
Los que, teniéndote ausente,
Con injuriosas palabras
De tí al cielo dimos quejas,
Presente le damos gracias.
No caigamos de la tuya:
Que si tanto nos levantas,
Ni Marte podrá ofendernos
Ni ser fortuna contraria.
Diosa de hermosura, vive,
Y con tu vista regala
A este Troyano pueblo
Que te defiende y te ampara.
Esto diciendo, advirtieron
Que el Rey Príamo los llama
Para oir los no creidos
Pronósticos de Casandra.

II.

El Rey Rodrigo.

Cuando las pintadas aves
Mudas estan, y la tierra
Atenta escucha los rios
Que al mar su tributo llevan;
Al escaso resplandor
De cualque luciente estrella,

Que en el medroso silencio
Tristemente centellea;
Teniendo por mas segura
De trage humilde la muestra,
Que la acechada corona
Ni la envidiada riqueza;
Sin las insignias reales
De la magestad soberbia,
Que amor, y temor de muerte
Junto á Guadalete deja;
Bien diferente de aquel,
Que antes entró en la pelea
Rico de joyas, que al Godo
Dió la victoriosa diestra;
Tintas en sangre las armas
Suya alguna y parte agena,
Por mil partes abolladas,
Y rotas algunas piezas;
La cabeza sin almete,
La cara de polvo llena,
Imagen de su fortuna
Que en polvo se ve deshecha;
En Orelia su caballo
Tan cansado ya, que apenas
Mueve el presuroso aliento,
Y á veces la tierra besa;
Por los campos de Jeréz,
Gelboé llorosa y nueva,
Huyendo va el Rey Rodrigo
Por montes, valles y sierras.
Tristes representaciones
Ante los ojos le vuelan,

Hiere el temeroso oído
Confuso estruendo de guerra.
No sabe donde mirar,
De todo teme y recela:
Si al cielo, teme su furia,
Porque hizo al cielo ofensa;
Si á la tierra, ya no es suya,
Que la que pisa es agena.
¿Pues que, si dentro en sí mismo
Con sus memorias se encierra?
Mayor campo de batalla
Dentro el alma le apareja;
Y entre sollozo y suspiros
Así el Rey Godo se queja:
¡Desventurado Rodrigo!
Si esto en otro tiempo hicieras,
Y huyéras de tus deseos
Al paso que agora llevas;
Y á los asaltos de amor
No mostráras la flaqueza
Tan indina de hombre Godo,
Y mas de Rey que gobierna,
Gozára su gloria España,
Y aquella fuerte defensa
Que ya por el suelo yace,
Y el colór cambia á las yerbas.
Amada enemiga mia,
De España segunda Elena,
¡Oh si yo naciera ciego!
¡Ó tú sin beldad nacieras!
Maldito sea el punto y hora
Que al mundo me dió mi estrella,

Pechos que me dieron leche
Mejor sepulcro me dieran.
Pagára á la tierra el censo,
Y en su soledad durmiera
Con los Cónsules y Reyes,
Ó con los plebeyos de ella.
Quitárale á la fortuna
Carro en que triunfar pudiera,
Y un Rodrigo, para España
Materia de tantas quejas.
Traidor Conde don Julian,
Si uno solo es el que yerra,
¿Por qué tan injustamente
Hiciste comun la pena?
No ofendí yo al Africano,
¿Por qué Africano te venga?
¡Oh si este agudo puñal
Rasgára tus falsas venas!
Mas iba á decir Rodrigo;
Pero las palabras medias
Las arrebató el enojo,
Y entre los dientes las quiebra.
Y diciendo: adios España,
Que el Bárbaro señorea;
Junto su Orelia querido
La luz enemiga espera.

III.

Roldan y Bernardo del Carpio.

El invencible Francés,
Fuerte Senador Romano,
Aquel que al bravo Agrican
Le venció y tornó Cristiano;
Y ganó del fiero Almonte
El rico cuerno preciado,
Con que hizo desafios,
Que al mundo puso en espanto;
Aquel que en Albraca solo
Venció todo un campo armado
Y nunca siendo vencido
Venció las hadas y el hado;
Cual suele mostrar mas luz
La luz que se está acabando,
Está en la guerra postrera
Postrera fuerza mostrando.
Y no le basta el orgullo,
La buena espada y caballo,
Que lo ha el Señor de Brava
Con el que nació en el Carpio.
El cual, habiendo ya hecho
De sangre francesa un lago,
Y que al fin de aquella empresa
Estaba el Roldan gallardo;
El gran sobrino de Alfonso
Furioso busca al de Carlos:
Hállale en sangre teñido;

Y él viene en ella bañado.
Los mas bravos corazones
Que humano pecho ha encerrado,
Juntos á batalla vienen,
Con fuerza y ánimo osado.
Para verla se suspende
La del uno y otro campo,
Entre la esperanza y miedo
Los corazones temblando.
El cielo que á Orlando espera,
Fortuna que se ha cansado,
Dan y quitan la victoria
De un Francés á un Castellano.

IV.

Detente, buen mensagero,
Que Dios de peligros guarde,
Si acaso eres Albanés
Como lo muestra tu trage;
Y dime de aquel tu dueño
Que perdido en Roncesvalles,
Los Moros de Zaragoza
Presentaron á Amurates.
¿En qué entretiene los dias
De la mañana á la tarde?
Aunque todo le es de noche
Para quien vive en la carcel.
Y dime, si está muy triste,
Que no es posible que baste
Su valor y su paciencia
Para destierro tan grande.

Y si es verdad, como dicen,
Que libertad quieren darle,
Para que vuelva otra vez
A cautivar libertades.
Que despues que aquí se trata
Su libertad y rescate,
Dos mil albas han salido,
Y nunca la suya sale.
No sé que tiene de bueno,
Que en toda Alemania y Flandes
No hay muger que no le adore,
Ni hay hombre que no le alabe.
Siendo su sangre tan buena,
Que nadie iguala su sangre,
Vale mas él por sí solo,
Que por su nobleza vale.
Yo soy á quien no conoce,
Y quien de solo miralle
Matar los toros un dia,
No hay gusto que no me mate;
Y con saber que en viniendo
Ha de acabar de matarme,
Ruego á Dios que presto sea
Aunque él me remedie tarde.—
Ese cautivo, Madama,
Que fué de los Doce Pares,
Le responde el mensagero,
Cerca está de rescatarse.
Bravas galas se aparejan
De vestidos y plumages,
Para de España salir
Y entrar en Francia galanes.

Pero no espero, Señora,
Vuestro remedio ni aun tarde,
Que aunque ahora libre el cuerpo,
Tiene el alma en otra parte.
Muchos tiempos ha que adora
A la hermosa Bradamante,
Tan justamente perdido,
Que llama gloria sus males.
La Francesa que esto oyó
Sin que mas razon aguarde,
Cerró la ventana, y fuese
Rompiendo á voces los ayres.

V.

Regalándo el tierno vello
De la boca de Medoro,
La bella Angélica estaba
Sentada al tronco de un olmo.
Los bellos ojos le mira
Con los suyos pïadosos,
Y con sus hermosos labios
Mide sus labios hermosos.
¡Ay Moro venturoso,
Que á todo el mundo tienes envidioso!
Convaleciente del cuerpo
Estaba el dichoso Moro,
Y tan enfermo del alma,
Que al cielo pide socorro.
Enternecida á las quejas
Angélica de Medoro,
Le cura con propia mano,

Y queda sano del todo.
¡Ay Moro venturoso,
Que á todo el mundo tienes envidioso!
A las quejas y dulzuras,
Que los dos se dicen solos,
Descubiéndoles el eco
Orlando llegó furioso;
Y viendo á su yedra asida
Del mas despreciado tronco,
Pone mano á Durindana
Lleno de celos y enojo.
¡Ay Moro venturoso,
Que á todo el mundo tienes envidioso!

VI.

Aquí gozaba Medoro
De su bella deseada,
A pesar del Paladino
Y de los Moros de España:
Aquí sus hermosos brazos,
Como yedra que se enlaza,
Ciñeron su cuello y pecho,
Haciendo un cuerpo dos almas.
Estas palabras de fuego
Escritas con una daga
En el marmol de una puerta
El Conde Orlando miraba;
Y apenas leyó el renglon
De las postreras palabras,
Cuando con voces de loco
Echó mano á Durindana,

Y dando sobre las letras
Una y otra cuchillada,
Con el encantado acero
Piedras y centellas saltan.
Que de palabras de amor
No solamente en las almas,
En las piedras entra el fuego,
Y de ellas sale la llama.
La columna deja entera,
Como lo está su esperanza,
Que confiesa ser mas firme,
Que no el valor de sus armas.
Entrando la casa adentro,
Vió pintada en una cuadra
La amarilla y fiera muerte,
Que á los pies de un niño estaba.
Conoció que era el amor
En las flechas y la aljaba,
Y unas letras que salian
De las manos de una dama.
Lo que decian repite,
Como quien no entiende nada,
Que en males que vienen ciertos
Es gloria engañar al alma.
Las letras dicen : *Medoro,*
El grande amor de tu esclava
Ha de vencer á la muerte,
Que aun muerto vive quien ama.
No tiene el Conde paciencia,
Que alborotando la sala,
Despedaza cuanto mira:
¡De amor injusta venganza!

VII.

El Rey Don Pedro.

A los pies de don Henrique
Yace muerto el Rey don Pedro
Mas que por su valentía
Por voluntad de los cielos.
Al envainar el puñal
El pie le puso en el cuello,
Que aun allí no está seguro
De aquel invencible cuerpo.
Riñeron los dos hermanos
Y de tal suerte riñeron,
Que fuera Cain el vivo
A no haberlo sido él muerto.
Los ejércitos movidos
A compasion y contento,
Mezclados unos con otros
Corren á ver el suceso.
Y los de Henrique
Cantan, repican y gritan:
Viva Henrique.
Y los de Pedro
Clamorean, doblan, lloran
Su Rey muerto.
Unos dicen que fue justo,
Otros dicen que mal hecho,
Que no es Rey cruel, si nace
En tiempo que importa serlo.
Y que los yerros de amor
Son tan dorados y bellos,

Cuanto la hermosa Padilla
Ha quedado por ejemplo.
Que nadie verá sus ojos,
Que nó tenga al Rey por cuerdo,
Mientras como otro Rodrigo
No puso fuego á su reino.
Los que con ánimos viles,
Ó con lisonja ó por miedo,
Siendo del bando vencido,
Al vencedor siguen luego;
Valiente llaman á Henrique,
Y á Pedro tirano y ciego,
Porque amistad y justicia
Siempre mueren con el muerto.
La tragedia del Maestre,
La muerte del hijo tierno,
La prision de Doña Blanca,
Sirven de infame proceso.
Algunos pocos leales
Dan voces pidiendo al cielo
Justicia, pidiendo al Rey,
Y mientras que dicen esto;
Los de Henrique, &c.
Llora la hermosa Padilla
El desdichado suceso,
Como esclava del Rey vivo,
Y como viuda del muerto.
¡Ay Pedro! que muerte infame
Te han dado malos consejos,
Confianzas engañosas,
Y atrevidos pensamientos!
Salió corriendo á la tienda,

Y vió con triste silencio
Llevar cubierto su esposo
De sangre y de paños negros.
Y que en otra parte á Henrique
Le dan con aplauso el cetro;
Campanas tocan los unos,
Y los otros, instrumentos.
Como acrecienta el dolor
La envidia del bien ageno,
Y el ver á los enemigos
Con favorable suceso;
Así la triste Señora
Llora y se deshace, viendo
Cubierto á Pedro de sangre,
Y á Henrique de oro cubierto.
Echó al cabello la mano
Sin tener culpa el cabello,
Y mezclando perlas y oro,
De oro y perlas cubrió el cuello.
Quiso decir, Pedro, á voces,
Villanos, vive en mi pecho;
Mas poco lo aprovechó;
Y mientras lo está diciendo,
Los de Henrique, &c.
Rasgó las tocas, mostrando
El blanco pecho encubierto,
Como si fuera cristal
Por donde se viera Pedro.
Desmayóse ya vencida
Del poderoso tormento,
Cubriendo los bellos ojos,
Muerte, amor, silencio y sueño.

Entre tanto el campo todo
Aquí y allí van corriendo,
Vencedores y vencidos,
Soldados y caballeros.
Y los de Henrique, &c.

VIII.

*Desafío del Cid.**

Non es de sesudos homes
Ni de infanzones de pro
Facer denuesto á un fidalgo,
Que es tenudo mas que vos.
Non los fuertes barraganes
Del vueso ardid tan feroz
Prueban en homes ancianos
El su juvenil furor.
Non son buenas fechorías
Que los homes de Leon
Fieran en el rostro á un viejo,
Y no el pecho á un infanzon.
Cuidáras que era mi padre
Del Lain Calvo sucesor,
Y que no sufren los tuertos
Los que han de buenos blason.
¿Mas como vos atrevisteis
A un home, que solo Dios,
Siendo yo su fijo, puede
Facer aquesto, otro non?

* Este y los siguientes están sacados del Romancero del Cid.

La su noble faz ñublasteis
Con nube de deshonor,
Mas yo desfaré la niebla;
Que es mi fuerza la del sol;
Que la sangre despercude
Mancha que finca en la honor,
Y ha de ser, si bien me lembro,
Con sangre del malhechor.
La vuestra, conde tirano,
Lo será, pues su furor
Os movió á desaguisado
Privándovos de razon.
Mano en mi padre pusisteis
Delante el rey con furor,
Cuidá que lo denodasteis,
Y que soy su fijo yo.
Mal fecho ficisteis, conde,
Yo vos reto de traidor,
Y catad si vos atiendo,
Si me causarás pavor.
Diego Laínez me fizo
Bien cendrado en su crisol;
Yo probaré en vos mis fuerzas,
Y en vuesa mala intencion.
No vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador;
Pues para me combatir
Traigo mi espada y troton.
Aquesto al conde lozano
Dijo el buen Cid campeador,
Que despues por sus fazañas
Este nombre mereció.

Dióle la muerte y vengóse,
La cabeza le cortó,
Y con ella ante su padre
Contento se afinojó.

IX.

Quejas de doña Jimena.

Sentado está el señor rey
En su silla de respaldo,
De su gente mal regida
Desavenencias juzgando:
Dadivoso y justiciero
Premia al bueno y pena al malo:
Que castigos y mercedes
Hacen seguros vasallos.
Arrastrando luengos lutos
Entraron treinta fidalgos,
Escuderos de Jimena,
Fija del conde Lozano.
Despachados los maceros,
Quedó suspenso el palacio,
Y asi comenzó sus quejas
Humillada en sus estrados.
Señor, hoy hace tres meses
Que murió mi padre á manos
De un muchacho que las tuyas
Para matador criaron.
Cuatro veces he venido
A tus pies, y todas cuatro
Alcancé prometimientos,
Justicia jamas alcanzo.

Don Rodrigo de Vivar
Rapaz, orgulloso y vano
Profana tus justas leyes,
Y tu amparas un profano.
Tú le celas, tú le encubres,
Y despues de puesto en salvo,
Castigas á tus merinos,
Porque no pueden prendallo.
Si de Dios los buenos reyes
La semejanza y el cargo
Representan en la tierra
Con los humildes humanos;
Non debiera de ser rey
Bien temido y bien amado,
Quien fallece en la justicia
Y esfuerza los desacatos.
Mal lo miras, mal lo piensas;
Perdona si mal te fablo:
Que la injuria en la muger
Vuelve el respeto en agravio.
No haya mas, gentil doncella,
Respondió el primer Fernando:
Que ablandarán vuestras quejas
Un pecho de acero y marmol.
Si yo guardo á Don Rodrigo,
Para vueso bien le guardo;
Tiempo vendrá que por él
Convirtais el gozo en llanto.
En esto llegá á la sala
De Doña Urraca un recado,
Asióla del brazo el rey,
Donde está la infanta entraron.

X.

Contestacion entre el Cid y el abad Bermudo.

Fablando estaba en el claustro
De san Pedro de Cardeña
El buen rey Alfonso al Cid
Despues de misa una fiesta:
Trataban de las conquistas
De las mal perdidas tierras
Por pecados de Rodrigo,
Que amor disculpa y condena.
Propuso el buen rey al Cid
El ir á ganar á Cuenca;
Y Rodrigo mesurado
Le dice de esta manera:
Nuevo sois, el rey Alfonso,
Nuevo sois rey en la tierra:
Antes que á guerras vayades
Sosegad las vuesas tierras.
Muchos daños han venido
Por los reyes que se ausentan,
Y apenas han calentado
La corona en la cabeza.
Y vos no estais muy seguro
De la calumnia propuesta
De la muerte de don Sancho
Sobre Zamora la vieja;
Que aun hay sangre de Bellido,
Magüer que en fidalgas venas,
Y el que fizo aquel venablo,

Si le pagan, hará treinta.
Bermudo en lugar del rey,
Dice al Cid: si vos aquejan
El cansancio de las lides,
Ó el deseo de Jimena,
Idvos á Vivar, Rodrigo,
Y dejadle al rey la empresa,
Que hombres tiene tan fidalgos,
Que no volverán sin ella;
¿Quien vos mete, dijo el Cid,
En el consejo de guerra,
Fraile honrado, á vos agora
La vuesa cogulla puesta?
Subid vos á la tribuna,
Y rogad á Dios que venzan:
Que non venciera Josué
Si Moyses no lo ficiera.
Llevad vos la capa al coro,
Yo el pendon á las fronteras,
Y el rey sosiegue su casa
Antes que busque la agena;
Que no me farán cobarde,
El mi amor y la mi queja,
Que mas traigo siempre al lado
A Tizona que á Jimena.
Home soy, dijo Bermudo,
Que antes que entrára en la regla
Si no vencí reyes moros
Engendré quien los venciera;
Y agora en vez de cogulla
Cuando la ocasion se ofrezca
Me calaré la celada

Y pondré al caballo espuelas
Para fugir, dijo el Cid.
Podrá ser, padre, que sea
Que mas de aceite que sangre
Manchado el hábito muestra.
Calledes, le dijo el rey,
En mal hora que no en buena,
Acordársevos debia
De la jura y la ballesta.
Cosas tenedes, el Cid,
Que farán fablar las piedras,
Pues por cualquier niñería
Faceis campaña la iglesia.
Pasaba el conde de Oñate
Que llevaba la su dueña,
y el rey por facer mesura
Acompañóla á la puerta.

XI.

Reconvenciones de Alfonso VI al Cid.

Si atendeis que de los brazos
Vos alce, atended primero,
Si no es bien que con los mios
Cuide subiros al cielo.
Bien estais afinojado,
Que es pavor veros enhiesto,
Asiento es asaz debido
El suelo de los soberbios.
Descubierto estais mejor,
Despues que se han descubierto

De vuesas altanerías
Los mal guisados sucesos.
¿En que os habeis empachado,
Que dende el pasado invierno
Non vos han visto en las Cortes,
Puesto que Cortes se han fecho?
¿Por que, siendo cortesano,
Traeis la barba y cabello
Descompuesta y desviada
Como los padres del yermo?
Pues aunque vos lo pregunto,
Asaz que bien os entiendo,
Bien conozco vuesas mañas
Y el semblante falagüeño.
Quereis decir que cuidando
En mis tierras y pertrechos
No cuidades de aliñarvos
La barba y cabello luengo.
Al de Alcalá contrariasteis
Mis treguas, paz y concierto,
Bien como si el querer mio
Tuviérades por muy vueso.
A los fronterizos moros
Diz que teneis por tan vuesos
Que os adoran como á Dios;
Grandes algos habreis dellos.
Cuando en mi jura os hallásteis
Despues del triste suceso
Del rey don Sancho mi hermano,
Por Bellido traidor muerto;
Todos besaron mi mano
Y por rey me obedecieron;

Solo vos me contrallasteis
Tomándome juramento.
En santa Gadea lo fice
Sobre los cuatro Evangelios
En el balleston dorado,
Teniendo el cuadrillo al pecho.
Matárades á Bellido,
Si ficierais como bueno,
Que no ha faltado quien dijo
Que tuvisteis asaz tiempo.
Fasta el muro lo seguisteis,
Y al entrar la puerta adentro,
Bien cerca estaba quien dijo,
Que non osasteis de miedo.
Y nunca fueron los mios
Tan astutos y mañeros,
Que cuidasen que don Sancho
Muriese por mis consejos.
Murió, porque á Dios le plugo,
En su jüicio secreto,
Quizá porque de mi padre
Quebrantó sus mandamientos.
Por estos desaguisados,
Desavenencias y tuertos,
Con título de enemigo
De mis reinos vos destierro.
Yo tendré vuesos condados
Fasta saber por entero
Con acuerdo de los mios
Si confiscárvoslos puedo.
No repliquedes palabra;
Que vos juro por san Pedro

Y por san Millan bendito,
Que vos enforcaré luego.
Estas palabras le dijo
El rey don Alfonso el sexto,
Inducido de traidores,
Al Cid, honor de sus reinos.

XII.

Respuesta del Cid.

Tengovos de replicar
Y de contrallarvos tengo,
Que no han pavor los valientes,
Ni los non culpados miedo.
Si finca muerta la honra
A manos de los denuestos,
Menos mal será enforcarme
Que el mal que me habedes fecho.
Yo seré en tierra humildoso
A guisa de vueso siervo,
Que teniendo los mis brazos
Cuido alzarme sin los vuesos.
Cúbranse, y non vos acaten
Los ociosos falagüeños,
Que magüer yo no lo soy,
Me puedo cubrir primero.
Dos vegadas hubo Cortes,
Desde antaño por invierno;
Diz que por la pro comun,
O por los vuesos provechos.

Vos en Leon las ficisteis,
Pero yo en los campos yermos,
Faciendo las mias, desfice
Del contrario los pertrechos.
Lo fecho en Alcalá vedes,
Y non lo que fue primero,
Y es mal juzgador quien juzga
Sin notar todo el proceso.
Folgá que el moro de allende
Respete mis fechos buenos,
Que si non me los respeta
Non vos guardarán respeto.
Asaz me semejas blando,
Porque de tiempo tan luengo,
De apretarvos en la jura
Vos duele el escocimiento.
Mentirá el que me achacáre
Del traidor Dolfos el tuerto:
Que sabedes lo que fue,
Y lo que no fue en el reto:
Ademas, que sin espuelas
Cabalgué entonces por yerro.
Vencen pesadas falsías
Al noble y sencillo pecho.
Y pues gasté mis haberes
En prez del servicio vueso,
Y de lo que hube ganado
Vos fice señor y dueño;
Non me lo confiscaredes
Vos ni vuesos compañeros:
Que mal podredes tollerme
La facienda que no tengo.

De hoy mas seré facendoso
Pues hoy de vos me destierro;
Y de hoy para mí me gano,
Pues hoy para vos me pierdo.
Estas palabras decia
El noble Cid, respondiendo
A las querellas injustas
Del rey don Alfonso el sexto.

XXII.

Reconciliacion del rey con el Cid.

Ceñid los membrudos brazos
Al cuello que bien os quiere,
Por ser asaz de tal dueño
Que el mundo otro par no tiene.
No rehuyais de abrazarme,
Que abrazos de home tan fuerte
Desentollecen mis tierras
Y las de moros tollecen.
Facedlo, que bien podeis,
É cuidá no me manchedes,
Que aun finca en las vuesas armas
La sangre mora reciente.
No atendais tuertos que os fice,
Pues tan buen premio merecen,
Que no quisé en mi servicio
Home á quien le sirven reyes.
Si vos desterré, Rodrigo,
Fue porque á moros que crecen
Desterrais sus fechorias

Y las vuesas alto vuelen.
No vos eché de mi reino
Por falsos que vos mal quieren,
Sí porque en tierras agenas
Por vos mi valor se muestra:
De Albar Fañez vuestro primo
Recibí vuestro presente,
No en feudo vueso, Rodrigo,
Sino como de pariente.
Las banderas que ganásteis
A sarracenos de allende
Por vuesa mandadería
En san Pedro las veredes:
La vuesa Jimena Goméz
Que tanto vos quiso siempre,
Porque la demaridé,
Mil pleitos contra mí tiene.
Non escucheis sus querellas
Cuando á mí las enderece,
Que á las fembras mas astutas
Cualquier enojo las vence.
Atended en su presencia,
Que cuido que vos atiende
Mas ganosa de vos ver,
Que vos venides de verme:
Qué si malos consejeros
Facen oficios que suelen,
En cambio de saludarme,
Atenderedes mi muerte.
Non atendáis, home bueno,
Así os valga san Llorente,
Y riñas de por san Juan

Sean paz que dure siempre.
Prended al cuello mis brazos:
Que vuesos brazos bien pueden
Prender en paz vueso rey,
Pues en guerra cinco prenden.
El rey don Alfonso el sexto
Le dice esto al Cid valiente,
Que de lidiar con los moros
Victorioso á su rey vuelve.

XIV.

Las hijas del Cid.

Al cielo piden justicia
De los condes de Carrion
Ambas las fillas del Cid
Doña Elvira y doña Sol.
A sendos robles atadas
Dan gritos que es compasion,
Y no las responde nadie,
Sino el eco de su voz.
El menosprecio y afrenta
Sienten, que las llagas non;
Que es dolor á par de muerte
En la muger un baldon.
Tal fuerza tienen consigo
La verdad y la razon,
Que hallan en los montes duros
Y en las fieras compasion.
A los lamentos que hacen
Por allí pasó un pastor,

Por donde no puso pies
Cosa humana sí ahora no.
Danle voces que se acerque,
Y él non osa de pavor;
Que son hijos de inorancia
El empacho y el temor.
Por Dios te rogamos, home,
Que hayas de nos compasion,
Asi tu ganado vaya
Siempre de bien en mejor.
Nuncan le falten las aguas
En el estío y calor;
Las yerbas no se le sequen
Con la helada y con el sol.
Tus tiernos fiyuelos veas
Criados en bendicion,
Y peines tus blancas canas
Sin dolencia y sin lesion.
Que desates nuestras manos,
Pues que las tuyas no son
Como las que nos ataron
Con malicia y con traicion.
Ellas en estas palabras,
Don Ordoño que llegó
En hábito de Romero
De órden del Cid su señor;
Prestamente las desata,
Disimulando el dolor;
Ellas que lo conocieron
Juntas lo abrazan las dos.
Llorando les dice: primas,
Secretos del cielo son,

Cuya voz y cuya causa
Está reservada á Dios:
No tuvo la culpa el Cid,
Que el rey se lo aconsejó;
Mas buen padre teneis, dueñas,
Que vuelva por vueso honor.

XV.

Querella del Cid contra los Condes.

Años hace, rey Alfonso,
Que solo en vueso servicio
El arambre de tizona
Apenas lo he visto limpio,
Y que mi pobre Jimena
Nacida en contrario sino
Fue por mí sola de padre,
Como por vos de marido.
Ella en mi ausencia ha llorado
El medio lecho vacío,
Mientras que yo derribaba
Mil estandartes moriscos.
Testigos tengo presentes,
Y vos rey, sois buen testigo
Que he atropellado mas lunas
Que el sol ha durado siglos.
Fui en mi juvenil discurso
Rayo en vuesos enemigos,
Como agora son mis canas
Terreros de mal nacidos.
Todo lo gobierna el cielo

Con su nivel y destino
Desde la tierra á su altura
Y desde el cielo á su abismo.
Al pavon le dió sus pies,
Al águila el corbo pico,
Y al leon la calentura
Porque estén menos altivos.
Dos fillas tengo, señor,
Y porque robé al serviros
El tiempo del engendrarlas,
Las engendré con delito.
Agraviáronlas traidores,
Y por haberse atrevido,
Aunque mi brazo pudiera,
Solo al vueso lo remito.
Dos alevosos cobardes,
Cuyos corazones tibios
Al temor hacen altares,
Y le ofrecen sacrificios;
Carrion les da tributo
Como la fama al olvido,
Y como yo me querello
De tal injuria ofendido.
Levante vuesa justicia
El peso con el cuchillo,
Que aunque suyo sea el peso,
El pesar ha de ser mio.
Si la justicia en las armas
Falló el natural abrigo,
Ya sirvo yo con las mias;
Faced justicia y castigo.

PARTE IV.

ROMANCES CORTOS Y LETRILLAS.

I.

Sol resplandeciente,
Que con luz dorada
Doras y matizas
Mi querida patria;
Tú que de jazmines,
Y de perlas sacas
El rubio cabello
Y la frente ornada;
Y el lecho oriental
De la esposa amada
Dejas viudo y solo
Lleno de esmeraldas;
Pues ahora sales,
Y dejas sus faldas
Del precioso aljofar
Que llora, bordadas;
Y el concierto dulce
De los que bien aman
Alegre lo miras,
Y triste lo apartas;
Las torres soberbias,
Que ya fueron guardas
De amorosos hurtos
Victorioso asaltas:

Y el lecho que tiene
Dos cuerpos y un alma,
Que tiempo los junta
Y amor los enlaza;
Tú rompes sus treguas
Y escalas la casa,
Cuando las dos bocas
Se beben las almas.
Alegras el mundo,
Y las aves cantan
De tu luz divina
Gloriosa alabanza.
Los montes de hielo,
Que al cielo se ensalzan
En cristales puros,
Te rinden sus párias.
Y con rayos de oro
De las sierras altas
Desnudas la nieve,
Porque vean tu cara.
Al pie de una de ellas
Vive una Serrana
Mas helada que ellas,
Y que ellas mas alta.
En su blanco pecho
Hay como en montaña
Mármoles cubiertos
De la nieve blanca.
Cuidados produce,
Libertades mata,
Atropella glorias
Y huella esperanzas.

De verde vestida,
De belleza armada,
Persigue las fieras
Y prende las almas.
Así goces, Sol,
Del oro y la plata
Que en las venas crias
De la rica Arabia;
Y el copioso censo
Que la mar te paga
De varias riquezas
En sus conchas varias;
Que si vieres hoy
A mi amada ingrata,
Tus rayos ardientes
Su hielo deshagan.
Pero no podrá
Tu fuego ablandarla,
Porque con su fuerza
Es la tuya flaca;
Pues no han sido parte
Para deshelarla
De mi ardiente pecho
Las ardientes llamas.

VI.

Del tiempo infinito
La imagen anciana
Contempla Riselo,
Y aquesto le canta:
Oye mis desdichas,

Inventor de usanzas
Que lo crias todo,
Y todo lo acabas.
De tus alas libres
Pinceles se sacan
Para el desengaño
Que es pintor de faltas.
Tu guadaña afilas
Entre las pizarras
De nuestros descuidos
Y de sus mudanzas.
Y luego con ella
Tan sin duelo talas
Arboles humildes,
Como altivas palmas.
Fugitivas sombras
De prisa señalan
Las noches que olvidas,
Los dias que gastas.
A la muerte entregas
Las desdichas largas,
Cuando el curso tuyo
No pudo estorbarlas.
Por los males nuestros
Vagaroso pasas,
Por el bien apenas
El aire te alcanza.
Del Indio remoto
Margaritas caras
Ciñeran tus sienes,
Lucieran tus alas
Los metales ricos

Te dieran medallas,
Los pobres comunes
Eternas estatuas;
En tus aras vieras
Las jamas halladas,
Preñeces ocultas
Y partos de Arabia;
El colmado cuerno
De sus abundancias,
Favor de la tierra
Tesoro del agua,
Venerablemente
Amaltea sacra
Por mí le vertiera
En tus nobles canas;
Con tal que tu industria
Le diese á mi alma
Soltura en mi pecho,
Prision en quien ama.
Para el pensamiento
No te pido nada,
Que yo le castigo
Si no me regala.
No será posible,
Tiempo, que me valgas,
Duros son mis yerros
Mas que tu guadaña.
Si la vida sobra,
Si la muerte falta,
Si penas consuelan,
Si consuelos cansan;
Que me otorgues quiero

Tus horas menguadas,
Y que de mi vida
Volando te vayas.

III.

La niña morena
Que yendo á la fuente
Perdió sus zarcillos,
Gran pena merece.
Diérame mi amado,
Antes que se fuese
Zarcillos dorados
Hoy hace tres meses.
Dos candados eran
Para que no oyese
Palabras de amores,
Que otros me dijesen:
Perdílos lavando,
¿Qué dirá mi ausente,
Sino que son unas
Todas las mugeres?
Dirá que no quise
Candados que cierren,
Sino falsas llaves,
Mudanza y desdenes:
Dirá que me hablan
Cuantos van y vienen,
Y que somos unas
Todas las mugeres.
Dirá que me huelgo
De que no parece

En misa el Domingo,
Ni en mercado el Jueves:
Que mi amor sencillo
Tiene mil dobleces,
Y que somos unas
Todas las mugeres.
Dirâme: traidora,
Que con alfileres
Prendes de tu cofia
Lo que mi alma prende...
Cuando esto me diga
Diréle que miente,
Que no somos unas
Todas las mugeres.
Diré que me agrada
Su pellico el verde,
Muy mas que el brocado
Que visten Marqueses.
Que su amor primero
Primero fué siempre,
Que no somos unas
Todas las mugeres.
Diréle que el tiempo
Que el mundo revuelve
La verdad que digo
Verá si quisiere:
Amor de mis ojos,
Burlada me dejes,
Si yo me mudase
Como otras mugeres.

IV.

Blanca y bella niña
De los ojos bellos,
Huye los peligros
Del hijo de Venus.
Los oidos tapa
A sus mensageros,
Como el aspid libio
Al sabio hechicero,
No digas: soy libre,
Resistille puedo;
Que muchas cautivas
Lo mismo dijeron.
Eres delicada,
Y él fuerte en extremo,
No están dél seguros
Los muros del cielo.
Mira como siguen
Su triunfo soberbio
Salomones sabios,
Davides guerreros.
Y el que solo mata
Los mil filisteos,
Un rapaz desnudo
Le corta el cabello.
Ante el carro suyo
En mil formas puesto,
Va el supremo Jove
Aherrojado y preso.
Danle las coronas

Vasallage y sueldo,
Y sus leyes siguen
Los que las hicieron.
Ciérrale la vista,
Que ella es el comienzo
Por donde á las almas
Camina su fuego.
Que amor, como Ulises
A los Polifemos,
La luz de los ojos
Les ciega primero.
Son los gustos suyos,
Cuando los contemplo,
Engañosas aguas,
Dorado veneno.
Míranse sus daños
Los ojos abiertos,
Sus dichas y glorias
Pasan entre sueños.
Vívora en el vientre
Son sus pensamientos,
Matan á la madre
Que los tuvo dentro.
Traen sus bienes alas,
Pártense ligeros,
Y sus males plomo
Para estar de asiento.
Mil placeres suyos,
Dijo un sabio de ellos,
A montar no llegan
Un solo tormento.
¿Pues qué si á tu alma

Martirizan celos?
Líbrete amor, niña,
De tan duro infierno.
Coge el labrador
Del arado suelo
El fruto del grano,
Que escondió en su seno.
Si recibe trigo,
Trigo dá á su tiempo;
Y si flor, dá flores
El campo risueño.
Mal haya semilla
Que dá el fruto avieso,
Y mal haya fruto
Della tan ageno.
Acá sembrarás
Amor verdadero,
Cogerás olvido
De un ingrato pecho.
A la niña hermosa
Del rubio cabello
Una escarmentada
La dá este consejo.
Ella de ser libre
La hizo juramento,
Y amor que la escucha
Se queda riendo.

V.

Mal haya mis ojos,
Madre, que los puse

En otros que abrasan
Negando su lumbre.
Fuérame yo, Madre,
Al mercado un Lúnes,
Miento, Mártes era,
Mil azares tuve.
Compróme mi Pedro
Un dorado estuche,
Echéle mal grado
Cordones azules.
Sin mirar en ello
Del mercado truje
Con yerros dorados
Celos que me apuren.
Topóme el hidalgo,
Aquel que le rugen
Mucho los gregüescos,
Y tañe laúdes.
Díjome, Serrana,
Los rayos ilustres
De tus bellos ojos
Mil bienes descubren.
Permite, si mandas,
Que mi fe se apure,
Con las esperanzas,
Que en la tuya puse.
Habló tan ñublado,
Que aguardando estuve
Cuando me mojáran
Sus preñadas nubes.
Respondíle á tiento:
En otras procure

Emplear sus galas,
Y en mí no se ocupe.
Asióme la mano,
Soltar no me pude,
Que me adormecieron
Sus palabras dulces.
Pedro que nos via
Maldades presume,
Que burlas en veras
Diz que no las sufre.
Llaméle yo triste;
Respondió: no busques
Voluntad villana,
Que la noble injurie,
De mis esperanzas
Ya llegó el Octubre,
No quieras Pastores,
Si atropellas Duques.
De mi vista, Madre,
Con esto escabulle
El que en mis entrañas
Tan de asiento tuve.
¡Ay de mí que muero!
¡Ay que me destruyen
Sospechas de agravios,
Que hacer yo no supe!
Plegue á Dios, cuidado,
Pues tan mal me luces,
Que porque te acabes
Viva me sepultes;
Y al hidalgo malo,
Pues por él me arguyen,

Que cautivo muera
En Argel ó en Tunez.
Madre, la mi Madre,
No es justo que duren
Mis ansias que tienen
Mortales vislumbres.
Busquen los mis ojos
Quien su llanto enjugue,
Sin que lloren tanto,
Que mi vida enturbien.
¡Ay malvados hombres
De ingratas costumbres!
El mejor de todos
Muera de arcabuces.

VI.

Riñó con Juanilla
Su hermana Miguela,
Palabras la dice,
Que mucho la duelan.
Ayer en mantillas
Andabas pequeña,
Hoy andas galana
Mas que otras doncellas;
Tu voz son suspiros,
Tus cantos endechas,
Al alba madrugas,
Al gallo te acuestas;
Cuando estás labrando
No sé en que te piensas,
Que al dechado miras.

Y los puntos yerras.
Dícenme que haces
Amorosas señas;
Si madre lo sabe,
Habrá cosas nuevas.
Clavará ventanas,
Cerrará las puertas;
Para que bailemos
No dará licencia.
Mandará que tia
Nos lleve á la Iglesia,
Porque no nos hallen
Las amigas nuestras.
Cuando fuera salga,
Dirále á la dueña,
Que con nuestros ojos
Tenga mucha cuenta.
Que mire quien pasa,
Si miró á la reja;
Y á quien de nosotras
Volvió la cabeza.
Por tus libertades
Seré yo sujeta;
Pagaremos justos
Lo que malos pecan.
¡Ay Miguela hermana,
Qué mal que sospechas!
Mis males presumes,
Mas no los aciertas.
A Pedro el de Juana,
Que se fué á la sierra,
Aficion le tuve,

Y escuché sus quejas.
Mas visto que es vario
Despues de su ausencia,
De su fe fingida
Ya no se me acuerda.
Fingida la llamo,
Porque quien se ausenta
Sin fuerza y sin gusto,
No es bien que le quieran.
Ruégale tú á Dios,
Que Pedro no vuelva,
Responde burlando
Su hermana Miguela;
Que el amor comprado
Con tan ricas prendas,
No saldrá del alma
Sin salir con ella.
Creciendo tus años
Crecerán tus penas,
Y si no lo sabes
Escucha esta letra:

Si eres niña y has amor,
¿Qué te harás cuando mayor?
Si al niño Dios te ofreciste
Desde niña, con la edad
Le darás mas facultad
De la que le prometiste:
Si pequeña te atreviste
En tenerle por Señor,
¿Que te harás cuando mayor?

Como estás hecha á querer
Desde que sabes amar,

En faltando á quien amar,
Te verás aborrecer:
Segun esto, podrás ver
Si eres niña y has amor;
¿Qué te harás cuando mayor?

VII.

Elisa dichosa,
Haga larga el cielo
La corta madeja
De tus años tiernos.
Goza siglos largos
Ese rostro bello,
De la vista flecha,
Y de amor terrero.
Crezcan, niña hermosa,
De uno en otro extremo
Las trenzas doradas
Del vírgen cabello:
Si á la Iglesia fueres,
Compónganté versos,
A quien rinda parias
Y se humille el viento.
Cuando al baile fueres,
Al son del pandero
Tu donaire encienda
Libres pensamientos.
Tenga tu ganado
Próspero suceso,
La lana en verano,

La leche en invierno.
Aquel que bien quieres
Goce de tu lecho
Con blandos abrazos,
Y amorosos besos.
Al son de los ramos
Esos ojos bellos
Reposen la siesta
Vencidos del sueño.
Cuando salga el alba,
De Apolo correo,
Encuentren tus soles,
Y tórnese dentro.
Tras todo, señora,
Vivas en el suelo
Mil siglos dichosos
A pesar del tiempo.
Niñez, hermosura,
Amores, extremos,
Las trenzas doradas,
La Iglesia y el viento,
Abrazos, amores,
Ramos, ojos, lecho,
Alba, sierra, soles,
Sueño, siglo y tiempo
Todo me falte junto en este suelo,
Si no eres tú, dichosa Elisa, un cielo.

VIII.

Eran dos Pastoras
Libres de aficion,

Una blanca y rubia
Mas bella que el sol;
La otra morena
De alegre color,
Con dos ojos claros
Que dos soles son.
Y viéndose libres
Del tirano amor,
Hacen burla de él
Entrambas á dos.
Dicen que no temen
Su furia y rigor,
Pues en mil encuentros
Nunca las venció.
Y viendo que en muchos
Las acometió,
Júzganlo por flaco
Y sin municion.
Cuenta la morena,
Que en una ocasion
La tiró mil flechas,
Y nunca la hirió.
Y que viendo el niño
Que no aprovechó,
Sus lazos y redes
De secreto armó.
Ella con sus ojos
Todo lo abrasó,
Y el niño corrido
La empresa dejó.
Dice la que es blanca
Que lo deslumbró,

Y que estando ciego
No tiene valor.
Y burlando de él,
Como así lo vió,
Quitándole el arco
Se lo desarmó.
La morena un dia
Esto me contó,
Y yo agradecido
Consejos les doy.
Y aunque para darlos
Me falta valor,
Fiado en su gracia
Soltaré mi voz.
Pastoras hermosas,
Pues el cielo os dió
Tantas gracias juntas,
Tened discrecion.
No fieis, pastoras,
De lo que pasó,
Que contra el rapaz
No hay reparo, no.
Su sosiego incierto
Suele dar pasion,
Su quietud mil penas,
Su gusto dolor.
Estad sobre aviso,
Pues que yo os le doy,
Que sobre el descuido
La ruina es peor.
Tu blancura hermosa
Busca con razon,

Y cuando no pienses,
Verás su traicion.
De tus hebras de oro
Tejerá un cordon,
Y con él al mundo
Lo pondrá en prision.
Tus ojos, morena
De claro arrebol,
Guardate no sean
Tu mismo dolor.
Que podrá en su centro
Meterse el traidor,
Y de allí encender
Fuego al corazon.

V.

Fertiliza tu vega,
Dichoso Tormes,
Porque viene mi niña
Cogiendo flores.
De la fertil vega
Y el esteril bosque
Los vecinos campos
Maticen y broten
Lirios y claveles
De varios colores,
Porque viene mi niña
Cogiendo flores.
Vierta el alba perlas
Desde sus balcones,
Que prados amenos

Maticen y broten:
Y el sol envidioso
Pare el rubio coche;
Porque viene mi niña
Cogiendo flores.
  El céfiro blando
Sus yerbas retoce,
Y en las frescas ramas
Claros ruiseñores
Saluden el dia
Con sus dulces voces,
Porque viene mi niña
Cogiendo flores.

IV.

  Mientras duerme mi niña,
Céfiro alegre,
Sopla mas quedito
No la recuerdes.
  Sopla, manso viento,
Al sueño suave
Que enseña á ser grave
Con su movimiento;
Dale el dulce aliento,
Que entre perlas finas
A gozar caminas
Y ufano te vuelves:
Sopla mas quedito
No la recuerdes.
  Mira no despierte
Del sueño que duerme,

Que temo que el verme
Causará mi muerte:
¡Dichosa tal suerte!
¡Venturosa estrella!
Si á niña tan bella
Alentar mereces,
Sopla mas quedito
No la recuerdes.

VII.

Pensamientos me quitan
El sueño, madre,
Desvelada me dejan,
Vuelan y vanse.
Tristes pensamientos
De alegres memorias
Con escuras glorias
Y claros tormentos
Vienen por momentos
A verme, madre,
Desvelada me dejan, &c.
Cada cual procura
Que mi lecho sea
Campo á la pelea
Y paz mal segura:
Sueños sin ventura
Me espantan, madre,
Desvelada, &c.
Mis ojos despiertos
Las noches y dias
Lloran mis porfias

Por bienes inciertos:
Ya vivos, ya muertos
Mis males, madre,
Desvelada, &c.
  Dichoso el sentido
Que desengañado
Despierta el cuidado
Del pecho ofendido.
¡Ay qué me han vencido
Desdichas, madre!
Desvelada, &c.

VIII.

  Álamos del prado,
Fuentes de Madrid,
Como estoy ausente
Murmurais de mí.
  Todos van diciendo
Mis tristes congojas,
El viento en las hojas
Las fuentes corriendo:
A todos diciendo
Lisongera os ví,
Como estoy, &c.
  Con razon me espanto
Dando al despediros
Las plantas suspiros,
Y las aguas llanto;
Que fingierais tanto
Nunca lo creí;
Como estoy, &c.

Estando en presencia
Música me hicistes,
Luego me vendistes
Que vistes mi ausencia:
Dios me dé paciencia,
Mientras peno aquí;
Como estoy, &c.

LX.

Con el viento murmuran,
Madre, las hojas,
Y al sonido me duermo
Bajo su sombra.
Sopla un manso viento
Alegre y suave
Que mueve la nave
De mi pensamiento;
Dame tal contento
Que ya me parece,
Que el cielo me ofrece
El bien á deshora,
Y al sonido me duermo
Bajo su sombra.
Si acaso recuerdo
Me hallo entre las flores,
Y de mis dolores
Apenas me acuerdo.
De vista los pierdo
Del sueño vencida,
Y dame la vida
El son de las hojas;

Y al sonido me duermo
Bajo su sombra.

X.

A coger el trebol, damas,
La mañana de San Juan:
A coger el trebol, damas,
Que despues no habrá lugar.
Salid con la aurora
Cuando el campo dora,
Y vereis bordado,
De aljofar el prado:
Cogereis las flores
De varios colores,
De que en vuestras faldas
Tejereis guirnaldas,
Con que al niño ciego
Podreis coronar;
A coger el trebol, &c.
Vereis como el alba
Hace al mundo salva,
Y cantan las aves
Con voces suaves:
Vereis en la fuente
Cristal transparente,
Que por mil soslayos
Le hieren los rayos,
A donde del fresco
Podreis bien gozar:
A coger el trebol, &c.
Cogereis la rosa,
La violeta hermosa,

El jazmin preciado,
Y el lirio morado,
Los rojos claveles
Con los mirabeles,
Y á vueltas de grama
Pajiza retama
Con otras mil flores
Dignas de loar:
A coger el trebol, &c.

XI.

¡Ay ojuelos verdes,
Ay los mis ojuelos,
Ay hagan los cielos
Que de mí te acuerdes!
El último dia
Quedasteis mas tristes
Y os humedecístes
En ver que partia:
Con el agonía
De tantos pesares,
Cuando te acostáres,
Y cuando recuerdes,
¡Ay hagan los cielos
Que de mí te acuerdes!
Tengo confianza
De mis verdes ojos,
Que de mis enojos
Parte les alcanza;
Ojos de esperanza
Y de buen agüero,

Por quien amo y quiero
Los colores verdes;
¡Ay hagan los cielos
Que de mí te acuerdes!
¡Ay Dios, quien supiese,
Á qué parte miras,
Y cuando suspiras
La causa entendiese!
Y si te sintiese
Un cierto dolor,
De que un servidor
Verdadero pierdes:
¡Ay hagan los cielos
Que de mí te acuerdes!
Un solo momento
Jamas vivir supe
Sin que en tí se ocupe
Todo el pensamiento.
Mis ojos, si miento,
Dios me dé el castigo;
Y si verdad digo,
Mis ojuelos verdes,
¡Ay hagan los cielos
Que de mí te acuerdes!

XII.

Ventecico murmurador
Que lo gozas y andas todo,
Hazme el son con las hojas del olmo,
Mientras duerme mi lindo amor.
Hoy, ventecico suave,

Has de dar reposo á quien
Sabe desvelar mi bien,
Y dormir mi mal no sabe.
Procura tú mi favor,
Pues lo gozas y andas todo;
Hazme el son con las hojas del olmo,
Mientras duerme mi lindo amor.
Tú que entre las verdes hojas
Andas alegre, y murmuras;
De mis pasadas venturas,
De mis presentes congojas,
Fresco, manso y bullidor,
Que lo gozas y andas todo,
Hazme el son con las hojas del olmo,
Mientras duerme mi lindo amor.

XXIII.

Ten, amor, el arco quedo,
Que soy niña y tengo miedo.
Dicen que amor ha vencido
A las deidades mayores,
Y que de sus pasadores
Cielo y tierra está ofendido;
Y habiendo aquesto sabido
No es mucho temer su enredo:
Que soy niña y tengo miedo.
Unos dicen el estrago,
Que en Piramo y Tisbe hiciste;
Otros cuán tirano fuiste
Con la Reina de Cartago;
Y viendo que das tal pago,

Atemorizada quedo:
Que soy niña y tengo miedo.
No es, amor, mi condicion
Para sufrir tus temores,
Tus engaños, tus terrores,
Tus celos y compasion;
Y en esta jurisdicion
No me cogerás, si puedo:
Que soy niña y tengo miedo.

XLV.

Aunque con semblante airado
Me mirais, ojos serenos,
No me negareis al menos,
Ojos, que me habeis mirado.
Por mas que querais mostraros
Airados para ofenderme,
¿Que ofensa podreis hacerme,
Que iguale al bien de miraros?
Que aunque de mortal cuidado
Dejeis mis sentidos llenos,
No me negareis al menos,
Ojos, que me habeis mirado.
Pensando hacerme despecho
Me mirastes con desden,
Y en vez de quitarme el bien,
Doblado bien me habeis hecho;
Que aunque los hayais mostrado
De toda clemencia agenos,
No me negareis al menos,
Ojos, que me habeis mirado.

XV.

Ojos bellos, no os fiéis
Del buen tiempo que gozais;
Porque si hoy de mí os burlais,
Mañana me llorareis.
Como estais acostumbrados
A alcanzar siempre victoria,
Desterrais de la memoria
Mis dolores y cuidados.
La vida me acabareis,
Si en mi daño porfiais,
Y cuando así me perdais,
De veras me llorareis.
Con tanta seguridad
Vivis de vuestra belleza,
Que ese rigor y aspereza
Es igual con la beldad.
Si con estar cual me veis,
Del remedio no curais,
Advertid que os condenais,
A que muerto me lloreis.
De esta burla habrá mudanza
Al tiempo que el tiempo acierte
A descubriros mi muerte
En la cual no habrá tardanza:
Entonces vos perdereis
Ese rigor que mostrais,
Y aunque de burlas matais,
De veras me llorareis.
Al compas del disfavor

Vá creciendo mi tormento;
Mis suspiros lleva el viento,
Y mi esperanza el dolor.
¿Qué suceso pretendeis,
Pues siempre en calma os estais,
Sino que vivo querrais
Enterrarme, y vos lloreis?

XVI.

El alba nos mira,
Y el dia amanece;
Antes que te sientan
Levántate y vete.
Deja los blandos regazos,
Aunque el sueño te detenga,
Antes que á la tierra venga
El sol desparciendo abrazos.
No hay gustos sin embarazos,
No hay contento sin pasion,
Y á los cuerdos la ocasion
Jamás les negó el copete;
Levántate y vete.
Si mi amor tu pecho inflama
Con honroso intento justo,
Por darle á mi alma gusto
Olvida los de la cama;
Que mi fama está en tu fama,
Y mi honor está en tu honor:
Levántate que el temor
Ya que aquí estés no consiente,
Levántate y vete.

Aunque con el sueño luchas,
Es justo qué fin le des,
Porque el gusto de una vez
Podamos gozarle en muchas.
Y así por lo que me escuchas
Es gran razon que te acuerdes,
Que el gusto que ahora pierdes
Mayor gusto nos promete:
Antes que te sientan
Levántate y vete.

XVII.

En la cumbre, madre,
Tal aire me dió,
Que el amor que tenia
Aire se volvió.
Madre, allá en la cumbre
De la gentileza
Miré una belleza
Fuera de costumbre,
Cuya nueva lumbre
Ciega me dejó,
Que el amor, &c.
Quísolo mi suerte,
Fragua de mis males,
Que con ansias tales
Llegase á la muerte:
Mas un aire fuerte
Así me trocó,
Que el amor, &c.
Dulce ausente mio,
No te alejes tanto,

Mueva ya mi llanto
Ese pecho frio:
¡Mas ay! que un desvío
Tal pena me dió,
Que el amor, &c.

XVIII.

Romped, pensamientos,
El aire sutil,
Y á mi bella ingrata
Mi mal le decid.
De todas sus señas
Os quiero advertir,
Que es en forma humana
Bello serafin:
Y para si acaso
Se olvida de mí,
A mí bella ingrata
Mi mal le decid.
Decidla que quedo
Cerca de morir,
Y de mí muy lejos
Despues que la ví.
Y aunque se resista
Y no os quiera oir,
A mi bella ingrata
Mi mal le decid.
Hallareisla en medio
De su verde Abril,
Esparciendo rosas,
Clavel y jazmin:

Y aunque os espantase
El hallarla ansí,
A mi bella ingrata
Mi mal le decid.

XIX.

De tu vista me privas
Con tu resplandor:
¡Quien águila fuera
Que mirára al sol!
Despides tus rayos
Con tanto furor,
Que á los que te miran
Ciega tu arrebol:
Tus hermosos ojos
Dos luceros son,
Que llenan el mundo
De su resplandor.
¡Quien águila fuera
Que mirára al sol!
Bendígate el cielo,
Gloria de las que hoy
Renombre de hermosas
Las concede amor.
Cualquier criatura,
Puesta en parangon
De aquesa belleza,
Pierde su valor.
¡Quien águila fuera, &c.
Luces mas que el oro
Puesto en el crisol,

Pues naturaleza
No hizo cual tú dos.
Los cielos te alaben,
Bendígate Dios,
Honra de este siglo,
Que por tí es mejor.
¡Quien águila fuera
Que mirára al sol!

XX.

Trájome á la muerte,
Madre, un disfavor,
Porque siempre celos
Engendran dolor.
De favorecida,
Vine á desdeñada,
Cuanto ante encumbrada
Despues abatida;
Viéndome perdida
Creció mi temor,
Porque siempre celos
Engendran dolor.
Fué sordo á mi llanto,
Y á mis tristes quejas
Cerró las orejas
Cual sierpe al encanto.
Creció mi mal tanto
Cuanto el disfavor,
Porque siempre celos
Engendran dolor.

XXVI.

Lágrimas que no pudieron
Tanta dureza ablandar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar salieron.
Heme en lágrimas deshecho,
Que la mar de amor me ha dado,
Y habré de salir á nado,
Pues mar del amor se han hecho:
Lágrimas que así crecieron
Sin poder á vos llegar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar salieron.
Hicieron en duras peñas
Mis lágrimas sentimiento,
Tanto que de mi tormento
Dieron unas y otras señas;
Pero pues ellas no fueron
Bastantes á os ablandar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar salieron.

PARTE V.

ROMANCES JOCOSOS.

I.

Llegó á una venta Cupido
A la mitad del invierno,
Las alas todas mojadas,
Roto el arco y muerto el fuego.
Viéndole tan destrozado
Dijo el bueno del Ventero:
Hermanito, no hay posada,
Pique, que cerca está el pueblo.
Bien quisiera su venganza
Ponella luego en efecto;
Mas como se vió sin armas,
Probó palabras y ruegos.
Díjole como era hijo
De la bella diosa Venus,
A cuyo cetro y corona
Todo el mundo está sujeto.
Mas como la cortesía
Jamás cupo en bajo pecho,
Haciendo burla del niño
Responde con menosprecio:
Para ser hijo de reina
Él trae muy bellaco pelo,
Y aquí no hacemos nada
Por amor y sin dinero.

Sepa si tuvo poder,
Que ya se pasó aquel tiempo,
Cuando cantaban sus triunfos
Con discantes á lo viejo:
Cuando por ver á su dama
Iba el otro majadero
Hecho pez á media noche
Nadando de Abido á Sexto;
Aunque mejor que tanta agua
Fuera una azumbre de añejo,
Y echarse en su cama á nado,
Y saliera salvo á puerto.
Aunque en medio de las ondas
Halló de su alma el remedio,
Pues bebió tal parte de ellas
Que apagó de amor el fuego.
Y tambien el otro bobo
Del Babilónico suelo,
Que porque halló roto el manto
Rompió con su espada el pecho.
Y luego la necia Tisbe
Añadiendo yerro á yerro,
Se mató, queriendo echar
La soga tras del caldero.
Y si no ve aquestas cosas,
Sepa que es porque está ciega:
Desatápese los ojos,
Verá la razon que tengo.
Cupido entre aquestas burlas
Fué las veras conociendo,
Y de aquí adelante puso
Nueva ley, y otro uso nuevo.

Y es tan discreto que tiene
Menos costa y mas provecho:
Y tambien manda á las damas
Que en su amor hagan concierto;
Y que tengan sus medidas
Conformes á cada precio,
Y que al amante que diere
No le envien descontento.
Y al que no diere le digan
Lo que le dijo el Ventero:
Hermanito, no hay posada,
Pique, que cerca está el pueblo.

II.

Mariana, Francisca y Paula,
Ines, Constanza y Elvira,
Heridas de aquella vira
Que cuenta Amadis de Gaula,
Con pensamientos conformes
Y con deseos forzados,
Tienden sus paños lavados
Sobre la arena del Tormes.
¡Ay Tormes, como te ensanchas,
Dijo Elvira, en ondas claras,
Solo con mi pecho avaras
Pues no le quitan las manchas!
Pero no tengo razon
En decir tal desatino,
Pues no son telas de lino
Las telas del corazon.
Volvió Juana su canasta,

Y sobre ella mal sentada
Con la ventura empeñada
Por la esperanza que gasta;
Tomó de arena un puñado
Considerando su pena,
Y dijo: como está arena,
Es el bien de mi cuidado.
Digo que cuando procuro
Apretarle dentro el alma;
No me hallo mas que la palma,
Porque no hay amor seguro.
Alzando la voz Ines,
Dijo al agua suspirando:
Agua, no pases callando
Por dó está mi Portugues.
Dale cuenta de mis duelos,
Dile que lloro, y no llora,
Que le adoro, y que él adora
A la causa de mis celos.
Que si tus ondas no dan
Estas señas conocidas,
Irán lágrimas perdidas
Donde palabras no van.
Constanza, que no tenia
Dolores de pensamiento,
Dijo: mohina me siento
De escuchar vuestra agonía.
¿Por hombres teneis enojos?
¿De veras llorais por hombres,
Traidores hasta en los nombres,
Y hasta el fin de sus antojos?
¡Que donosa ceguedad!

Volved, amigas, la hoja,
Pues sabeis què es su congoja
Mudanza y facilidad.
Haciendo son con las palmas
Paula, que tendido habia,
Esta letrilla decia,
Que es el mote de sus almas:
Amor quien no te conoce,
Ese te compre.
Con vasallos te regalas,
Maltratas Reyes y Reinas,
Villanos cabellos peinas,
Desprecias risos y galas:
Para el mal te nacen alas,
Para el bien eres un monte:
Ese te compre.
Empeñas nuestras verdades,
Y con mentiras nos pagas,
Las voluntades estragas,
Destruyes las amistades;
Y para hacer crueldades
Traès un velo que te emboces
Ese te compre.
Naciste en hora menguada,
Y en señal de mal agüero,
Eres hijo de un herrero,
Y de una muger errada.
Haces la noche alborada,
Y alboreas á la noche
Ese te compre.
O que donaire ha tenido,
Paula, tu copla donosa

Dijo Costanza quejosa
Del lavandero Cupido:
Dime si quieres ahora;
¿Cuyo es ese consonante?
¿De aquel señor estudiante
Que visita á mi señora?
Ines, que está algo prendada
De amores de don Gaspar,
Así comenzó á cantar
Muy celosa y muy lavada:
Aquel pajecito de aquel plumáge,
Aguilica seria quien le alcanzase:
Aquel pajecito de los airones,
Que volando se lleva los corazones,
Aguilica seria quien le alcanzáse:
Francisca se desmayó,
Y á conciento la traían
Las amigas que sabian
De su mal, el sí y el no:
Y asida su ropa blanca,
Puesto el sol que la secó,
La escuadra en alá marchó
Camino de Salamanca.
Y mostrando que llevaban
Mas contento que trujeron
Alegres se despidieron,
Y esta letrilla cantaban:
Mas prende amor que la sarza:
Mas prende y mas mata,
Hace montes llanos
Y poblados yermos,
Sana los enfermos

Y enferma, á los sanos,
Humilla los vanos,
Y humildes ensalza:
Mas prende y mas mata.
Los finos amores
Que del sayo pasan
Los hielos abrasan
Doblan los ardores;
Son nuestros dolores
Sus perlas y plata:
Mas prende y mas mata.

XVI.

Topáronse en una venta
La muerte y amor un dia,
Ya despues de puesto el sol
Al tiempo que anochecia.
A Madrid iba la muerte
Y el ciego amor á Sevilla,
A pie llevando en los hombros
Sus caras mercaderías.
Yo pensé que iban huyendo
Acaso de la justicia;
Porque ganan á dar muerte
Entrambos á dos la vida.
Y estando los dos sentados,
Amor á la muerte mira;
Y como la vió tan fea,
No pudo tener la risa;
Y al fin la dijo riendo:
Señora, no sé que os diga,

Porque tan hermosa fea
Yo no la he visto en mi vida.
Corrida la muerte de esto,
Puso en el arco una vira,
Y otra en el suyo Cupido,
Y hácia fuera se retiran.
Con un lanzon el Ventero
De por medio se metia,
Y haciendo las amistades
Cenaron en compañía.
Fuéles forzoso quedarse
A dormir en la cocina,
Que en la venta no habia cama
Ni el Ventero la tenia.
Los arcos, flechas y aljabas
Dan á guardar á Marina,
Una moza que en la venta
A los huespedes servia.
Aun no ha bien amanecido,
Cuando amor se despedia:
Sus armas al huesped pide
Pagando lo que debia.
El huesped le dá por ellas
Las que la muerte traia,
Amor se las echó al hombro,
Y sin mas mirar camina.
Despertó despues la muerte
Triste, flaca, desabrida;
Tomó las armas de amor,
Y tambien hizo su guia.
Y desde entonces acá
Mata el amor con su vira

Mozos, que ninguno pasa
De los veinticinco arriba,
A los ancianos á quien
Matar la muerte solia,
Ahora los enamora
Con las saetas que tira.
Mirad cual está ya el mundo
Vuelto lo de abajo arriba,
Amor por dar vida, mata,
Muerte por matar, dá vida.

IV.

Dueña, si habedes honor,
Mirad bien por mi facienda:
Que ya debria ser tiempo
Que mi dolor os empezca.
Non pongais en al las mientes:
Que non es de buenas dueñas,
A quien tuerto non les face
Facer injurias derechas.
Miembreos, Señora mia,
Que face esta primer fiesta
Seis años, non dende ayuso,
Que os fastidian mis recuestas:
Y en todos estos seis años
No firieron mis orejas
Razones de vuestra boca,
Que mis congojas desmientan.
En los dos años primeros
Me distedes por respuesta,
Que erades niña en cabello,

Para usar homes pequeña.
Los otros cuatro, Señora,
Non remediástes mis penas;
Temiendo veros en cinta:
¡Ay Dios, quien en cinta os viera!
En los dos últimos meses
Partíme á las luenes tierras,
Volví, y hallévos casada:
Triste de quien fia en fembras!
Distedesme por escusa,
¡Triste de quien la creyera!
Que el viejo de vueso padre
Vos fizo casar por fuerza:
Que bien sabe el de lo alto
Cuantas lágrimas os cuesta,
Porque vuestra voluntad
Non es conmigo mañera.
Si ello es vero ó non, yo fio,
Que esta vegada se vea,
Pues ya no podrá estorballo
Ser niña, ni estar doncella.
Faced como vais, Señora,
Mañana á la Madalena
A ganar las perdonanzas
Con quien puridad os tenga.
Venid vos á mis palacios,
Donde tendremos la siesta,
Y folgaremos en uno
Sin que mis homes lo vean:
Que si así satisfacedes
Mi aficion y vuestra deuda,
Veré que non es falsía

Ni mal querencia la vuestra.
Donde no, cuidad, casada,
Que tarde ó temprano sea,
Que destos desaguisados
Tengo de tomar enmienda.
Esto escribió Gerineldos,
Camarero de la Reina,
A la dueña Quintañona
Estando en celada puesta.

V.

Cierta dama cortesana
De las de arandela y toldo,
De las de buen talle y pico,
Y pícara sobre todo;
Picóla con sus saetas
Amor de amores de un mozo,
Mas que Narciso galan,
Y mas que galan celoso:
Gozó de ella algunos dias
Sin pechar, que no fué poco,
Porque es la primer franqueza,
Que en sus archivos conozco.
Cobróla el ninfo aficion,
Y puso en su bolsa cobro;
Porque con sola su gala
Pensó conquistallo todo.
Pidióla celos un dia;
Y á vueltas del alboroto
Algo enojado el galan
La dió un puntapie en el rostro.

Ella que nunca habia visto
Semejantes terremotos
En el cielo de su cara,
Tocó á ñublo y conjurólos.
Y fué la conjuracion,
Que en yéndose de allí á un poco,
Le escribió aqueste papel,
De que yo doy testimonio.
Deje celosas sospechas:
Que vive Dios, que es un tonto,
Quien no dando todo el gusto,
No piensa pasar por todo.
Huélguese, pues que le dejan,
Y juegue, pues vamos horros;
Y aunque encuentre mil encuentros,
No me baraje uno solo:
Y sepa vuesa merced,
Que calze, que visto y como
A costa de mis costillas,
Por ser tan flacos sus lomos:
Y entienda que es necedad
Pretender con sus adornos,
No siendo el Marques del Gasto,
Ser Conde de Puñonrostro.
Sepa que ya son las damas
Un metal, que llaman oro,
Es el discreto, el galan,
El gentil hombre, el gracioso.
Por este metal que digo
Habla el mudo, y anda el cojo,
Alcanza el que está sin brazos,
Y es de pluma el que es de plomo.

Por aqueste hábitos verdes
Y descendientes de godos,
Dan su lado á quien los tiene
En campo amarillo rojos.
Por este amable metal
En maridable consorcio
De bien diferentes sangres
He visto yo hacer mondongo.
Por este arbola bandera
Quien en su vida vió moro;
Ni sabe que es centinela
Rebellin, trinchera ó foso.
Pues si éste, por quien se alcanza
Cualquiera premio dichoso,
Le falta á vuesa merced,
Y yo en el mundo no sobró,
¿Por que se mete en honduras
A donde el mar es tan hondo,
Que suele anegarse en él
Un hombre aunque sea de corcho?
Con las damas de este tiempo
Es muy sabido el negocio,
Que por un magno Alejandro
Trocarán catorce Apolos.
Pasó ya el dorado siglo,
Que Angélica con Medoro
Se gozaban en la selva,
Pagando un amor con otro.
Belerma muy afligida,
Hechos fuentes los dos ojos,
Lloraba cinco ó seis años
Sobre el corazon mohoso.

Gastaba la gran Cleopatra
Sus tesoros con Antonio,
Dábase Tisbe la muerte,
Y llevábala el demonio.
Catalina por Pascual
Andaba catorce agostos,
Y al fin dellos sus amores
Paraban en matrimonio.
Ya está tan mudado el tiempo,
Que aun negras de Monicongo
Se van tras el interes,
Y dan al amor de codo.
Yo por un poco fui necia:
Mas basta la burla un poco;
Busque, si encuentra, otra boba,
Con quien él sea menos bobo:
Y con ella su merced
Sea mudo, ciego y sordo;
Que á todo aquesto se obliga
Quien quiere mucho y da poco.
Leyó el galan el papel,
Y dijo entre risa y lloro:
Quien celos no tiene es simple,
Y quien los pide es un loco.

VI.

Ventanazo para mí
Despues de un año de ausencia,
Mal año para mis ojos,
Si os vieren á vos, ni á ella.
Quebráranseme las manos,

Hermosa niña de á treinta,
Primero que á la ventana
Subieran á ver las vuestras.
Por nuestro Señor que estuve
Por daros con una teja,
A no saber que hay en casa
Un majadero de piedra,
Que necio y favorecido,
Yo no dudo que saliera
A vengar el tuerto hecho
A la vuestra delantera.
Mas respetando los picos
De vuestra honrada chinela,
Acogíme á san Miguel
A rezar en vuestras cuentas.
Y de todo aquel recibo
De fé falsa y obras muertas
Hallo que os tengo alcanzada,
Y que os alcanza cualquiera.
Y si de esto estais quejosa,
Y estuvistes satisfecha,
¿Por qué se cierran ventanas
A quien se abrieron las puertas?
Hame dicho cierto amigo,
Que me hicistes harta afrenta,
Porque habeis dado en beata,
Y decís que sois doncella.
Beata con lechuguillas,
Y que á media noche reza
Amorosas devociones;
No quiera Dios que lo crea.
Que de su vida y milagros,

Los que la tratan se quejan
De haber llevado á hartas partes
Brazos y piernas de cera.
Respondeis que hicisteis voto,
Estando ociosa una fiesta,
De castidad incurable,
De que siempre andais enferma.
¡Oh voto lleno de filos,
Ó por ventura de mellas!
Pues ya no hay sangre que corra,
Cortad deseo y vergüenza:
Que si dan tormento á indicios,
Yo sé muchos que confiesan
Que orillas de Guadiana
Apacentaron sus yeguas:
Y si entre tantos testigos
Se conociere mi letra,
¿Por que se abrieron ventanas,
A quien se cierran las puertas?
No importa, hermosa beata,
Huélguese su reverencia,
Que yo sé que dijo Prima,
Cuando ella rezó Completas.
Que el zapato que desecho,
Yo me huelgo que la venga;
Pues ya ni será tan justo,
Aunque piense que le aprieta.
Ya es sabido que es bonete;
Para bien, señora, sea,
Y tan lozano de cola,
Que en vos deshace su rueda.
¡Que contento quedaría!

Pues no ha sido cosa nueva,
De verme cerrar el cielo,
Donde ví vuestras estrellas.
Que como yo no soy niña,
Que de mañana soy vieja,
Al que espera vuestra gloria
No quisistes darle pena.
Colérico estoy por Dios;
Él ponga tiento en mi lengua:
Que aunque allá distes el golpe,
Dentro del alma me suena.
No quiero ser vuestro Páris,
Ni que vos seais mi Elena,
Aunque tuviera mas fuego
Que Troya tuvo por ésta,
Ya, enemiga, me declaro:
Que la sangre se me altera,
Y el son de aquellas ventanas
Me toca al arma en las venas.
Desengaños de palabras
Ó de papel buenos fueran:
Pero sabed que son malos
Desengaños de madera;
Y pues lo estábades vos
De que yo era mal poeta,
¿Por que se cierran ventanas,
A quien se abrieron las puertas?

XII.

Decidme, recien casada,
¿En qué vos ofendo yo,

Que sin fallar justa causa,
Ausentades vuestro sol?
Magüer non viene la noche,
Que en guisa de peleador
Erguida la mi cabeza
Contemplo vuestro balcon.
Bendigo vuestras andanzas,
Para que vos logre Dios;
Y por vervos dos vegadas,
Hasta que el sol sale, estoy.
Mírovos con tierno pecho,
Y miraisme con rigor;
De que se aumentan mis males,
Y crece mas el mi amor.
Cuando subides acaso
En el vueso mirador,
Non tenedes membramiento,
Como está el mi corazon.
Para encender mas mi fuego
Vos servides de eslabon,
Con que de mis fechorías
Está agostada la flor.
Las dueñas de vuestra casa
Me preguntan si es amor,
Ó si en alguna batalla
Arrastraron mi pendon.
Y si vades á visita,
Porque yo presente estoy,
Para ausentarvos de mí,
Tomades de esto ocasion.
Tanto desden y desdicha,
Señora, causaislo vos,

Que ya non puedo llevallos,
Magüer porque muchos son.
Atended solo á decirme,
Para quitar mi aficion,
Si vos ofendo en mirar
Los rayos de vueso sol.
Que vos faré juramento
Por señor san Salvador,
De non causarvos pesar
A costa de mi dolor.
Mis barraganes preguntan
Quien es de mi mal autor;
Y porque non vos maldigan,
La respuesta non les doy.
Mal pagades mis andanzas,
Quizá que non son de pró;
Empero suple el deseo,
Donde mengua la razon.
Pásase el tiempo ligero,
Cuando contemplo en los dos;
En mí la verde esperanza,
Y de ella la flor en vos.
Cerrádesme las ventanas;
Empero bien sabe Dios,
Que vos me cerrais ventanas,
Yo vos abro el corazon.
Aquesto cantaba Celio,
De Marfisa cantador,
Mirando de sus mejillas
El trasparente arrebol.

POESIAS DE LOPE DE VEGA.

LA CIRCE,

POEMA.

CANTO I.

Llega Ulises á la isla y casa de Circe, donde le refiere su peregrinacion y lo que le sucedió con los Lestrigones y Lotófagos.

Tú, que del sacro artífice del oro
Científica y hermosa procediste,
Circe, que al blanco cisne, al rubio toro
En variedad de formas excediste,
De la excelencia del castalio coro
La humilde musa de mis versos viste:
Harás que las corrientes del Leteo
Presuman otra vez que canta Orfeo.
Tú, que pudiste dar con imperiosa
Voz, que tembló sin resistencia alguna
El sol en su corona luminosa
Y en su argentado cóncavo la luna,
Naturaleza no, mas prodigiosa
Forma á la humana, que corrió fortuna

En el tirreno mar, con nueva forma
En platónico cisne me transforma.
Vos, única excepcion de la fortuna,
Que no suele premiar merecimientos,
Ilustrísimo conde*, á quien ninguna
Pudo aumentar mas altos pensamientos:
Vos, ya del sol resplandeciente luna,
Que con su misma luz los elementos
Bañais de claridad y de alegría,
Entre dos mundos dividiendo el dia:
Si vuestro padre honró en Itália á España,
Y en España la sangre que en Sevilla
Por tan alto valor, por tanta hazaña
Dió reyes generosos á Castilla:
¿Que pluma os sirve? ¿que lisonja engaña?
Pues en lugar tan alto maravilla
Que hablando en vos, aunque artificio sea,
La verdad á la pluma lisonjea.
Para satisfacer á vuestro claro
Ingenio, excelso príncipe, debiera
Daros elogios, que de marmol paro
Y oro inmortal la eternidad vistiera.
Las letras, de quien hoy divino amparo,
Por las que vos teneis, os considera
España, á vuestra sombra de honor llenas,
Crecen, y os llaman ínclito Mecenas.
Así veneracion en la florida
Aurora de la edad vuestra dichosa
Os dió por tanto lustre agradecida
Del Tormes la academia generosa:

* Habla con el conde-duque de Olivares.

Y así de vuestra gloria enriquecida,
En Pimpla y Helicon Euterpe hermosa
Os dá la proteccion que tuvo solo,
Como sacra deidad, el mismo Apolo.
Oid pues, generoso descendiente
De aquel heróico Pedro y claro Henrique,
A quien Sidonia coronó la frente,
Sin que en la vuestra novedad implique;
Oid de Ulises la virtud prudente,
Por mas que Circe venenosa aplique
La confeccion de su hermosura y gracia,
Veneno igual al Músico de Tracia.
Ya la discordia por muger nacida
De la hermosura facil y el deseo,
En sangre; en fuego y en furor teñida,
Y esparcido el cabello Meduseo,
De la llama fatal de la encendida
Mísera Troya, en hombros de Apogeo,
Vestida de una nube polvorosa
Miraba la tragedia lastimosa.
Ya caminaba fugitivo Eneas,
Incrédulo á la flecha de Laocontes,
Con los penates y las sacras deas,
Que trasladó por varios orizontes:
Coronado de mimbres y de eneas
El Tibre levantaba á siete montes
La florida cerviz y el orbe hesperio,
Nido á las aves del romano imperio.
Hécuba triste entre cenizas viles
Sus muertos hijos trémula buscaba:
Por otra parte la crueldad de Aquiles
Con triste voz Andrómaca lloraba:

Con puntas de marfil hebras sutiles
Casandra sobre el tálamo peinaba
De su difunto esposo, y de oro y nieve
Labraba su dolor sepulcro breve.
Páris traidor con flecha rigurosa,
A su venganza bárbaro trofeo,
Sobre las aras de la fé piadosa
Dejaba muerto al hijo de Peleo:
En el jazmin y la purpúrea rosa,
Y en la flor que nació de su deseo,
Por su amado Memnon perlas llovia
La mensagera del luciente dia.
Como de polvo tronador al vuelo
Cayó perdiz sobre la yerba, y como
Tórtola blanca desde el nido al suelo,
Herida de los átomos de plomo:
Entre los pechos de nevado yelo
Descubre apenas el dorado pomo
De la daga de Pirro, Polixena,
En rojas aras víctima azucena.
Arcos, teatros, cúpulas, colunas,
Palacios, templos, muros, puertas, baños,
Rebelados en prósperas fortunas
Al cetro inevitable de los años:
Fábricas, á las nubes importunas,
Cubiertas de mortales desengaños
Yacen en polvo y lo estarán de olvido:
Así deja de ser cuanto es y ha sido.
Troya desierta al fin, Troya abrasada,
Fenix que en pluma reservó la vida,
Por los engaños de Sinon vengada
La fama infame del famoso Atrida:

Prudente Ulises con su argiva armada
Por el azul tridente conducida,
Surgió en la isla de Eolia derrotado
De las fortunas de Neptuno airado.
El rey allí de los discordes vientos
En una piel de buei los prende y ata
A la obediencia de su imperio atentos
Con hilo sutilísimo de plata:
Furioso en la prision, sus movimientos
El aquilon septentrional desata:
El ábrego, dejando el medio dia,
Romper la cárcel rápido porfia.
El hijo del Aurora, que valiente
La línea equinoccial levante llama,
Y el que purpúreo el mar vuelve en su oriente
Aura fértil de abril, del arbol rama:
Los rumbos deciseis con torva frente
Murmuran presos que perdieron fama,
Por no ser cárcel de leon sangriento,
En que se ve que la soberbia es viento.
Lascivo solo con las velas juega,
De las flores anhélito amoroso,
Céfiro blando: Ulises luego entrega
El pardo lino al soplo vagaroso:
Mas cuando el mar pacífico navega,
Y olvido de sus hados perezoso
Sueño le infunde, en que sus penas venza,
Nuevas desdichas Némesis comienza:
Dormía Ulises (que quien tiene imperio
Se obliga á breve sueño) y los soldados
Hablaban de su honor en vituperio,
Por los cables y bordes arrimados:

El griego Laomedón del reino Iberio,
Mostrando los venenos heredados
De Colcos, en que fue su nacimiento,
Con estas quejas dió silencio al viento.
¿Habeis visto, soldados valerosos,
La hinchada piel que Ulises lleva oculta,
Sin apartar los ojos cuidadosos,
De que tan justa presuncion resulta?
¿Los que valientes siempre y animosos
Halló para trabajos, dificulta
Para guardar secretos? Mal responde
A nuestro amor quien lo que lleva esconde.
Sabed que ha sido tanta la riqueza
Del robo y saco del troyano incendio,
Que parece imposible su grandeza
Ser reducida á número y compendio.
Nosotros conducidos por nobleza,
Que no por tan inútil estipendio,
Para comprar el dárdano tesoro
Dimos la sangre que ha trocado al oro.
Bastaba á un capitan la dulce gloria
De haber vencido; que á ningun soldado
Atribuyó la fama la victoria,
Aunque por él se hubiese conquistado.
Cuando se escriba la troyana historia,
Será el prudente Ulises celebrado;
Vosotros no, si bien por tanta herida
A ver la muerte se asomó la vida.
Vosotros al rigor del yelo frio,
Ya en la campaña con la escarcha al yelo,
Ya en la embreada tabla de un navio,
Sin tierra el cuerpo y por cubierta el cielo.

Vosotros en la fuerza del estío
Pisando vuestra sangre, mas que el suelo,
Sufriendo los troyanos escuadrones;
Y ellos durmiendo en altos pabellones.
Creedme que esta piel toda es diamantes,
Egipcio buei con las entrañas de oro:
Abrilde y lo vereis, o griegos, antes
Que, si despierta, le guardeis decoro:
Rompelde, pues hay causas tan bastantes,
Aunque fuera este buei de Europa el toro:
Que no es justo, si cumple lo que debe,
Que á Grecia el oro y el honor se lleve.
Entonces los soldados presumiendo
Que llevaba en la piel (¡que injusto pago
La ambicion al respeto prefiriendo!)
El oro y joyas del troyano estrago;
Mientras estaba el capitan durmiendo,
Rompen la piel, y por el aire vago
Salen los vientos, porque coge vientos
Quien siembra codiciosos pensamientos.
No de otra suerte, si de noche el fuego
La materia veloz dispuesta enciende,
La gente por el humo denso y ciego
Sino la puerta, la ventana emprende:
Que aqueste arroja aquel, y el otro luego
Entre las mismas llamas le defiende:
Restalla en torno pertinaz Vulcano,
Inexorable al elemento cano;
Pues apenas salieron, cuando embisten
Con las seguras naves y soldados;
Que con lo mismo que el furor resisten,
Su injusta perdicion miran turbados.

Los que á la aguja y al timon asisten,
La bitácora dejan desmayados,
Y arrepentidos ya de sus cautelas,
Acuden á las jarcias y á las velas.
El campo undoso, como fácil boya,
Nadan entre la rota obencadura
Las banderas, que ya terror de Troya
Dos lustros respetó la mar segura:
Coge en lugar de la preciosa joya
La escota el griego y la rompida amura:
Mas cayendo y culpando el vil tesoro
En espumosas ondas bebe el oro.
Como suele dormido en verde prado
Abrir pobre pastor á los balidos
Del esparcido tímido ganado
Primero que los ojos los oídos,
Y al intrépido lobo, que acosado
De los perros con ásperos ahullidos,
No sabe á cual emprenda, y mira atento
Iguales la venganza y el sustento;
Así despierta Ulises; y esparcidas
Mira las naves del corinto Egeo,
Que con velas y flámulas tendidas
Despreciaban el golfo de Nereo:
Las esperanzas de volver perdidas
Al patrio suelo, fin de su deseo,
Reservadas al cielo y á las naves,
En lágrimas bañó los ojos graves.
Cerca una isla el mar tirreno, al monte
Opuesta, donde en hierro y bronce duro
Estérope feroz, desnudo Bronte,
Defensas labran al celeste muro:

Aqui el ardiente padre Faetonte
A Circe trujo en plaustro mas seguro,
Si el agua del Eridano, que inflama,
Lámpara de cristal fue de su llama.
  Habia dado Circe al rey su esposo
Veneno sin razon, en que descubre
El alma de su pecho cauteloso:
Y el sol con ser tan claro á Circe encubre;
Que la sombra de un hombre poderoso,
Claro en linage, mil delitos cubre:
Pues muchas cosas de sufrirse duras
La misma claridad les hace escuras.
  No le recibe en nítido palacio,
Dorado signo, que humillando el vuelo,
Nueva enclíptica forma, nuevo espacio
Entre los peces de la mar y el cielo.
Temió Circe el furor del rey sarmacio;
Llamando al claro sol que estaba en Delo:
Temióle con razon, porque sucede
Odio al amor, cuando el agravio excede.
  Que habiéndose con ella desposado
Por hermosura humana y luz divina,
Fue quererle matar enamorado,
Del linage del sol bajeza indina:
Un monte que pirámide elevado
El rostro de la luna determina,
Verde gigante al sol bañado en plata,
De sus eclipses el dragon retrata.
  De mármoles y jaspes guarnecido
Ocupa de la isla tanta parte,
Que de pequeñas márgenes ceñido
Darle no pudo habitacion el arte;

Circe en su centro, ya de fieras nido,
Sus palacios espléndidos reparte,
Que por la natural arquitectura
Fundó la artificiosa compostura.
Sobre mármoles blancos, que al indiano
Marfil en lustre vencen, oro esmalta
La insigne puerta dórica, y de plano
Perfil el claro pedestal resalta:
Cuanto permite el arte en diestra mano,
En él levantan proporcion tan alta
Dos colunas de jaspe de Corinto,
De bronce y oro el capitel y el plinto.
Aquí llegó perdido y derrotado
El Capitan de Grecia tristemente,
Su leño solo en tantos reservado,
Que poblaron el húmido tridente:
Alzó los ojos al peñasco helado
Que en pardas nubes escondió la frente:
Que la sombra del mar por gran distancia
Obligaba á mirar tanta arrogancia.
Y como mas el monte al vespertino
Crepúsculo la sombra dilataba,
Por ella Ulises á la margen vino,
Donde la puerta habitacion mostraba:
Y señalando facil el camino
Que el arena entre céspedes formaba,
A Euríloco mandó, sabio y valiente,
Que el verde monte penetrar intente.
Apenas con sus griegos compañeros
Selectos de los otros desembarca,
Cuando cercado de animales fieros
Temió el rigor de la vecina Parca:

Pero al sacar los fúlgidos aceros,
Viendo en las olas fluctuar la barca,
Los que temió llegar armados de ira,
Postrados á sus pies humildes mira.
Al umbral de la puerta las criadas
De Circe lisongeras los reciben,
Y á los valientes griegos inclinadas,
Los brazos, no las almas aperciben:
De la fingida risa acreditadas
Les muestran los palacios donde viven,
Asegurando que su Reina bella
Es Venus de aquel mar, del sol estrella.
Su gente anima Euríloco engañado
A ver á Circe en tanto mal dispuesto,
Que á quien grandes desdichas ha pasado,
La esperanza del bien le engaña presto.
Hallan los griegos en un alto estrado
De alfombras ricas de Ceilán compuesto
La bella Circe con real decoro,
Quitando como el sol la gloria al oro.
Las piedras del dosel y las figuras,
Con los vestidos varios en colores,
Suplieran en las noches mas escuras
De la corona austral los resplandores.
Lágrimas densas del aurora en puras
Conchas del mar abiertas, como en flores,
Pendian por los hilos de oro al suelo,
Hurtando lustre al sol, cristal al hielo.
Circe de régia púrpura vestida,
Sembrada de azucenas de diamantes,
Mostró la hermosa perfeccion unida,
Admirando los griegos circunstantes.

La madeja bellísima esparcida
Por los hombros en ondas fulgurantes,
Preciándose de ser mayor tesoro,
No permitia distincion al oro.
Eran los ojos esmeraldas vivas,
Cual no las vió jamas el Gange indiano,
Con dos almas de fuego tan lascivas,
Que eran la esfera del deleite humano.
No suelen á la Aurora primitivas
Mostrar apenas el dorado grano
Las hijas de los pies de Venus bella,
Como resplandeció púrpura en ella.
Sucediendo al marfil, tan viva ardia,
Que compitiendo en su celeste velo,
El carmin de la boca desafia,
Como si fuera de diverso cielo:
Era lo que la risa descubria
El nacar que en clavel condensa el hielo,
Si se atreve la frígida mañana
Tal vez con perlas á bordar su grana.
Bruñida al torno la coluna hermosa
Este edificio cándido y rosado
Sustentaba con pompa generosa
De tan divinos miembros ilustrado:
Que siendo de aquel alma cautelosa,
Y de tan falso espíritu habitado,
El principio y origen de la vida
Perdió tener la estimacion debida.
O cuantas hermosuras han perdido
Del imperio mortal la gloria y palma,
Ó por tener el corazon fingido,
Ó por manifestar bárbara el alma!

Blandura celestial, perdon te pide,
Si alguna vez, que me tuviste en calma,
Pensé que no era el alma que tenias
Fenix de las humanas gerarquías.
Euríloco mirando finalmente
La bella Circe, al suelo derribado,
Le dice: o Reina, o sol resplandeciente
Deste palacio esférico dorado,
El griego Ulises, capitan valiente,
Reliquia del heroico y desdichado
Ejército por quien yace en la arena
Troya con Páris robador de Elena;
Llega á tu monte en una nave solo,
Despues de mil naufragios y desvelos,
Con que ha visto del uno al otro polo
Tantos diversos mares, tantos cielos:
Así los rayos de tu padre Apolo
Adore Delfos, y respete Delos,
Que de su error, que de su mal te duelas:
Que ni armas tiene ya, jarcias, ni velas.
Ampara un Rey que en Itaca y Zaquinto
Tuvo tan alto imperio, porque vuelva
Al mar de Grecia deste mar distinto,
Antes que el fiero Bóreas le revuelva:
Dejó por el undoso laberinto
De griegas naves una blanca selva;
Duélete de sus hijos y su esposa
Años ausente, poca edad, y hermosa.
Aun él no sabe que su ilustre casa
Ocupan hoy villanos pretendientes,
Cuya libre aficion su hacienda abrasa;
Que á todo están sujetos los ausentes:

Ignoran como dueño lo que pasa,
Y sabe los agenos accidentes:
Que esta es la causa porque muchos vienen
A hablar en faltas que ellos mismos tienen.
No porque no es Penélope tan casta
Como la fama de sus obras muestra;
Mas la porfía que los montes gasta,
Mejor podrá la resistencia nuestra:
Que para ejemplo de recelos basta
Traidor Egisto, ingrata Clitemnestra:
Que ni la nieve al sol está segura,
Ni en ausencia del dueño la hermosura.
Diez veces nuestra Argólica milicia
Sobre Troya miró flechando á Cloto,
Y otras tantas al toro de Fenicia
Pacer estrellas al celeste soto.
Finalmente venció nuestra justicia,
El alto muro de Dardania roto,
Cayendo, como tiene de costumbre,
Toda gloria mortal que vió su cumbre.
Cobramos, reina, la robada Elena,
No porque ya cubriese el rojo labio
Cándidas perlas, ó por ser tan buena
Que nos moviese á deshacer su agravio:
Que nunca la muger que ha sido agena
Venera el amador, ni estima el sabio:
Que aun en los brazos el agravio suele
Hacer que el fuego del amor se hiele.
Venganza fué, que cuando el fin alcanza,
No hay hombre que contento la posea:
Que es condicion de la mortal venganza,
Que no sin daño de los dueños sea:

Tanto, que se ha perdido la esperanza
De que ninguno de nosotros vea
Su casa, esposa y hijos, convertidos
En peces por las aguas sumergidos.
Castigo fue tambien en parte alguna
De haber entrado los troyanos muros
Con invencion tan alta, que la luna
Temió su sombra en sus cristales puros.
Estaban del rigor de su fortuna
Los engañados Dárdanos seguros:
Que aun el honor para el ageno daño
No quiere la venganza en el engaño.
Fingió partirse nuestra griega armada,
Y en unas islas se quedó escondida,
Aumentando la selva, que enramada
Juntó la verdadera á la fingida:
Con los olmos vecinos abrazada
De suerte se miraba entretejida,
Que las naves le dieron troncos rudos,
Y ella vistió sus árboles desnudos.
Con esto los troyanos presumiendo
Que las ondas marítimas rompia,
Andaban por la playa discurriendo
Que aun despojos inútiles tenia.
Cuantos miras aquí, de aquel tremendo
Caballo para el parto de aquel dia
Ocupamos el vientre en que estuvimos,
Y á ser fuego de Troya á luz salimos.
Mal defendida la ciudad, su gente
(Como salió del sueño la defensa)
Mas llora que pelea, y tristemente
Hallar piedad entre los dioses piensa:

De Aquiles Pirro imitacion valiente,
Perpetra entre sus aras tal ofensa,
Que solo basta á despertar la ira
Del sol que su ciudad cenizas mira.
La venerable barba revolviendo
El fiero mozo á la siniestra mano,
Sin respetar su edad, con golpe horrendo
La cabeza cortó del rey troyano,
Sobre la sangre mísera cayendo
Del triste hijo, que defiende en vano:
La que estaba del padre desunida,
Quiso ayudar á quien le dió la vida.
Estas crueldades y otras que tuvieron
Entonces la disculpa en la venganza,
Por ventura despues la causa fueron
Del castigo que á todos nos alcanza.
Al mar, al viento y á la luna dieron
Los cielos la firmeza en la mudanza:
Y en nuestro error mudó naturaleza,
Sin admitir mudanza su firmeza.
Fundó por nuestro mal con Febo ardiente
Neptuno, rey del mar, los muros frigios:
Por esto navegando su tridente
Las ondas vuelve ya lagos estigios.
Escucha tú de Ulises elocuente
Las iras, los portentos, los prodigios,
Dando licencia que te adore y vea,
Y sacro asilo tu presencia sea.
El te dirá como los dos Atridas
En la isla de Ténedos surgieron:
Y como las escuadras divididas
Distintos rumbos por la mar siguieron:

Porque todas las cosas sucedidas
Los marítimos dioses, que las vieron,
Las contaron á Palas, y ella á Ulises,
Y aun al troyano succesor de Anquises.
El rojo Menelao con ser discreto,
Volvió á su casa la traidora Elena:
¡Qué necio amor, si fue de amor efeto!
Pero lloró muger, cantó sirena.
Callar un hombre el deshonor secreto,
No por todos los sabios se condena;
Pero el público agravio es tanta culpa,
Que aun no puede el amor darle disculpa.
¡O nunca de Nestór se dividiera
Con menos amistad, que atrevimiento!
Que ya los puertos de sus islas viera,
Y gozára á Penélope contento.
¿Quien vió tanto blason, tanta bandera,
Tanta lengua de bronce hablando al viento,
Tantos árboles mas que egipcias piras,
Que imaginára las celestes iras?
Dimos velas al viento sonoroso,
Hinchada pompa de las lonas pardas;
Las flámulas pintadas el undoso
Piélago peinan libres y gallardas:
Las naves con el céfiro amoroso
Juzgan las alas de los remos tardas,
Y como cisnes la nevada pluma,
Desatando cristal, cortan espuma.
Mas luego un huracan y travesía,
Tan fiero, tan voraz, tan iracundo
Las acomete al espirar del dia,
Que midieron el cielo y el profundo:

La isla Eólia tenebrosa y fria,
Carcel del aire que sustenta el mundo,
Casi en el fuego y cerca de la luna,
Nos recibió para mayor fortuna.
  Circe mostrando sentimiento y pena
De ver que el griego Euríloco lloraba,
Bañó la pura rosa y azucena
Con perlas que á dos soles destilaba:
Maldice á Troya, llama infame á Elena,
Por quien sin culpa el mar peregrinaba
Tan fuerte capitán, casado, ausente,
Sujeto á todo facil accidente.
  Fingiendo en fin el pecho enternecido,
Los manda regalar: las mesas ponen,
Veneno en los manjares esparcido,
Que de yerbas venéficas componen:
Los cuidados, las armas y el vestído
Los soldados famélicos deponen:
Comen, hablan, blasonan, rien, brindan,
Hasta que al sueño la memoria rindan.
  Eurílοco discreto, como suele
El que mira pasar otro delante,
Y cuando de su ciego error se duele,
Retira el pie que le afirmó constante,
Mas quiere que la hambre le desvele,
Y que el duro cansancio le quebrante,
Que no verse despues tal, que no pueda
Volver con vida donde Ulises queda.
  No bien sobre las mesas se caían
Los griegos, ya del Baco satisfechos,
Cuando de hirsutas pieles se vestian
Las cervices, las manos y los pechos:

Los unos elefantes parecian,
Los otros ya rinocerontes hechos:
Cual, tigre que engendró scítica Hircania,
Y cual leon de la oriental Albania.
Mover queria Ericto la turbada
Lengua, cuando cubrió flexible trompa
La boca descompuesta, y con la armada
Frente Elpenór no hay árbol que no rompa:
Dulinto fué á tomar su fuerte espada,
Antes que, tranformándose, interrompa
El racional distinto encanto fiero,
Y con las uñas derribó el azero.
Quejarse quiso con acento humano
De tal crueldad el joven Antidoro,
De Ulises almirante en el mar cano,
Cuyos labios cercaban hilos de oro:
Mas con mugido fiero y inhumano
La rígida cerviz de airado toro
Mostró feroz, y en una clara fuente
Se vió las medias lunas de la frente.
Del modo que, bañándose Diana,
Fugitivo miró las ramas nuevas,
En la plata del baño mas cercana
El transformado príncipe de Tebas:
Queriendo articular la voz humana
Peneo vió, ¡que horror! ¡que injustas pruebas!
Las armas de la infamia, á que se obliga
Quien por buscar muger halló enemiga.
No menos tú, belígero Atamante,
A quien dió nacimiento la Morea,
Crítico de las musas arrogante,
Viste tu hermosa forma en la mas fea:

Al animal mas rudo semejante
Circe permite que tu imagen sea,
Quedándote en aplauso vil plebeyo,
No el alma, la corteza de Apuleyo.
En un dragon alado se transforma
Alcidamante, bárbaro poeta,
Sin agradarse Palas de su forma:
Que era Palas científica y discreta.
Un caballo feroz Tebandro informa
Que ni á espuela ni á freno se sujeta;
Al extremo del monte alarga el paso;
Que quiere de sus cumbres ser Pegaso.
Por burlarse de todo (puesto en duda
De Grecia si era Heráclito) Penteo,
En simio, ó cercopíteco se muda,
Gracioso en gesto y en acciones feo.
Euríloco pidiendo al cielo ayuda,
Sale del monte al campo de Nereo,
Y embarcado agradece á su templanza,
Que le libro de tan crüel mudanza.
Enternecido el hijo de Anticlea,
Las manos alza á Júpiter divino:
Llora de ver que tantos años sea
De Tetis naufragante peregrino:
Que no llegue á la tierra que desea,
Y que le niegue el vasto mar camino,
Habiendo en tantos rumbos vueltas dado
Al clima adusto, al frígido y templado.
En esta confusion, en este asombro,
A la tierra bajó la noche helada,
El manto desprendiéndose del hombro,
Y la cara de nubes rebozada:

¡Ay! dijo, o gran Mercurio, pues te nombro,
En toda accion mirándome inclinada
De trino tu retórica influencia,
Por quien mi patria alaba mi elocuencia;
Dame remedio en tanta desventura:
No permitas que deje los soldados,
Que perdonó la mar, en la figura
De animales tan fieros transformados:
Mejor será que tengan sepultura
Con los demas Argivos desdichados,
Que no que el alma en tal fiereza oculten,
Que alzar el rostro al cielo dificulten.
Enseña la moral filosofia,
Que el hombre que jamas del bajo suelo
Al cielo levantó la fantasía,
Viviendo en pie para mirar al cielo,
Es fiera que la Libia ardiente cria
En su arena abrasada, ó en su hielo
Scitia feroz, sin que en su bien redunde
El alma racional que Dios le infunde.
Abriendo entonces con dorada llave
El gran nieto de Atlante, el Argicida,
La puerta celestial, tres veces ave,
En nube de oro y resplandor vestida,
Sobre la gabia esclareció la nave,
Cual suele exhalacion, cuando encendida
Despues de tempestad serena el cielo,
Y retrató su luz el mar en hielo.
Y sacudiendo con la diestra mano
El dragon duplicado al caduceo,
Con tierno afecto, con acento humano,
Así fué de la mar celeste Orfeo:

Gran hijo de Laërtes, que el Troyano
Incendio priva, que del patrio Egeo
Los puertos goces: tanto Venus llora
Su ciudad en los ojos del Aurora:
No temas el rigor de los encantos
De la hija del sol, ni el ver tus griegos
En varias formas de animales tantos
Por los montes indómitos y ciegos:
Toma esta yerba: que los cielos santos
Penetraron tus lágrimas y ruegos,
Que con ella podrás vencer la fiera
Diomédes de esta bárbara ribera.
Aunque á la madre del Troyano adoro,
Dulce monstruo de Amor, parto de espumas,
No es lícito al valor de mi decoro
Que en tu favor ingratitud presumas.
Dijo: y alzando los coturnos de oro,
Resplandecieron las talares plumas,
Y la senda de luz al movimiento
Hurtó á la vista poco á poco el viento.
Era la yerba de raiz redonda
Negra en color, de flor vistosa y blanca:
No hay veneno que della no se esconda:
Pero con gran dificultad se arranca.
Circe espera que Ulises le responda:
La casa ofrece liberal y franca,
Y de su amor en viéndole segura
Previene en el espejo la hermosura.
Riza el cabello, y en sortijas pone
Pendientes mil diamantes, y la cara
Al fingido jazmin fácil dispone
Agua confeccionada entonces clara:

Despues de pura rosa la compone
Densa en el mèdio, en los extremos rara,
Y las cejas en arco á los despojos
Previene con las flechas de los ojos.
Como en ivierno suele añadir nieve
El deleite mortal al agua fria,
A la blancura, que á los cielos debe,
Circe añadir la artificial porfia
A la garganta cándida se atreve,
Que los dientes lustrosos desafia
Del mas sabio animal, y de azucena,
Teniéndola tan propia, viste agena.
Hacen lo mismo con igual deseo
Y ilustre adorno sus hermosas damas:
El ambar vuelve el aire prado hibléo
Con fácil nube en olorosas llamas.
Prevenidas al jóven Anticleo
Las telas de oro y las bordadas camas,
Y á vueltas el veneno, da licencia
Que venga con su gente á su presencia.
Ulises deja al mar las blancas velas,
Y mas fingido que de Europa el toro,
La yerba prevenida á las cautelas,
A tierra sale con real decoro:
Sobre dos toneletes, ó escarcelas,
Cota de tela azul y escamas de oro,
Pendiente el manto desde el hombro al suelo,
Y el atado laurel revuelto al pelo.
La espada en un tahalí, que tachonaban
Ricos topacios y diamantes finos,
Que la celeste eclíptica imitaban,
Senda del sól por sus dorados signos:

Su venerable aspecto acompañaban
Los griegos mas famosos y mas dignos,
Euríloco, Auriflor, Polidamante,
Filemo, Palamedes y Toante.
Todos caminan de esperanzas llenos
De hallar en Circe prospera ventura,
Que no hay para sentir males agenos
Fé firme, limpio amor, lealtad segura:
Circe aumentando luces y venenos,
Y juntando al engaño la hermosura,
Sale á la puerta, y con fingidos lazos
Le recibe en los ojos y en los brazos.
Con blanca nieve, cuyo efecto es fuego,
Tierna le ciñe la robusta mano,
Por ver si facil de la vista el griego
Le entrega el pecho que conquista en vano:
Discreto Ulises con mayor sosiego
Defiende el alma del primer tirano.
¡Ay de quien necio por la mano bebe
Veneno ardiente en áspides de nieve!
Así le lleva por las altas salas
De oro vestidas y pinturas bellas,
Aumentando los ambares y galas
Lascivo resplandor en sus estrellas:
Tiernos Cupidos las purpúreas alas
En torno mueven, y derriban dellas
Las flechas encendidas sin efeto:
Que era la yerba defensor secreto.
Y para que moviese, como suele,
Lo imaginado mas que la hermosura,
Quiere que el sueño honesto le desvele
De los famosos cuadros la pintura:

Mira la madre del amor que impele
Corriendo el aire, y de la sangre pura
Las hojas de la rosa agradecidas,
Curando á los jazmines las heridas.
  Adonis, rio ya, que al mar fenicio
De las faldas del Líbano desciende,
Diestramente pintado, al ejercicio
Del campo, no á la diosa, libre atiende:
Con blando rostro, con piadoso oficio,
Que persiga las fieras le defiende,
Tan bella, que la rosa con los celos
Ser lirio quiso, y lo pidió á los cielos.
  En otra parte el baño de Diana
Desnudas le mostró ninfas tan bellas,
Que el indiano marfil, la tiria grana
No presumieron competir con ellas:
Vestido blanca pluma, riza y cana,
El que lo está de sol, luna y estrellas,
Engañaba de Leda la hermosura:
Pero con mas efecto la pintura.
  Valiente cuadro, abriéndose los cielos
La lluvia de oro espléndida enseñaba,
Que á pesar de cuidados y desvelos
Entró donde jamas de amor la aljaba:
En frente Egina los nevados hielos
Al mentiroso fuego calentaba:
Todo lo mira el griego: mas de un modo
La severa virtud lo vence todo.
  Descansan en estrado, que pudiera
Ser el sitial del sol, y los soldados
Con menos gravedad hacen esfera
Y los rayos que miran eclipsados:

No templa á todos rígida y severa
La virtud de Caton, que están templados
En las leyes comunes; y estos tales
Convierte Circe en fieras y animales.
  Sentado estaba el Griego, y le tenia
Circe la mano diestra; mas la hermosa
Presencia que miraba, suspendia
La fuerza de la vara venenosa:
El encanto á los ojos remitia
Arsénico mortal, flecha amorosa.
Indecisa se vió la Esfinge ó Lamia;
Que hechizos, si hay belleza, son infamia.
  Pero viendo que el hijo de Laërtes
No la miraba tierno, con la vara
Que dió tan fiera causa á tantas muertes,
Vencerle quiso, y al tocarle pára.
El Griego entonces con las manos fuertes
El golpe veneníſero repara,
Y sacando la espada, ardiente rayo,
Cubrió sus ojos de mortal desmayo.
  Pero animada del temor cobarde,
(Que hay ánimo tambien que es cobardía)
Le ruega que la escuche y que la aguarde,
Y el acero con lágrimas desvía:
De sus ruegos al fin vencido tarde,
Como en la yerba mercurial confia,
Paró el rigor: que nunca fue sangriento
El hombre de sutil entendimiento.
  Circe promete al cielo, y interpone
La autoridad de su milesio hermano,
No hacerle agravio, y en la estatua pone
De Júpiter olímpico la mano.

Con esto mereció que la perdone,
Y que la mire con semblante humano:
Y luego amor en dulces amistades
Con los brazos juntó las voluntades.
  Sucede en esto con aplauso y fiesta
La artificiosa luz á la del dia,
Porque la noche tímida intempesta
Con la sombra del monte el mar cubria.
La mesa y cena espléndida se apresta,
Y entretanto á la forma en que vivia,
Vuelve todo soldado, y las crueles
Armas desnudan con las duras pieles.
  Cual suele el que salió de algun cuidado
En que su loco error le tuvo asido,
Contento, libre, alegre y admirado,
Cobrar nueva razon, nuevo sentido;
Desnudo de animal todo soldado
Está con los amigos divertido:
Danse estrechos abrazos, y en la mesa
La memoria del mal trágico cesa.
  Ya Baco enciende á Venus, ya los vasos
En los aparadores altos suenan,
Ya los siervos, los platos y los pasos
De las salas los cóncavos atruenan:
Refieren los alegres tristes casos;
Unos dicen amores y otros cenan;
Cuales mirando están tantos tesoros,
Cuales oyen cantar distintos coros.
  Ya mira Circe á Ulises sin recato:
Quien tierno mira, blandamente ruega:
Ya no responde el Capitan ingrato,
Que mas concede quien de presto niega:

Y puesto fin al opulento plato,
Con altas voces á la usanza griega
Himnos al alto Júpiter ensalzan,
Agua previenen y las mesas alzan.
En rico estrado sin guardar se sientan
Lo que se debe á las honestas damas:
Ellas mirando la hermosura aumentan,
Y ellos de amor las encendidas llamas:
Con privacion los griegos se contentan,
Y como suelen por las verdes ramas
Las tórtolas gemir arrullos tiernos,
Llaman breve esperar siglos eternos.
La noche estaba sin temor de Apolo,
Y en el collar del Can resplandecía
La estrella mas vecina á nuestro polo,
Que airada entonces abrasaba el dia:
Cuando el astuto, en las desdichas solo,
Vencido del amor y la porfia
De Circe, que no hay cosa que no venza,
Asi su historia trágica comienza:
«Despues de haber Agamenon vengado
La infame afrenta del tirano fiero,
No sé cual Dios con nuestra gente airado
Vibró de su rigor el fuerte acero.
Yo mas, que cuantos fueron, desdichado,
A la conquista, aunque al honor primero,
Tales tormentas padecí, que admiro
Como en articulada voz respiro.
Contarte por extenso mis historias
Sería loco error, Circe divina,
Y revolver ahora las memorias
Y tragedias de un alma peregrina;

Que como alegran las pasadas glorias,
A que el gusto mortal facil se inclina,
Le mueven á dolor penas presentes,
Que se han de referir estando ausentes.
Entre otras desventuras, con mis naves
Y dulces compañeros llegué un dia
A Lestrigonia, que entre peñas graves
Del mar de Italia su defensa fia.
Aqui gente cruel, si no lo sabes,
Bárbara en todo, aunque con rey, vivia,
Gigantes de estatura y de fiereza,
Que dellos se admiró naturaleza.
Antifátes su príncipe, excediendo
La gran proceridad del Centimano,
Era de aspecto furibundo, horrendo,
Fuera del natural límite humano:
La hirsuta barba y el cabello haciendo
Feroz el rostro, entre bermejo y cano,
Daban temor, á quien formaban lazos
Dos ramas de laurel como dos brazos.
De marítimas conchas guarnecido
Vestia un peto y espaldar, trabadas
Con firmes puntas de metal bruñido,
De los rinocerontes imitadas;
Desnudo el brazo á la mitad vestido,
Las piernas de coturnos enlazadas
De correas de tigres y leones,
Tachonadas de hebillas y botones.
Por arma desigual un fuerte pino
De sus menudas hojas despojado,
Que parece que el monte le previno
Por una verde línea dilatado.

Yo triste y derrotado peregrino
Pacífico llegué como engañado:
Dos soldados prevengo á la embajada,
Con dos paveses y una antigua espada.
Parten Cintho y Ladon con el presente,
Pidiéndole licencia un nuevo Acates,
Para que tome tierra nuestra gente
Con los primeros de la mar embates:
Pero apenas la voz del griego siente,
Cuando el gigante bárbaro Antifates
Deja caer el pino, en quien impreso
Quedó revuelto en sangre el cráneo y seso.
Apenas le miró que palpitando
Estaba en el arena, cuando asiendo
De un brazo el cuerpo, se le fue arrancando,
Y con estruendo horrísono comiendo:
La sangre de la boca destilando,
Por la cerdosa barba discurriendo
Entre calientes limos y pedazos,
Le bañaba los pechos y los brazos.
Suenan los cartilágines, y suenan
Los huesos con horribles estallidos,
Como en el fuego la montaña atruenan
Los ramos nuevamente divididos.
Viendo Ladon que bárbaros condenan
La ley de embajador en los rendidos,
Antes que como á Cintho se la quite,
La vida al vuelo de los pies remite.
Cual suele el irlandes perro animoso,
Dividiendo las ondas que no bebe,
Formar en ellas círculo espumoso,
Mansas cristal y removidas nieve;

Se arroja al agua el joven temeroso,
Y en el cabello y ropa las embebe:
Aborda, dánle un cabo, y en la popa
Sacude antes de hablar cabeza y ropa.
Pero apenas refiere la fortuna
Del mísero Ladon, cuando feroces
Cercan la margen sin defensa alguna,
Con armas, que el furor ministra, y voces.
No suelen espantados por laguna,
Cuando vimos los bárbaros atroces,
Ánades por las cañas escondidas,
Del águila voraz librar las vidas;
Como nosotros, viendo la fiereza,
Con que nos acometen los gigantes,
Arrojándonos peñas de grandeza
No vista, de los montes circunstantes.
Levo la amarra, con igual presteza
Las alas de los árboles volantes
Al aire entrego, haciendo que las hayas
Azotando la mar dejen las playas.
Mas ellos en mis griegos compañeros,
Cercando cuanto mira el orizonte,
Intentan juntos con peñascos fieros
Cubrir el mar y deshacer el monte:
Allí quedaron muertos los primeros
Lisandro, Alfeo, Pelias y Filonte,
Capitanes de naves, que diez años
Sufrieron sobre Troya eternos daños.
Como el furioso Alcidès revolviendo
Él brazo, en que tenia al desdichado
Licas, al mar le echó con grito horrendo,
Sin alma por el aire levantado:

Ó como suele, círculos haciendo
Del cáñamo tejido, en verde prado
Disparar el pastor, porque se espante,
Al ganado la piedra resonante;
Asi del brazo un Lestrigon despide
Á Doricleo como fácil pluma,
Que donde el agua túmida divide
Las ondas penetró con breve espuma:
Con su estatura prócera se mide
(Porque el valor en el morir presuma)
Dulinto Acayo, y cuando mas anhela,
No llega con la espada á la escarcela.
Pero arrojóle con el pie de suerte,
Que haciéndole pedazos las costillas,
Iba tras él en círculos la muerte,
Y le alcanzó del agua en las orillas.
Las naves de uno y otro encuentro fuerte
Temblaban de las gabias á las quillas,
Rechinaba la jarcia, y los extremos
Mezclaban las entenas y los remos.
Alargado á la mar, sin retirarme
Mas de lo que bastaba á no perderme,
Si bien mil veces intenté arrojarme,
Á no venir Penélope á tenerme:
Mas della y de Telémaco acordarme
Aun no sé si pudiera detenerme.
Palamedes bastó: que un grande amigo
Es el mayor poder para conmigo.
Y mas cuando miré que por las ondas
Iban algunos bárbaros gigantes,
Que hasta los centros que no alcanzan sondas
Sepultaban los griegos naufragantes:

No asi en los rios por las partes hondas
Dejan pasar los cuerdos elefantes
Los pequeños primero, antes que crezcan
Las aguas con los grandes y perezcan.
Con griega sangre el vasto mar teñia
Las algas de la bárbara ribera:
Los juncos en corales convertia,
Como si el tronco de Medusa fuera:
No escupe celestial artillería
Mas balas de granizo, que la fiera
Gente peñas al mar, que la montaña
Surtiendo el agua los extremos baña,
Asi desafiada, con valiente
Brazo suele tirar piedras ó barras
Con aplauso vulgar rústica gente,
Como ellos peñas, troncos y pizarras:
El mar sembraban lastimosamente
Jarcias, baupreses, gúmenas y amarras,
Escudos, lanzas, armas y vestidos,
Tiñendo el agua cuerpos divididos.
Cual saca la cabeza medio vivo
Para cobrar aliento; pero en breve
Se la sepulta el golpe ejecutivo,
Y propia sangre entre las ondas bebe.
Aqui de aliento ¡ay mísero! me privo,
Tanto el dolor mi sentimiento mueve:
Pues ya que de la vida los despojan
Para comerlos á la mar se arrojan.
Y como el fiero armado cocodrilo
Se arroja de la márgen egipciana
Al pez, ó barca del fecundo Nilo,
Al apuntar la cándida mañana,

Entre las ondas por el mismo estilo
Comen y beben carne y sangre humana,
Haciendo que la mar su freno exceda,
Como tan llena de los cuerpos queda.
Decirte yo que lágrimas vertia,
Mirando las tragedias lastimosas,
Era llegar al término en que el dia
Rie en jazmines y amanece en rosas.
Dejé aquel mar, y la tristeza mia
Aumentaba sus ondas procelosas,
Sintiendo que dejaba con vil guerra
Lo mejor de mi armada entre agua y tierra.
Dos dias no comí; pero al tercero
Persuadido de Albante y Clorinardo,
Vencí con el sustento el dolor fiero,
Y el triste fin de mi fortuna aguardo:
Con la bonanza que jamas espero,
Todo el velamen de las lonas pardo
Doy al favonio occidental, y veo
Que por jardines de cristal paseo.
Trece veces habia el sol vestido
De luz y claridad el polo opuesto,
Y tantas por las ondas sumergido
Con encendido círculo traspuesto,
Cuando el piloto me llevó el oido
Con voces de la tierra descompuesto,
Cuyos celages suspirando miro,
Y cuando mas mi patria espero, espiro.
Era parte del Africa, que tienen
Los trópicos en medio en dos gigantes
Escollos defendida, que detienen
Por el líbico mar los navegantes:

Los que á Cartago fluctuando vienen,
Temen su arena y olas arrogantes:
Sirtes las llaman; pero en fin perdonan
Mi nave entre las peñas que coronan.
  Hácia el mar unos profundos lagos,
Recodos de su margen, y surgimos
Por ellos con temor de los estragos,
Que ya por tantas partes padecimos:
Habitaban allí los Lotofágos,
A quien licencia para entrar pedimos:
Mas quedáronse allí Celio y Penteo,
Ni volviendo á la nave, ni al deseo.
  Yo entonces á morir me determino,
Que ya la vida, o Circe, me cansaba:
Desesperado á la ciudad camino,
Con arco persa y con pintada aljaba:
Luego su rey á recibirme vino,
Su rey que Licofronte se llamaba:
Todos con paz y amor me abrazan, todos
Me muestran armas de diversos modos.
  Mas luego por mis tristes compañeros
Pregunto con dolor, y ellos sin pena,
Depuestos con los mantos los aceros,
Me los muestran dormidos en la arena.
No somos, dicen, Lestrigones fieros,
Que esta tierra que veis fértil y amena
Produce la ocasion que sueño infunde,
Sin que otro daño al huesped le redunde.
  Hay un árbol somnífero nacido
En estos campos fértiles y sotos,
De bacas como el mirto revestido,
Negro de ramas, á quien llaman lotos:

De tan süave fruto, que comido,
Quedan los extrangeros tan remotos
De su memoria, y de su patria ausente,
Que no vuelven á verla eternamente.
  Ninfa dicen que fue, ninfa africana,
Aquel árbol primero, que temiendo
De un feo amante la traicion villana,
Rústico Apolo, que la fue siguiendo,
La forma, que primero tuvo, humana
En su corteza dura convirtiendo,
Le dió su nombre: y fue de amor tributo,
Que nazca de un desden tan dulce fruto.
  En fin, porque mis dulces compañeros
No comiesen tambien, y se olvidasen,
Despertando con voces los primeros,
Eché un bando que todos se embarcasen:
Temí que las lisonjas, monstros fieros,
Mis griegos detuviesen y engañasen:
Que no los puede haber de mayor daño,
Que con dulces palabras dulce engaño.
  Con solo el treo salgo poco á poco,
Y en refrescando el viento doy las velas;
Mas luego vuelve enfurecido y loco,
Si en tantos males algun bien recelas:
¿Que cielo ofendo? ¿que deidad provoco?
¿A quien hicieron daño mis cautelas?
Que tal persecucion solo seria
De gran poder ó gran desdicha mia.
  ¿Mas quien tan brevemente imaginára,
Cuando parece que mi mal se alivia,
Que el viento al mar de Italia me arrojára
Desde la margen del que baña á Libia?

Donde el rigor de mi fortuna para,
Donde imagino que el rigor entibia,
Hallo vida y desdichas: que mi suerte
Ya tiene por piedad darme la muerte.
Levántase un espeso torbellino,
Toldo previene al mar nube tronante,
Cerrando por las olas el camino
Con promontorios líquidos delante:
Pálido trepa hasta la gavia Alcino,
Suspenso por el cáñamo bramante:
Amaina, dice, amaina, cuando mira
Que se arma el orïon de rayos de ira.
Suspende sobre el agua el vil grumete
El cuerpo que aligera asido á un cable:
No huelga triza, troza ó chafaldete,
Todo trabaja en acto miserable:
Las rojas hayas que en las ondas mete
Con firmes pies y con furor notable
El remero veloz, convierte en pluma,
Y á costa de sudor levanta espuma.
Las rocas altas huyo, aunque parezca
Error de su firmeza dividirme:
Que no hay con que el furor mas encarezca,
Que con ver que me alejo de lo firme:
Ya no hay amarra ó cuerda que me ofrezca
Remedio ó fuerza en que poder asirme:
Que á la fuerza del euro yacen rotas
Muras, brazas, filácigas y escotas.
Dichoso aquel que al esconder turbada
La escura noche, tenebrosa y fria,
Los diamantes, que á veces descuidada
Con las manos del sol le roba el dia,

Despierta entre la cándida manada
Al eco de su rústica armonía,
Y desatando del redil la puerta,
La lleva á apacentar por senda incierta.
Allí le ofrece el prado varias flores,
Las puras fuentes el cristal deshecho,
Y escucha de las aves los amores,
En el duro cayado puesto el pecho:
No las templadas cajas y atambores,
Ni del aliento por el bronce estrecho
El aire transformado en voz tan viva,
Que del sosiego ó del honor le priva.
¿Cuanto es mejor con restallar las hondas
Recoger á la noche las ovejas,
Que ver por las murallas y las rondas
Sangrientas muertes, lastimosas quejas?
Prado es el mar, cuando espumosas ondas
Retratan del ganado las guedejas:
Mas no es cabaña una velera nave
Que admite sueño ni sosiego sabe.
La nuestra con tan áspera tormenta
Ya no conoce rumbo por quien vaya;
Ya en el fondo del mar nos aposenta,
Ya como el alba las estrellas raya:
Con altas olas túmido revienta,
Y solo es el morir última playa:
Todo se rompe, todo se deshace,
Y entre las jarcias la esperanza yace.
El arrogante mar, nuevo Tifonte,
Por escalas de espuma sube al polo,
Para ser de una vez del sol Faetonte,
De muchas, que por él se esconde Apolo:

A la luna subió de monte en monte;
Pero templóle con mirarle solo
Venus su hija, que con presto vuelo
Bajó á la tierra, serenando el cielo."

CANTO II.

Prosigue Ulises su relacion con los amores de Polifemo y Galatea; y lo que sucedió hasta que salió de la isla.

« Reina del mar mediterraneo mira
Sicilia á Italia por espacio breve,
Que de ella á viva fuerza se retira,
Y á sus montañas fértiles se atreve:
Aqui por varias partes fuego espira
Vestido un monte de perpétua nieve,
Imagen natural de la hermosura,
Alma de vivo fuego en nieve pura.
Por varias sendas, prados y caminos
Corre Aretusa hermosa y diligente
Al mar con los coturnos cristalinos,
Por belleza deidad, por rigor fuente:
Tocar parecen los celestes sinos
Tres puntas en triángulo eminente
De Pachino, Peloro y Lilibeo,
Prisiones del intrépido Tifeo.
Aqui me trujo mi contraria suerte,
Por donde mira la feroz Cartago,
A darme mas desdicha y menos muerte,
Que pudo el Lestrigon y el Lotofágo:

Venus entonces del rigor me advierte,
Si puede ser de mi fatal estrago,
Y con sus rayos fúlgidos me guia,
Hasta la aurora del siguiente dia.
Veo una isla de Sicilia enfrente
De solos animales habitada,
Y de algunos pastores, pobre gente,
Que hay de Calabria alli breve jornada:
Viene facil el puerto, y una fuente
De laureles y mirtos coronada,
Que dividida en diferentes venas,
A donde coge flores deja arenas.
Sin aferrar las áncoras surgimos,
Y por la verde y libre selva entramos,
Revestida de yedras y racimos,
Que formaban doseles de los ramos:
A los silvos y voces que le dimos
Correspondientes ecos escuchamos;
Que la repercusion de nuestro acento
Al mar pudo dar alma y voz al viento.
Cuando pobre pastor se nos presenta,
A quien pieles de cabras montesinas
El negro cuerpo adornan que alimenta
El fruto de las rústicas encinas:
La griega gente á su consuelo atenta,
Conduce por los bosques y marinas,
Donde los arcos y persianas flechas
Quedaron de los tiros satisfechas.
Los ciervos traen acuestas los soldados:
Abren, desuellan, parten, cortan, hienden
Los verdes ramos, que en el fuego echados
Con el humor que lloran se defienden:

La carne enclavan en los mos delgados
Que medio asada, envuelta en sangre emprenden,
Y Febo á ser antorcha del convite
Sale por las espaldas de Anfitrite.
Allí sobre la yerba parecia
Que era lotos la caza que comieron,
Cuando igualando el sol la sombra al dia,
Estas palabras sin rigor me oyeron:
No perdamos, o dulce compañia,
La memoria del mal que nos trujeron
Tristes hados aqui, ni descuidados
Nos halle en ocio y sueño sepultàdos.
Sepamos á que tierra nos conduce
La fortuna cruel: si bien entiendo,
Que un breve bien tan facil os induce
A que olvideis el mal que estais sufriendo:
Agua y sustento este lugar produce:
Mas no para que en él vivais muriendo
Tan lejos de la patria, en que tenemos
Las dulces prendas que perdido habemos.
Entonces Triptolemo, que tenia
Menos de Baco, y mas de entendimiento,
Rogó al pastor, que nos sirvió de guia,
Satisfaciese mi forzoso intento:
Él, que la lengua dórica sabia,
Por el silencio dió la voz al viento,
De suerte que aun suspensa en su corriente
Dejó tambien de murmurar la fuente.
No soy como pensais, famosos griegos,
Pobre pastor, que soy tambien soldado:
Yo ví la guerra y los troyanos fuegos,
A Hector muerto, á Menelao vengado:

De Policena los humildes ruegos,
Y á Pirro en sangre y en dolor bañado,
De su valor y edad hazañas feas,
Y fugitivo con su padre á Eneas.
Aquí me trujo vuestra misma estrella
Arrojado del mar y de un navío,
Digo á Calabria, porque vivo en ella,
Siendo Corinto nacimiento mio:
Mas ha de un lustro, o griegos, que por ella
Llevo al invierno helado, al seco estío,
El ganado que veis: mirad si puedo
Con lo que de ella sé poneros miedo.
Esa vecina isla es Siracusa,
Habitacion de Cíclopes gigantes,
Gente sin ley, república confusa,
A los fieros Brachmanes semejantes:
De las tirrenas ondas circunfusa
Parece que la cierran tres Atlantes:
Si bien nadie se atreve á su conquista,
Que causa espanto desde lejos vista.
Estos son los ministros de Vulcano,
Que á Júpiter forjaban en su monte
Los rayos, por quien hoy Briaréo tirano
Yace en las negras aguas de Aqueronte:
De la tierra y del cielo soberano,
Dicen que fueron hijos Harpes, Bronte,
Estérope, y Piracmon el desnudo,
Autor de la celada y del escudo.
Pero de todos estos apartado
Vive en un alto monte Polifemo,
Que mirándole no he determinado
Cual es el monte, y de mirarle temo:

Que puesto que se vé proporcionado,
La frente mide con su verde extremo,
Tanto que el monte de árboles se vale
Sobre las peñas, porque no le iguale.
Pero por mas que crezca, al fin le excede,
Y es tal la pesadumbre de su exceso,
Que se queja la mar de que no puede
Dos montes sustentar de tanto peso:
No hay yedra que pared de muro enrede,
Como la barba y el cabello espeso
El rostro y frente, en quien un ojo solo
Imita al cielo, mientras duerme Apolo.
Un peine tiene, que de juntas cañas
Hizo para igualarse las guedejas,
Que á una ninfa cruel de estas montañas
Le dice enamorado tiernas quejas:
Tanto que entre unos lirios y espadañas,
Escuchándole solas sus ovejas,
Dicen, que al son de su zampoña un dia
Estos rústicos versos le decia:
«O mas hermosa y dulce Galátea,
Que entre las mimbres de la encella helada
Cándida leche pura de Amaltea,
Que en el cielo formó senda sagrada:
Mas blanca me pareces, aunque sea
De tus hermosas manos apretada:
Que si quieren entrar en competencia,
De tu parte será la diferencia.
O ninfa mas hermosa, que á mis ojos
Las verdes cañas de alcacer que nace,
Pasados del invierno los enojos,
Cuando esta pura nieve el sol deshace:

Blanco jazmin entre claveles rojos
Menos á quien te mira, satisface,
Que tu boca amorosa, cuando iguales
Muestra la risa perlas y corales.
El mas temprano almendro, el mas florido,
Preludio de la dulce primavera,
Entre cándido y nacar dividido
No iguala; imita tu beldad primera:
Yo he visto de mastranzos guarnecido
Este arroyuelo, que la mar espera;
Mas no tienen olor, aunque pisados,
Como tus miembros de correr cansados.
Si miro alguna cándida azucena,
Se me acuerdan tus pies, cuando desnudos
Con breve estampa al campo y á la arena
No dejan senda de sus pasos mudos:
Sale una fuente en esta orilla amena,
Jamas tocada de animales rudos,
Y aquellos golpes, con que vuelve arriba,
Me parecen tu risa fugitiva.
Calle la flor azul del verde lino,
Calle este monte, cuando vuelve Apolo
Su nieve en plata en el ardiente signo,
Que fué del griego Alcides triunfo solo:
Murmure este arroyuelo cristalino
Del marfil de tus pies lidio Pactolo:
Pues que bañando en él mayor tesoro
Engendras perlas por arenas de oro.
El vuelo vences de la limpia garza,
Cuando baja el azor, rayo de pluma;
En el olor la flor de espino y zarza,
Aunque de Venus el rosal presuma;

El pálido vallico y la gamarza
En vista por abril, aunque consuma
Tal vez el trigo, y desde lejos solas
En sangriento escuadron las amapolas.
Mirto pareces, cuando estás sentada,
O Galatea, en estos verdes llanos,
Un cedro, ó cinamomo levantada,
Y rayos de cristal tus blancas manos:
Abierta en el otoño la granada
Descubre aquel ejército de granos;
Así mostrar á tornasoles sueles
En tu rostro jazmines y claveles.
O mas sabrosa ninfa, aunque eres fiera,
Que dulce miel del líquido rocío,
Que de los vasos de la blanda cera
Se destila al calor del seco estío:
Mas bella vienes tú de la ribera,
(Cuan varia de color, firme de brio)
Que el pintado escuadron, cuando al Aurora
Desnuda el campo y los panales dora.
¿Que becerrilla tierna mas lozana
Retoza en verde prado, y hace amores
A la yerba, saltando tan liviana,
Que apenas puede lastimar las flores:
Como te ví pasar una mañana
Entre aquestos laureles vencedores,
Cogiendo aquí y allí de estas orillas,
Ó ellas á tí, las blancas maravillas?
Durmiendo estabas una siesta ardiente
Al fresco de esta fuente sonorosa,
Y en tus mejillas rojas y en tu frente
Me pareció el sudor rocío en rosa:

Mas todo aqueste bien turbar consiente
Tu condicion conmigo rigurosa,
Amando un hombre indigno, amando un mozo
Que apenas tiene la señal del bozo.

Yo sí que tengo crespa barba y yerta,
Como ha de ser en hombres belicosos,
De la color del sol, cuando despierta
Entre rayos apenas luminosos:
Pero la boca en ella descubierta,
Cuyos labios tan gruesos como hermosos
Descubren, si te ven, con blanda risa
Mas blancos dientes, que el marfil de Orisa,

Mas tú, cruel, que por matarme tienes
Gusto de amar un joven delicado,
Con poco honor de tu hermosura, vienes
A verle por el monte, selva ó prado:
Con él desde el Aurora te entretienes,
Pues luego que la mira el sol dorado,
Dejas el mar, y por decirle amores,
Desprecias el coral, y pisas flores.

Si yo te quiero hablar, así te enojas
Que, apenas llego á verte, cuando airada
Desde la blanca playa al mar te arrojas,
De círculos de plata coronada:
Pero con ser tan fieras mis congojas,
Al cortar de las aguas, ninfa amada,
Templan la furia á mis celosas iras
Las perlas que, arrojándote, me tiras.

Si canta ese rapaz, sutil parece
Su voz de grillo negro en verde trigo:
La lira que le adorna y desvanece,
Sierra en nogal tan desigual conmigo:

Mi voz los altos montes estremece,
Y asombra el mar de mi dolor testigo,
Donde me escuchan con sus ninfas bellas.
Los peces igualmente y las estrellas.
Querer con mi grandeza y hermosura
Sus partes competir afeminadas,
Era igualar al sol la sombra escura,
Supuesto que de mí jamas te agradas:
Diga el cristal de aquesta fuente pura,
Cuando estaban las ondas sosegadas,
Si pudiera ser yo con poco aviso
Mas disculpado, que lo fue Narciso.
Compite en igualdad conmigo en vano
El mas alto cipres, el mayor pino:
Puedo alcanzar estrellas con la mano,
Y sacarte del mar, si al mar la inclino:
Que cuando viene el sol del orbe indiano,
Primero que á este monte convecino,
Me toca á mí, y al irse al Occidente
Se parte con la sombra de mi frente.
Si me estimáras tú, si me quisieras,
Hermosa Galatea, cuanto ingrata,
¡Que regalos de mí, que amor tuvieras!
Que vale mas amor que el oro y plata:
¡Que huertas tengo yo, si tú las vieras!
Y en ellas un manzano, que retrata
Tus pechos en su fruto, y en sus flores
De tu divina cara los colores.
No lejos de mi cueva se levanta
Un pomposo nogal, á cuya sombra
Mil ovejas sestean, porque es tanta
Que hasta la margen de la mar asombra:

Tengo la fruta de una verde planta
Que sabe amar, alfócigo se nombra,
Sin hembra no produce, y triste muere,
Que sin sentir su semejante quiere.
Guardado tengo un limpio canastillo
De conservados nísperos y serbas,
Y antes que llueva, el pálido membrillo,
Para que dure entre olorosas yerbas:
Mánchase en oro un cándido novillo,
Que si por estos montes le reservas,
Tendrás un toro, que les dé codicia
A las damas de Creta y de Fenicia.
Cogidos en los ásperos iviernos
Dentro en su cueva tenebrosa y fria
Dos osos tengo que retozan tiernos,
Atados á la puerta de la mia:
Pero mis males, que ya juzgo eternos,
Mis regalos, mis ansias y porfia,
¿Como podrán vencer tantos desdenes,
Cuando otro amor entre los brazos tienes?
Mas conforme parece mi deseo
Con tu valor, que el de pastor ninguno;
Si eres hija de Tetis y Nereo,
Y yo del rey del mar, del gran Neptuno:
Mas pues tan firme y áspera te veo,
Que no me queda ya remedio alguno,
Yo mataré tu gusto, Galatea,
Aunque te pierda, aunque jamas te vea.
Mordiéndose los picos una siesta
Prevenian sus hijos dos torcaces,
Y dije yo: ¡que dulce vida es esta,
Cuando celos y amor confirman paces!

Mas pardo gavilan el vuelo apresta,
Abre las puntas corvas y voraces,
Mata el esposo arrullador: y digo,
Lo mismo haré con Acis y contigo.»
No fué vana amenaza, pues un dia
Que este pastor en su regazo estaba,
Al tiempo que el Aurora se reia,
Y pensaban las flores que lloraba:
Polifemo, que al valle descendia,
Alzó una peña que la mar bañaba:
Acis corrió, mas eran, ¡triste caso!
Cien pasos suyos del gigante un paso.
Rompióse por el aire la gran peña,
Y alcanzóle de tantas una parte,
Aunque á sus manos y furor pequeña,
Tal que las sienes le penetra y parte:
Cayó como la blanca flor de alheña
Al sol ardiente, ó al furor de Marte
Opuesta vida, y espiró en el viento:
Así fue el golpe rígido y violento.
Volvióse luego en líquido rocío,
Y poco á poco fueron sus despojos
Formando arroyos, que en lugar sombrío
Cubrieron de cristales y de enojos:
Porque si no se trasformára en rio,
Le hiciera Galatea de sus ojos:
Puesto que fue despues su llanto ausente
Del rio aumento, y de sus aguas fuente.
«Acis, decia la Nayada hermosa,
Puesto que lloro tu infelice suerte,
Mas siento, que por mí la rigurosa
Mano de un monstruo vengativo y fuerte,

Como derriba el sol la fresca rosa,
Te marchitase en brazos de la muerte,
Quitándote la vida, que en la mia
Por forma y por primera accion vivia.
¡O fiero monstruo! si lo son los celos,
Tú lo debes de ser contra mi olvido,
Tú lo debes de ser; tú, que los cielos
Ningun monstruo mayor han producido:
¡O quieran que jamás sus puros velos
Tus verdes prados en abril florido
Cubran de yerba, ni sus mansas lluvias
Tus blancas eras con espigas rubias!
Envidioso pastor de ponzoñosas
Yerbas siembre el arroyo y la corriente,
Que beben tus ovejas, y dé rosas
De adelfa, para tí, la mejor fuente:
Las que tú quieres mas, las mas hermosas
Rabioso lobo emprenda y ensangriente:
Y cuando mas esta montaña asombres
Te mate el mas astuto de los hombres.
Acis, contigo se acabó mi vida,
Aunque soy inmortal, pues con tu muerte
El alma, que en los dos estaba unida,
Se divide, se parte y se divierte:
Mas no porque la tuya se divida,
Dejará mi memoria de quererte:
Que imprime amor la tuya con mis quejas
En la mitad del alma que me dejas.
Ya no saldré del mar, como solia
Al regalado son de tus amores,
Ni estos prados verán estampa mia
De ramos de coral, fingiendo flores:

Ni yo la margen desta fuente fria,
Que en vez de sus cristales y colores
Viviré las arenas mas escuras,
En soledad de tus estrellas puras.»
 En tanto que estas cosas referia
El perdido soldado, o Circe hermosa,
Retrataba mi libre fantasía
Del gigante la imagen portentosa:
Deseos tan ardientes me encendia,
Que apenas de Titan la amada esposa
Salió otra vez, y descansó mi gente;
Cuando me fuerzan que buscarle intente.
 Parto á la isla con favor del viento,
Y sin amaina, vira, ni zaborda,
Con silencio, valor y atrevimiento
Mi nave con sus árboles aborda:
Entre laureles, que de ciento en ciento
Formaban una selva muda y sorda,
Me ofrece su espantoso frontispicio
Un natural y rústico edificio.
 Entonces yo, que siempre por lo astuto
De notables peligros me he librado,
Hago cargar un cuero del tributo
Al dios de los racimos dedicado:
Era tan fuerte y parecido fruto
A Ismaro fertil en que fue criado,
Que derribára al hombre mas valiente
Con solo que le asiera de la frente.
 Entramos poco á poco por la cueva,
De donde el fiero dueño ausente estaba,
Donde hallamos tambien por órden nueva
La hacienda de pastor en que trataba:

En tablas; que con alta cuerda eleva,
De diez en diez los quesos que guardaba,
Con mas labores de tejidas mimbres
Que tienen los follages de los timbres.

Los vasos que corriendo estaban suero,
Los barreños labrados y los tarros,
Donde la leche se ordeñó primero,
Las esteras, encellas y los jarros:
No se pudiera el aparato entero
Mudar con mulas en sonantes carros:
Que no vió á Polifemo, ni oyó el nombre
El que llamó pequeño mundo al hombre.

Tenia los corderos divididos,
Los tiernos cabritillos apartados,
Y en mas abrigo los recien nacidos,
Como de mas calor necesitados:
Mis compañeros menos atrevidos,
Aunque en igual fortuna ejercitados,
Me rogaron que luego me partiese,
Robándole de allí cuanto pudiese.

Mas yo que tantas cosas visto habia,
No queriendo perder la mas famosa,
Hago que enciendan fuego, porque el dia
Bañó el Ocaso de color de rosa:
Sentados á cenar con osadía,
Estremeció la cueva tenebrosa
Con silvos el pastor, y habiendo entrado
En nosotros el miedo, entró el ganado.

Derriba un haz de mal partidos ramos
De la dura cerviz, y luego cierra
Con peña tan inmensa, que temblamos,
Y se espantó pariéndola la tierra:

Hácia la escuridad nos retiramos;
Pero él nos siente, y prevenido á guerra:
¿Quien sois, ladrones, dice, que fortuna
Os trujo aquí, si hay en mi daño alguna?
Griegos, respondo yo, gran Semideo,
Desde Troya perdidos y arrójados
Por alta mar, que Agamenon Atreo
A su venganza nos llevó soldados.
Ver vuestra nave, respondió, deseo,
Y los despojos de que vais honrados:
Mas yo que le entendí, le digo: ¡ay triste!
La que lienzo vistió, nácares viste:
Que por haber á Troya destruido
Sinon con el caballo Durateo,
Arrastrado al gran Hector, y teñido
A Andrómaca de humor sangriento y feo;
Los dioses, Polifemo, han permitido,
Que al pie del siciliano Lilibeo
Se rompiese la nave, y sus riberas
Sepultasen de Troya las vanderas.
Mas tú, temiendo á Júpiter que ampara
Los huéspedes y dió muerte á Diomedes,
Honra de algun presente á quien tu cara
Merece ver, porque en su gracia quedes.
Él dijo entonces: ignorante, pára,
Pára y estima que mirarme puedes:
Yo no temo los dioses, que á ninguno
Respeto debe el hijo de Neptuno.
Diciendo así, frénetico arrebata
Dos tristes compañeros, y de suerte
El golpe con la tierra los maltrata,
Que nuestras caras salpicó su muerte:

Con ellos el estómago dilata,
Cruje el hueso mas sólido y mas fuerte,
Y hartándose de leche, no pequeño
Lugar ocupa, y se remite al sueño.
  Yo entonces que le ví sacar del pecho
El aire en los pulmones detenido,
Saqué la espada en lágrimas deshecho,
Mas fuí de Orontes Délfico advertido:
Pues era hacer sepulcro mas estrecho
Matarle entonces, ú dejarle herido,
Teniendo un escuadron fuerza pequeña
Para poder aligerar la peña.
  Pasó la escura noche, detenida
En este miedo mas que en su tardanza,
Cuando el Aurora entró de luz vestida;
Mas no vino con ella la esperanza:
Que levantando el bárbaro homicida
Dió principio á su rústica labranza,
Ordeñó sus ovejas, y vacías
Puso á las madres las balantes crias.
  Luego otros dos soldados rinde al suelo
Con tremendo estallido, y almorzando
Voraz la carne, sale al claro cielo,
El ganado solícito guiando:
Y de que no me huyese con recelo
El peñasco á la cueva acomodando,
Como si fuera facil puerta en quicio,
Por verdes selvas prosiguió su oficio.
  Yo triste la venganza imaginando
Halléme cerca un gran baston de oliva,
De que una braza, ó poco mas cortando,
Hice una aguda punta en lo de arriba:

Tostéle bien al fuego, y ocultando
La muerte que esperaba ejecutiva,
Hice eleccion de cuatro compañeros,
Que me ayudasen á los golpes fieros.
  El sol de su carrera desmayado
Cayóse en el cristal del mar Tirreno,
Y el Héspero planeta levantado,
El aire puro esclareció sereno;
Cuando á la cueva entró con su ganado
Las ubres llenas del herbage ameno:
Cerró la puerta, y alangó la mano
Al Tracio Floro, y al Arcadio Albano.
  Yo entonces de aquel vino colmo un vaso,
Y le digo atrevido desta suerte:
¿Cual hombre, ni de estancia, ni de paso
Querrá venir desde su tierra á verte?
Los dioses muevan tan horrendo caso,
Como ofrecer á la violenta muerte
Los inocentes huéspedes, y tomen
Venganza de hombres que los hombres comen.
  Mas como suele perro que otro mira,
Cuando la presa entre los dientes tiene,
Que con envidia del ladra y suspira,
Crujiendo un hueso para mí se viene:
Alzo la taza por templar su ira,
Y la color del vino le detiene
Con el olor que al gusto le fué grato,
Ó ya fuese la vista, ó el olfato.
  Bebió, y alzando la robusta frente
Dió muestras del contento que sentía,
Y me pidió otra vez, que diligente
Le dí con humildad y cortesía:

Y díjome: licor tan excelente
Parece dulce nectar y ambrosía;
El vino de Sicilia, aunque es süave,
Es inferior, o griego, al de tu nave.
Un don te quiero dar por este gusto.
Dime tu nombre, que por bien tan grande
Te mataré el postrero, que es injusto
Que á la razon el apetito mande.
Yo dije: si es honor de un varon justo
Que liberal con peregrinos ande,
Baucis y Filemon te dan ejemplo,
Que de los dioses huéspedes contemplo.
Mira con la piedad que les lavaron
Los pies, y aquel panal sabroso dieron,
Con que tanto á los dioses obligaron,
Que sacerdotes de su templo fueron:
Inmortales en árboles quedaron,
Que de la muerte el tránsito no vieron;
Pero quien trata mal á un noble amigo,
Presto verá de su maldad castigo.
Esto decia yo, cuando turbados
Los ojos, y la boca retorcida,
Al suelo dió los miembros dilatados,
La cabeza fantástica dormida:
Ninguno, dije, soy, destos soldados
Ya capitan en Troya destruida,
Ninguno me llamó mi padre en Grecia;
Si no eres tú, ninguno me desprecia.
Ninguno, replicó, casi trabada
La lengua, ¡que placer! ¡que bien me has hecho!
Mucho, o Ninguno, este licor me agrada,
En mi vida me vi tan satisfecho.

Aquí perdió la voz, aquí turbada
Volvia el aire ambiente al ronco pecho:
Y así cuando otra vez le despedia,
El vino por la barba difundia.
Entonces puse el leño al mismo fuego,
Porque se calentase, y avisando
Mis cuatro compañeros, parto luego,
Si te digo verdad, todos temblando:
Las túnicas le paso, y dejo ciego,
A la dura membrana penetrando,
Que toma su principio del celebro,
Y los nervios y músculos le quiebro.
Las manos echa al leño dando voces,
Y de los huesos con furor le saca,
Crece el rigor con ansias tan atroces,
Que le vimos morder la fiera estaca:
Acudieron los Cíclopes feroces,
Porque en toda la noche no se aplaca:
Y todos á la puerta en que se juntan,
La causa de las voces le preguntan.
¿Quien te ha herido? le dicen, ¿quien ha sido
La causa de tus voces, Polifemo,
Que por toda la mar no se ha sentido
Ligera vela, ni pintado remo?
Ninguno me mató, Ninguno (herido
Responde á su querido Tepolemo)
Ninguno fué, porque ninguno hubiera,
Que mas astuto que Ninguno fuera.
Duerme, responden, si te hirió Ninguno,
Que ninguno pudiera hacerte ofensa:
Todos se parten, sin que entienda alguno
Que fuí el Ninguno que el gigante piensa.

Con esto el hijo del feroz Neptuno
De la puerta quitó la peña inmensa,
Porque atentando las paredes iba,
Y á un lado de la cueva se derriba.
Sentóse en medio y el ganado llama,
Porque atentando los que van saliendo,
Cogiese áquel Ninguno que desama,
Los oidos y el tacto previniendo:
Pensé yo el hecho entonces de mas fama
Que han referido historias, eligiendo
Los mayores carneros, y que hacian
Escobas de la lana que vestian.
De tres en tres los ato, y pongo en medio
Un compañero atado, de tal suerte
Que no pueda atentarlos, y remedio
El peligro forzoso de la muerte.
¿Cuando se vió ciudad en duro asedio
Con enemigo tan airado y fuerte?
Pues salir, ó morir era preciso,
Antes que á los demas les diese aviso.
Coronada de flores la mañana
Asomó por un monte la cabeza,
Teñido el puro rostro en nieve y grana,
Aunque esperada con igual tristeza:
Salió el ganado, y en la crespa lana
Las manos ocultaba su fiereza,
Examinando á todos pelo á pelo;
Mas nadie ofende á quien defiende el cielo.
Yo, que escogido un gran carnero habia,
Y en su grandeza y lana vidé aspero,
Que un toro de seis años parecia,
Salir quise de todos el postrero:

Asióle y conocióle en que tenia
El vellon y grandeza que refiero:
Y llorando sin ojos, con prolijo
Razonamiento estas palabras dijo:
«Querido manso mio, que criado
Fuistes á blanca sal de vuestro dueño,
¿Como el postrero sois de mi ganado,
Cual suele el que es mas débil y pequeño?
¿Sentis por dicha el miserable estado,
En que el griego furor, rendido al sueño
Puso quien os crió, y amaba tanto?
Troquemos mi razon á vuestro llanto.
Agua me falta, ya lo veis, pues vierto
En vez de tiernas lágrimas un rio
De humor sangriento, y que abrazar no acierto
Vuestro cuerpo, que fué regalo mio:
Paréceme que estais mas crespo y yerto,
Y que al campo salís con menos brio,
La esquila y el collar os han quitado
De piel de tigre y de metal dorado.
¡Que lozano os vá yo por esta puerta
De mi ganado capitan famoso,
El alba apenas cándida despierta,
Barriendo flores por el valle umbroso!
Ahora con el sol purpúreo abierta
Desmayado salís y perezoso:
Que como no escuchais mi voz sonora,
En la noche en que estoy, no veis Aurora.
¿Quién primero que vos por las orillas
Destos arroyos los dejó afeitados
De blancas y doradas manzanillas
Con el hocico y dientes afilados?

¿Quien primero que vos las campanillas
Rojas y azules de los verdes prados?
¿Quien los tomillos, retozando á saltos,
Por los repechos de los montes altos?
¿Sentis el verme aquí morir rendido
Por la maldad de aquel traidor Ninguno?
¡Ay! si para mostrármele escondido
Hubiera en vos entendimiento alguno.
Quitóme con engaños el sentido,
Rindióse á Baco el hijo de Neptuno:
Eran contrarios, y se hicieron guerra;
Bebí mi muerte, y abracé la tierra.»
Dijo, y dejó salir el manso, y luego
Que yo me ví apartar, lo que bastaba,
Del arrogante monstruo, airado y ciego,
Dejé el lugar, donde escondido estaba:
Con mis soldados á la nave llego,
Que escondida en las peñas me esperaba,
Llevando por delante del ganado
Lo mas lucido, que embarqué forzado.
Lloraron mis soldados de alegría,
Y luego por los muertos de tristeza,
Que engendra en tanto mal la compañía
Mas tierno amor, mas ansia y mas firmeza.
Ya se esforzaba al sol dorando el dia,
Y sacando del agua la cabeza,
Cuando vuelan los remos como plumas,
Y del cerúleo mar surten espumas.
En viendo yo por alta mar la nave,
Cuanto bastó para escuchar mis voces,
O Polifemo, digo: ó huesped grave,
Mi voz escucha, si mi voz conoces:

Mira si castigar Júpiter sabe
Los pecados de bárbaros atroces,
Pues por comer la noble gente amiga,
Con tan horrible pena te castiga.
¿Eras el que sus rayos no temias?
¿Eras el que arrogante blasonabas?
¿A un hombre como yo matar querias,
Y de los altos dioses blasfemabas?
Mira si fueron necias tus porfias,
Mira con el poder que te burlabas;
Que por hacerla en tu soberbia fiera,
Te ha muerto con un rayo de madera.
Para encélados fuertes y tifontes
Toma Júpiter rayos de Vulcano:
Para el fuerte valor de Oromedontes
Toma la llama trífida en la mano:
Para tí, que eres fiera de estos montes,
Rayo de oliva fué mostrarse humano:
De roble se le dieran las montañas,
Tan duro como fueron tus entrañas.
Oyendo aquesto, airado se levanta,
Y con hórridas voces al mar viene,
Los animales de la selva espanta,
Y los arroyos líquidos detiene:
Pone en la playa la disforme planta,
De una mina de mármoles previene
Un gran peñasco, y tan feroz le arroja,
Que la cara del sol retira y moja.
Tan cerca dió la peña de la nave,
Que creciendo las aguas, vino á tierra,
Las ondas abre, y con el peso grave
En las arenas fáciles se entierra.

Turbado pido un remo: el cielo sabe,
Que en cuanto la fortuna me destierra,
Peligro no temí, como el que digo:
En fin la aparto, y en hablar prosigo.
Deténenme mis fuertes compañeros,
Mas no aprovecha el ruego á la venganza.
Vuelvo á decir: Si alguno de los fieros
Cíclopes antes de morir te alcanza;
Ó por ventura llegan estrangeros
Por fortuna de mar, ó por bonanza,
Y quisieren saber quien fue el valiente,
Cuyo valor te penetró la frente;
Ulises soy, aquel varon famoso,
El hijo de Laërtes y Anticlea,
De Itaca señor, y dulce esposo
De Penélope, casta semidea:
En las troyanas guerras animoso
Coronado me vió la luz febea
Dos lustros por hazañas inauditas,
Que en la inmortalidad quedan escritas.
Tan elocuente soy, y tan sutiles
Mis argumentos dulces y razones,
Que de estas armas del divino Aquiles
Me adorno entre magnánimos varones:
No he castigado tus hazañas viles
Con armados y fuertes escuadrones,
Con sola industria fué: que tu fiereza
Excede la comun naturaleza.
«¡Ay triste! con la voz trémula dijo,
Que esta desdicha muchos años antes
Tepolemo mi amigo me predijo:
¿Mas quien pensára engaños semejantes?

Alguna parca airada me maldijo,
Por humillar mis fuerzas arrogantes,
Pues ese Ulises no pensé que fuera
Hombre tan vil, ni que á traicion viniera.
¿Quien pensára que fuera tu estatura
Tan desigual, y que por tal camino
Me vinieras á dar muerte tan dura
Vencido de la fuerza de aquel vino?
Morir á manos yo fuera ventura
De un hombre fuerte de mi muerte dino,
Que no viniera de traiciones lleno
Con aquel aromático veneno.
Mas vuelve, Ulises, vuelve, vuelve, amigo,
Tu industria alabo y tu valor venero,
Nueva amistad y paz haré contigo,
Darte por huesped un presente quiero:
No pienso yo, que hicieras tú conmigo
Esta crueldad, si habláramos primero:
Que la vida tambien de quien la ofende
Por natural derecho se defiende.
Mi padre el gran Neptuno tiene imperio
En todo el mar que vienes navegando,
Desde que Menelao el adulterio
Vengó de Páris, su ciudad postrando:
Para que salgas del distrito Hesperio,
Y te pueda llevar céfiro blando
A Grecia libre y á tus dulces griegos,
Le venceré con amorosos ruegos.»
Admirame, respondo, tu ignorancia,
Fiero devorador de humana gente,
Que ya no son engaños de importancia,
Por mas que tu grosero ingenio intente:

Aqui pienso que estoy breve distancia
De tu furor y espíritu impaciente:
Quisiera haberte muerto, y que tu grave
Cabeza fuera lastre de mi nave.
Desatinado entonces, dijo, alzando
Las manos: « O Neptuno, o padre mio,
O gran muro del mundo, que cercando
Siempre le estás con tu elemento frio,
Si soy tu sangre, y si te acuerdas cuando
(Que suele amor pasar de Lete el rio)
La amabas tiernamente, oye mi ruego
Por el incendio de tu dulce fuego.
No llegue, si es posible, á salvamento
Este griego traidor, ni goce y vea
A su casta Penélope, y el viento
Contrario siempre á sus intentos sea. »
Luego arrancó de su nativo asiento,
Ayudando á la fuerza gigantea
La ira, un gran peñasco, y con furioso
Golpe rompió otra vez el mar undoso.
Nosotros casi muertos, y de espuma
Y agua las jarcias, que bañó, cubiertas,
La nave hicimos con los remos pluma,
Y escribimos al mar letras inciertas;
Temiendo la cruel frígida bruma,
A donde son las tempestades ciertas:
Porque si al Capricornio el sol llegaba,
El solsticio vernal amenazaba.
Dimos priesa á los remos, y llegamos
A la isla del rey Éolo Hippota,
Donde los vientos en prision hallamos,
Que cuando quiere, esparce y alborota:

Allí todas las jarcias renovamos
De la menor filáciga á la escota:
Tal nos dejó la nave Polifemo
De la popa al baupres, del lienzo al remo.

CANTO III.

Pide Ulises á Circe licencia: parte á la isla Cimmeria: baja al infierno con Palamedes, donde Tiresias le cuenta lo que le ha de suceder hasta que llegue á su casa.

Ya llamaba el Aurora en los cristales
Del palacio de Circe, y los herian
Los rayos de su padre transversales,
Con cuya nueva luz resplandecian:
Cuando acabó sus lástimas fatales,
Que los ojos á lágrimas movian,
Sin que pudiese hallar lugar el sueño,
Con ser de cuanto vive entonces dueño.

Así nos mueve á admiracion y espanto
Un caso extraño y triste la memoria:
Así provoca á compasion y llanto
Una nueva y cruel trágica historia:
Lasciva Circe presumió entre tanto
Tan larga pena reducir á gloria,
Del capitan prudente enamorada,
Mas atenta á su ingenio, que á su espada.

Miraba su persona honesta y grave,
De su cuerpo la ilustre compostura,
La dulce lengua y el mirar suave,
Del ánimo interior firme hermosura:

La valentia de dejar su nave
Entre escollos, del mar á la ventura,
La industria de vencer peligros tales,
Tal vez contra las iras celestiales.
Era Ulises un hombre bien formado,
De cuerpo no muy alto, aunque fornido,
De músculos y nervios relevado,
Copioso de cabello y esparcido:
Moreno de color algo tostado:
Pero nó le salió del patrio nido;
Que en los trabajos no hay color segura,
Que harán mudanza en una piedra dura.
Los ojos eran negros, y las cejas
Gruesas y en arco, largas las pestañas,
La voz sonora y grave, dulce en quejas,
Que moviera las ásperas montañas:
La lengua y las entrañas tan parejas,
Que en la lengua se vieran las entrañas;
Pero tambien astuto en ocasiones,
Que no es defecto en ínclitos varones.
Sufrido en los trabajos y fortunas,
Elocuente, sagaz, determinado,
Y tan dichoso y próspero en algunas,
Como en ponerse en ellas desdichado.
Corrido habian ya dos nuevas lunas
Su rápido, veloz curso, argentado,
Y él firme honestamente defendia
La lealtad que á Penélope debia.
Circe solicitaba el mal nacido
Fuego de su lascivo pensamiento,
Diligencias que hubieran divertido
El mas firme de amor conocimiento:

Mas puestas á la vista y al oido
Contra el combate de su loco intento
Las guardas del respeto y del recato,
Ni ella fue victoriosa, ni él ingrato.
Amaba Circe á Ulises; no tenia
Correspondencia amor, faltaba Anteros,
Sin quien poco se aumenta; aunque se cria,
Sin pasar de los términos primeros:
¡Con cuanta diferencia sucedia
En sus ya descansados compañeros!
Todos amaron, y por varios modos
Sugetos de su amor hallaron todos.
Amó á Dórida Antímaco, mancebo
En el extremo de su edad florida,
Cuando se suele ver con poco cebo
A todo amor la voluntad rendida:
A Casandra bellísima Corebo,
Natural de Micenas, y á Deifrida
El valiente Filemo, hijo de Antandro,
A Lisis Timo, á Nísida Alejandro.
Los verdes ojos de Neofíle hermosa
Enlazaron el alma de Toante,
Capitan de la nave mas famosa
Que vió el tridente en todo el mar de Atlante:
Rindió toda su fuerza belicosa
A la bella Antiflor Polidamante:
Que donde estaba Circe, Ulises solo
Se pudiera librar de polo á polo.
Dilataba las hebras del cabello,
Que fué del sol envidia y competencia,
Por el marfil del mas hermoso cuello,
Que tuvo con la nieve diferencia,

Fílida al viento: cuyo rostro bello
Pudiera mas con menos diligencia,
Y fueron dulces y amorosas redes
Del Acates de Ulises, Palamedes.
  Aunque con poca edad, con alto ingenio,
Y no menos donaire y hermosura,
Rindió la hermosa Andrómeda á Partenio,
Mozo de honesta y grave compostura:
Y aunque en edad mayor, Lisandro armenio
A la suave voz, á la dulzura,
A la belleza de Amarilis bella,
Sirena de aquel mar, del cielo estrella.
  A los campos Elíseos parecian
Los palacios de Circe semejantes:
De dos en dos la soledad vivian,
Que dió la antigüedad á los amantes:
Ya por las fuentes, que cristal corrian,
Penetrando los montes circunstantes,
Ya ribera del mar, donde la nave
Ni teme el viento, ni del dueño sabe.
  Solos Circe y Ulises monte y prado
Habitaban con gusto diferente;
Ella le sigue triste, él huye airado,
Ella celosa llora, él muere ausente:
Ella siente el desprecio, y él turbado
La desengaña astuto y elocuente;
Mas que no bastan las palabras creo,
Remitido á las obras el deseo.
  Salia Circe al mar tan cuidadosa,
Que cerca de las aguas parecia,
Tocándole la espuma bulliciosa,
Venus, que de ellas cándida nacia:

Como se suele abrir pimpollo en rosa,
Primera risa del luciente dia,
Cuando en las hojas sus cristales bebe,
Así mezclaba el nacar en la nieve.
Tal vez en una barca defendida
Del rayo de su padre, que bajaba
Mas presto al mar por verla, y guarnecida
De tapetes; que el agua codiciaba;
Los desdenes de Ulises atrevida
Con lascivo mirar solicitaba,
Por ver si hallaba su amorosa guerra
Mas dicha por el agua que en la tierra.
Severo el griego á Circe entretenia,
Tan cortés y galan como discreto.
¡Ay del amor pagado en cortesía!
Que no quiere el amor tanto respeto:
Los infernales diosés maldecia
Desesperada Circe, en lo secreto
Del alma, viendo su poder burlado
De un hombre vivo en hielo retratado.
Si en la caza tal vez, última prueba,
Quedaban de sus damas divididos,
Nunca de Eneas codició la cueva,
Ni á Venus le pidió rayos fingidos:
Resistencia al amor única y nueva,
Que enfrenar la virtud á los sentidos
En tan dulce pasion, es un ejemplo
Digno de eterno bronce, fama y templo.
No quedó yerba ni conjuro alguno,
Que los fieros espíritus llamase,
Ni cerco sobre el campo de Neptuno,
Ó que la luna en él retrogradase;

Que con apremio fiero y importuno
No hiciese, no buscase, no intentase:
Y así decia al mar, al monte, al viento,
Vencida deste loco pensamiento:
«Dulce pasion de amor, dulce homicida
De un tierno corazon, ¿por que me matas?
Si á quien me obligas que remedio pida,
Aun las palabras ha tenido ingratas?
Si no puedes con yerbas ser vencida,
¿Para que por las venas te dilatas?
Que para tan helada resistencia
Ni bastan la hermosura, ni la ciencia.
¿Que peregrino hubiera regalado
Muger como yo soy, que ingrato fuera
Llegando con su nave destrozado
Sin velas al favor de mi ribera?
¿Soy Lotofágo, ó Lestrigon airado?
¿Devoré por ventura, aunque pudiera,
Como el hijo del mar, sus compañeros?
¿Fuí alguno yo de los troyanos fieros?
¿Maté á Protesilao? ¿quité la vida
Como Hector á Patroclo generoso?
¿Ó como Páris, que habitaba en Ida,
Quité el honor á Menelao famoso?
¿Fuí como Elena incasta y fementida
Al lecho conyugal del noble esposo?
¿Soy Clitemnestra yo? ¿cuando me ha visto
Matando á Agamenon, y amando á Egisto?»
Era ya la sazon, en que se via
El arco Austral de la corona hermoso,
Que con sus cuatro estrellas difundia
Los rayos de su imperio luminoso:

Cuando Filemo Acayo, que tenia
Celos de Palamédes belicoso,
Por no atreverse á desnudar la espada,
A Ulises dijo con la lengua airada:
«¿Hasta cuando presumes, fuerte griego,
De la patria vivir tan olvidado?
Años ha ya desde el troyano fuego,
Que vives por los mares desterrado.
¿Es posible que tienes por sosiego
Tan triste, injusto y miserable estado,
Vencido de una hermosa encantadora,
Que te lleva á la muerte de hora en hora?
Conozco tu virtud y resistencia:
Pero no lo dirá despues la fama;
Que la conformidad y la asistencia,
Aunque sin obras, la opinion disfama.
¿Que puede prometer tan larga ausencia
De tu querida esposa, que te llama?
Mira que la memoria con los años
Se rinde fácilmente á los engaños.
No digo yo que no eres tú dichoso
Entre cuantos ausentes no lo han sido;
Mas para la inquietud de ser celoso
Basta el temer, sino es agravio, olvido:
Repara en que Telémaco amoroso
Apenas puede haberte conocido:
Déjale, Ulises, que te llame padre,
Como esposo Penélope, su madre.
El peligro tambien, si alguno intenta
Decir, que ya eres muerto, con engaño,
Y la fama del mal, que siempre aumenta
Las nuevas, que han de ser para mas daño,

Cuando no surtá en deshonor y afrenta,
Alegando la fama al desengaño,
Podrá casarse, y ocupar tu cama
Varon de mas presencia y menos fama.
¿Que quieres de nosotros desdichados,
Por tanta tierra y tanto mar perdidos?
Ya muertos de Antifátes anegados,
Ya de un gigante bárbaro comidos:
No todos hallarémos bien casados
Los lechos despreciados defendidos,
Cuando dichoso tú la patria pises:
No son todas Penélopes, Ulises.
Vuelve á la patria, y deja el ocio infame
De esta hechicera vil y sus conjuros,
Aunque presa de amor provoque y llame
Contra tí los espíritus impuros;
No quieras que otro invierno airado brame
El cierzo aquilonal entre sus muros,
Que bien podrás vencer con tu prudencia
Su amor, si no es fatal su resistencia.»
Ulises conociendo que Filemo
Le aconsejaba bien, aunque ignoraba
Que eran celos de Lisis, que en extremo
Desde el instante que la vió, la amaba;
De Antifátes crüel y Polifemo
El peligro menor imaginaba,
Que estar de Circe en la prision cautivo
Muerto á la fama y á la infamia vivo.
Entró luego en la cuadra en que dormia,
Que no la resistieron las criadas:
Que aunque era novedad, no era osadía;
Así todas estaban enseñadas.

Abrió los ojos Circe, tuvo el dia
Mas sol, mas oro, y viéronse adornadas
Las cortinas de luz resplandeciente,
Como al nacer del sol el rojo Oriente.
Circe tenia en el marfil un velo
Transparente y sutil, que descubria
Nieve animada, como muestra el suelo
Con arena de plata fuente fria:
Tal suele puro arroyo á medio hielo,
Que por nevados mármoles corria:
Las anchas mangas descubrian los brazos,
Todo prision de amor, redes y lazos.
La garganta bellísima coronan
Los tesoros del Sur, que afrenta fueran
De los que tanto de Cleopatra abonan
La hazaña, que otras plumas vituperan:
Los cabellos undívagos perdonan
(Como eran rizos, como soles eran).
El adorno al diamante, que distinta
Los prende junto al cuello breve cinta.
«¿Que quieres, dijo, dulce ingrato mio?
¿Por dicha tu desden mudó semblante?
¿Rindióse ya tu desdeñoso brio?
¿Labró mi sangre tu feroz diamante?
Si ya cesó el rigor de tu desvío,
No desconfie despreciado amante,
Pues yo te tengo, cuando tal estuve,
Que ni aun señales de esperanza tuve.»
Diciendo así, los blancos brazos luego
Extiende al cuello de su amado ingrato;
Mas detenidos, suspendióse al ruego
De Ulises, retirada á mas recato.

No vengo, dijo, de amoroso fuego
Vencido, o Circe, ni por largo trato,
Ni por obligacion á tu hermosura,
Donde no hubiera libertad segura.
Yo te amo con aquel conocimiento
Que debo á tu belleza soberana,
Y á tu divino y claro entendimiento,
Indigno de admitir pasion humana.
Eres hija del sol, que vive esento
De toda mancha y opresion tirana:
En ti sus limpios rayos acrisola,
Que por hija del Sol te llaman Sola.
Piedad me trae de mis tristes griegos,
Que lloran por la patria desterrados,
Desde que vieron en los teucros fuegos
De Troya los Penates abrasados:
Pidiéronme con lágrimas y ruegos,
De sus hijos y esposas obligados,
Que te pidiese esta licencia justa,
Circe, si tu deidad no se disgusta.
Ya sabes mis trabajos: ya mis penas,
Ya mis destierros te conté, señora,
Por puertos de tan bárbaras arenas,
Que ni las peina el mar, ni el sol las dora:
Cuando rompió de Troya las almenas
La máquina de Palas vencedora,
Debiera yo morir: que aborrecida
Es larga muerte dilatar la vida.
Cuando en el vientre horrísono estuvimos
Del preñado caballo cien soldados,
Como suelen estar en los racimos
Los granos ya maduros apretados;

La fiera lanza de Laocoon sentimos,
Y sonando los árboles dorados
Dió tan cerca de mí, que si pasára,
La vida que desprecio me quitára.
Faltárale sugeto á la fortuna
Para lucir sin mí, si allí muriera;
Yo descansára sin ofensa alguna,
Y ella la fama que le dí perdiera:
Hallára yo de tantas muertes una,
Que dulce fin á mis trabajos diera:
Pues no hay rigor, señora, mas airado,
Que hacer vivir por fuerza un desdichado.
¿Que penas faltan ya para matarme?
¿Que agravios, que rigor para ofenderme?
¿Que enemigo ha dejado de probarme?
¿Que amigo se ha olvidado de venderme?
Penélope cansada de aguardarme,
Con esperanza de mis brazos duerme;
Pero cuando es tan larga la esperanza,
Sucede á gran firmeza gran mudanza.
Sábeslo tú, divina esposa mia,
Sábeslo tú, que nunca te hice ofensa.
¡O quien pudiera aquel tan dulce dia
Llevarte para hablar en mi defensa!
Que si tu gran valor no me desvía
Desta firmeza y voluntad inmensa,
¿A donde hallára yo mejor testigo,
Pues con tan casto amor viví contigo?
Si tu hermosura, Circe, si tus ojos
Rayos de amor, gastando tantas flechas,
Solo tienen del alma los despojos,
Donde tal vez sin cuerpo me sospechas:

Si tus regalos ya, si tus enojos,
Y obligacion de las mercedes hechas
No han podido mudar mi pensamiento,
Serán para Penélope argumento.
Permíteme que vea el hijo mio,
De cuya ausencia nace mi tristeza,
Que en tu piedad, sino en tu amor confio,
Efecto que nació de la nobleza.
Tu ciencia no ha forzado mi albedrío,
Lo que mejor pudiera tu belleza:
¿Pues que aguardas de mí, que ausente muero,
Y no te quiero, Circe, porque quiero?
¡O clara hija del mejor planeta!
Da lugar á mi gente que en la playa
Aderece la nave, que sujeta
Al facil viento por las ondas vaya:
En pocas horas quedará perfeta
De blancas velas y de remos de haya,
Y saldrá con tus armas y tu nombre,
Que espante el mar y que la tierra asombre.
Mi partida es forzosa, que bien sabes
Que si pudiera yo no me partiera;
Trabajos, dicen, que me esperan graves;
Quien te llega á perder ninguno espera.
De Ténedos salí con siete naves,
Y apenas una truje á tu ribera;
Si me dejas partir amante ingrato,
No por lo menos huesped de mal trato.
«¡O crüel! le responde (que el semblante
Mudó con el enojo la hermosura),
Astuto en ser traidor, no en ser amante,
¡Que bien has castigado mi locura!

Alma tienes de indómito diamante,
No forma sustancial, materia dura:
Pues mientras mas te labra mi paciencia,
Menos puede limar tu resistencia.
Ventura fué que no me la hayas dado,
Porque es diamante, y diérame veneno,
Aunque en el pecho hubieras acabado
Este amor inmortal de engaños lleno.
Vete, y primero que Neptuno airado
Muestre á tu nave su zafir sereno,
En duro escollo se te rompa, y sea
Donde, aunque muera yo, morir te vea.
Si amaron las deidades, si pasiones
De amor padece amor, si amor alcanza
Donde no peregrinas impresiones;
A todas ruego que me den venganza:
Mira, crüel, que en ocasion me pones,
Perdída de tus brazos la esperanza,
De desear, por verme aborrecida,
Estar sin alma, porque estes sin vida.
¿Es posible, crüel, que no respondas
A tanta fe, siquiera con engaño,
Que el cuerpo en piedra, el alma en hielo escondas
A mi abrasado amor despues de un año?
Veniste aquí, desprecio de las ondas,
Propio traidor, y peregrino extraño,
Arrojado del agua, y en mi celo
Hallaste mas piedad que en tierra y cielo.
Trujiste el alma que esta deuda niega
Apenas en el pecho, que resuelves
A tu crueldad, y con tu gente griega
Cargado de almas á tu patria vuelves.

¿Que estrella, que deidad, que amor te ciega,
Que tantos lazos de amistad disuelves?
¿De que contrariedad, de que aspereza
Nacieron tu crueldad y mi firmeza?»

Esto decia Circe, y como hacia
Afectos de muger desesperada,
La nieve de los brazos descubria,
Artificiosamente descuidada.
El griego, no mirando lo que via,
Entre las olas fluctuando nada:
Quien no se ha visto en tan confuso abismo
No sabe que es guardarse de sí mismo.

«Decis (prosigue con mayor locura)
Si amais alguna vez, que os hechizamos;
Ahora el desengaño os asegura,
Pues veis que de vosotros lo quedamos:
El trato puede mas que la hermosura,
Con él cuando lo estais, os obligamos;
No á tí, que entre los hombres peregrino
Eres mortal con proceder divino.

¡Que ninguna muger servir se vea
Que se queje de amor, ni indigno trato,
Y que yo sola desdichada sea!
¿De que tienes el alma, griego ingrato?
¡O padre! ¡o Sol! ¿quien ha de haber que crea,
Que soy tu hija yo, ni tu retrato?
Pero si dí veneno al rey mi esposo,
Venganzas son del cielo riguroso.»

Diciendo asi, con míseros efetos
Dejó caer el rostro entre las manos
Del griego capitan, que los afetos
En la patria del alma siente humanos:

Las lágrimas, prision de los discretos,
Y á los que no lo son, lazos tiranos,
Imprimieron en él tanta clemencia,
Que casi se turbó la resistencia.
Descomponérse quiso la armonía
De las potencias con piadoso intento:
Mas á la voluntad que se rendia
Le dió la mano el cuerdo entendimiento:
Y díjole mas tierno que solia,
Con mas vivo dolor y sentimiento:
No permitas, señora, que al partirme
Tú dejes de ser sol, yo ausente firme.
Ni yo partiera bien, ni tú quedáras,
Si amor á lo que puede nos rindiera:
Mas de verme partir te lastimáras,
Mas de verte quedar morir me vieras:
Donde no tiene amor prendas tan caras,
Ni el alma teme, ni el temor espera;
Que donde quedan libres las memorias,
Ni sienten penas, ni imaginan glorias.
Mucho quisiera yo, si yo pudiera
Ser rayo, o sol, del sol efecto hermoso;
Tu esposo fuera yo, si libre fuera,
Y fuera digno, como fui dichoso.
Bien sabes que Penélope me espera
Con fe de amante y lealtad de esposo:
¡Pluguiera á Dios que el alma dividida
Se pudiera partir como la vida!
«¡Ay! le replica Circe lastimada
De tantas arrogancias y desprecios:
Amar un alma donde no es amada,
Mas es de desdichados, que de necios!

No harás, ingrato Ulises, tu jornada,
Si estiman dioses los humanos precios:
Que yo con inauditos sacrificios,
Para tenerte, los tendré propicios.»
Dejarte, dijo Ulises, despreciada
Fuera, habiendo engañado tu hermosura:
Yo siempre te serví desengañada
De aquesta voluntad honesta y pura:
Ingrata has sido tú, pues siendo amada
Con esta noble y grave compostura,
Dando lugar al exterior sentido,
Quieres amor que esté sujeto á olvido.
El que yo con el alma te prometo
Es amor inmortal, amor tan casto,
Que tiene al mismo cielo por objeto,
Como la tierra el que es amor incasto:
Es un amor tan cándido y perfeto,
Que en su virtud á defenderme basto
De tu hermosura humana, con que ha sido
Este divino amor encarecido.
«Ya te conozco yo, Circe responde,
Y conozco tambien vuestras verdades:
Todo es facil, si amais, todo se esconde;
Todo, si no quereis, dificultades.»
Esto, replica Ulises, corresponde
A las debidas del amor lealtades:
No puedo mas, permíteme, señora,
Ver en el agua la primera aurora.
Por tu querido padre, así le veas
Medir los tiempos infinitos años,
Antes de ver las márgenes leteas,
Sin sentir los efectos de sus daños:

Por los silvestres dioses, por las Deas,
Que habitan selvas y refrescan baños,
Que nos dejes partir tras tanta guerra
De tierra y mar á nuestra amada tierra.
  Lloraba el griego venerable, y tanto
Movió de Circe el pecho, que le dijo:
«No quiera, o capitan, Júpiter santo,
Que dure mas destierro tan prolijo:
Parte, y consuela de tu gente el llanto,
Advirtiendo primero que predijo
Mayor desdicha el hado á tus fortunas,
Porque aun te faltan de sufrir algunas.
  Para saberlas, y saber que estado
Tienen tus cosas, bajarás primero
Al reino de Pluton, dejando atado,
Hércules nuevo, el rígido Cerbero.
Tiresias finalmente consultado,
Dando licencia Radamanto fiero,
Te dirá los sucesos que te esperan,
Que yo quisiera que felices fueran.»
  Lloraba Ulises, viendo que faltaban
Mas penas que sufrir, mayores males:
Que ya mortales hombros no bastaban
Para oponerse á desventuras tales.
En fin le preguntó, que pues bajaban
A tal lugar sin muerte los mortales,
Le dijese por donde ú de que modo;
Y ella amorosa le informó de todo.
  Vistióse de oro y nacar, y un vestido
Dió á Ulises sobre azul de tersa plata;
Ella á la hermosa madre de Cupido,
Y él á Marte belígero retrata.

Ya suena la partida, ya el olvido
Los fuertes lazos del amor desata
A los alegres griegos de los cuellos,
Y ellas mirando el mar, lloran por ellos.
Cubre de aljofar cándido rocío
Los claveles de Dórida llorando,
Como al primero albor líquido y frio
Se mira entre las hojas relumbrando.
«¿En fin te vas, ingrato dueño mio?»
A Antímaco le dice suspirando:
Y él responde sin lengua á sus enojos,
Poniéndose las manos en los ojos.
Filida hermosa tiernamente asida
Del fuerte Palamedes, tambien llora;
Pero él tiene los ojos en Deifrida,
Que por Filemo de secreto adora.
Filemo que dió causa á la partida,
De celos en ausencia se mejora:
Que donde para celos no hay paciencia,
De los dos males es menor la ausencia.
Andrómeda, que ya parece tanto
A la que atada al mar en alta roca
Dió principio á sus perlas con su llanto,
Las de la playa á lágrimas provoca:
Neofile de Toante asiendo el manto,
Esmalta los corales de la boca
De los tiernos diamantes que corrian,
Por ver si el llanto y voz le detenian.
Con blancas manos cuello y pecho enlaza
De Alejandro tambien Nísida bella,
Y si jamás la olvida, le amenaza
Con que Circe sabrá volver por ella:

Lisis á Timo dulcemente abraza,
Porque quedaba retratado en ella:
Que como temen qué volver no puedan,
Algunos que se van, tambien se quedan.
Llora Antiflor; Polidamante siente
Con mas rigor la fuerza en la partida,
Y Amarilis discreta tiernamente,
No quiere que Partenio se despida.
La isla queda sola, Amor ausente
Donde no ha de volver, dicen que olvida:
No soy testigo yo, que no se atreve
Su fuego á penetrar mi helada nieve.
Tendida sobre el agua, entre alga y nea,
Calafatean la olvidada nave,
A los árboles dan nueva librea,
Y ya la estrena el céfiro suave:
Ya grita la zaloma; ya vocea,
Ya siente el cano mar el peso grave,
Ya suena mal conforme á las estrellas
En ellos la alegría, el llanto en ellas.
Ara líquida sal la fuerte quilla
Con los pinos y abetos de Tesalia:
Ocupa con la aguja la alta silla
Lauro ya diestro en todo el mar de Italia.
No estaban una legua de la orilla,
Cuando, apenas tocando la sandalia
De Circe el agua, por la blanca espuma
Cual cisne pasa, sin mover la pluma.
Ata un cordero negro y una oveja
A la mesana, y entre dientes habla;
Temblando Ulises, proseguir la deja,
Y ella sus rumbos mágicos entabla:

Vuélvese al mar, y cuanto mas se aleja,
Mas vivos se descubren en la tabla
Los carácteres rojos que escribia,
Turbando esta tristeza su alegría.
Mas trabajos nos faltan, compañeros,
Ulises dice: no penseis que vamos
Con velas y con remos tan ligeros
A la querida patria que esperamos:
Los reinos de Pluton, los reinos fieros
De Radamanto y Minos conquistamos:
Que consultar me manda mi destino
El alma de Tiresias adivino.
Aquí todo placer prorrumpe en llanto,
Y como van contentos y seguros
De los trabajos que sufrieron tanto,
Por los pasados lloran los futuros.
Cerca una isla con horrible espanto
Helado el mar, entre peñascos duros,
De los fieros Cimmerios habitada,
Digna de tales hombres tal morada,
Siempre cubierta de tiniebla escura,
En negro horror caliginoso yace,
Donde ni fuente cristalina y pura,
Ni flor de buen olor produce y nace:
Ni Filomena canta en su espesura,
Ni brama toro, ni cordero pace:
Húyela el sol, y apenas amanece,
Cuando se cubre el rostro y anochece.
A la diestra del Ponto está sentada,
No lejos de su Bósforo, en la nieve,
De quien eternamente coronada
Frias el sol exhalaciones bebe.

Aquí llegó la nave deseansada,
Que con soplo velóz Zéfiro mueve;
Y de cipreses lúgubres cubierto
Halló entre peñas por la costa el puerto.
  Saltan en tierra Ulises el prudente,
Y el belicoso Palamedes, cuando
Desde las puertas del rosado Oriente
Estaba el sol á Dafne contemplando.
Ulises á la Mágica obediente,
Con la espada belígera cavando
La madre universal, al sacrificio
Previene el agua; y el piadoso oficio
  Hecho á las sombras de los Manes frios,
Al rededor oyó tristes clamores,
Que daban en los cóncavos vacíos,
Viéndose de la luz habitadores:
Luego buscó los infernales rios,
En cuya margen vió sierpes por flores,
Por árboles tambien espinos secos;
Y le dieron terror los tristes ecos,
  Aquí donde lloró cantando Orfeo,
A quien las liras trágicas imitan,
Y templaron su pena en su deseo
Las almas que en eterna noche habitan.
Privado ya del resplandor Febeo,
Sin que lugar las sombras le permitan,
Llegó el astuto Ulises por un monte,
Que se mira, sin verse, en Aqueronte.
  Desotra parte en una parda peña,
Que de cárdeno lecho le servia,
El tostado y nervioso cuerpo enseña
Fiero Caronte, que á dormir yacia:

De sucio lienzo túnica pequeña
Parte adornaba, y parte descubria,
La cana barba casi azul pendiente,
Con mil arrugas por la negra frente.
Culebra parda, cuando al sol se enrosca,
Parece el fiero monstruo, que al ruido
De humana planta tímida se embosca,
Así era el cuerpo informe, así el vestído:
Y así tambien por la corteza tosca
A círculos estaba dividido,
Mostrando tal fiereza el pardo bulto,
Como suele cadaver insepulto.
Intrépido le llama, y él desata
La horrible barca, á una cadena asida
De un seco tronco, y á los polos ata
Dos viejos remos de haya carcomida.
No dividen cristal, ni azotan plata;
Que la turbia corriente removida
En negras ondas encrespó las aguas,
Que templa el hierro á las ardientes fraguas.
Apenas en la margen contrapuesta
Aborda y mira los valientes griegos,
Cuando les dice (y la partida apresta,
Brotando llamas de los ojos ciegos)
«¿Que presuncion? ¿que libertad es esta,
Donde las amenazas, ni los ruegos
Tienen lugar? Volved, volved, humanos,
A la luz de los cielos soberanos.»
Detente, le responde el elocuente
Duque de Grecia; o gran Caronte, y mira
Que la hija del Sol resplandeciente,
Circe, cuya hermosura y ciencia admira;

No con soberbia y ánimo impaciente,
Como el esposo entró de Deyanira,
Nos envía á saber futuros casos
Del gran Tiresias con humildes pasos.
Acosta el barco sin temor, que llevas
A Ulises y al valiente Palamedes,
No al gran Teseo, al Hércules de Tebas,
De quien ahora recelarte puedes.
«Ya tengo, dijo, de vosotros nuevas:»
Pues ¿por qué, replicó, no me concedes
El paso libre al Tártaro profundo,
Si por desdichas peregrino el mundo?
«Tengo; replica, en la memoria vivo
El duro estrago del Tebáno fiero:
Rompió este muro eterno, y vengativo
Ató las tres gargantas del Cerbero:
Quiso robar á Proserpina altivo,
Y volverla otra vez al hemisfero
Que baña el sol, huyendo sus injurias
Las Euménides, Górgonas y Furias.»
Valióse el griego allí de su elocuencia,
Y tanto pudo, que acostó la barca,
Y despues de prolija resistencia,
Donde almas embarcó, cuerpos embarca.
El peso siente el barco, y la licencia
Que no les dió la inexorable Parca:
Parte el viejo feroz, haciendo extremos:
Y mueve en los escálamos los remos.
Salta en la tierra Ulises, llega al muro
De rígido diamante, y al Cerbero
Dió sueño con el rombo de un conjuro,
Que Circe sábia le enseñó primero.

Por negras sendas sobre hierro duro
Llegó al palacio del horrible y fiero
Amante de la bella Prosérpina,
Y con humilde paz la frente inclina.
  Era todo el palacio de un escuro
Diamante, que no claro, fabricado
Dentro de un fuerte inexpugnable muro,
De jaspe y negro pórfido labrado:
En un rojo sitial de bronce duro
Estaba el rey flamígero sentado,
Con el hórrido cetro que gobierna
Sin tiempo y luz la confusion eterna.
  Cercáronle los Manes infernales,
Por ver un cuerpo, y admirarle mudos,
Donde jamás tocaron pies mortales,
Sino solos espíritus desnudos:
Y vinieron las sombras desleales,
Que en vida fueron animales rudos,
A ver por novedad un casto ausente,
Que nuestra humana condicion desmiente.
  Entre ellos mira el griego á Clitemnestra,
Y así le dice en lágrimas bañado:
¿Que fortuna tan mísera y siniestra,
¡O reina! te ha traido á tal estado?
Que si el castigo los delitos muestra,
Graves deben de ser, pues no has pasado
Al campo Elisio, en que descanso tiene
Quien á los reinos de la noche viene.
  «Ausente Agamenon, responde, ¡ay triste!
La sombra en sangre y en dolor bañada,
Con quien á Troya por Elena fuiste,
Mi hermana, mas dichosa y mas culpada:

La ausencia que muger tan mal resiste,
Me dió ocasion de amar, de Egisto amada:
Volvió mi esposo de la guerra, y luego
La privacion de amor aumentó el fuego.
Matámosle los dos con esperanza
De gozarnos mejor; pero creciendo
Mi hijo Orestes, que de Electra alcanza
La vida, que yo andaba persiguiendo,
Ejecutó de suerte la venganza
De Agamenon su padre, que volviendo
Ya con adulta edad, nos dió la muerte:»
Dijo, y de sombra en aire se convierte.
Ulises admirado del suceso
Tembló el peligro de su ausente esposa:
Que se debe temer cualquier suceso
De ausencia larga y de muger hermosa.
Con este miedo en la memoria impreso,
Pasó temblando la ciudad fogosa
Hasta llegar al fiero Radamanto,
Jüez del reino del eterno llanto.
Allí tuvo licencia, y libremente
Fué mirando las almas inmortales,
Que en privacion del sol eternamente
Padecen penas á su culpa iguales.
Vió la Soberbia de ánimo impaciente
Cercada de gigantes desiguales,
Que haciendo al hombro de los montes alas
Pusieron al celeste globo escalas.
No lejos vió tendido un nuevo Atlante,
Y conociendo á Polifemo huyera,
Si no viera ponérsele delante
El fuerte vencedor de la Quimera.

En pie se puso el bárbaro gigante,
Diciendo: «Espera Ulises, griego, espera,
Vengaré la traicion que me ha traido
Desde el reino del sol al del olvido.

No me matáras tú, si no trujeras
El vino, que ya fue muerte de tantos,
Para veneno de mis fuerzas fieras,
Decreto oculto de los cielos santos.»
Polifemo, responde, si tuvieras
En tu cueva piedad de nuestros llantos,
Si fueras noble huesped, hoy gozáras
De los rayos del sol las luces claras.

Tú tienes el castigo que mereces
Tu villano rigor inhospitable.
Diciendo asi, se aparta y desvanece
Con un suspiro horrendo y miserable.
La Ira luego en forma se aparece
De un tirano feroz inexorable,
Y cerca la Ambicion y la Codicia,
La injusta Deslealtad y la Malicia.

La Desvergüenza vió con rostro infame,
Y la Lisonja, y la Amistad fingida,
Tan digna de que el mundo la desame
Por perjura, engañosa y fementida.
No hay áspid de la Libia que derrame
Mayor veneno, ni la humana vida
Tiene de que guardarse más castigo
Que del engaño vil del falso amigo.

El Amor deshonesto, el Odio injusto
Estaban juntos, siendo tan contrarios;
La dormida Pereza de robusto
Cuerpo entre topos y animales varios.

Los fieros Celos con mortal disgusto,
De la cobarde Ausencia tributarios:
Que en vano el nombre imitan á los cielos,
Si en el infierno han de vivir los celos:
 La Ingratitud que al mismo cielo asombra,
La Ignorancia preciada de discreta,
Lo que Servir ¡que extraño mal! se nombra,
Y la Crueldad á la Traicion sujeta:
La fiera Envidia de los buenos sombra
En figura de bárbaro poeta,
La Confianza, el Ocio y el Desprecio,
La Gravedad de un poderoso necio.
 Allí la melancólica Tristeza,
A quien la muerte de su engaño avisa,
Y la Necesidad con la Bajeza,
Que á veces el honor deshace y pisa:
Allí la Necedad con la Simpleza,
Naturales del reino de la Risa,
La Vanagloria vil, Pompa y Locura,
Y el Juego, indigno de honra, en cárcel dura.
 Con miserable voz y compasiva
Entre uno y otro anhélito y singulto
Un espíritu vió, que se derriba
De un pardo risco, donde estaba oculto.
Detúvose la sombra fugitiva,
Formando un blanco, aunque sangriento bulto,
Y el corazon de Ulises, vivo apenas,
Previno á horror el alma de las venas.
 Cualquiera, ó fiero espíritu, que fuiste
En el orbe luciente que habitaste,
Ulises dijo: ¿á que ocasion veniste,
Que con tu propia sangre me bañaste?

«Palamedes, responde con voz triste,
Que á tan horrible muerte condenaste,
Palamedes soy yo, mas no el amigo
Que al reino de Pluton viene contigo.
Cuando por no dejar moza y hermosa
Tu querida Penélope en Zacintho,
Fingiste la locura cautelosa,
Efecto vil de tu valor distinto:
Viendo que Agamenon con imperiosa
Mano te daba término sucinto
Para partir, yo descubrí tu engaño,
Y á Troya te llevaron por mi daño.
Airado tú despues, que me escribia
Con Príamo dijiste, y afirmabas
Que á Agamenon y á Menelao vendia,
Con la fingida carta que mostrabas:
Con esto y tu elocuencia, que podia
Persuadir cuantas cosas intentabas,
Con piedras me dan muerte, y me sepultan;
Mi error publican, y tu infamia ocultan.
Mas yo pienso que estoy de tí vengado
En los grandes trabajos que has sufrido,
Sin los que esperas de Neptuno airado,
Por la muerte del Cíclope ofendido.
Tú, Palamedes, menos desdichado,
Y á mí solo en el nombre parecido,
Huye de su amistad que en muchos años
Tendrás por grande amor grandes engaños.»
Por tí, responde Ulises, Palamedes,
Por tí me veo en tanta desventura:
Si no lo estás de mí, vengarte puedes
En que tiene Penélope hermosura:

Pero en quejarte la razon exeedes,
Pues contra la amistad sincera y pura
Descubriste el secreto que sabias,
Causa fatal de las desdichas mias.
En estos monstruos ocupado estaba
El astuto elocuente peregrino,
Cuando, sabiendo ya que le buscaba
El alma sabia de Tiresias, vino:
«¡O tú, le dijo, sin hercúlea clava,
Sin escudo de Marte diamantino,
Transgresor de las leyes infernales!
¿Como pisas los tártaros umbrales?
¿Que me quieres á mí, que no tenia
De hablar con hombre vivo pensamiento?
¿Que privilegios tienes? ¿quien te envía,
Exceso del mortal atrevimiento?»
¡O Tiresias! le dije, ¿quien podia
Venir á tal lugar sin fundamento?
Deidad me envía que movió mis pasos
Para saber de tí futuros casos.
Yo soy Ulises, hijo de Anticlea
Y del viejo Laertes, que el estrago
De Troya me conduce donde vea
Las negras sombras del Estigio lago:
Entre Italia y el golfo de Malea,
Entre el Cimmerio Bósforo y Cartago
Pasé grandes fortunas: ¿mas qué digo
Tan olvidado de que estoy contigo?
Circe me envia, Circe, aquella hermosa
Hija del sol: responde al ruego suyo
Movida de mi mal, alma piadosa,
Que estoy pendiente del remedio tuyo.

«La mar, le respondió, la mar quejosa
A quien tus desventuras atribuyo,
Contraria al fin de tu esperanza temo,
Porque diste la muerte á Polifemo.
  Mataste, griego, al hijo de Neptuno,
Sagrado emperador del Océano:
¿Como te puede dar favor alguno,
Mientras habitas por su imperio cano?
Con sacrificios á la diosa Juno
Pide favor que no serán en vano:
Ella te llevará, mas tarde creo,
Al término que tiene tu deseo.
  Celosa Circe de la hermosa Scila
Vertió veneno en una pura fuente,
Que el lilibeo Sículo destila,
Y bañóse una siesta en su corriente:
De suerte entre las aguas se aniquila,
Que solo desde el pecho hasta la frente
Quedó muger; que lo demas, es fama,
Que en pez ligero se vistió de escama.
  Por esta has de pasar, temiendo en frente
De la voraz Caribdis el veneno,
A quien con el ignífero tridente
Júpiter hizo escollo al mar tirreno.
Primero que vengado se contente
El fundador de Troya de ira lleno,
Para gozar la patria que deseas,
Las sirenas verás partenopeas.
  La isla Ogigia entre los mares yace
Fenicio y sirio; allí Calipso vive:
Allí sus rombos y conjuros hace,
Y en la hermana del sol letras escribe.

Siete veces verás que en Aries nace,
Y que la blanca plata le recibe
De los peces del Éufrates, en tanto
Que te detiene con su dulce canto.
Istmos, islas, penínsulas y rocas
Varias verás entre las ondas fieras,
Monstruos marinos, cetos, altas focas,
Antes de ver las ítacas riberas:
Pero todas serán desdichas pocas,
Cuando llegues á ver el bien que esperas,
Y tu muger con alma compasiva
Entre sus castos brazos te reciba.
Ella te aguarda, aunque deshecha y triste
De tu ausencia y de ver tantos amantes,
Que dos años despues que á Troya fuiste
La sirven y pretenden arrogantes:
Con ingeniosa castidad resiste,
Con esperanzas firmes y constantes,
Su loco amor: que es alta resistencia
En pecho de muger y en tanta ausencia.
De rendir su constancia á su porfia
Para el fin de una tela dió palabra;
Mas deshace de noche cuanto el dia
De oro y varios colores teje y labra.
Al hermoso Telémaco, que cria,
Le obliga siempre á que los ojos abra
Para ver tu valor, y con recato
Le provoca y enseña tu retrato.
El jóven como el águila le mira,
Sin perturbarle el sol, y á la venganza,
Si tardas tú, con arrogancia aspira;
Que ya sabe empuñar espada y lanza:

En el fuerte bridon el vulgo admira,
De tus vasallos única esperanza;
Que en tantas desventuras quiere el cielo,
Que estas nuevas te sirvan de consuelo.
Este amor debes á tu casta esposa:
No vence su firmeza la distancia;
Mira que has de volver á Circe hermosa,
Guárdate de ofender tanta constancia.
Con esto queda en paz: que la forzosa
Ley deste centro á mi perpetua estancia
Volver me manda: tú la lumbre pura
Goza del sol, y yo la noche escura.»
Dijo, y volviendo Ulises á la barca,
Si bien en tiernas lágrimas bañado,
Del vil Caronte, que á los dos embarca
De verlos tan pacíficos templado:
En la opuesta ribera desembarca,
Y vuelve al puerto, donde ya turbado
Lloraba su escuadron su larga ausencia:
Que no sabe el amor tener paciencia.
Con esto al mar el capitan se alarga:
Vira, dice el piloto, y todos, vira,
Donde con mano impetuosa y larga
El blando viento los trinquetes gira;
Ya siente el mar undísono la carga,
Y del peso parece que suspira;
Ya llegan donde Circe los recibe,
Que aun tiene amor, y en esperanzas vive.
Vos, honor de las letras, vos, Mecenas,
Aliento de las Musas que espiraban,
Por quien están de aplauso y gloria llenas,
Cuando sin voz, cuando sin alma estaban;

En tanto que la sangre de mis venas
Los elementos de mi vida acaban,
Sereis mi sol, sin que otra luz alguna
Respete en sus tinieblas mi fortuna.»

CANCIONES.

I.

¡O libertad preciosa,
No comparada al oro,
Ni al bien mayor de la espaciosa tierra;
Mas rica y mas gozosa
Que el precioso tesoro
Que el mar del Sud entre su nacar cierra,
Con armas, sangre y guerra,
Con las vidas y famas,
Conquistado en el mundo:
Paz dulce, amor profundo,
Que el mal apartas y á tu bien nos llamas!
En tí solo se anida
Oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida.
Cuando de las humanas
Tinieblas ví del cielo
La luz, principio de mis dulces dias,
Aquellas tres hermanas,
Que nuestro humano velo
Tejiendo llevan por inciertas vias,
Las duras penas mias
Trocaron en la gloria,

Que en libertad poseo
Con siempre igual deseo;
Donde verá por mi dichosa historia,
Quien mas leyere en ella,
Que es dulce libertad lo menos della.
Yo pues, señor exento
De esta montaña y prado,
Gozo la gloria y libertad que tengo;
Soberbio pensamiento
Jamas ha derribado
La vida humilde y pobre que entretengo:
Cuando á las manos vengo
Con el muchacho ciego,
Haciendo rostro embisto,
Venzo, triunfo y resisto
La flecha, el arco, la ponzoña, el fuego,
Y con libre albedrío
Lloro el ageno mal, y canto el mio.
Cuando la aurora baña
Con helado rocío
De aljofar celestial el monte y prado,
Salgo de mi cabaña
Riberas deste rio
A dar el nuevo pasto á mi ganado:
Y cuando el sol dorado
Muestra sus fuerzas graves,
Al sueño el pecho inclino
Debajo un sauce ó pino,
Oyendo el son de las parleras aves,
Ó ya gozando el aura
Donde el perdido aliento se restaura.
Cuando la noche escura

Con su estrellado manto,
El claro dia en su tiniebla encierra,
Y suena en la espesura
El tenebroso canto
De los nocturnos hijos de la tierra,
Al pie de aquesta sierra
Con rústicas palabras
Mi ganadillo cuento;
Y el corazon contento
Del gobierno de ovejas y de cabras,
La temerosa cuenta
Del cuidadoso rey me representa.
   Aqui la verde pera
Con la manzana hermosa
De gualda y roja sangre matizada;
Y de color de cera
La cermeña olorosa
Tengo, y la endrina de color morada:
Aqui de la enramada
Parra que el olmo enlaza,
Melosas uvas cojo,
Y en cantidad recojo,
Al tiempo que las ramas desenlaza
El caluroso estío;
Membrillos que coronan este rio.
   No me dá descontento
El hábito costoso
Que de lascivo el pecho noble infama:
Es mi dulce sustento
Del campo generoso
Estas silvestres frutas que derrama:
Mi regalada cama

De blandas pieles y hojas,
Que algun rey la envidiára,
Y de tí, fuente clara,
Que bullendo el arena y agua arrojás,
Estos cristales puros;
¡Sustentos pobres, pero bien seguros!
  Estése el cortesano
Procurando á su gusto
La blanda cama y el mejor sustento;
Bese la ingrata mano
Del poderoso injusto,
Formando torres de esperanza al viento:
Viva y muera sediento
Por el honroso oficio,
Y goce yo del suelo
Al aire, al sol, al hielo
Ocupado en mi rústico ejercicio,
Que mas vale pobreza
En paz, que en guerra mísera riqueza.
  Ni temo al poderoso,
Ni al rico lisonjeo,
Ni soy camaleon del que gobierna:
Ni me tiene envidioso
La ambicion y deseo
De agena gloria, ni de fama eterna:
Carne sabrosa y tierna,
Vino aromatizado,
Pan blanco de aquel dia,
En prado, en fuente fria,
Halla un pastor con hambre fatigado:
Que el grande y el pequeño
Somos iguales lo que dura el sueño.

II.

Por la florida orilla
De un claro y manso rio
De salvia y de verbena coronado,
Al tiempo que se humilla
Al planeta mas frio
Con templado calor el sol dorado,
Libre, solo y armado
De acero, olvido y nieve,
Pasaba peregrino
Ya fuera del camino
Del juvenil ardor que el pecho mueve,
Cuando al salir Apolo,
Un niño ví venir desnudo y solo,
Rubio el cabello de oro
Con una cinta preso,
Que los hermosos ojos le cubria,
Y como alarbe ó moro,
De innumerable peso
Un carcax que del cuello le pendia,
Y como quien vivia
De saltear los hombres
Un arco puesto á punto:
Mas cuando le pregunto
Que me diga sus títulos y nombres,
Respóndeme arrogante
Niño en la vista, y en la voz gigante:
«Yo soy aquel que suelo
Con apacible guerra,
Con alegre dolor y dulces males,

Desde el supremo cielo
Hasta la baja tierra
Herir los dioses, hombres y animales:
Transformaciones tales
Jamas Circe las supo,
Porque un hechizo formo
Con que mudo y transformo
Cualquiera ser que de mi fuego ocupo;
Y al alma que condeno
La hago yo vivir en cuerpo ageno.
Fácil tengo la entrada,
Dificil la salida,
Ablándame el desprecio y cansa el ruego;
Ni hay alma tan helada,
Ó en piedra convertida,
Que no enternezca mi amoroso fuego.
Por eso rinde luego
Las armas arrogantes
De que vas victorioso:
Que el rayo mas furioso
Se templa con mis flechas penetrantes;
Y lloran mis agravios
Igualmente los fuertes y los sabios.»
Yo respondíle entonces:
Mal me conoces, niño:
Mira que soy un capitan valiente;
Que en mármoles y bronces,
Con ésta que me ciño,
Hago escribir mis hechos á la gente:
¿Como tu fuego ardiente,
Ó tus blandos suspiros,
Pueden temer los brazos

Que han visto en mil pedazos
Burlar tanto escuadron, entre los tiros
De la pólvora fiera,
Que vence el fuego de su misma esfera?
  Yo al duro helado invierno,
Y al verano abrasado
De iguales armas y valor vestido,
Llevando á mi gobierno
El escuadron formado,
Tanta varia nacion he combatido,
Que tengo convertido
En duro acero el pecho:
Por eso en paz te torna:
Que mi espada no adorna
Las puertas de tu templo sin provecho,
Ni pueden tales ojos
Humillarse á tus lágrimas y enojos.
  Asi le replicaba,
Cuando de entre unas yedras
Una hermosura celestial salia,
Que no lo que miraba,
Pero las mismas piedras
En ceniza amorosa convertia:
Amor que ya me via
Con pensamientos vanos
Apercibir defensa,
A la primera ofensa,
Me derribó la espada de las manos,
Y en viéndome tan ciego
Lloré, rendíme y abraseme luego.
  En esto al verde llano
Un carro victorioso

Dos tigres ya domésticos trajeron:
Asió el amor la mano
De aquel rostro amoroso,
Y juntos á su trono se subieron:
Y los que alli me vieron,
Entre sus pies me ataron,
Y al fin sus ruedas fieras
Mis armas y banderas
Por despojos vencidos adornaron;
Llevándome cautivo
A donde agora lloro, muero y vivo:
  Mas todo vencimiento es mas victoria:
Y aquesta pena es gloria,
Con solo que me mire Isbella un dia
Y entre sus ojos arda el alma mia.

III.

  Ya mis ruegos oyeron
Lidia, los cielos, y mis votos justos
Alegre fin tuvieron:
Pues truecas en disgustos
Tus verdes años y tus verdes gustos.
  En fin envejecistes,
En fin llegó el estío de tus años:
La fama que tuvistes
En propios y en estraños
Creció nuestras venganzas y tus daños.
  Amanecia en tu cara
Un sol, que el mundo en vivo fuego ardia:
Corrió la edad avara,
Pasó ligero el dia,

Y vino en su lugar la noche fria.
  Cerróse el lirio ufano
Con la tiniebla del oscuro cielo,
Y el almendro temprano
Marchito con el yelo
Sembró de flores el desierto suelo.
  Esfuérzaste lozana
A parecer muchacha á los que miras;
Mas ya tu frente cana
Nos dice que suspiras
Cuando al espejo miras, y te admiras.
  Ha hecho diferentes
La edad, que sola el alma inmortaliza,
Tu bella boca y dientes,
Y el ver atemoriza
Carbon las perlas, y el coral ceniza.
  ¿A donde huyó la nieve
Que derretia el fuego de tus ojos?
Mas ¡ay! que el tiempo breve
Sellando tus despojos
Pasó la nieve á los cabellos rojos.
  La grana en Tiro sola
Vencieron tus mejillas: ya no vences
La inútil amapola,
Para que te avergüences
De tus engaños, y á llorar comiences.
  La cándida azucena,
La tersa plaza, y el marfil bruñido,
La limpia y blanca arena,
Al cuerpo que has tenido
Comparadas, dejaron ofendido.
  Mas ya todo lo pierdes,

Y allí tus esperanzas se perdieron?
Porque, si de hojas verdes
Las plantas se vistieron,
Los hombres nunca son lo que antes fueron.
Podrás, hermosa Lidia,
Que de tus gustos es remedio en parte,
De Circe, y de Canidia
Si quieres enseñarte,
Cobrar la fama y aprender el arte.
Y ya que la hermosura
No tiene aquí poder, cuya violencia
Volvió de piedra dura
Tanta mortal presencia;
Lo que hizo la hermosura hará la ciencia.
Que ya los que penamos
Por esos ojos, que ninguno crea,
Con risa nos vengamos
De la sierpe Lernea,
Que Hércules mató, y el tiempo afea.

IV.

La verde primavera
De mis floridos años
Pasé cautivo, Amor, en tus prisiones,
Y en la cadena fiera
Cantando mis engaños,
Lloré con mi razon tus sinrazones;
Amargas confusiones,
Del tiempo que ha tenido
Ciega mi alma y loco mi sentido.
Mas ya que el duro yugo

Que la cerviz domaba
Desata el desengaño con tu afrenta;
Y al mismo sol enjugo,
Que un tiempo me abrasaba,
La ropa que saqué de la tormenta;
Con voz libre y exenta
Al desengaño santo
Consagro altares y alabanzas canto.
Cuanto contento encierra
Contar su herida el sano,
Y en la patria su cárcel el cautivo,
Entre la paz la guerra,
Y el libre del tirano,
Tanto en cantar mi libertad recibo.
¡O mar! ¡o fuego vivo!
Que fuiste al alma mia
Herida, cárcel, guerra, tiranía.
Quédate, falso amigo,
Para engañar aquellos
Que siempre estan contentos y quejosos;
Que desde aquí maldigo
Los mismos ojos bellos,
Y aquellos lazos dulces y amorosos,
Que un tiempo tan hermosos
Tuvieron, aunque injusto,
Asida el alma y engañado el gusto.
Quede por las cortezas
De aquestos verdes árboles,
Ingrata fiera, con mi fe tu nombre;
Imprima en las durezas
De aquestos blancos mármoles
Mi ejemplo Amor que á todo el mundo asombre:

Y sépase que un hombre,
Tan ciego y tan perdido,
Su vida escribe y llora arrepentido.

HIMNO.

Al Amor.

Amor poderoso en cielo y en tierra,
Dulcísima guerra de nuestros sentidos,
¡O cuantos perdidos con vida inquiëta
Tu imperio sujeta!
Con vanos deleites y locos empléos,
Ardientes deseos y helados temores,
Alegres dolores y dulces engaños
Usurpas los años.
Tirano violento de tiernas édades,
El bien persuades y al mal precipitas,
El fin solicitas del mismo á quien quieres;
¡Tan bárbaro eres!
Huid sus engaños, haced resistencia
A tanta violencia, ¡o locos amantes!
Que son semejantes al aspid en flores
Sus vanos favores.
Templa las flechas en agua de olvido,
Amor bien nacido, de iguales extremos,
Porque cantemos tus loores divinos
En sáficos himnos.

ESTANCIAS.

Riberas del humilde Manzanares,
Apacentába una pastora hermosa,

Que trasladada del famoso Henares
Honraba su corriente sonorosa;
Donde con voces tiernas y dispares
Se queja Filomena lastimosa,
Hay una fuente cristalina y fria
En cuyo espejo el sol comienza el dia.
Tirano de su gusto y hermosura
Un rústico pastor era su dueño,
Que toda la aspereza y espesura
Del bosque inculto retrató en su ceño:
Al rayo de su luz hermosa y pura
Desvelado Lisardo pierde el sueño,
Celebrando su nombre en versos graves,
Como al salir del sol cantan las aves.
¡O mas hermosa pastorcilla mia,
Que entre claveles cándida azucena
Abre las hojas al nacer el dia,
De granos de oro y de cristales llena!
¿Que fuerza, que rigor, que tiranía
A tanta desventura te condena?
Mas ¿cuándo á tantas gracias importuna
No fué madrastra la cruel fortuna?
¿Vísteis por dicha, ninfas, la belleza
En este valle de sus verdes cielos,
Si aquel alma de roble y su aspereza
Esta licencia permitió á sus celos?
Aquí vimos, responden, su tristeza
Murmurada de tantos arroyuelos,
Que á las aguas, á las plantas y las flores
Dió vida, dió esperanzas, dió colores.
En esta fuente, cuya márgen pisa
Tal vez con breve estampa el pie de nieve

En la del agua retrató su risa
Y con sus rosas su hermosura bebe:
Tuviera el valle nueva flor Narcisa,
Pues á mirarse Fílida se atreve:
Pero turbó el cristal llorando enojos
El claro aljofar de sus verdes ojos.
No pudiendo Lisardo resistirse
A tanto amor, y por ventura amado,
Con dulces ansias intentó morirse
Sobre las yerbas del florido prado:
Que imaginando un angel consumirse,
Que debiera vivir bien empleado,
Por lo menos gozándola un discreto,
Su desesperacion paso en efeto.
Las ninfas y pastores que le oyeron,
Viendo que su pastor se les moria,
Bajaron á llorarle, y le cubrieron
De cuantas flores en el prado habia;
Y en el papel de un álamo escribieron
Para memoria de aquel triste dia:
«Ninfas de Manzanares y pastores,
Ya no hay Amor, que aquí murió de amores.»
Oyó las quejas la serrana hermosa,
Y llegando al lugar á donde estaba,
Al frio labio le aplicó la rosa,
Que los divinos suyos animaba;
Y fué aquella virtud tan poderosa,
Que le dió vida al tiempo que espiraba,
Y desde entonces ninfas y pastores
A desmayos de amor aplican flores.

ROMANCES.

I.

En frente de la cabaña
De la divina Amarilis,
Pastora de tiernos años,
Y de pensamientos libres:
Mas gallarda y mas hermosa
Que el alba cuando se rie,
Y que las perlas que llora
Sobre rosas y jazmines:
Mas que el sol recien nacido
Entre dorados matices,
Mas que la diosa á quien llevan
Las palomas ó los cisnes:
Estaba Fabio, un pastor
Que por ella muere y vive,
Generoso para todos,
Para Amarilis humilde.
Altivo de pensamientos,
Que le fuerzan que al sol mire,
Y encogido de esperanzas
Que las alas le derriten.
Adorando está las rejas,
De aquellos rayos eclipse:
Que como están entre yerbas,
No la luz, la fuerza impiden.
No hay pintada mariposa
Que mas á la luz se incline
Dando tornos á su fuego

Que Fabio á su cielo asiste.
Váse perdido el ganado
Entre las zarzas y mimbres,
Porque él piensa que lo está,
Como la contemple y mire.
No sabe cuando anochece;
Aunque el sol se ponga y quite:
Que solo tiene por dia
Cuando amanece Amarilis.
Allí los pasa elevado:
Que como en ella imagine,
No hay interes que le mueva,
Ni cuidados que le obliguen.
No le sirven sus pastores,
Despues que á Amarilis sirve:
Que no piensan que aquel cuerpo
Alma tiene que le anime.
Mira los álamos blancos
Abrazados de las vides,
Porque la desconfianza
No hay estado que no envidie;
Y dando entre tierno llanto
Suspiros del alma, dice:
¡Ay! ¡que así está mi pastora
Entre los brazos de Tirse!
Torna á llorar con mas fuerza,
Y la ribera repite:
Tirse, Amarilis y Fabio;
Tirse alegre, Fabio triste.
Humilde soy para tí,
El tierno pastor prosigue:
Pero si es riqueza el alma,

Pastora, el alma me pide.
Tú eres perlas, tú eres oro,
Tú diamantes, tú rubíes;
Quien no te sirve con alma,
Mas te ofende que te sirve.
Yo, mientras rijo este cuerpo,
Si no eres tú quien le rije,
Alma te doy, si eres cielo,
Razon es que el alma estimes.
Dijo, y en un olmo verde
Estas palabras escribe:
Cuanto es Amarilis bella,
Es Fabio en amarla firme.

II.

En una peña sentado,
Que el mar con soberbia furia
Convertir pensaba en agua
Y la descubrió mas dura,
Fabio miraba en las olas
Como la playa les hurta
A los que vienen la plata,
Y á las que se van la espuma.
Contemplando está las penas
De amor y de olvido juntas,
El olvido en las que mueren,
Y el amor en las que duran.
Verdades de largo amor
No hay olvido que las cubra,
Ni diligencias humanas
A desdeñosas injurias.

En vano ruegos humildes
Las deidades importunan,
Porque se rien los cielos
De los amantes que juran.
Desea amor olvidar,
Y no quiere que se cumpla,
Porque nunca está mas firme,
Que pensando que se muda.
Naturaleza se alabe
De discretas hermosuras;
Pero cuando son tiranas,
No se alabe de ninguna.
Tomó Fabio su instrumento,
Y dijo á las peñas mudas
Sus locuras en sus cuerdas,
Porque pareciesen suyas.

III.

A mis soledades voy,
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.
No sé que tiene el aldea,
Donde vivo y donde muero,
Que con venir de mí mismo
No puedo venir mas lejos.
Ni estoy bien, ni mal conmigo;
Mas dice mi entendimiento
Que un hombre que todo es alma
Está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,

Y solamente no entiendo
Como se sufre á sí mismo
Un ignorante soberbio.
De cuantas cosas me cansan,
Facilmente me defiendo;
Pero no puedo guardarme
De los peligros de un necio.
Él dirá que yo lo soy,
Pero con falso argumento:
Que humildad y necedad
No caben en un sugeto.
La diferencia conozco,
Porque en él y en mi contemplo,
Su locura en su arrogancia,
Mi humildad en su desprecio.
Ó sabe naturaleza
Mas que supo en este tiempo;
Ó tantos que nacen sabios,
Es porque lo dicen ellos.
Solo sé que no sé nada,
Dijo un filósofo, haciendo
La cuenta con su humildad,
A donde lo mas es menos.
No me precio de entendido,
De desdichado me precio:
Que los que no son dichosos,
¿Como pueden ser discretos?
No puede durar el mundo,
Porque dicen, y lo creo,
Que suena á vidrio quebrado
Y que ha de romperse presto.
Señales son del juïcio

Ver que todos le perdemos;
Unos por carta de mas,
Otros por carta de menos.
Dijeron que antiguamente
Se fué la verdad al cielo:
Tal la pusieron los hombres,
Que desde entonces no ha vuelto.
En dos edades vivimos
Los propios y los agenos,
La de plata los extraños,
Y la de cobre los nuestros.
¿A quién no dará cuidado,
Si es español verdadero,
Ver los hombres á lo antiguo
Y el valor á lo moderno?
Dijo Dios que comeria
Su pan el hombre primero
Con el sudor de su cara
Por quebrar su mandamiento:
Y algunos inobedientes
A la vergüenza y al miedo,
Con las prendas de su honor
Han trocado los efectos.
Virtud y filosofía
Peregrinan como ciegos:
El uno se lleva al otro,
Llorando van y pidiendo.
Dos polos tiene la tierra,
Universal movimiento,
La mejor vida el favor,
La mejor sangre el dinero.
Oigo tañer las campanas,

Y no me espanto, aunque puedo,
Que en lugar de tantas cruces
Haya tantos hombres muertos:
Mirando estoy los sepulcros,
Cuyos mármoles eternos
Estan diciendo sin lengua
Que no lo fueron sus dueños.
¡O bien haya quien los hizo!
Porque solamente en ellos
De los poderosos grandes
Se vengaron los pequeños.
Fea pintan á la Envidia:
Yo confieso que la tengo
De unos hombres que no saben
Quien vive pared en medio.
Sin libros y sin papeles,
Sin tratos, cuentas ni cuentos,
Cuando quieren escribir,
Piden prestado el tintero.
Sin ser pobres, ni ser ricos,
Tienen chimenea y huerto:
No los despiertan cuidados,
Ni pretensiones, ni pleitos.
Ni murmuraron del grande,
Ni ofendieron al pequeño,
Nunca como yo firmaron,
Parabien, ni pascuas dieron.
Con esta envidia que digo,
Y lo que paso en silencio,
A mis soledades voy,
De mis soledades vengo.

ODAS.

A la Barquilla.

I.

Pobre barquilla mia,
Entre peñascos rota,
Sin velas desvelada,
Y entre las olas sola;
¿A donde vas perdida?
¿A donde, dí, te engolfas?
Que no hay deseos cuerdos
Con esperanzas locas.
Como las altas naves
Te apartas animosa
De la vecina tierra,
Y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
Mayor en las congojas,
Pequeña en las defensas,
Incitas á las ondas.
Advierte que te llevan
A dar entre las rocas
De la soberbia envidia,
Naufragio de las honras.
Cuando por las riberas
Andabas costa á costa,
Nunca del mar temiste
Las iras procelosas.
Segura navegabas;

Que por la tierra propia
Nunca el peligro es mucho
A donde el agua es poca.
Verdad es que en la patria
No es la virtud dichosa;
Ni se estimó la perla,
Hasta dejar la concha.
Dirás que muchas barcas,
Con el favor en popa,
Saliendo desdichadas
Volvieron venturosas.
No mires los ejemplos
De las que van y tornan;
Que á muchas ha perdido
La dicha de las otras.
Para los altos mares
No llevas cautelosa
Ni velas de mentiras,
Ni remos de lisonjas.
¿Quien te engañó, barquilla?
Vuelve, vuelve la proa;
Que presumir de nave
Fortunas ocasiona.
¿Que jarcias te entretejen?
¿Que ricas banderolas
Azote son del viento,
Y de las aguas sombra?
¿En que gavia descubres
Del árbol alta copa,
La tierra en perspectiva,
Del mar incultas orlas?
¿En que celages fundas,

Que es bien echar la sonda,
Cuando perdido el rumbo
Erraste la derrota?
Si te sepulta arena,
¿Que sirve fama heroica?
Que nunca desdichados
Sus pensamientos logran.
¿Que importa que te ciñan
Ramas verdes ó rojas,
Que en selvas de corales
Salado cesped brota?
Laureles de la orilla
Solamente coronan
Navíos de alto bordo,
Que jarcias de oro adornan.
No quieras que yo sea,
Por tu soberbia pompa,
Faetonte de barqueros,
Que los laureles lloran.
Pasaron ya los tiempos,
Cuando lamiendo rosas
El Zéfiro bullía
Y suspiraba aromas.
Ya fieros huracanes
Tan arrogantes soplan,
Que salpicando estrellas,
Del sol la frente mojan.
Ya los valientes rayos
De la vulcana forja,
En vez de torres altas
Abrasan pobres chozas.
Contenta con tus redes

A la playa arenosa
Mojado me sacabas;
Pero vivo: ¿que importa?
Cuando de rojo nacar
Se afeitaba la Aurora,
Mas peces te llenaban,
Que ella lloraba aljofar.
Al bello sol que adoro,
Enjuta ya la ropa
Nos daba una cabaña
La cama de sus hojas.
Esposo me llamaba,
Yo la llamaba esposa,
Parándose de envidia
La celestial antorcha.
Sin pleito, sin disgusto,
La muerte nos divorcia:
¡Ay de la pobre barca,
Que en lágrimas se ahoga!
Quedad sobre el arena,
Inútiles escotas,
Que no ha menester velas
Quien á su bien no torna.
Si con eternas plantas
Las fijas luces doras,
¡O dueño de mi barca!
Y en dulce paz reposas,
Merezca que le pidas
Al bien que eterno gozas,
Que á donde estás me lleve
Mas pura y mas hermosa.
Mi honesto amor te obligue:

Que no es digna victoria
Para quejas humanas
Ser las deidades sordas.
¡Mas ay que no me escuchas!
Pero la vida es corta,
Viviendo todo falta,
Muriendo todo sobra.

II.

Para que no te vayas,
Pobre barquilla, á pique,
Lastremos de desdichas
Tu fundaménto triste.
¿Pero tan grave peso
Como podrás sufrirle?
Si fuera de esperanzas,
No fuera tan dificil.
De viento fueron todas,
Para que no te fies
De grandes Oceános,
Que las bonanzas fingen.
Halágan las orillas
Con ondas apacibles,
Peinando las arenas
Con círculos sutiles.
Serenas de semblante
Engañan los esquifes,
Jugando con los remos,
Porque no los avisen.
Pero en llegando al golfo,
No hay monte que se empine

Al cielo mas gigante,
A donde tanto gimen.
Traidoras son las aguas:
Ninguna se confie
De condicion tan fácil,
Que á todos vientos sirve.
Tan presto ver el cielo
A las gavias permite,
Como que los abismos
Las rotas quillas pisen.
Ya, pobre leño mio,
Que tantos años fuiste
Desprecio de las ondas,
Por Scilas y Caribdes;
Es justo que descanses,
Y en este tronco firme
Atado como loco
Del agua te retires.
No intentes nuevas tablas,
Ni al viento desafies:
Que rüinas del tiempo
Ninguna enmienda admiten.
Mientras te cuelgo al templo,
Victorioso apercibe
Para injustos agravios
Paciencias invencibles.
En la deshecha popa
Desengañado escribe:
Ninguna fuerza humana
Al tiempo se resiste.
No te anuncien las aves
Tempestades terribles,

Ni el ver que entre las ramas
Airado el viento silbe.
No admires los que salen,
Ni barco nuevo envidies,
Porque le adornen jarcias
Y velas le entapicen.
A climas diferentes
La herrada proa inclinen
Las poderosas naves
De Césares Felipes:
Antárticos tesoros
Alegres soliciten,
Diamantes orientales,
Zafiros y amatistes:
Las armas de las popas
Con generosos timbres
Los montes de agua espanten,
La tierra opuesta admiren;
Y tú, de solo el cielo
Cubierta, no porfies
A volver á las ondas
De quien saliste libre.
Huye abrasadas Troyas,
Siendo al furor de Aquiles
Eneas el silencio,
Y la virtud Anquises.
Cuando tu dueño y mio
En esta orilla viste,
Saliendo de las aguas,
Salir á recibirme,
Aun no mostraba el alba
Sus cándidos perfiles

Riendo en azucenas,
Llorando en alelíes.
Cuando á buscar regalos
Eras pomposo cisne
Por las ocultas sendas
Del reino de Anfitrite;
Ni temías tormentas,
Ni encantadoras Circes:
Que ya para sirenas
Era mi amor Ulises.
Y aun me vieron á veces
Sus cristalinas sirtes
Búzano de las perlas,
Y de los peces lince.
¿Que pesca no le truje,
Cuando la noche viste
De sombras estos montes,
Que con mi amor compiten?
Y no en luciente plata,
Sino en tejidas mimbres:
Que donde vienen almas
Son las riquezas viles.
No hay cosa entre dos pechos
Que mas el alma estime,
Que verdades discretas
En apariencias simples.
Ya la temida parca,
Que con igual pie mide
Los edificios altos,
Y las chozas humildes,
Se la robó á la tierra,
con eterno eclipse

Cubrió sus verdes ojos,
Ya de los cielos Iris.
Aquellas esmeraldas,
Que con el sol dividen
La luz y la hermosura,
En otro cielo asisten:
Aquellos que tuvieron,
Riéndose apacibles,
La honestidad por alma,
Que no el despejo libre.
Ya de su voz no tienen,
Que propiamente imiten
Dulcísimos pasages,
Los ruiseñores tiples.
No sé cual fue de entrambos,
Bellísima Amarilis,
Ni quien murió primero,
Ni quien agora vive.
Presumo que trocamos
Las almas al partirte:
Que piense que es la tuya
Esta que en mí reside.
Tendido en esta arena
Con lágrimas repite
Mi voz tu dulce nombre,
Porque mi pena alivie.
Las ondas me acompañan;
Que en los opuestos fines
Con tristes ecos suenan,
Y lo que digo dicen.
No hay roca tan soberbia
Que de verme y oirme,

No se deshaga en agua,
Se rompa y se lastime.
Levantan las cabezas
Las focas, y delfines
A las amargas voces
De mis acentos tristes.
No os admireis, les digo,
Que llore y que suspire
Aquel barquero pobre
Que alegre conocisteis.
Aquel que coronaban
Laureles por insigne,
Si no miente la fama
Que á los estudios sigue,
Ya por desdichas tantas
Que le humillan y oprimen,
De lúgubres cipreses
La humilde frente ciñe.
Ya todo el bien que tuve
De verle me despide:
Su muerte es esta vida
Que me gobierna y rige.
Ya mi amado instrumento,
Que hazañas invencibles
Cantó por admirables,
Lloró por infelices,
En estos verdes sáuces
Ayer pedazos hice;
Supiéronlo barqueros,
Enojados me riñen.
Cual toma los fragmentos
Y á unirlos se apercibe;

Pero difunto el dueño,
¿Las cuerdas de que sirven?
Cual le compóne versos:
Cual porque no le pisen
Le cuelga de las ramas,
Tranformacion de Tisbe.
Mas yo, que no hallo engaño
Que tu hermosura olvide,
A cuanto me dijeron
Llorando satisfice.
Primero que me alegre
Será posible unirse
Este mar al de Italia
Y el Tajo con el Tibre.
Con los corderos mansos
Retozarán los tigres,
Y faltará á la ciencia
La envidia que la sigue.
Que quiero yo que el alma
Llorando se destile,
Hasta que con la suya
Esta unidad duplique.
Que puesto que mi llanto
Hasta morir porfie,
Tan dulces pensamientos
Serán despues fenices.
En bronce sus memorias
Con eternos buriles
Amor, que no con plomo
Blando papel imprime.
¡O luz que me dejaste,
Cuando será posible

Que vuelva á verte el alma,
Y que esta vida animes!
Mis soledades siente;
¡Mas ay! que donde vives
De mis deseos locos
En dulce paz te ries.

III.

¡Ay soledades tristes
De mi querida prenda,
Donde me escuchan solas
Las ondas y las fieras!
Las unas que espumosas
Nieve en las peñas siembran,
Porque parezcan blandas
Con mi dolor las peñas:
Las otras que bramando
Ya tiemblan la fiereza,
Y en sus entrañas hallan
El eco de mis quejas.
¿Como sin alma vivo
En esta seca arena?
¿Ó como espero el dia
Si está mi aurora muerta?
¿Ó pediré llorando
La noche de su ausencia,
Que pues ya viven juntas,
Entrambas amanezcan?
Pero saldrán las suyas,
Y no saldrá mi estrella:
Que aunque de noche salen,

Padece noche eterna.
Alma Venus divina,
Que dia y noche muestras
La senda del Aurora,
Y del mayor planeta,
Por esta noche sola
Le da la presidencia;
Pues sabes que te iguala
Su luz y su pureza.
Cubra funesto luto,
Barquilla pobre y yerma,
De la proa á la popa
Tus jarcias y tus velas.
No ya cendal te vista,
Ni te coronen fiestas
Marítimos hinojos,
Mas venenosa adelfa.
Las juncias y espadañas,
Que de aquestas riberas
Con sus dorados lirios
Tejidas orlas eran,
Y los laureles verdes
Secos tarayes sean:
Lo inutil de sus hojas
Mis esperanzas tengan.
Y rómpaste de suerte,
Que parezcas deshecha
Cabaña despreciada,
Que los pastores dejan.
No ya por la mesana
Tus flámulas parezcan
Sierpes de seda al viento,

De tafetan cometas.
No de alegres colores,
Sino de sombras negras,
Las palas de tus remos
Las ondas encanezcan.
No las desnudas ninfas,
Cuando la vela tiendas,
A la embreada quilla
Arrimen las cabezas.
Deshechos huracanes
Te saquen y te vuelvan;
Pues ya la mar de España
Les concedió licencia.
Vosotros, ¡o barqueros!
Que en aquestas aldeas
Dejais vuestras esposas
Hermosas y discretas,
Si obligan amistades
A mis tristes endechas,
En tanto que las olas
Por estas rocas trepan;
Pues viven retiradas
Las barcas y las pescas,
Ayudad con suspiros
Mis lastimosas quejas.
El que á la mar saliere,
Para que presto vuelva,
Embárquese en mis ojos,
Y le tendrá mas cerca.
El que estuviere alegre,
Ni venga, ni me vea:
Que volverá de verme

Con inmortal tristeza.
Cortad cipres funesto,
Y acompañad mi pena
Con versos infelices
De míseras elégias.
Y el que mejores rimas
Hiciere á las exequias
De mi querida esposa,
Tal premio se prometa.
Aqui tengo dos vasos
Donde esculpidas tenga
La desdeñosa Dafne,
Y la amorosa Leda;
Aquella verde lauro;
Y con las plumas ésta
Del cisne, por quien Troya
Llamó su fuego á Elena:
Y dos redes tan juntas,
Que si sus nudos cuenta,
Podrá suspiros mios,
Y yo del mar la arena.
Sacarán las nayádes,
Las dríadas y oreas,
Aquellas de las ondas,
Las otras de las selvas,
Las frentes que coronan
Corales y verbenas,
Para que doble el llanto
Tan mísera tragedia.
Ya es muerta, decid todos,
Ya cubre poca tierra
La divina Amarilis,

Honor y gloria nuestra.
Aquella cuyos ojos
Verdes, de amor centellas,
Músicos celestiales
Orfeos de almas eran:
Cuyas hermosas niñas
Tenian, como reinas,
Doseles de su frente,
Con armas de sus cejas.
Aquellas cuya boca
Daba leccion risueña
Al mar de hacer corales,
Al alba de hacer perlas.
Aquella que no dijo
Palabras extrangeras
De la virtud humilde
Y la verdad honesta.
Aquella cuyas manos,
De vivo azar compuestas,
Eran nieve en blancura,
Cristal en trasparienecia:
Cuyos pies parecían
Dos ramos de azucenas,
Si para ser mas lindas
Nacieran tan pequeñas.
La que en la voz divina
Desafió sirenas,
Para quien nunca Ulises
Pudiera hallar cautela.
La que añadió al Parnaso
La musa mas perfecta,
La virtud y el ingenio,

La gracia y la belleza.
Matóla su hermosura,
Porque ya no pudiera
La envidia oir su fama,
Ni ver su gentileza.
Venid á consolarme,
Si puede ser que sea;
Mas no vengais, barqueros,
Que no quiero perderla.
Que si mi vida dura,
Es sòlo porque sienta
Mas muerte con la vida,
Mas vida, que sin ella.
Ya roto el instrumento,
Los lazos y las cuerdas,
Lo que la voz solia,
Las lágrimas celebran.
Su dulce nombre llamo;
Mas poco me aprovecha:
Que el eco que me burla,
Con mis acentos suena.
Mi propia voz me engaña,
Y como voy tras ella,
Cuanto la sigo y llamo,
Tanto de mí se aleja.
En esté dulce engaño,
Pensando que me espera,
Salen del alma sombras
A fabricar ideas.
Delante se me ponen,
Y yo con ansia extrema
Lo que imagino abrazo,

Por ver si efectó engendra.
Pero en desdicha tanta,
Y en tanta diferencia,
Los brazos que engañaba
Desengañados quedan.
¡Que alegre respondia
Dividiendo risueña
Aquel clavel honesto
En dos esferas medias!
Y yo, su esposo triste,
Al desatar la lengua,
Cogia de sus hojas
La risa con las perlas.
Mas ya no me responde
Mi dulce amada prenda:
Que en el silencio eterno
A nadie dan respuesta.
De suerte sus memorias
En soledad me dejan,
Que busco sus estampas
Por esta arena seca.
Y donde tantas miro,
(¡Que locura tan nueva!)
Escojo las menores,
Y digo que son ellas.
No hay arbol donde tuvo
Alguna vez la siesta,
Que no le abrace, y pida
La sombra que me niega:
Y entre estas soledades,
Con ansias tan estrechas,
No miro su retrato,

Y muérome por verla.
Que no pueden los ojos
Sufrir que muerta sea
La que tan lindo talle
Pintada representa.
Lo que deseo huyo,
Porque de ver me pesa
Que dure mas el arte
Que la naturaleza.
Sin esto, porque creo,
(Como me mira atenta)
Que pues que no me habla
No debe de ser ella.
Pintóla Francelise:
De las paredes cuelga
De mi cabaña pobre:
¡Mas que mayor riqueza!
Si alguna vez acaso
Levanto el rostro á verla,
Las lágrimas la miran,
Porque los ojos ciegan.
Mas no podrá quejarse
De que otra cosa vean,
Aunque mirase flores,
Sin parecerme feas.
Tan triste vida paso,
Que todo me atormenta:
La muerte porque huye,
La vida porque espera.
Cuando barqueros miro,
Cuyas esposas muertas,
Que tanto amaron vivas,

Olvidan y se alegran,
Huyo de hablar con ellos,
Por no pensar que puedan
Hacer en mí los tiempos
A su memoria ofensa.
Porque, si alguna cosa
Aun suya, me consuela,
Ya pienso que la agravio,
Y dejo de tenerla.
Asi lloraba Fabio
Del mar en las riberas
La vida de Amarilis,
La muerte de su ausencia;
Cuando atajaron juntas
Con desmayada fuerza
El corazon las ansias,
Las lágrimas la lengua.
Amor que le escuchaba,
Dijo: La edad es esta
De Píramo y Leandro,
De Porcia, Julia y Fedra:
Que no son de estos siglos
Amores tan de veras,
Que ni el morir los cura,
Ni el tiempo los remedia.

SONETOS.

I.

Ardese Troya, y sube el humo escuro
Al enemigo cielo, y entretanto
Alegre Juno mira el fuego y llanto;
¡Venganza de muger, castigo duro!
El vulgo, aun en los templos, mal seguro,
Huye cubierto de amarillo espanto:
Corre cuajada sangre el turbio Janto
Y viene á tierra el levantado muro.
Crece el incendio propio al fuego extraño,
Las empinadas máquinas cayendo,
De que se ven rüinas y pedazos:
Y la dura ocasion de tanto daño,
Mientras vencido Páris muere ardiendo,
Del griego vencedor duerme en los brazos.

II.

Tened piedad de mí que muero ausente,
Hermosas ninfas de este blando rio;
Que bien os lo merece el llanto mio
Con que suelo aumentar vuestra corriente.
Saca la coronada y blanca frente,
Tormes famoso, á ver mi desvarío;
Así jamas te mengüe el seco estío,
Y esta montaña tu cristal aumente.
¿Mas que importa que el llanto me recibas,
Si no vas á morir al Tajo, donde

Mis penas pueda ver la causa dellas?
  Tus ninfas en tus ondas fugitivas,
Y tu cabeza coronada esconde;
Que basta que me escuchen las estrellas.

III.

Judit.

  Cuelga sangriento de la cama al suelo
El hombro diestro del feroz tirano,
Que, opuesto al muro de Betulia, en vano
Despidió contra sí rayos al cielo.
  Revuelto con el ansia el rojo velo
Del pabellon á la siniestra mano,
Descubre el espectáculo inhumano
Del tronco horrible convertido en hielo.
  Vertido Baco el fuerte arnes afea,
Los vasos y la mesa derribada,
Duermen las guardas que tan mal emplea;
  Y sobre la muralla coronada
Del pueblo de Israél, la casta Hebrea
Con la cabeza resplandece armada.

IV.

  Con nuevos lazos como el mismo Apolo
Hallé en cabello á mi Lucinda un dia,
Tan hermosa que al cielo parecia
En la risa del alba abriendo el polo.
  Vino un aire sutil y desatólo
Con blando golpe por la frente mia,

Y dije á Amor, ¿que para qué tenia
Mil cuerdas juntas para un arco solo?
Pero él responde: fugitivo mio,
Que burlaste mis lazos, hoy aguardo
De nuevo echar prision á tu albedrio.
Yo triste, que por ella muero y ardo,
La red quise romper: ¡que desvarío!
Pues mas me enredo cuanto mas me guardo.

V.

A la pérdida del rey don Sebastian.

¡O nunca fueras, África desierta,
En medio de los trópicos fundada,
Ni por el fértil Nilo coronada
Te viera el alba cuando el sol despierta!
¡Nunca tu arena inculta descubierta
Se viera de cristiana planta honrada,
Ni abriera en tí la portuguesa espada
A tantos males tan sangrienta puerta!
Perdióse en tí de la mayor nobleza
De Lusitania una florida parte,
Perdióse su corona y su riqueza:
Pues tú, que no mirabas su estandarte,
Sobre él los pies, levantas la cabeza
Ceñida en torno del laurel de Marte.

VI.

Cuando pensé que mi tormento esquivo
Hiciera fin, comienza mi tormento,

Y allí donde pensé tener contento,
Allí sin él desesperado vivo.
  Donde enviaba por el verde olivo
Me trujo sangre el triste pensamiento:
Los bienes que pensé gozar de asiento
Huyeron mas que el aire fugitivo.
  ¡Cuitado yo! que la enemiga mia
Ya de tibieza en hielo se deshace,
Ya de mi fuego se consume y arde.
  Yo he de morir, y ya se acerca el dia;
Que el mal en mi salud su curso hace,
Y cuando llega el bien es poco y tarde.

VII.

Guzman el Bueno.

Al tierno niño, al nuevo Isác cristiano
En el arena de Tarifa mira
El mejor padre con piadosa ira,
La lealtad y el amor luchando en vano.
  Alta la daga en la temida mano,
Glorioso vence, intrépido la tira,
Ciega el Sol, nace Roma, Amor suspira,
Triunfa España, enmudéce el africano.
  Bajó la frente Italia, y de la suya
Quitó á Torcato el lauro en oro y bronces,
Porque ninguno ser Guzman presuma:
  Y la fama, principio de la tuya,
Guzman el Bueno escribe, siendo entonces
La tinta sangre, y el cuchillo pluma.

VIII.

Antes que el cierzo de la edad ligera
Seque la rosa que en tus labios crece,
Y el blanco de ese rostro que parece
Cándidos grumos de lavada cera;
Estima la esmaltada primavera,
Laura gentil, que en tu beldad florece:
Que con el tiempo se ama y se aborrece,
Y huirá de tí quien á tu puerta espera.
No te detengas en pensar que vives,
¡O Laura! que en tocarte y componerte
Se entrará la vejez sin que la llames.
Estima un medio honesto, y no te esquives;
Que no ha de amarte quien viniere á verte,
Laura, cuando á tí misma te desames.

IX.

Cual engañado niño, que contento
Pintado pajarillo tiene atado,
Y le deja, en la cuerda confiado,
Tender las alas por el manso viento;
Y cuanto mas en esta gloria atento,
Quebrándose el cordel quedó burlado,
Siguiéndole en sus lágrimas bañado
Con los ojos y el triste pensamiento;
Contigo he sido, Amor, que mi memoria
Dejé llevar de pensamientos vanos
Colgados de la fuerza de un cabello:
Llevóse el viento el pájaro y mi gloria;
Y dejóme el cordél entre las manos
Que habrá por fuerza de servirme al cuello.

X.

Daba sustento á un pajarillo un dia
Lucinda, y por los hierros del portillo
Fuésele de la jaula el pajarillo
Al libre viento en que vivir solia.
Con un suspiro á la ocasion tardía
Tendió la mano, y no pudiendo asillo,
Dijo, y de sus mejillas amarillo
Volvió el clavel que entre su nieve ardia.
¿A donde vas por despreciar el nido
Al peligro de ligas y de balas,
Y el dueño huyes que tu pico adora?
Oyóla el pajarillo enternecido,
Y á la antigua prision volvió las alas:
Que tanto puede una muger que llora.

XI.

Suelta mi manso, mayoral extraño,
Pues otro tienes tú de igual decoro:
Suelta la prenda que en el alma adoro
Perdida por tu bien y por mi daño.
Ponle su esquila de labrado estaño,
Y no le engañen tus collares de oro:
Toma en albricias este blanco toro
Que á las primeras yerbas cumple un año.
Si pides señas, tiene el vellocino
Pardo, encrespado, y los ojuelos tiene
Como durmiendo en regalado sueño.
Si piensas que no soy su dueño, Alcino,

Suelta y verásle si á mi choza viene:
Que aun tienen sal las manos de su dueño.

XII.

Canta pájaro amante en la enramada
Selva á su amor, que por el verde suelo
No ha visto al cazador, que con desvelo
Le está acechando la ballesta armada.
Tírale, yerra, vuela, y la turbada
Voz en el pico convertida en hielo,
Vuelve, y de ramo en ramo acorta el vuelo
Por no alejarse de la prenda amada.
Desta suerte el amor canta en el nido;
Mas luego que los celos que recela
Le tiran flechas de temor, de olvido,
Huye, teme, sospecha, inquiere, cela,
Y hasta que ve que el cazador es ido,
De pensamiento en pensamiento vuela.

XIII.

Esparcido el cabello por la espalda,
Que fué del sol desprecio á maravilla,
Silvia cogia por la verde orilla
Del mar de Cádiz conchas en su falda.
El agua entre el hinojo de esmeralda
Para que entrase mas su curso humilla:
Tejió de mimbre una alta canastilla,
Y púsola en su frente por guirnalda.
Mas cuando ya desamparó la playa,
Mal haya, dijo, el agua, que tan poca

Con su sal me abrasó pies y vestidos.
Yo estaba cerca y respondí: mal haya
La sal que tiene tu graciosa boca,
Que así tiene abrasados mis sentidos.

XIV.

Merezca yo de tus graciosos ojos,
Que de los mios, dulce Tirsi, creas
Aquestas puras lágrimas, y seas
Templado en el rigor de tus enojos.
La arena y yerba en áspides y abrojos
Se me conviertan, cuando tú me veas
Mis plantas ocupar en obras feas,
Ó por necesidad, ó por antojos.
Fálteme el bien, y el mal me venga junto,
Si en el mudar mi firme pensamiento
Engaño contra tí mi pecho fragua.
Esto juraba Alcida: Tirsi al punto
Hizo de aquella fé testigo al viento,
Y escribió las palabras en el agua.

XV.

Un soneto me manda hacer Violante,
Que en mi vida me he visto en tal aprieto:
Catorce versos dicen que es soneto:
Burla burlando van los tres delante.
Yo pensé que no hallára consonante,
Y estoy á la mitad de otro cuarteto:
Mas si me veo en el primer terceto
No hay cosa en los cuartetos que me espante.

Por el primer terceto voy entrando,
Y aun parece que entré con pie derecho,
Pues fin con este verso le voy dando.
  Ya estoy en el segundo, y aun sospecho
Que estoy los trece versos acabando:
Contad si son catorce, y está hecho.

XVI.

  Así en las olas de la mar feroces,
Betis, mil siglos tu cristal escondas,
Y otra tanta ciudad sobre tus ondas
De mil navales edificios goces;
  Así tus cuevas no interrumpan voces,
Ni quillas toquen, ni permitan sondas,
Y en tu campo tan fértil correspondas,
Que rompa el trigo las agudas hoces;
  Así en tu arena el indio márgen rinda,
Y al avariento corazon descubras
Mas barras que en tí mira el cielo estrellas;
  Que si pusiere en tí sus pies, Lucinda,
No, por besallos, sus estampas cubras:
Que estoy celoso y voy leyendo en ellas.

EPÍSTOLA.

Serrana hermosa, que de nieve helada
Fueras, como parece en el efecto,
Si amor no hallára en tu rigor posada;
  Del sol y de mi vista claro objeto,

Centro del alma que á tu gloria aspira,
Y de mi verso altísimo sugeto;
  Alba dichosa en que mi noche espira,
Divino basilisco, lince hermoso,
Nube de amor por quien sus nubes tira;
  Salteadora gentil, monstruo amoroso,
Salamandra de nieve y no de fuego,
Para que viva con mayor reposo;
  Hoy que á estos montes y á la muerte llego
Donde vine sin tí, sin alma y vida,
Te escribo, de llorar cansado y ciego.
  Pero dirás que es pena merecida
De quien pudo sufrir mirar tus ojos
Con lágrimas de amor en la partida.
  Advierte que eres alma en los despojos
Desta parte mortal: que á ser la mia,
Faltára en tantas lágrimas y enojos.
  Que no viviera quien de tí partía,
Ni ausente ahora, á no esforzarle tanto
Las esperanzas de un alegre dia.
  Aquella noche en su mayor espanto
Consideré la pena del perderte,
La dura soledad creciendo el llanto;
  Y llamando mil veces á la muerte,
Otras tantas miré que me quitaba
La dulce gloria de volver á verte.
  A la ciudad famosa que dejaba
La cabeza volví, que desde lejos
Sus muros con sus fuegos me enseñaba:
  Y dándome en los ojos los reflejos,
Gran tiempo ácia la parte en que vivias
Los tuvo amor suspensos y perplejos.

Y como imaginaba que tendrias
De lágrimas los bellos ojos llenos,
Pensándolas juntar crecí las mias.
Mas como los amigos de esto agenos
Reparasen en vér que me paraba,
En el mayor dolor fué el llanto menos.
Ya pues que el alma y la ciudad dejaba,
Y no se oía del famoso rio
El claro son con que sus muros lava;
Adios, dije mil veces, dueño mio,
Hasta que á verme en tu ribera vuelva,
De quien tan tiernamente me desvío.
No suele el ruiseñor en verde selva,
Llorar el nido de uno en otro ramo
De florido arrayan y madreselva,
Con mas doliente voz que yo te llamo,
Ausente de mis dulces pajarillos
Por quien en llanto el corazon derramo.
Ni brama, si le quitan sus novillos,
Con mas dolor la vaca, atravesando
Los campos de agostados amarillos:
Ni con arrullo mas lloroso y blando,
La tórtola se queja, prenda mia,
Que yo me estoy de mi dolor quejando.
Lucinda, sin tu dulce compañía,
Y sin las prendas de tu hermoso pecho,
Todo es llorar desde la noche al dia:
Que con sólo pensar que está deshecho
Mi nido ausente, me atraviesa el alma,
Dando mil ñudos á mi cuello estrecho.
Que con dolor de que le dejo en calma,
Y el fruto de mi amor goza otro dueño,

Parece que he sembrado ingrata palma.
Llegué, Lucinda, al fin, sin verme el sueño
En tres veces que el sol me vió tan triste,
A la aspereza de un lugar pequeño,
A quien de murtas y peñascos viste
Sierra Morena, que se pone en medio
Del dichoso lugar en que naciste.
Allí me pareció que sin remedio
Llegaba el fin de mi mortal camino,
Habiendo apenas caminado el medio.
Y cuando ya mi pensamiento vino,
Dejando atras la sierra, á imaginarte,
Creció con el dolor el desatino:
Que con pensar que estás de la otra parte,
Me pareció que me quitó la sierra
La dulce gloria de poder mirarte.
Bajé á los llanos de esta humilde tierra
A donde me prendiste y cautivaste,
Y yo fuí esclavo de tu dulce guerra.
No estaba el Tajo con el verde engaste
De su florida márgen, cual solia
Cuando con esos pies su orilla honraste:
Ni el agua clara á su pesar subia
Por las sonoras ruedas, ni bajaba,
Y en pedazos de plata se rompia.
Ni Filomena su dolor cantaba,
Ni se enlazaba parra con espino,
Ni yedra por los árboles trepaba:
Ni pastor extrangero, ni vecino
Se coronaba del laurel ingrato
Que algunos tienen por laurel divino.
Era su valle imagen y retrato

Del lugar que la corte desampara
Del alma de su esplendido aparato.
  Yo, como aquel que á contemplar se pára
Rüinas tristes de pasadas glorias,
En agua de dolor bañé mi cara.
  De tropel acudieron las memorias,
Los asientos, los gustos, los favores:
Que á veces los lugares son historias.
  Y en mas de dos que yo te dije amores,
Parece que escuchaba tus respuestas,
Y que estaban allí las mismas flores.
  Mas como en desventuras manifiestas
Suele ser tan costoso el desengaño,
Y sus veloces alas son tan prestas:
  Vencido de la fuerza de mi daño,
Caí desde mí mismo medio muerto,
Y conmigo tambien mi dulce engaño.
  Teniendo pues mi duro fin por cierto,
Las ninfas de las aguas, los pastores
Del soto, y los vaqueros del desierto,
  Cubriéndome de yerbas y de flores
Me lloraban diciendo: aquí fenece
El hombre que mejor trató de amores:
  Y puesto que Lucinda le merece,
Que su vida consiste en su presencia;
Él tambien con su muerte la engrandece.
  Entonces yo, que haciendo resistencia
Estaba con tu luz al dolor mio,
Abrí los ojos que cerró tu ausencia.
  Luego, desamparando el valle frio
Las ninfas bellas, con sus rubias frentes
Rompieron el cristal del manso rio:

Y en círculos de vidrio transparentes
Las divididas aguas resonaron,
Y en las peñas los ecos diferentes.
Los pastores tambien desampararon
El muerto vivo, y en la tibia arena
Por sombra de quien era me dejaron.
Yo solo, acompañado de mi pena,
Volvíme el alma, en el dolor quejoso,
Que de pensar en tí la tuvo agena.
Así ha llegado aquel pastor dichoso,
Lucinda, que llamabas dueño tuyo,
Del Betis rico al Tajo caudaloso.
Este que miras es retrato suyo:
Que así el esclavo que llorando pierdes
A tus divinos ojos restituyo.
Ó ya me olvides, ó de mí te acuerdes,
Si te olvidáre mientras tenga vida,
Marchite amor mis esperanzas verdes.
Cosa que al cielo por mi bien le pida
Jamas me cumpla, si otra cosa fuere
De aquestos ojos donde estás querida:
En tanto que mi espíritu rigiere
El cuerpo que tus brazos estimaron,
Nadie los mios ocupar espere.
La memoria que en ellos me dejaron
Es alcaide de aquella fortaleza
Que tus hermosos ojos conquistaron.
Tú conoces, Lucinda, mi firmeza,
Y que es de acero el pensamiento mio
Con las pastoras de mayor belleza.
Ya sabes el rigor de mi desvío
Con Flora, que te tuvo tan celosa,

A cuyo fuego respondí tan frio.
  Pues bien conoces tú que es Flora hermosa,
Y que con serlo sin remedio vive
Envidiosa de tí, de mí quejosa.
  Bien sabes que habla bien, que bien escribe,
Y que me solicita y me regala,
Por mas desprecios que de mí recibe:
  Mas yo que de tu pie, donaire y gala
Estimo mas la cinta que desechas,
Que todo el oro con que á Creso iguala;
  Solo estimo tenerte sin sospechas:
Que no ha nacido ahora quien desate
De tanto amor lazadas tan estrechas,
  Cuando de yerbas de Tesalia trate,
Y discurriendo el monte de la luna
Los espíritus ínfimos maltrate.
  No hay fuerza en yerba, ni en palabra alguna
Contra mi voluntad, que hizo el cielo
Libre en adversa y próspera fortuna.
  Tú sola mereciste mi desvelo,
Y yo tambien, despues de larga historia,
Con mi fuego de amor vencer tu hielo.
  Viva con esto alegre tu memoria,
Que como amar con celos es infierno,
Amar sin ellos es descanso y gloria.
  Que yo sin atender á mi gobierno,
No he de apartarme de adorarte ausente,
Si de tí lo estuviese un siglo eterno.
  El sol mil veces discurriendo cuente
Del cielo los dorados paralelos,
Y de su blanca hermana el rostro aumente;
  Que los diamantes de sus puros velos,

Que vienen fijos en su octava esfera,
No han de igualarme aunque me maten celos.
No habrá cosa jamas en la ribera
En que no te contemplen estos ojos,
Mientras ausente de los tuyos muera.
En el jazmin tus cándidos despojos,
En la rosa encarnada tus mejillas,
Tu bella boca en los claveles rojos:
Tu olor en las retamas amarillas,
Y en maravillas, que mis cabras pacen,
Contemplaré tambien tus maravillas.
Y cuando aquellos arroyuelos que hacen
Templados á sus quejas consonancia
Desde la tierra donde juntos nacen,
Dejando el sol la furia y arrogancia
De dos tan encendidos animales,
Volviese el año á su primera estancia;
A pesar de sus fuentes naturales
Del hielo arrebatadas sus corrientes
Cuelgan por estas peñas sus cristales;
Contemplaré tus concertados dientes,
Y á veces en carámbanos mayores
Los dedos de tus manos transparentes.
Tu voz me acordarán los ruiseñores,
Y de estas yedras, y olmos los abrazos
Nuestros hermafrodíticos amores.
Aquestos nidos de diversos lazos,
Donde ahora se besan dos palomas,
Por ver mis prendas burlarán mis brazos.
Tú, si mejor tus pensamientos domas,
En tanto que yo quedo sin sentido,
Dime el remedio de vivir que tomas.

Que aunque todas las aguas del olvido
Bebiese yo, por imposible tengo
Que me escapase de tu lazo asido,
  Donde la vida á mas dolor prevengo.
¡Triste de aquel que por estrellas ama,
Si no soy yo porque á tus brazos vengo!
  Donde si espero de mis versos fama,
A tí lo debo: que tú sola puedes
Dar á mi frente de laurel la rama,
Donde muriendo vencedora quedes.

EL SIGLO DE ORO.

SILVA MORAL.

Fábrica de la inmensa arquitectura
De este mundo inferior que el hombre imita;
Pues como punto indivisible encierra
De su circunferencia la hermosura.
. . . .
Y copiosa la tierra
De cuanto en ella habita
Con tantos peregrinos ornamentos,
Llenos los tres primeros elementos
De peces, fieras y aves que vivian
De toda ley esentos,
Si bien al hombre en paz reconocian.
  Aun no pálido el oro,
Porque nadie buscaba su tesoro,
Y el diamante tan bruto aunque brillante,
Que mas era peñasco que diamante.

Los árboles sembrados de colores,
Y los prados de flores,
Buscando los arroyos sonorosos
En arenosas calles,
Por las oblicuas señas de los valles,
Los rios caudalosos:
Y los soberbios rios,
Entre bosques sombríos,
Vestidos de cristales transparentes,
Sin volver la cabeza á ver sus fuentes,
Anhelando á Oceános,
Perdiendo en él sus pensamientos vanos:
Y sin temor alguno
De verse el tridentífero Neptuno,
Oprimido del peso de las naves;
Abriendo sendas por sus ondas graves,
Los hijos de los montes,
Excelsos pinos y labradas hayas,
Para pasar por varios horizontes
A las remotas playas
De climas abrasados,
Frígidos ó templados:
Ni el caballo animoso relinchaba
Al son de la trompeta:
Ni la cerviz sujeta
Al yugo el tardo buei el campo araba,
Que sin romper la cara de la tierra,
Con natural impulso producia
Cuanto su pecho generoso encierra;
Que como la primera edad vivia
Con desorden florida y balbuciente,
Daba pródigamente,

Con fértil abundancia,
Al mundo su riqueza;
Porque, como muger, naturaleza
Es mas hermosa en la primera infancia.
No haciendo distincion de tiempo alguno,
Daba flores Vertuno,
Con diferentes frutas primitivas:
Las parras y pacíficas olivas,
Y la dodónea encina por la rubia
Ceres, que no tenia
Necesidad de lluvia,
Y de su misma caña renacía;
Matizando los prados de violetas,
De rosas y de cándidas mosquetas.
No de otra suerte que la alfombra pinta
El tracio con la seda de colores,
En cada rueda de labor distinta
Caracteres arábigos y flores:
Que la naturaleza aun no pensaba
Que el arte su pincel perfeccionaba.
A la parte oriental Euro tendia
Las alas vagarosas;
El Austro al mediodía,
Y Boreas fiero á las distantes Osas
Por el septentrïon temor ponia.
El Sol por sus dorados paralelos
Comenzaba el camino de los cielos:
Cuya eclíptica de oro no sabia
El nombre de los signos que tenia,
Ni en su campo pensó que espigas de oro
Paciera el Aries, y rumiára el Toro.
La casta Luna en su argentado plaustro,

No se mostraba al austro
Lluviosa, alternativas las dos puntas,
Una á la tierra y otra al claro cielo,
Sino pidiendo con las manos juntas
Calor al Sol para su eterno hielo.
Los hombres por las selvas discurrian
Amando solo el dueño que tenian
Sin interes, sin celos:
¡O dulces tiempos! ¡o piadosos cielos!
Allí no adulteraba la hermosura
El marfil de su cándida figura,
Ni la fingida nieve
Y el bastardo carmin daban al arte
Lo que naturaleza no se atreve;
Ni á Venus bella en conjuncion de Marte
Al cielo el Sol celoso descubria;
Ni en Chipre se bendia
Amor artificial. ¡O siglo de oro,
De nuestra humana vida desengaño,
Si vieras tanto engaño,
Tan poca fe, tan bárbaro decoro!
Todo era amor suave, honesto y puro,
Todo limpio y seguro,
Tanto que parecia
Una misma armonia
La del cielo y el suelo,
Que aspiraba á juntarse con el cielo.
En este tiempo de los altos coros
Hermosa vírgen con real ornato,
Bajó á la tierra que adoró el retrato
De Júpiter divino, y por los poros
De sus fértiles venas

Vertió blancos racimos de azucenas;
Y las fuentes sonoras
Provecaban las aves
A canciones suaves
En las del verde abril frescas auroras,
Que del son de las aguas aprendieron
Cuantos despues cromáticos supieron.
Venia la castísima doncella
Vestida de una túnica esplendente,
Sembrada de otras muchas siendo estrella,
Y una corona en la espaciosa frente,
Cuya labor y auríferos espacios
Ocupaban jacintos y topacios:
Los coturnos con lazos carmesíes
Forjaban esmeraldas y rubíes,
Que descubria el zéfiro suave,
De la fimbria talar con pompa grave,
Y un ardiente crisólito la planta,
Para estamparla en tierra pura y santa.
No sale de otra suerte por el cielo,
Con frente de marfil y pies de hielo,
La cándida mañana
Guarnecida de plata sobre grana
La capa de zafiros,
De las sombras somníferas retiros.
Los hombres admirados
De ver tanta hermosura,
Preguntaron quien era:
No habiendo visto por los tres estados
Del aire exhalacion tan viva y pura,
Ni pájaro tan raro que pudiera
Ceñir la frente de tan rica esfera,

Ni dar tales asombros;
Resplandecer sus hombros
Con alas de oro y plumas de diamantes,
No conocidos antes;
Y aun presumir la admiracion pudiera,
Que el Sol bajaba de su ardiente esfera
A vivir con los hombres, como Apolo:
Viéndose arriba, como sol, tan solo.
Entonces de sí misma esclarecida
La hermosa reyna á su piadoso ruego,
Por una rosa de rubí partida
En el jardin angélico nacida,
Yo soy, les dijo, *la Verdad*; y luego
Como dormida en celestial sosiego
Quedó la tierra en paz, que alegre tuvo
Mientras con ella la Verdad estuvo:
Que cuanto en ella vive
Su misma luz y claridad recibe.
Pero felicidad tan soberana
Poco duró por la soberbia humana;
Porque en paises de diversos nombres,
Por cuanto el mar abraza,
En esta universal del mundo plaza,
El número creciendo de los hombres,
Desvanecido el suelo,
Presumió desquiciar la puerta al cielo;
Y haciendo ya ciudades,
Y fábricas de inmensos edificios
Con armas en los altos frontispicios,
Comenzaron con bárbaras crueldades,
Intereses, envidias, injusticias,
Los adulterios, logros y codicias,

Los robos, homicidios y desgracias;
Y no contentos ya de aristocracias,
Emprendieron llegar á monarquías.
La púrpura engendró las tiranías:
Nació la guerra en manos de la muerte,
Los campos dividieron fuerza ó suerte:
Dispuso la traicion el blando acero
Para verter su propia sangre humana;
Y fue la envidia el agresor primero,
Y procedió la ingratitud villana
Del mismo bien, á tantos vicios madre,
Infame hija de tan noble padre.
Bañó la ley la pluma
En pura sangre para tanta suma;
Que excede su papel todas las ciencias:
¡Tales son las humanas diferencias!
Pero por ser los párrafos primeros,
Y ser los hombres, como libres, fieros,
No siendo obedecidas,
Quitaron las haciendas y las vidas
A sus propios hermanos y vecinos,
Y hicieron las venganzas desatinos;
Porque dormidos los jüeces sabios
Castiga el ofendido sus agravios.
Robaban las doncellas generosas
Para amigas á título de esposas,
Traidores á su amigo,
Y todo se quedaba sin castigo:
Que muchos que temieron,
Por no perder las varas, las torcieron:
Y muchas que tomaron,
Pensando enderezallas, las quebraron.

¡O favor de los reyes!
Del Sol reciben rayos las estrellas:
Telas de araña llaman á las leyes,
El pequeño animal se queda en ellas,
Y el fuerte las quebranta.
¡Ay del señor, que sus vasallos deja
Al cielo remitir la justa queja!
Viendo, pues la divina Verdad santa
La tierra en tal estado,
El rico idolatrado,
El pobre miserable,
A quien ni aun el morir es favorable,
Mientras mas voces dá menos oido,
El sabio aborrecido,
Vencedor el dinero,
Escuchado y premiado el lisonjero,
Josef vendido por el propio hermano,
Lástima y burla del estado humano,
Y entre la confusion de tanto estruendo
Demócrito riendo,
Eráclito llorando,
La muerte no temida,
Y para el sueño de tan breve vida
El hombre edificando,
Ignorando la ley de la partida;
Con presuroso vuelo
Subióse en hombros de sí misma al cielo.

LA GATOMAQUIA.

POEMA BURLESCO.

SILVA I.

Yo, aquel que en los pasados
Tiempos canté las selvas y los prados,
Estos vestidos de árboles mayores,
Y aquellos de ganados y de flores,
Las armas y las leyes
Que conservan los reinos y los reyes;
Ahora en instrumento menos grave
Canto de amor suave,
Las iras y desdenes,
Los males y los bienes,
No del todo olvidado
El fiero taratántara templado
Con el silbo de pífano sonoro.
Vosotras Musas del Castálio Coro,
Dadme favor en tanto
Que con el genio que me disteis canto
La guerra, los amores y accidentes
De dos gatos valientes:
Que como otros están dados á perros,
Ó por agenos, ó por propios yerros,
Tambien hay hombres que se dan á gatos
Por olvidos de príncipes ingratos,
Ó porque les persigue la fortuna
Desde el columpio de la tierna cuna.
Tú, don Lope, si acaso

Te deja divertir por el Parnaso
El holandes pirata,
Gato de nuestra plata,
Que infesta las marinas,
Por donde con la armada peregrinas,
Suspende un rato aquel valiente acero,
Con que al asalto llegas el primero,
Y escucha la famosa *Gatomaquia*:
Asi desde las Indias á Valaquia
Corra tu nombre y fama,
Que ya por nuestra patria se derrama;
Desde que viste la morisca puerta
De Tuñez y Biserta
Armado y niño en forma de Cupido,
Con el marques famoso
Del mejor apellido,
Como su padre por la mar dichoso.
No siempre has de atender á Marte airado,
Desde tu tierna edad ejercitado,
Vestido de diamante,
Coronado de plumas arrogante:
Que alguna vez el ocio
Es de las armas cordial socrocio,
Y Venus en la paz, como Santelmo,
Con manos de marfil le quita el yelmo.

Estaba sobre un alto caballete
De un tejado sentada
La bella Zapaquilda al fresco viento,
Lamiéndose la cola y el copete,
Tan fruncida y mirlada,
Como si fuera gata de convento:

Su mesmo pensamiento
De espejo la servia,
Puesto que un roto casco le traía
Cierta urraca burlona,
Que no dejaba toca ni valona,
Que no escondia por aquel tejado,
Confin del corredor de un licenciado.
Ya que lavada estuvo,
Y con las manos que lamidas tuvo,
De su ropa de martas aliñada,
Cantó un soneto en voz medio formada
En la arteria vocal, con tanta gracia
Como pudiera el músico de Tracia;
De suerte que cualquiera que la oyera,
Que era solfa gatuna conociera,
Con algunos cromáticos disones,
Que se daban al diablo los ratones.
Asomábase ya la primavera
Por un balcon de rosas y alelíes,
Y Flora con dorados borceguíes
Alegraba risueña la ribera:
Tiestos de Talavera
Prevenia el verano,
Cuando Marramaquiz, gato romano,
Aviso tuvo cierto de Maulero,
Un gato de la Mancha, su escudero,
Que al sol salia Zapaquilda hermosa
Cual suele amanecer purpúrea rosa
Entre las hojas de la verde cama,
Rubí tan vivo que parece llama;
Y que con una dulce cantilena
En el arte mayor de Juan de Mena

Enamoraba el viento.
Marramaquiz atento
A las nuevas del page,
(Que la fama enamora desde lejos)
Que fuera de las naguas de pellejos
Del campanudo trage,
Introducion de sastres y roperos,
Doctos maestros de sacar dineros,
Alababa su gracia y hermosura,
Con tanta melindrífera mesura;
Pidió caballo, y luego fue traida
Una mona vestida
Al uso de su tierra,
Cautiva en una guerra,
Que tuvieron las monas y los gatos;
Púsose borceguíes y zapatos,
De dos dediles de segar, abiertos,
Que con pena calzó por estar tuertos;
Una cuchar de plata por espada,
La capa colorada.
A la francesa, de una calza vieja,
Tan igual, tan lucida y tan pareja,
Que no será lisonja
Decir que Adonis en limpieza y gala,
Aunque perdone Venus, no le iguala:
Por gorra de Milan media toronja,
Con un penacho rojo, verde y bayo,
De un muerto por sus uñas papagayo,
Que diciendo: ¿quien pasa?, cierto dia,
Pensó que el rey venia,
Y era Marramaquiz que andaba á caza,
Y halló para romper la jaula traza.

Por cuera dos mitades, que de un guante
Le ataron por detras y por delante,
Y un puño de una niña por valona.
Era el gatazo de gentil persona,
Y no menos galan que enamorado,
Bigote blanco y rostro despejado,
Ojos alegres, niñas mesuradas,
De color de esmeraldas diamantadas:
Y á caballo en la mona parecia
El paladin Orlando, que venia
A visitar á Angélica la bella.
La recatada ninfa, la doncella,
En viendo el gato se mirló de forma
Que en una grave dama se transforma;
Lamiéndose á manera de manteca
La superficie de los labios seca,
Y con temor de alguna carambola
Tapó las indecencias con la cola:
Y bajando los ojos hasta el suelo
Su mirlo propio le sirvió de velo:
Que ha de ser la doncella virtuosa
Mas recatada, mientras mas hermosa.
Marramaquiz entonces con ligeras
Plantas batiendo el tetuan caballo,
Que no era pie de hierro ó pie de gallo,
Le dió cuatro carreras,
Con otras gentilezas y escarceos,
Alta demostracion de sus deseos,
Y la gorra en la mano,
Acercóse galan y cortesano,
Donde la dijo amores.
Ella con los colores

Que imprime la vergüenza...
Le dió de sus guedejas una trenza.
Y al tiempo que los dos marramizaban,
Y con tiernos singultos relamidos
Alternaban, sentidos
Desde unas claraboyas que adornaban
La azotea de un clérigo vecino,
Un bodocazo vino
Disparado de súbita ballesta,
Mas que la vista de los ojos presta,
Que dándole á la mona en la almohada,
Por de dentro morada,
Por de fuera pelosa,
Dejó caer la carga, y presurosa
Corrió por los tejados,
Sin poder los lacayos y criados
Detener el furor con que corria.
No de otra suerte que en sereno dia
Balas de nieve escupe, y de los senos
De las nubes relámpagos y truenos,
Súbita tempestad en monte ó prado,
Obligando que el tímido ganado
Atónito se esparza,
Ya dejando en la zarza,
De sus pungentes laberintos vana,
La blanca ó negra lana,
(Que alguna vez la lana ha de ser negra)
Y hasta que el sol en arco verde alegra
Los campos que reduce á sus colores,
No vuelven á los prados, ni á las flores;
Así los gatos iban alterados
Por corredores, puertas y terrados

Con trágicos maúllos,
No dando como tórtolas arrullos,
Y la mona la mano en la almohada,
La parte occidental descalabrada,
Y los húmidos polos circunstantes
Bañados de medio ambar como guantes.
En tanto que pasaban estas cosas,
Y el gato en sus amores discurria
Con ansias amorosas,
(Porque no hay alma tan helada y fria
Que amor no agarre, prenda y engarrafe)
Y el mas alto tejado enternecia,
Aunque fuesen las tejas de Jetafe,
Y ella con ñifiñafe
Se defendia con semblante airado;
Aquel de cielo y tierra monstro alado,
Que vestido de lenguas y de ojos,
Ya decrépito viejo con antojos,
Ya lince penetrante,
Por los tres elementos se pasea
Sin que nadie le vea,
Con la forma elegante,
De Zapaquilda discurrió ligero
Uno y otro emisfero,
Aunque con las verdades lisonjera,
Y en cuanto baña en la terrestre esfera,
Sin excepcion de promontorio alguno,
El cerúleo Neptuno,
Plasmante universal de toda fuente,
Desde Bootes á la austral corona,
Y de la zona frígida á la ardiente.
Esto dijo la fama que pregona

El bien y el mal, y en viendo su retrato
Se erizó todo gato,
Y dispuso venir con esperanza
Del galardon que un fino amor alcanza.
Los que vinieron por la tierra en postas
Trujeron, por llegar á la ligera,
Solo plumas y banda, calza y cuera:
Los que habitaban de la mar las costas,
(Tanto pueden de amor dulces empresas)
Vinieron en artesas,
Mas no por esto menos
Hasta la cola de riquezas llenos;
Y otros por bizarría,
Para mostrar despues la gallardía,
En cofres y baules,
Sulcando las azules
Montañas de Anfitrite;
Y alguno que á disfraces se remite,
Por no ser conocido,
En una caja de orinal metido.
Con esto en muchos siglos no fue vista,
Como en esta conquista
Tanta de gatos multitud famosa
Por Zapaquilda hermosa.
Apenas hubo teja ó chimenea
Sin gato enamorado,
De bodoque tal vez precipitado,
Como Calisto fue por Melibea;
Ni raton parecia,
Ni el balbuciente hocico permitia
Que del nido saliese,
Ni queso, ni papel se agujereaba

Por costumbre, ó por hambre que tuviese;
Ni poeta por todo el universo
Se lamentó que le royesen verso;
Ni gorrion saltaba,
Ni verde lagartija
Salia de la cóncava rendija.
Por otra parte, el daño compensaba
Que de tanto gatazo resultaba:
Pues no estaba segura
En sábado morcilla ni asadura,
Ni panza, ni cuajar, ni aun en lo sumo
De la alta chimenea
La longaniza al humo,
Por imposible que alcanzarla sea,
Exento en la porfía á la esperanza,
Que todo cuanto mira, tanto alcanza.
Entre esta generosa ilustre gente
Vino un gato valiente,
De hocico agudo, y de narices romo,
Blanco de pecho y pies, negro de lomo,
Que Mizifuf tenia
Por nombre; en gala, cola y gallardia,
Célebre en toda parte
Por un Zapinarciso y Gatimarte.
Este luego que vió la bella gata
Mas reluciente que fregada plata,
Tan perdido quedó, que noche y dia
Paseaba el tejado en que vivia,
Con pages y lacayos de librea,
Que nunca sirve mal quien bien desea:
Y sucedióle bien, pues luego quiso,
¡O gata ingrata! á Mizifuf narciso,

Dando á Marramaquiz celos y enojos.
No sé por cual razon puso los ojos
En Mizifuf, quitándole al primero
Con súbita mudanza,
El antiguo favor y la esperanza.
¡O cuanto puede un gato forastero,
Y mas siendo galan y bien hablado,
De pelo rizo y garbo ensortijado!
Siempre las novedades son gustosas,
No hay que fiar de gatas melindrosas.
¿Quien pensára que fuera tan mudable
Zapaquilda cruel é inexorable,
Y que al galan Marramaquiz dejára
Por un gato que vió de buena cara,
Despues de haberle dado
Un pie de puerco hurtado,
Pedazos de tocino y de salchichas?
¡O cuan poco en las dichas
Está firme el amor y la fortuna!
¿En que muger habrá firmeza alguna?
¿Quien tendrá confianza,
Si quien dijo muger dijo mudanza?
Marramaquiz con ansias y desvelos
Vino á enfermar de celos,
Porque ninguna cosa le alegraba.
Finalmente, Merlin que le curaba,
Gato de cuyas canas nombre y ciencia
Era notoria á todos la experiencia,
Mandó que se sangrase;
Y como no bastase,
Vino á verle su dama,
Aunque tenia en un desvan la cama,

A donde la carreza no podia
Subir por alta y por estrecha via:
Pero en fin, apeada,
Entró de su escudero acompañada.
Mirándose los dos severamente,
Despues de sosegado el accidente,
Él con maúllo habló, ella con mirlo,
Que fuera harto mejor pegarla un chirlo.
Pero por alegrarle la sangría,
Le trajo su criada Bufalía
Una pata de ganso y dos hostiones.
Él se quejó con tímidas razones
En su lenguage mizo,
A que ella con vergüenza satisfizo:
Quejas, que traducidas de él y de ella
Así decian: «Zapaquilda bella,
¿Por qué me dejas tan injustamente?
¿Es Mizifuf mas sábio, mas valiente,
Tiene mas ligereza, mejor cola?
¿No sabes que te quise elegir sola
Entre cuantas se precian de mirladas,
De bien vestidas y de bien tocadas?
¿Esto merece que un invierno helado,
De tejado en tejado
Me hallase el alba al madrugar el dia,
Con espada, broquel y bizarría,
Mas cubierto de escarcha,
Que soldado español que en Flandes marcha
Con arcabuz y frascos?
Si no te he dado telas y damascos,
Es porque tú no quieres vestir galas
Sobre las naturales martingalas,

Por no ofender, ingrata á tu belleza
Las naguas que te dió naturaleza.
Pero en lo que es regalos, ¿quien ha sido
Mas cuidadoso, como tú lo sabes,
En cuanto en las cocinas atrevido
Pude garrafiñar de peces y aves?
¿Que pastel no te truje, que salchicha?
¡O terrible desdicha!
Pues no soy yo tan feo,
Que ayer me ví, mas no como me veo,
En un caldero de agua, que de un pozo
Sacó para regar mi casa un mozo,
Y dije: ¿Esto desprecia Zapaquilda?
¡O celos, o piedad, o amor, reñidla!»
No suele desmayarse al sol ardiente
La flor del mismo nombre, la arrogante
Cerviz bajar humilde, que la gente
Por la loca altitud llamó gigante;
Ni queda el tierno infante
Mas cansado despues de haber llorado
De su madre en el pecho regalado,
Que el amante quedó sin alma. ¡O cielos,
Que dulce cosa amor, que amarga celos!
Ella como le vió que ya exhalaba
Blandamente el espíritu en suspiros,
Y que piramizaba
Entre dulces de amor fingidos tiros,
Para que no se rompa vena ó fibra,
El mosqueador de las ausencias vibra,
Pasándole dos veces por su cara.
Volvióle en sí: que aquel favor bastára
Para libralle de la muerte dura,

Y luego con melífera blandura
Le dijo en lengua culta:
«Si tu amor dificulta
El que me debes, en tu agravio piensas
Tan injustas ofensas:
Que aunque es verdad que Mizifuf me quiere
Y dice á todos que por mí se muere,
Yo te guardo la fé como tu esposa.»
Cesó con esto Zapaquilda hermosa,
Sellando honesta las dos rosas bellas:
Que siempre hablaron poco las doncellas
Que, como las viudas y casadas,
No están en el amor ejercitadas.
Bajaba ya la noche,
Y las ruedas del coche
Tachonadas de estrellas,
Brilladores diamantes y centellas
Detras de las montañas resonaban:
Los pajaros callaban,
Dejando el campo yermo,
Cuando los pajes del galan enfermo
En el alto desvan hachas metian,
Que á alumbrar la carroza prevenian.
Entonces los amantes,
(Que son los cumplimientos importantes)
Ella por irse, y él quedarse á solas,
Se hicieron reverencia con las colas.

SILVA II.

Convaleciente ya de las heridas
De los crueles celos
De Mizifuf Marramaquiz valiente,
Aquellos que han cortado tantas vidas,
Y que en los mismos cielos
A Júpiter, señor del rayo ardiente,
Con disfraz indecente,
Fugitivo de Juno,
Su rigor importuno
Tantas veces mostraron,
Que en fuego, en cisne, en buey le transformaron
Por Europa, por Leda y por Egina;
Con pálida color y vanda verde,
Para que la sangría se le acuerde,
Que amor enfermo á condoler se inclina,
Paseaba el tejado y la buarda
De aquella ingrata cuanto hermosa fiera.
Quien ama fieras ¿que firmeza espera,
Que fin, que premio aguarda?
Zapaquilda gallarda
Estaba en su balcon, que no atendia
Mas de á saber si Mizifuf venia,
Cuando Garraf su page,
Si bien de su linage,
Llegó con un papel y una bandeja:
Ella la cola y el confin despeja,
Y la bandeja toma
Sobre negro color labrada de oro
Por el Indio Oriental, y con decoro

Mira si hay algo que primero coma:
Ofensa del cristal de la belleza,
Propia naturaleza
De gatas ser golosas,
Aunque al tomar se finjan melindrosas.
Y antes de oir al page
Vé las alhajas que el galan envía,
Qué joya, qué invencion, qué nuevo trage:
En fin vió que traia
Un pedazo de queso
De razonable peso,
Y un relleno de huevos y tocino,
Atys en fruta que produce el pino
Entre menuda rama
En la falda del alto Guadarrama,
Por donde van al bosque de Segovia;
Y luego en fé de que ha de ser su novia,
Dos cintas que le sirvan de arracadas,
Gala que solo á gatas regaladas,
Cuando pequeñas, las mugeres ponen,
Que de rosas de nacar las componen.
Tomó luego el papel y con sereno
Rostro, apartando el queso y el relleno,
Vió que el papel decia:
«Dulce Señora, dulce prenda mia,
Sabrosa, (aunque perdone Garcilaso,
Si el consonante mismo sale al paso)
Mas que la fruta del cercado ageno,
Ese queso, mi bien, ese relleno,
Y esas cintas de nacar os envío,
Señas de la verdad del amor mio.»
Aquí llegaba Zapaquilda, cuando

Marramaquiz celoso, que mirando
Estaba desde un alto caballete
Tan gran traicion, colérico arremete,
Y echa veloz, de ardiente furia lleno,
Una mano al papel y otra al relleno:
Garraf se pasma y queda sin sentido,
Como el que oyó del arcabuz el trueno
Estando divertido;
A quien él ofendido
Tiró una manotada con las fieras
Uñas, de suerte que formando esferas
Por la region del aire vagaroso,
Le arrojó tan furioso,
Que en el claro cristal de sus espejos
Pudo cazar vencejos
Menos apasionado y mas ocioso.
No de otra suerte el jugador ligero
Le vuelve la pelota al que la saca
Herida de la pala resonante,
Quéjase el aire, que del golpe fiero
Tiembla, hasta tanto que el furor se aplaca,
Y chaza el que interviene el pie delante;
El gatazo arrogante,
Sin soltar el relleno despedaza
El papel que en los dientes
Con la espuma celosa vuelve estraza,
Y á Zapaquilda atónita amenaza.
Como se suele ver en las corrientes
De los undosos rios quien se ahoga,
Que asiéndose de rama, yerba ó soga,
La tiene firme de sentido ageno;
Así Marramaquiz tiene el relleno,

Que ahogándose en congojas y desvelos,
No soltaba la causa de los celos.
¡O cuanto amor un alma desespera,
Pues cuando ya se ve sin esperanza,
En un relleno tomará venganza!
¿Mas quien imaginára que pudiera
Dar celos el amor en ocasiones
Con rellenos de huevos y piñones?
¡Mas ay de quien le habia
Hecho para la cena de aquel dia!
Huyóse en fin la gata, y con el miedo
Tocó las tejas con el pie tan quedo,
Que la Amazona bella parecia,
Que por los trigos pálidos corria
Sin doblar las espigas de las cañas:
Que de tierras extrañas
Tales gazapas las historias cuentan.
Los miedos que á la gata desalientan,
La hicieron prometer, si la libraba,
Al niño amor un arco y una aljaba,
De aquel celoso Rodamonte fiero,
Hasta pasar las furias del enero.
El cual juró olvidarla, y en su vida,
Desnuda, ni vestida
Volver á verla, ni tener memoria
De la pasada historia,
Y buscar algun sábio
Para satisfaccion de tanto agravio:
Pero fueron en vano sus desvelos;
Que amor no cumple lo que juran celos,
Y tanto puede una múger que llora,
Que vienen á reñirla y enamora,

Creyendo el que ama, en sus celosas iras,
Por una lagrimilla mil mentiras.
Y como Ovidio escribe en su Epistolio,
Que no me acuerdo el folio,
Estas heridas del amor protervas
No se curan con yerbas:
Que no hay para olvidar á amor remedio
Como otro nuevo amor, ó tierra en medio.
Garraf, en tanto que esto se trataba,
Estropeado á Mizifuf llegaba,
Maullando tristemente
En acento hipocóndrico y doliente,
Como suelen andar los galloferos
Para sacar dineros,
Manqueando de un brazo
Colgado de un retazo,
Y débiles las piernas,
Una cerrando de las dos linternas,
Por mirar á lo vizco.
Luego en el corazon le dió un pellizco
La mala nueva que adelanta el daño,
Haciendo el aposento al desengaño,
Y díjole: ¿que tienes,
Garraf amigo, que tan triste vienes?
Entonces él moviendo tremolante
Blanda cola detras, lengua delante,
Le refirió el suceso,
Y que Marramaquiz papel y queso,
Y relleno tambien le habia tomado,
Como celoso airado,
Como agraviado necio,
Con infame desprecio,

Con descortés porfia,
Y que de tan extraña gatería
Zapaquilda admirada
Huyó por el desvan la saya alzada:
Que lo que en las mugeres son las naguas
De raso, tela ó camelote de aguas,
Es en las gatas la flexible cola;
Que *ad libitum* se enrosca ó se enarbola.
Contóle que de aquella manotada,
Con su cuerpo afligido,
De miedo helado y de licor teñido,
Descalabró los aires,
Y con otros agravios y desaires,
Que prometió vengarse por la espada
De haberle enamorado á Zapaquilda,
Y hablarla en el tejado de Casilda,
Una tendera que en la esquina estaba:
Y dijo que pensaba
En desprecio y afrenta de sus dones,
Hacer de los listones
Cintas á sus zapatos.
¡O celos! si entre gatos
De burlas y de veras
Formais tales quimeras,
¿Que hareis entre los hombres
De hidalgo proceder y honrados nombres?
No estuvo mas airado
Agamenon en Troya,
Al tiempo que, metiendo la tramoya
Del gran Paladion de armas preñado,
Echaron fuego á la ciudad de Eneas
De ardientes hachas y encendidas teas,

Causa fatal del miserable estrago
De Dido y de Cartago,
Por quien dijo Virgilio,
Que llorando decia,
Destituida de mortal auxilio:
¡Ay dulces prendas cuando Dios queria!
Ni Barbarroja en Tunez,
Ni el fuerte Pirro, ni Simon Antunez,
Éste bravo español, y griego el otro;
Que Mizifuf como si fuera potro,
Relinchando de cólera en oyendo
El fiero y estupendo
Furor de su enemigo:
Mas prometiendo darle igual castigo,
Se fué á trazar el modo
De vengarse de todo,
Que á un pecho noble, á un inclito sugeto,
Mayor obligacion, mas celo alcanza
De poner en efeto
Desempeñar su honor con la venganza.
Marramaquiz en tanto
Desesperado por las selvas iba,
Para buscar al sábio Garfiñanto,
Al tiempo que el aurora fugitiva
De su cansado esposo
Arrojaba la luz á los mortales,
Y el sol infante en líquidos pañales
De celages azules
Mandaba recoger en sus baules,
Para poder abrir los de oro y rosa,
El manto de la noche temerosa,
Aunque era todo el manto de diamantes,

En el zafiro nítido brillantes,
Ojos del sueño, el hurto y el espanto.
Este gatazo y sábio Garfiñanto,
Cano de barba y de mostachos yerto,
De un ojo remellado, y de otro tuerto,
Bien que de ilustre cola venerable,
Y que sabia con rigor notable,
Natural y moral filosofía,
Por los montes vivia
En una cueva oculta,
Cuya entrada á las fieras dificulta,
Como el de Polifemo, un alto risco.
No se le daba un prisco
De riquezas del mundo, que estimaba
Solo el sol que Alejandro le quitaba
A aquel que de los hombres puesto en fuga
Metido en un tonel era tortuga.
Bien haya quien desprecia
Esta fábula necia
De honores, pretensiones y lugares
Por estudios ó acciones militares.
Sabía Garfiñanto astrología:
Mas no pronosticaba,
Que decia que el cielo gobernaba
Una sola virtud que le movia,
A cuya voluntad está sujeto
Cuanto crió, que todo fué perfeto:
No sacaba almanaques,
Ni decia que en Troya y los Alfaques
Verian abundancia
De pepinos y brevas,
Muchas lentejas en París y en Tebas.

Y que cierta cabeza de importancia,
Sin decirnos á donde, faltaría;
Que por mugeres Venus prometia
Pendencias y disgustos,
Como si por sus celos ó sus gustos
Fuese en el mundo nuevo.
Pero volviendo á nuestro sabio Febo,
Despues de consultado
Dijo á Marramaquiz, que su cuidado
En vano á Zapaquilda pretendia,
Y que solo seria
Remedio que pusiese en otra parte,
Vengándose con arte,
Los ojos, divirtiendo el pensamiento:
Que amar era cruel desabrimiento,
Mas que traer un áspid en las palmas
En no reciprocándose las almas:
Que Amor se corresponde con Anteros,
Y mas si lo negocian los dineros.
Destituido el gato
Ya de mortal socorro,
Se fué calando el morro,
Y dióle una salchicha
Por no mostrarse á Garfiñanto ingrato:
Que no pagar la ciencia
Es cargo de conciencia,
Mas dicen que de sábios es desdicha.
Pensando en quien pusiese finalmente
De toda la gatesca bizarría
La dulce enamorada fantasía
Para verse de amor convaleciente,
Se le acordó que en frente

De su casa vivia un boticario,
De cuyo cocinante vestuario
Una gata salia
Que la bella Micilda se decia,
Y sentada tal vez en su tejado
Miraba, como dama en el estrado,
Los nidos de los sabios gorriones,
Dejando pulular los embriones,
Y en viendo abiertos los maternos huevos
Comerse algunos de los ya mancebos.
Admitiendo este nuevo pensamiento,
Mas que su voluntad, su entendimiento,
Que amor en las venganzas se resfría,
Emprende mucho y ejecuta poco;
Por entonces templó la fantasía:
Que aquello es cuerdo lo que duerme un loco.
Estaba el sol ardiente
Una siesta de mayo calurosa,
Aunque amorosamente,
Plegando el nacar de la fresca rosa,
Que producen los niños abrazados,
Huevos de cisne, y huevos estrellados,
Pues que los hizo estrellas;
Cuando Micilda con las manos bellas
La cara se lavaba y componia
No lejos del tejado en que vivia
Marramaquiz, que ya con mas cuidado
La miraba y servia,
En fé del Garfiñanto consultado;
Cuando al mismo tejado
Zapaquilda llegó por accidente:
El gato viendo la ocasion presente,

Para que su deseo
La diese celos con el nuevo empleo,
Llegándose mas tierno y relamido
A Micilda, que ya de vergonzosa
Estaba mas hermosa,
Y equívocó fingiendo
Falso desprecio, descuidado olvido,
En su venganza misma padeciendo
Amorosos deseos,
(Tales son del amor los devaneos)
Requebrando á Micilda á quien pensaba
Ofrecer los despojos
De aquella guerra, paz de sus enojos,
Y á Zapaquilda á lo traidor miraba
En las intercadencias de los ojos:
Tan extraño sentido,
Que es menos entendido
Mientras que mas parece que se entiende,
Pues siempre con engaños se defiende:
Que si las luces de los ojos miras
Basta ser niñas para ser mentiras.
Micilda, á quien tocaba en lo mas vivo
El amor primitivo,
Porque como doncella facilmente
A lo que entonces siente
La tierna edad, se rinden y avasallan,
Hablando con los ojos cuando callan,
De buena gana dió fácil oido
A los requiebros del galan fingido,
Con que ya andaban de los dos las colas
Mas turbulentas que del mar las olas.
Zapaquilda sentida

De aquella libertad (que es propio efeto
De la que fué querida
Sentir desprecio donde vió respeto)
Murmurando entre dientes
Amenazaba casos indecentes
Entre personas tales,
En calidad y en nacimiento iguales.
Como se ve gruñir perro de casa
Mirando al que se entró de fuera en frente,
Estando en medio de los dos el hueso,
Que ninguno por él de miedo pasa,
Parando finalmente
Las iras del canículo suceso
En que ninguno de los dos lo come,
Obligando á que tome
Un palo algun criado
Que los desparte airado,
Y deja divididos,
Quedando el hueso en paz y ellos mordidos;
Así feroz gruñia
Zapaquilda envidiosa,
Efectos de celosa,
Aunque al gallardo Mizifuf queria:
Que hay mugeres de modo
Que aunque no han de querer, lo quieren todo
Porque otras no lo quieran;
Y luego que rindieron lo que esperan
Vuelven á estar mas tibias y olvidadas.
Finalmente, las gatas encontradas,
Siendo Marramaquiz el hueso en medio,
(Tal suele ser de celos el remedio)
A pocos lances de mirarse airadas

Vinieron á las manos, dando al viento
Los cabellos y faldas;
Y en tanto arañamiento,
Turbadas de color las esmeraldas,
Maullando en tiple y el gatazo en bajo,
Cayeron juntas del tejado abajo
Con ligereza tanta,
Aunque decirlo espanta,
Por ser como era el salto
Cinco suelos en alto,
Hasta el alero, del tejado fines,
Que no perdió ninguna los chapines:
Quedando el negro amante
Despues de tan extraños desconsuelos
Muerto de risa en acto semejante:
Tan dulce es la venganza de los celos.

SILVA III.

Distaba de los polos igualmente
La máscara del Sol y Cinosura,
Primera cuadrilátera figura,
Y la estrella luciente,
Que mira el navegante,
Bordaba la celeste arquitectura:
Velaba todo amante
Por el silencio de la noche obscura,
Y en el indiano clima el Sol ardia,
En dos mitades dividido el dia,
Cuando gallardo Mizifuf valiente
Paseaba el tejado de su dama,
Que sangrada en la cama

La tuvo el accidente
Dos dias, que faltó Sol al tejado
Y estuvo la cocina sin cuidado,
No por la altura de los siete suelos,
Mas por el sobresalto de los celos.
Iba galan y bravo,
Un cucharon sin cabo
Destos de hiero de sacar buñuelos
Por casco en la cabeza,
Que en ella tienen la mayor flaqueza:
Pues no suelen morir de siete heridas
Por quien dicen que tienen siete vidas,
Y un golpe en la cabeza los atonta,
Así la tienen á desmayos pronta.
Broquel de cobertera,
Espada de á caballo, que antes era
Cuchillo viejo de limpiar zapatos,
Que él solia llamar *timebunt* gatos:
Y por las manchas de los pies y el anca
Natural media blanca,
Y capa de un bonete colorado,
Abierto por un lado,
Plumas de un pardo gorrion cogido
Por ligereza, pero no por arte.
  Así rondaba el nuevo Durandarte,
Galan favorecido,
Porque son los favores de la dama
Guarnicion de las galas de quien ama.
Dos músicos traían instrumentos
A cuyo son y acentos
Cantaban dulcemente,
Y así llegando del balcon en frente

De Zapaquilda bella,
Cantaron un romance que por ella
Compuso Mizifuf, poeta al uso,
Que él tampoco entendió lo que compuso.
Mas puesta á la ventana
Con serenero de su propia lana,
Hasta que Bufalía
Le trajo un rocadero
Que por mas gravedad y fantasía
Sirvió de capirote y serenero;
Y en medio de lo grave
Del romance suave
Les dijo con despejo,
Pareciéndole versos á lo viejo,
Que jácara cantasen picaresca:
Y así cantaron la mas nueva y fresca,
Que para que lo heróico y grave olviden,
Hasta las gatas jácaras les piden;
¡Tanto el mundo decrépito delira!
Aquí se resolvió la dulce lira
En dos lascivos ayes,
Andólas, guirigayes,
Y otras tantas bajezas;
Cantaron pues las bárbaras proezas
Y hazañas de rufianes,
Que estos son los valientes capitanes
Que celebran poetas,
De aquellos que en extremas
Necesidades viven, arrojados
Al vulgo como perros á leones:
Que la virtud y estudios mal premiados
Mueren por hospitales y mesones.

Verdes laureles de Virgilios y Ennios
Perecer la virtud y los ingenios.
Mas ¿quien le mete á un hombre licenciado
Mas que en hablar de solo su tejado?
Que no le dió la escuela mas licencia,
Y es todo lo demas impertinencia.
  Cuando aquesto pasaba,
Marramaquiz estaba
Inquieto y acostado,
Treguas pidiendo á su mortal cuidado;
Pero como el amor le desvelaba
Dió, de sentido falto,
Desde la cama un salto,
Compuesta de pellejos,
Otro tiempo conejos
Que en el Pardo vivian,
Y en la cola sus cédulas traian
Para seguridad de sus personas:
Mas ¡ay muerte cruel, á quien perdonas!
Saltó en efecto como el conde Claros,
Y armándose de ofensas y reparos,
Vino de ronda al puesto por la posta
Por ver si habia moros en la costa,
Y no siendo ilusion el pensamiento,
Que del alma el primero movimiento
Pocas veces engaña.
No suele débil caña
En las espadas verdes esparcida
Del aire sacudida
Hacer manso ruido
Con mas veloz sonido,
Como rugió los dientes:

Ni entre los accidentes
Del erizado frio
Al enfermo sucede
Aquel ardor contrario;
Como de ver tan loco desvarío,
Que apenas le concede
Entre uno y otro pensamiento vario
Respiracion y aliento,
De la vida instrumento:
Helado y abrasado
Entre ardores y hielos,
Que al frio de los celos
Frigido fuego sucedió mezclado,
Que con distinto efeto
En un mismo sugeto
Viven, siendo contrarios:
La causa es una, y los efectos varios.
Miraba á Zapaquilda en la ventana
Hablando con su amante
Sin miedo de la luz de la mañana,
Que coronaba el último diamante
Del manto de la noche que iba huyendo,
Y cantando y tañendo
Los músicos con tanto desenfado
Como si fuera su tejado el prado:
Que nunca los amantes
Previnieron peligros semejantes.
Así los embeleca
Amor de ceca en meca,
Como olvidado Antonio con Cleopatra,
La gitana de Menfis que idolatra,
Que ciego de su gusto no temia:

Al Cesar que siguiéndole venia:
Porque si fue romano Octaviano,
Tambien Marramaquiz era romano;
Y si valiente Cesar y prudente,
No menos fué él prudente que valiente:
Que en su tanto, los méritos mirados,
Cesar pudiera ser de los tejados.
Como detras del árbol escondido
Mira y advierte con atento oido
El cazador de pájaros el ramo
Donde tiene la liga y el reclamo,
Para, en viendo caer el inocente
Gilguero, que los dulces silbos siente
Del amigo traidor que le convida
A dura cárcel con la voz fingida,
Apenas vé las plumas revolando
Entre la liga, cuando
Arremete y le quita, no piadoso,
Sino fiero y cruel; así el celoso
Marramaquiz atento
Esperaba el primero movimiento
Del venturoso amante, que decia
Con dulce mirlamiento:
«Dulce señora mia,
¿Cuando será de nuestra boda el dia?
¿Cuando querrá mi suerte que yo pueda
Llamaros dulce esposa,
Que entonces para mí será dichosa?
¡Ay, tanto bien el cielo me conceda!
Mas fue nuestra fortuna
Que Júpiter jamas por Ninfa alguna,
Aunque se transformaba

En buey que el mar pasaba,
En sátiro y en ágila y en pato,
Nunca le vieron transformarse en gato,
Porque si alguna vez gatiquisiera,
De los amantes gatos se doliera.»
Con voz enamorada
Doliente y desmayada
La gata respondia:
«Mañana fuera el dia
De nuestra alegre boda:
Pero todo mi bien desacomoda
Aquel infame gato fementido,
Marramaquiz celoso de mi olvido:
Que en llegando á saber mi casamiento,
Hubiera temerario arañamiento,
Y estimar vuestra vida
Me tiene temerosa y encogida:
Que es robusto y valiente,
Y en materia de celos impaciente:
Mejor será matalle con veneno.»
Aquí de furia lleno
Respondió Mizifuf: «¿Por un villano
Pierdo el favor de vuestra hermosa mano?
¿Él, señora, lo estorba?
¿Es por ventura mas que yo valiente?
¿Tiene la uña corva
Mas dura que la mia,
Ó mas agudo ó penetrante el diente
Entre la mostachosa artillería?
¿Que hueso de la pierna ó espinazo,
Se me resiste á mí, que fuerte brazo?
¿Yo no soy Mizifuf; yo no desciendo

Por línea recta, que probar pretendo,
De Zapiron, el gato blanco y rubio
Que despues de las aguas del diluvio
Fue padre universal de todo gato?
¿Pues como ahora con desden ingrato
Teneis temor de un maullador gallina,
Valiente en la cocina,
Cobarde en la campaña:
Y referir por invencible hazaña,
Dar á Garraf, un gato mi escudero,
Que fuera de ser gato forastero
Es ahora tan mozo
Que apenas tiene bozo,
Una guantada con las uñas cinco,
Si de repente dió sobre él un brinco?
¿Que Scipïon del africano estrago?
¿Que Anibal de Cartago?
¿Que fuerte Pero Vazquez Escamilla,
El bravo de Sevilla?
Por esos ojos, que á la verde falda
De las selvas hurtaron la esmeralda:
Que si entonces me hallára en el tejado,
Que no llevára, como se ha llevado
El queso y el relleno,
¿Y quereis que le mate con veneno?
Esa es muerte de príncipes y reyes,
Con quien no valen las humanas leyes,
No para un gato bárbaro cobarde,
Cuyas orejas os traeré esta tarde,
Y de cuyo pellejo,
Si no me huye con mejor consejo,
Haré para comer con mas gobierno

Una ropa de martas este invierno.»
  Aqui Marramaquiz desatinado,
Cual suele arremeter el jarameño
Toro feroz de media luna armado
Al caballero con airado ceño,
Andaluz ó extremeño,
Que la patria jamas pregunta el toro;
Y por la franja del bordado de oro
Caparazon, meterle en la barriga
Dos palmos de madera de tinteros,
Acudiendo al socorro caballeros,
A quien la sangre, ó la razon obliga,
Al caballo inocente que pensaba
Cuando le vió venir que se burlaba:
«Gallina Mizifuf, dijo furioso,
El hocico limpiándose espumoso,
Blasonar en ausencia
No tiene de mugeres diferencia.
Yo soy Marramaquiz, yo noble al doble
De todo gato de ascendiente noble:
Si tú de Zapiron, yo de Malandro,
Gato del macedon magno Alejandro,
Desciendo, como tengo en pergamino
Pintado de colores y oro fino,
Por armas un morcon y un pie de puerco,
De Zamora ganados en el cerco,
Todo en campo de golas
Sangriento mas que rojas amapolas,
Con un cuartel de quesos asaderos,
Roeles en Castilla los primeros.
No fueron en cocinas mis hazañas,
Sino en galeras, naves y campañas;

No con Garraf tu page,
Con gatos moros, las mejores lanzas.
Que yo maté en Granada á Tragapanzas,
Gatazo abencerrage,
Y cuerpo á cuerpo en Córdoba á Murcifo,
Gato que fue del regidor Rengifo,
Y de dos uñaradas
Deshice á Golosillo las quijadas
Por gusto de una Miza, mi respeto,
Y le quité una oreja á Boquifleto,
Gato de un albañil de Salobreña:
La cola en Fuentidueña
Quité de un estiron á Lameplatos,
Mesonero de gatos,
Sin otras cuchilladas que he tenido,
Y la que dí á Garrido,
Que del corral de los naranjos era
Por la espada primera
Unico gaticida.
Pero es hablar en cosa tan sabida
Decir que el tiempo vuela y no se para,
Que no hay cara mas fea que la cara
De la necesidad; y la mas bella
Aquella del nacer con buena estrella,
Que alumbra el sol, y que la nieve enfría,
Que es escura la noche y claro el dia.
Esa gata cruel, que me ha dejado
Por tu poco valor, verá muy presto,
Siendo aqueste tejado
El teatro funesto,
Como te doy la muerte que mereces,
Porque mi vida á Zapaquilda ofreces,

Llevando tu cabeza presentada
A Micilda que es ya mi prenda amada:
Micilda, que es mas bella
Que al vespertino sol cándida estrella
Venus, que rutilante
Es de su anillo espléndido diamante.
Esta si que merece la fe mia,
Mi constancia, mi amor, mi bizarría,
Que no gatas mudables,
Que si por su hermosura son amables,
Son por su condicion aborrecibles,
Amigas de mudanzas y imposibles.»
Aqui sacó la espada ruginosa
De la vaina mohosa,
Y á los golpes primeros
Se llamaron fulleros,
Si bien no hay deshonor desenvainada,
Y Zapaquilda huyendo,
De súbito temor la sangre helada
Dejóse el serenero en el tejado.
Los músicos en viendo
El belicoso duelo comenzado,
Huyeron como suelen:
Que no hay garzas que vuelen
Tan altas por los vientos:
Dicen que por guardar los instrumentos,
Y mil razones tienen,
Pues que solo á cantar con ellos vienen:
Que mal cantára un hombre, si supiera
Que habia luego de sacar la espada
Que tanto el pecho altera;
Ni pudiera formar la voz turbada:

Que hay mucha diferencia, si se mira,
De dar en los broqueles ó en las cuerdas,
Pasar la espada el pecho, ó por la lira
El arco hiriendo las pegadas cerdas.
Andaba entonces Guruguz de ronda
Con una escuadra vil de sus esbirros,
Cuyo abuelo nacido en Trapisonda
Curaba hipocondríacos y cirros,
Y viéndolos andar á la redonda,
Como si fuesen Césares ó Pirros,
Los dos valientes gatos,
Con fuerte anhelo descantando á ratos,
Llegaron á ponerse de por medio,
Que fué difícil, pero fue remedio.
Mas como respetar á la justicia
De gente principal respeto sea,
Y lo contrario bárbara malicia,
Luego Marramaquiz rindió la espada:
¿Quien habrá que lo crea?
Mas viendo Guruguz que no quería
Que el amistad quedase confirmada,
Sino permanecer en su porfía,
Llevólos á la cárcel enojado,
Cuando Febo dorado
Asomaba la frente
Por las ventanas del rosado oriente,
Como si el alcázar fuera de colores,
En campo verde iluminó las flores.

SILVA IV.

Quien dice que el amor no puede tanto,
Que nuestro entendimiento
No pueda sujetarle, es imposible
Que sepa que es amor, que reina en cuanto
Compone alguna parte de elemento
En el mundo visible.
¡O fuerza natural incomprensible,
Que en todo cuanto tiene
Una de las tres almas
A ser el alma de sus almas viene!
¿Quien no se admira de mirar las palmas
En la region del Africa desnuda,
Cuando su fruto en pro el color muda
Con solo aquel ardor vejetativo,
Amarse dulcemente?
Que en lo demas que siente
No es mucho que de amor el fuego vivo
Imprima sentimiento,
Y natural deseo
Con lazos de pacífico himeneo:
La fiera, el ave, el pez en su elemento,
Todos aman y quieren,
Por la razon de bien, lo que es amable:
Pues ama lo que solo es vegetable,
Si de ningun sentido el bien infieren
Entre las cosas que por él adquieren
Algun conocimiento,
Perdonen cuantas aves y animales
De su distinto gozan elemento,

Ningunas son iguales
En amor á los gatos,
Exceptuando las monas,
Que hasta en esto se precian de personas,
Y ya que no en esencia, en ser retratos.
Porque acontece con el hijo al pecho
Abrazalle con lazo tan estrecho,
Que le hacen exhalar la sensitiva
Alma vital; asi el amor les priva
Que fue en la estimativa conocido,
Del natural sentido;
Y si por opinion crítico alguno
Tiene que amor tan loco
No puede haber en animal ninguno,
Váyase poco á poco
Al africano Tetuan á donde
Verá como los árboles trepando
Esta del hombre semejanza propia,
De que hay alli gran copia,
Ya sale con el hijo, ya se esconde,
Y á los que van ó vienen caminando
Con risa de monesco regocijo
Muestra el peloso hijo.
Mas fuera disparate,
Si no es que de ellas trate,
Ir por ver una mona
Hasta el Africa un hombre:
Que si de Tito Livio llevó el nombre
Muchos hombres á Roma, fue corona
De los historiadores:
Que solo quellas cosas superiores
Dignas por fama de admirable espanto

Es bien que cuesten tanto,
Como ver á Venecia,
Perche chi non la vede non la prezia,
Que al cielo desde el agua se avecina,
Y en góndolas por coches se camina.
Los gatos en efeto
Son del amor un índice perfeto,
Que á lo demas prefiere,
Y quien no lo creyere
Asómese á un tejado
En frias noches de un invierno helado,
Cuando miren las Hélices nocturnas
Las estrelladas urnas
Del frígido Acuario,
Verá de gatos el concurso vario
Por los melindres de la amada gata,
Que sobre tejas de escarchada plata
Su estrado tiene puesto,
Y con mirlado gesto
Responde á los maúllos amorosos
De los competidores,
No de otra suerte oyendo sus amores,
Que Angélica la bella
De Ferragut y Orlando,
Amantes belicosos,
Cuando andaban por ella
Sin comer ni dormir, acuchillando
Franceses y españoles,
De que no se le dió dos caracoles.
¿Qué cosa puede haber con que se iguale
La paciencia de un gato enamorado,
En la canal metido de un tejado

Hasta que el alba sale,
Que en vez de rayos coronó al oriente
De carámbanos frígidos la frente?
Pues sin gaban, abrigo, ni sombrero
Febo oriental le mirará primero,
Que él deje de obligar con tristes quejas
Las de su gata rígidas orejas,
Por mas que el cielo llueva
Mariposas de plata cuando nieva.
Mas, dejando cansadas digresiones,
Que el retórico tiene por viciosas,
Aunque en breves paréntesis gustosas,
Presos los dos gatíferos campeones
Por no querer hacer las amistades,
Y responder soberbias libertades,
Dicen que Zapaquilda
Y la bella Micilda
Tapadas de medio ojo,
Con sus mantos de humo,
Que es llegar á lo sumo
De un amoroso antojo,
Fueron á ver sus presos,
Que en tanta autoridad tales excesos
Parecen desatino.
En fin, Micilda enamorada vino,
Con que á toda objecion amor responde:
Así la infanta doña Sancha al conde
Garci-Fernandez preso visitaba
En la oscura prision del rey su padre,
Dicen que con deseos de ser madre,
Que habia dias que sin él estaba.
Cada cual de las dos imaginaba

Que la otra venia
Por el que ella queria,
Y con este engañado pensamiento,
Que nunca tienen mucho fundamento
Los celos, comenzaron á mirarse,
En manifestacion de sus enojos,
Tirándose relámpagos los ojos.
¡O quien las viera entonces levantarse
Sobre los pies derechas
A ver si eran verdades las sospechas,
Y de ser descubiertas recatarse:
Condicion de los celos esconderse,
Quererse declarar y no atreverse!
Que como son desprecio del paciente
Huyen de que se entienda lo que siente;
Que amor siempre se tuvo por nobleza,
Y los celos por acto de bajeza,
Como si amor pudiese estar sin celos,
Que mas pueden estar sin sol los cielos:
Testigos Juno y Pocris á quien llora
Céfalo por los celos de la aurora.
En fin, despues de sufrimiento tanto,
Quitó Micilda de la cara el manto
A la siempre celosa Zapaquilda,
Y ella, echando las uñas á Micilda,
Con el rebozo el moño.
No suele por los fines del otoño
Quedar la vid ñudosa en los sarmientos,
De los marchitos pámpanos robada,
Sin resistencia á los primeros vientos;
Que con nevado soplo y boca helada
Cierzo dejó cadaver con la fiera.

Mano que floreció la primavera,
Como las dos quedaron en la rifa;
Ni Fatima y Jarifa
Por el abencerrage Abindarraez:
Ni por Martin Pelaez,
Que del Cid heredó la valentía,
Doña Urraca y María de Meneses,
Aquella á quien pedia
Con palabras corteses
Las nueces su galan, si no bailaba;
Así celoso amor las provocaba.
En fin, á puros tajos y reveses
De las rapantes uñas aguileñas,
Desmoñadas las greñas
Y el soliman raido,
Quedaron desmayadas sin sentido,
Haciendo cada cual la gata-morta.
No fué con esto la prision mas corta;
Pero salieron de ella finalmente:
Que el tiempo con los bienes ó los males,
Dejando siempre atras todo accidente,
Que fué final accion de los mortales,
Vuela sin detenerse
Dejándose llevar para perderse.
Así pasó la gloria de Numancia,
Y la brava arrogancia
De la fuerte Sagunto,
Porque la tierra toda es solo un punto
De la circunferencia de los cielos.
Pero ¿que desatino de las musas
Me lleva á tan extrañas garatusas?
Las iras del amor y de los celos

Pasaron adelante
En uno y otro amante.
Pero Marramaquiz, aconsejado
De sus amigos, remitió el cuidado
Al amor de Micilda:
Mas, como el que tenia á Zapaquilda
Era del alma verdadero afeto,
Aunque disimulaba á lo discreto,
Andaba triste y de congojas lleno.
¡Mísero del que vive en cuerpo ageno,
Y por un amoroso desvarío
Pierde la libertad del albedrío,
Que no la compra el oro,
Porque es de todos el mayor tesoro!
Tenia las mandíbulas de suerte
Que era un retrato de la muerte fiera,
Aunque es yerro pintarla calavera,
Porque aquella es el muerto, no la muerte.
La muerte ha de pintarse una figura
Robusta, de cruel semblante airado,
Los fuertes pies en una piedra dura,
Fino sepulcro en pórfido labrado,
Con reyes y monarcas
Hasta el que calza rústicas abarcas,
Damas que sujetaron capitanes,
Y en ásperas naciones
Por bárbaras regiones
De fieros mamelucos y soldanes;
Y pintadas al uno y otro lado
La enfermedad, la guerra y la desgracia,
Parcas que tantas muertes han causado
Por tantos desconciertos;

Que huesos ya no es muerte, sinó muertos.
No aprovechaba la hermosura y gracia
De Micilda á quitar al pobre amante
La memoria tenaz que amor escribe
Con la flecha cruel en el diamante
Del alma donde vive,
Y compitiendo con el tiempo quiere
Que viva en ella cuando el cuerpo muere.
En estos medios Mizifuf intenta,
A su competidor viendo remoto,
Por medio de Garrullo su compadre,
Que habia sido gato en una venta,
Pedirla por muger á Ferramoto
De Zapaquilda padre.
Propúsole Garrullo
Con prudente maúllo
Las partes de su amigo,
Como de ellas testigo,
Sin otras consecuencias
Que atajaban celosas diferencias.
Ferramoto era un gato
De buen entendimiento y de buen trato,
Cano de barba y negro de pellejo,
Persona que en la verde primavera
De sus años jamas en la ribera
De Manzanares se le fué conejo;
Porque sirvió de galgo
A cierto pobre y miserable hidalgo
Que con él se alumbraba:
Y de suerte de noche relumbraba,
Que pensando una moza que era lumbre
Las niñas de los ojos que brillantes

En la ceniza estaban relumbrantes,
Yendo al hogar, como era su costumbre,
Sin pensar darle enojos,
Le metió la pajuela por los ojos.
Nunca sin esto gato marquesote
Oposicion le hizo:
Oyó de buena gana lo propuesto,
Y del novio galan se satisfizo,
Aunque llegando á concertar el dote,
De seca mimbre un cesto
Dijo que le daria,
Que de cama de campo le servia,
Seis sábanas de lienzo de narices,
Con algunos fragmentos por tapices
De viejos reposteros,
Cuatro quesos añejos casi enteros,
Y una mona cautiva que tenia,
Que hablaba en lengua culta y la entendia,
Sin otras menudencias.
Con estas conveniencias
Las capitulaciones se firmaron,
Y el dia de la boda concertaron.
  Marramaquiz estaba
En ocasion tan triste,
Como por burla y chiste,
Jugando á la pelota
Con un raton á quien pescó de paso;
Que de un baul de versos del Parnaso
A una maleta rota,
Aunque llena de pleitos y escrituras,
Pasaba haciendo gestos y figuras.
Tal suele acontecer un triste caso

En medio de la vida,
Que no hay seguridad en cosa humana.
Ya con veloz corrida
Daba esperanza vana
Al mísero animal, ya le volvia,
Ya le arrojaba en alto
Mojado de temor, de aliento falto,
Y en medio del camino le cogia
Como quien tira al vuelo,
Diciendo; tente, como al agua al hielo;
Ya con las manos mizas
Le daba por los lados
Algunos bofetones regalados,
Cuando llegó Tomizas;
Tomizas su escudero, y sin aliento
Le dijo el casamiento concertado
De Mizifuf y Zapaquilda ingrata.
Y sintiendo perder su dulce gata,
Dejó al pobre animal que desmayado
Apenas acertaba con la vida;
Mas puesto en fuga la libró perdida:
Que quien no ha de morir, si la fortuna
Revoca la sentencia;
Nunca le falta diversion alguna
En aquella dichosa intercadencia.
A Tomizas en fin la diligencia
Valió una manotada con la zurda,
Que cuando no le aturda
No es poco para zurda manotada
Que le dejó la cara desgatada.
Esto gana traer del mal albricias:
¡O cuanto, Amor, de la razon desquicias

Un noble caballero!
Por eso ningun page ni escudero
Se fie en la privanza,
Que es fácil en señores la mudanza;
Y el Sol es gran señor y nunca para
En rueda mas mudable; á la fortuna
Se parece la dama doña Luna,
Que nunca vemos de una misma cara.
Dejando la pelota el triste amante,
De celos y de amor perdido y loco,
Que la vida y la honra tiene en poco,
Vino á su casa con tristeza tanta
Que se metió debajo de una manta,
Y luego provocado á mayor furia
De una carrera se subió al tejado.
Así desnudo Orlando, provocado
De no menor injuria,
Cuando leyó los rótulos del moro
Que decian: «Amor, que sin decoro
En la buena fortuna te gobiernas,
Aquí gozó de Angélica Medoro»
En el papel de las cortezas tiernas
De aquellos olmos de su bien testigos,
Para el frances Orlando cabra-higos;
Bajó Marramaquiz desesperado,
Y entrando en la cocina,
Sin respeto de Paula y de Marina,
Esclavas del ausente licenciado,
Como laureles y álamos las mira
Donde Climéne por Faeton suspira,
Los pucheros y cántaros quebraba,
Vertió la olla en la sazon que hervia;

Y llamando á Borbon borbor decia.
Y á tanto mal llegó su desatino
Que sacó media libra de tocino
Que andaba como nave en las espumas,
Y si no se lo quitan se lo mama:
Tanto pueden los célos de quien ama.
Una perdiz con plumas
Quiso tragarse, y no dejaba cosa
Que no la deshiciese
Por alta que estuviese:
Trepaba la lustrosa
Reluciente espetera,
Derribando sartenes y asadores:
Y con estas demencias y furores
En una de fregar cayó caldera,
(Trasposicion se llama esta figura)
De agua acabada de quitar del fuego,
De que salió pelado.
Pero viniendo luego
El señor licenciado,
Dijo: que era veneno que tendría
Algun vecino que matar queria
Ratones de su casa,
Hecha de rejalgar traidora masa,
Y á su servicio ingrato
Por matar los ratones mató el gato.
Y dijo bien segun los aforismos
De Nicandro, que son los celos mismos
Un veneno tan súbito, que apenas
Toca la lengua, cuando ya las venas
Y el corazon abrasan:
Tan presto al centro de la vida pasan.

Que no hay frias cicutas, ni anapelos
Como solo un escrúpulo de celos.
En fin, de ver al gato lastimado,
Que le habia criado,
Envió por triaca,
Que todo venenoso ardor aplaca,
De la magna que hacen en Valencia,
De que tenia una redoma sola
Cierto farmacopóla:
El gato con paciencia,
Respeto de su dueño,
Tomó dos onzas y rindióse al sueño.

SILVA V.

O tú, *don Lope*, si por dicha ahora
Por los mares antárticos navegas,
Ó surto en tierra cuando al puerto llegas
Preguntas á la aurora
Que nuevas trae de la bella España
Donde tus prendas amorosas dejas,
Y por regiones bárbaras te alejas;
Ó miras en los golfos
De la naval campaña
Por donde vino Júpiter á Europa
Encima de la popa
Sin velas de Mauricios ni Rodolfos,
Mas traidores que fue Vellido de Olfos,
Sereno el rostro en la dormida Tetis
De la airada Anfitrite,
Mas que en Sevilla corre humilde el Betis,
Cuando á la mar permite

La luna barquerola,
No por las nubes de color de Angola,
Una punta á la tierra y la otra al cielo,
De pocas luces salpicando el velo!
Escucha en voz mas clara que confusa
Mi gatífera musa,
Y no permitas, *Lope*, que te espante
Que tal sujeto un licenciado cante
De mi opinion y nombre,
Pudiendo celebrar mi lira un hombre
De los que honraron el valor hispano,
Para que al resonar la trompa asombre
Arma virumque cano.
Que como no se usa
El premio, se acobarda toda musa;
Porque, si premio hubiera,
Del Tajo la ribera
Oyera en trompa bélica sonora
Divinos versos, hijos del aurora.
Por esto quiere mas que ver ingratos
Cantar batallas de amorosos gatos;
Fuera de que, escribieron muchos sabios
De los que dice Persio que los labios
Pusieron en la fuente cabalina,
En materias humildes grandes versos.
Mira si de Virgilio fueron tersos,
Cuya princesa pluma fue divina,
Cuando escribió el *Moreto* que en la lengua
De Castilla decimos *Almodrote*,
Sin que por él le resultase mengua,
Ni por pintar el picador *Mosquito*.
Y ¿quien habrá que note,

Aunque fuese satírico Aristarco,
De Ulises el diálogo á Plutarco?
La calva en versos alabó Sinesio,
Gran defecto Tartesio,
Quiere decir que hay calvos en España
En grande cantidad, que es cosa extraña,
Ó porque nacen de celebro ardiente.
Y tambien escribió del transparente
Camaleon Demócrito,
Y las *cabañas rústicas* Teócrito,
Y tanta filosófica fatiga
Diócles puso en alabar el *nabo*,
Materia apenas para un vil esclavo,
El *rábano* Marcion, Fanias la *ortiga*,
Y la *pulga* don Diego de Mendoza,
Que tanta fama justamente goza.
Y si el divino Homero
Cantó con plectro á nadie lisonjero
La *Batracomiomaquia*,
¿Por qué no cantaré la Gatomaquia?
Fuera de que, Virgilio conocia
Que á cada cual su genio le movia.
Ya todo prevenido
Para el tálamo estaba,
Y el dia estatuido
La posesion llamaba
A la esperanza de los dos amantes:
Mas muchas veces con peligro toca
El vidrio lleno de licor la boca.
Alegres los vecinos circunstantes,
Convidados los deudos y parientes,
Y escrito á los ausentes,

Que en tales ocasiones mas atentos
Están á la verdad los cumplimientos.
Solo Marramaquiz, gato furioso,
Lamentaba celoso
Sus penas y cuidados
Por altos caballetes y tejados
En que su voz resuena,
Cual suele por las selvas Filomena,
Que ha perdido su dulce compañía,
Con triste melodía
Esparcir los acentos de su pena,
Trinando la dulcísima garganta,
Que á un tiempo llora y canta;
Ó como perro braco
Que ha perdido su dueño,
Ó flamenco ó polaco,
Que ni se rinde al sueño,
Ni el natural sustento solicita,
Aunque en cantar no imita
Al ruiseñor suave;
Que una cosa es el perro y otra el ave,
Y á cada cual su propio oficio cuadra,
Porque si canta el ave, el perro ladra.
Tenia ya Ferrato
En un zaquizamí curiosamente
La sala aderezada
De uno y otro retrato
De belicosa, cuanto ilustre gente;
Que las efigies son de los mayores
El mas heróico ejemplo,
De la perpetuidad glorioso templo;
Como se ven del Taborlan y Eneas

Y en Calvo el de las fuerzas giganteas,
En Juan de Espera en Dios y en Transilvano,
En Pirro griego y Scévola romano.
Allí estaba Gafurio,
Que ganó la batalla de las monas,
De grave gesto y de nacion ligurio,
Y otros gatos con cívicas coronas,
Navales y murales,
Y al laurel de los césares iguales.
No faltaban el Túmire y el Mocho,
Ni con el descolado Hociquimocho,
Que asistia en las salas del cabildo,
Y el armado Mufildo,
Mas de valor que acero,
Ni Garavillos, gato perulero.
Estaba el rico estrado,
De dos pedazos de una vieja estera
Hecha de barandilla,
De ricas almohadas adornado
En tarimas de corcho, y por de fuera
El grave adorno de una y otra silla,
Con tanta maravilla,
Que si un culto le viera
Es cierto que dijera
Por únicos retóricos pleonasmos:
Pestañeando asombros, guiñó pasmos.
Ya las sombras cayendo
De los mayores montes
A los humildes valles
Enlutaban los claros orizontes,
Y el mecánico estruendo
En las vulgares calles

Cesaba á los oficios;
Tráfagos y bullicios
Encerraba el silencio en mudos pasos;
Y á diferentes casos
La ronda y los amantes prevenian
Las armas que tenian,
Cuando á la luz huyendo la tiniebla
De alegres deudos el salon se puebla.
Vino Calvillo de fustan vestido
De patas de conejo guarnecido,
Gregüesco y saltambarca,
Mas amante de Laura que el Petrarca,
Por una gata de este nombre propio,
Aunque parezca en gatos nombre impropio:
Pero si llaman á una perra Linda,
Diana, Rosa, Fatima y Celinda,
Bien se pudo llamar Laura una gata,
De pie bruñido como tersa plata.
Maús de bocací trujo gregüesco,
Cuero de cordoban, gorron tudesco:
Y de negro con mucha bizarría,
Zurron, gato mirlado,
De medias y de estómago colchado:
Ranillos que bajó de Andalucía
De conejo en conejo
Por la Sierra Morena
A ver del Tajo la ribera amena,
Con el cano Alcubil, su padre viejo:
Gruñillos y Cacharro,
La nata y flor del escuadron bizarro:
Marrullos y Malvillo
Uno de raso azul y otro amarillo;

Garron, Cerote y Burro,
Gatos de un zapatero.
¿Mas para qué discurro
Con verso torpe y proceder grosero,
Cuando lo menos de lo mas refiero,
Si me aguardan las damas que aquel dia
Mostraron cuidadosa bizarría?
Vino Miturria bella,
Motrilla y Palomilla,
La flor de la canela y de la villa,
Y cada cual en la opinion doncella,
Cosa dificultosa:
Por eso es bien que la muger hermosa
Cuando honesta se llama
Tenga por obras el perder la fama:
Y entre todas fue rara la hermosura
De la bella y discreta Gatifura,
Y vestida de nacar Zarandilla,
La gata mas golosa de Castilla.
Ocupadas las sillas y el estrado,
Salió Trevejos, gato remendado,
Y sacando á la bella Gatiparda
Comenzaron los dos una gallarda
Como en París pudiera Melisendra;
Y luego con dos cáscaras de almendra
Atadas en los dedos, resonando
El eco dulce y blando,
Bailaron la chacona
Trapillos y Maimona,
Cogiendo el delantal con las dos manos,
Si bien murmuracion de gatos canos.
Mas ya, Musas, es justo

Que me deis vuestro aliento y vuestro gusto
Canoro si „ mas claro,
Que parezca de un nuevo Sanazaro:
Denme vuestros cristales en los labios,
Que de ignorantes me los vuelvan sabios,
Que Zapaquilda de la mano sale
De doña Golosilla, su madrina.
Saya entera de tela columbina,
De perlas arracadas
En listones de nacar enlazadas,
La cabeza de rosas primavera
Mas estrellada que se ve la esfera,
El blanco pelo rubio á pura gualda
Y un alma en cada niña de esmeralda,
De cuyos garabatos
Colgar pudieran las de muchos gatos.
Chapines de tabí con sus virillas,
Entre una y otra descubriendo espacios
De la roja color de los topacios,
De nuestra edad y siglo maravillas:
Que lo que ser solía
Un medio celemin con ataujía,
Un pirámide es hoy de tela de oro,
Y cuestan sus adornos un tesoro,
Que ponen miedo de casarse á un hombre,
Subiendo el dote á un número sin nombre,
Si piensa sustentar trage tan rico,
Sentóse al fin mirlándose de hocico,
Y prosiguió la fiesta de la danza
Contra la posesion de la esperanza,
¡Mas quien dijera que saliera incierta!
Marramaquiz entrando por la puerta

Vencido de un frenético erotismo,
Enfermedad de amor, ó el amor mismo,
Suspenso y como atónito el senado
De ver de acero y de furor armado
Un gato en una boda
Donde es propia la gala y no el acero,
Alborotóse todo:
Y Zapaquilda viéndole tan fiero
Humedeció el estrado, y con mesura
Comunicó su miedo á Gatifura,
Si bien consideraba,
Que entónces Mizifuf ausente estaba,
Porque solo esperaban que viniese,
Y que la mano práctica le diese,
De que ya la teórica sabia,
Que confirmase tan alegre dia.
En esta suspension todos turbados
Marramaquiz abrió los encendidos
Ojos, vertiendo de furor centellas,
Los dejó temerosos y admirados,
Imprimiendo esta voz en sus oidos
Al aliento feroz de sus querellas:
«Villanos descorteses,
Mas falsos y traidores
Que moros y holandeses,
Porque siendo fautores
No sois en las maldades inferiores:
Escuadron de gallinas,
Junta de gatos viles,
Que no de bien nácidos,
Bajos habitadores de cocinas
Entre asadores, ollas y candiles,

Donde, como á cobardes y abatidos,
La mas humilde esclava os apalea:
No trocando jamas la chimenea
Por la guerra marcial y sus rebatos,
Lamiendo lo que sobra de los platos,
Y durmiendo el invierno cuando eriza
Los cabellos el hielo
Revueltos en la cálida ceniza,
Hasta que ardiente el sol corona el cielo:
Yo soy Marramaquiz, yo soy, villanos,
El asombro del orbe,
Que come vidas y amenazas sorbe;
Aquel de cuyos garfios inhumanos,
Leon en el valor, tigre en las manos,
Hoy tiemblan justamente
Las repúblicas todas
Que desde el norte al sur por varios mares
Miran de Febo la dorada frente,
Y el que ha de hacer que tan infames bodas
Y con tantos azares
Sean las de Hipodamia,
Esta en vosotros resultando infamia.»
¡O Musas! este gato habia leido
A Ovidio, y por ventura
De la fábula de Hércules queria
El ejemplo tomar, pues atrevido
Hércules se figura,
Y los gatos Centauros que aquel dia
Murieron á sus manos,
Porque no fueron pensamientos vanos
Los de sus celos locos,
Pues de sus manos se escaparon pocos,

Llamándolos traidores Mauregatos:
Y levantando una cuchar de hierro
A eterno condenándolos destierro,
Fué Tamborlan de gatos,
Haciendo mas estrago su arrogancia,
Que en Cartago y Numancia
El Romano famoso.
A un gato que llamaban el Raposo,
Mas que por el color, por el oficio,
La cara que no tuvo reparada
Quitó de una valiente cuchillada,
Imposible quedando al beneficio:
Y de un reves que sacudió á Garrullo
Dió el último maúllo:
Cortó una pierna al mísero Trevejos,
Gran cazador de gansos y conejos:
Desbarató el estrado
Que pensaron guardar gatos bisoños
Con cuchares de palo por espadas,
Que de galas quedó todo sembrado,
Naguas, jaulillas, guantes, ligas, moños,
Rosetas, gargantillas y arracadas,
Chapines, orejeras y zarcillos:
Y porque defendió llegar Malvillos
A robar á la novia, dió dos cabes,
Como Hércules á Licas,
Y quebrando con él á dos boticas
Desde una claraboya
Cuanto componen purgas y jarabes.
Ni á vista de sus naves
Fué mas furioso Aquiles cuando en Troya
Le dijeron la muerte de Patroclo;

Ni con mazo ni escoplo
Tantas astillas quita el carpintero,
Como vidas quitó celoso y fiero;
Ni mas sangriento Nero
La mísera plebeya
Gente miró quemar desde Tarpeya.
En fin, llegando donde ya tenia
Zapaquilda la vida por segura
Le dijo: «tente, ¿donde vas perjura?»
Ella temblando respondió turbada:
«Huyendo el filo de tu injusta espada
Que se quiere vengar de mí inocencia
Con tan fiera insolencia,
Quitándome mi esposo:
Pero yo me sabré quitar la vida,
Polifemo de gatos.»
«Ojos hermosos siempre, y siempre ingratos,
(Le respondió furioso)
¿De esa manera hablais en mi presencia?
¡O gata la mas loca y atrevida!
Yo soy solo tu esposo, fementida.
Y al villano que piensa así sacarte
Con este casamiento, será parte
De estas enamoradas uñas mias,
Que vencen las Harpías;
Verás, si no me huye,
Y el bien que me quitó me restituye,
Como le mato, y desollando el cuero
Le vendo para gato de dinero.»
«Si tú (le respondió) mi dulce esposo
Me matares tirano,
Yo con mi propia mano

Me quitaré la vida.»
Furioso entonces sobre estar celoso,
De donde estaba ¡ay mísera! escondida,
Trasladóla á sus brazos inhumano,
Cual suele yedra á los del olmo asida
Trepar lasciva á la pomposa copa,
Vistiendo el tronco de su verde ropa
De verdes lazos y corimbos llena.
Así Páris robó la bella Helena,
Las naves aguardando en la marina;
Y así fiero Pluton á Proserpina.
Ella entonces llamaba
A Mizifuf á voces,
Que no la oía porque ausente estaba.
Al fin, tirando coces
Se le cayó un zapato:
Mas ni por eso se dolió el ingrato,
Viendo correr las lágrimas por ella;
Y él corriendo con ella,
Que ni deudo ni amigo la socorre,
La puso de su casa en una torre,
Como tuvo Galvan á Moriana:
Tal es del mundo la esperanza vana,
Porque quien mas en los principios fia,
No sabe á donde ha de acabar el dia.

SILVA VI.

Cuando el soberbio bárbaro gallardo
Llamado Rodamonte,
Porque rodó de un monte,
Supo que le llevaba Mandricardo
La bella Doralice,
Como Arïosto dice,
A diez y seis de agosto,
Que fué muy puntüal el Arïosto,
Cuenta que dijo cosas tan extrañas
Que movieran de un bronce las entrañas,
Prometiendo arrogante
No ver toros jamas, ni jugar cañas,
Aunque se lo mandasen Agramante,
Rugero y Sacripante,
Ni comer á manteles,
Ni correr sin pretal de cascabeles,
Ni pagar, ni escuchar á quien debiese,
Porque mas el enojo encareciese,
Ni dar á censo, ni tomar mohatra,
Ni pintar con el aspid á Cleopatra.
Y lo mismo decia cuando el rapto
De Helena fementida
El griego rey Atrida
Contra el pastor para traiciones apto,
Que dió en el monte Ida
En favor de Acidália la sentencia;
Que hay muchas en la Vera de Plasencia,
Que vienen mas tempranas,
Si las hacen los ojos

De juveniles bárbaros antojos:
Que aun no repara en canas
Esto que todos llaman apetito,
Y mas donde no tienen por delito
Que la santa verdad corrompa el premio.
Mas todo este proemio
Quiere decir en suma,
Aunque era campo de extender la pluma,
Lo que el valiente Mizifuf, oyendo
El suceso estupendo
Del robo de su esposa,
Helena de las gatas,
Dijo con voz furiosa,
Cuando galan venia á desposarse,
Tan imposible ya de remediarse:
De las tremantes ratas
Fugitivo escuadron con pies ligeros
Temeroso ocupó los agugeros:
Y arrojando la gorra,
Que fué de un ministril de Calahorra,
Hizo temblar la tierra,
A fuego y sangre prometiendo guerra.
Ferrato, ya perdida la esperanza,
Mesándose las barbas y cabellos
Blancos, que nunca blancos fueron bellos,
Culpaba su tardanza,
Porque las dilaciones
Pierden las ocasiones,
Porque en la calva tienen un copete,
Que solo se le coge el que acomete,
Porque aguardar á que la espalda vuelva
Es seguir un venado por la selva:

Que alcanzarle no fuera maravilla
Quien le fuera siguiendo por la villa.
Mizifuf la tardanza disculpaba
Con que lejos vivia
El zapatero que esperando estaba:
¡O cuantos males causa un zapatero!
Y que despues calzarle no podia,
Aunque los dientes remitiese al cuero,
Las botas justas que con calza larga
Era la gala entonces, que por fresco
Dicen autores que mató el gregüesco,
Por quitar la opresion de tanta carga.
¡O quien para olvidar melancolías,
De las que no se acaban con los dias,
Un gato entonces viera
Con bota y calza entera!
¿Pero donde me llevan niñerías
Que en Italia se llaman bagatelas;
Ingiriendo novelas
En tan funestos casos,
Mas dignos de Marinos y de Tasos,
Que de Helicona son solos y soles,
Que de mis versos rudos españoles?
Lloraba Mizifuf, lloraba fuego,
Que fuego lloran siempre los amantes,
Arrojando los guantes,
A quien los cultos llaman quirotecas,
(¡O bien hayan Illescas y Ballecas!)
Sin admitir un punto de sosiego,
Como en París el moro, en Troya el griego.
No suele de otra suerte pasearse
Quien tiene algun extraño desconcierto,

Sin que pueda apartarse
Del negocio que trata,
Pálido el rostro, de sudor cubierto,
Como ya por su honor, ya por su gata
Inquieto Mizifuf se condolia
Por dilatar de su venganza el dia.
En tanto pues que amigos y parientes
Consultaban el modo
Como acabar del todo
Agravios tan infames é insolentes;
Marramaquiz estaba
Solicitando el pecho
De Zapaquilda de diamantes hecho,
Que en la dura prision perlas lloraba
A guisa de la Aurora
Que parece mas bella cuando llora;
Que la muger hermosa,
Cuando baña la rosa
De las mejillas con el tierno llanto,
Aumenta la hermosura,
Si no da voces y en el llanto dura.
Marramaquiz en tanto
Produciendo concetos,
De su locura efetos,
Ya en prosa, ya en poesia,
Desvelado la noche, y triste el dia,
Se alambicaba el mísero celebro.
No dejaba requiebro
Que no imitase tierno á los orates,
Que el mundo amantes llama,
Y de la tierna dama
Amores y cariños,

Hasta los disparates
Que les dicen las amas á los niños
Cuando les dan el pecho las mañanas
Con intrínseco amor diciendo ufanas:
Mi rey, mi amor, mi duque, mi regalo,
Mi Gonzalo; mas esto solamente
Si se llama Gonzalo,
Porque fuera requiebro impertinente
Si se llamára Pedro, Juan ó Hernando:
Que convienen las flores con los frutos,
Y á las cosas tambien sus atributos.
Estaba el sol apenas matizando
Las plumas de las alas de los vientos,
Dando á los dos primeros elementos,
Esmeraldas al uno, al otro plata,
Cuando salia por su amada gata
Al soto de Luzon el triste amante,
Sin respetar al arcabuz tronante,
A buscar el gazapo entre las venas
De la tierra, que apenas
Salir al campo osaba,
Y de una manotada le pescaba.
No habia pez, ni pieza
De vaca en la cocina,
Que en volviendo Marina
A buscar otra cosa la cabeza,
No caminase ya por los tejados
Para el dueño cruel de sus cuidados,
Tan ligero, veloz, tan atrevido,
Que no paraba sin hacer ruïdo
Hasta sacar la carne de la olla,
Del asador la polla,

Aunque sacase, por estar ardiendo,
Ó pelada la mano ó con ampolla,
Fufú, fufú diciendo.
¡O amor! y cuantas veces
De la misma sarten sacó los peces
Sin cuchares de hierro, ni de plata,
Y la cruel á mas amor, mas gata!
«¿Es posible (decia
Con lastimosas quejas)
¡O mas dura que mármol á mis quejas,
(Porque el gato las églogas sabia)
Y al amoroso fuego que me enciende
Mas helada que nieve, Galatea!
Que de mi fuego el hielo te defiende
De ese pecho cruel; que me desea
La muerte, que antes sea
La de tu Adonis Mizifuf coburde,
Que gozarás, cruel, ó nunca ó tarde,
Que no te duelen tantas penas mias,
Ni el verte tantos dias
Cautiva en esta torre,
Que ni te viene á ver ni te socorre,
Que para aborrecerle te bastaba?
Micilda me buscaba,
Micilda me queria,
Por tí la aborrecia
Siendo gata de bien, siendo estimada
Por honesta doncella, y retirada
De amigas, de papeles y paseos,
Que clandestinos trazan himeneos.
¿Que no dejé por tí, que te has casado
Con un gato afrentado, que si fuera

Afrenta entre los hombres el ser gato,
Que la costumbre toda ley altera,
Solo éste fuera gato por ingrato?»
«No te canses (la gata respondia
Con ojos zurdos de Neron romano)
Marramaquiz tirano,
Que siendo como es justa mi porfía,
Ni he de temer tus daños,
Ni me podrás vencer con tus engaños.»
¿Que obstinacion, que furia
Te obliga, Zapaquilda, á tanta injuria?
Mira que la nobleza
De tu celoso amante,
Siendo tan arrogante,
A su misma cruel naturaleza
Se rebela teniéndote respeto,
Añadiendo al ser noble el ser discreto.
Este apóstrofe ha sido
Justamente advertido
A la gata cruel desamorada,
Por lo que á los retóricos agrada
Que adornan la oracion con voces puras,
Y sacan un retablo de figuras:
Que cuanto á mí, jamas me atravesára
Con gente de uñas y de mala cara.
Ya Mizifuf en casa de Ferrato
Juntaba deudos, procuraba amigos,
De su dolor testigos,
Acusando el cruel bárbaro trato
Del comun enemigo, que este nombre
Como al Turco le daba:
Y porque mas de su maldad se asombre,

El robo de su esposa exageraba:
Que cada cual en su dolor y pena
Hasta una gata puede hacer Helena.
Estando pues sentados en secreto
En el zaquizamí de su posada,
Dijo á la noble junta lastimada
Con triste voz de su desdicha efeto:
«Aquel justo conceto
Que de vuestro valor tengo formado,
Me excusa de retóricos ambages,
Amigos y pacientes,
Si estuvisteis presentes
A la dura ocasion de mi cuidado,
De que tan tarde me avisaron pages,
Que siempre llegan tarde los avisos
A los que son para su bien remisos;
¿Con qué podré moveros?
¿Con qué podré obligaros?
¿Ó qué podré deciros
Que pueda enterneceros,
Que pueda provocaros,
Si no son los suspiros
Medias voces del alma,
Cuando con el dolor la lengua calma?
Este, que aquí no explico,
Está diciendo el pálido semblante
Lo que con muda lengua significo,
Pues cuando mas la encumbre y adelante,
Mas corto he de quedar: que los enojos
Remiten la retórica á los ojos:
Que la muda tristeza muchas veces
El Demóstenes fué de la elocuencia,

Y mas donde son sabios los jueces,
Que excusan de captar benevolencia,
Pues no pudiera Grecia en su Liceo
Ver mas doctrina que en vosotros veo.
Todos Platones sois, todos Catones;
Mas podrá la razon que las razones.
Yo vine provocado de la fama
A ver de Zapaquilda la hermosura
Por alta mar del hado conducido,
Donde mis ojos encendió mi llama
Fuego de fenix que á los siglos dura
Opuestos á la muerte y al olvido.
Si fuí favorecido,
Si agradeció mi amor y pensamiento,
Bien lo dice el tratado casamiento,
Pues que nos veis con la ocasion perdida,
Ella sin libertad, y yo sin vida;
Cortés la quise sin violencia alguna,
Que nunca fué violenta la fortuna.
Cuando pagó mi amor, yo no sabia,
Como quien era gato forastero,
Que este tirano á Zapaquilda amaba.
Con esto la primera luz del dia,
Y con ella su cándido lucero
En mis ojos brillaba
Primero que en las flores,
A su ventana repitiendo amores.
Alli tambien en su primera estrella
La noche me buscaba divertido
Adorando las tejas,
De sus balcones rejas,
Y dulce elevacion de mi sentido;

Hasta que hablar con ella
Envidioso traidor y fementido,
Me vió en su celosía,
Donde probó mi amor su valentía.
Resultó la prision, y es tan villano,
Que ha engañado á Micilda,
Y dándola su fé, palabra y mano
De que será su esposo,
Siendo cumplirla el acto mas honroso,
Cuando me vió casar con Zapaquilda,
En afrenta de todos sus parientes
Y amigos que presentes
Estuvieron atónitos al caso,
Echando los mas graves por la tierra
Como estaban de boda y no de guerra,
Padeciendo mi sol tan triste ocaso,
Se la llevó con atrevido paso;
Celoso el corazon, la vista airada,
Hiriendo á quien delante se le puso,
Tanto que con Garraf de una guantada
Los botes y redomas descompuso
De un boticario que vivia en frente;
Y como de repente
En un perol cayese desde un banco,
Todo lo revistió de ungüento blanco;
Vertió una melecina,
Y paró medio muerto en la cocina,
En ocasion tan dura,
En ocasion tan triste,
Que es mármol quien las lágrimas resiste.
Mas quiero epitomar mi desventura:
Mi esposa me han robado,

Sin honra estoy:: » Aquí si no fué mengua
Fué el silencio la voz, los ojos lengua,
Porque la grave pena
Cortando la razon dejóle mudo.
Enternecióse el ínclito senado
Haciendo propia la desdicha agena,
Luego que vió que proseguir no pudo.
Y respondió Panzudo,
Un gato venerable de persona,
Aunque pelado de cabeza estaba,
Cosa que á muchos buenos acontece:
Si bien esto no fué lo que parece,
Cuando á un amante viene la pelona;
Mas golpe que le dió cierta fregona
Que de un menudo que lavar pensaba
Cuando menos atenta la miraba
Asido del principio de una tripa,
Que á la vista las manos anticipa,
Le fué desenvolviendo hasta el tejado
Como cordel de un cabo y otro atado,
Del ovillo de sebo el laberinto:
Y cada cual de todos participa
De este dolor como si propio fuera,
Dijo con el semblante mesurado
En prudentes palabras desatado:
«Con justa causa Mizifuz espera
Verse favorecido,
Y vengado tambien del atrevido
Que le robó su esposa;
Fatal desdicha de muger hermosa.»
Y respondió Tomillo,
Propia razon de gato mozalbillo:

«Por mí ya lo estuviera,
Porque con estas uñas se la diera.»
Pero Zurron que le miraba en frente,
Le dijo: «Con un gato el mas valiente
Que han visto los tejados de esta villa
Mejor es, á la usanza de Castilla,
Escribirle un papel de desafío.»
«No es ese el voto mio,
(Garrullo replicó) ni que se intente
Venganza de victoria contingente:
Que siempre ha estado en varias opiniones
Si ha de haber desafío en las traiciones.
Soy de voto que tome el agraviado
Un arcabus, y aguarde
Al gato mas valiente, ó mas cobarde,
Castigo del que vive descuidado
Sin miedo del que agravia,
Y propio efecto de la noche oscura.»
«Si se pudiera ejecutar segura,
Fuera venganza sabia,
(Dijo Chapuz valiente,
Gato de buenas partes)
Mas son tantas las artes
De ese Marramaquiz, gato insolente,
Que no dará ocasion que se ejecute
Por mucho que la noche el rostro enlute;
Y de mi parecer mejor seria
Querellarse del robo y castigalle
Por términos jurídicos, y dalle
Muerte que corresponda á la osadía.»
«Dirán que es cobardía
(Trevejos replicó) ni esa querella

Está bien al honor de una doncella,
Que es ponèr su defensa en opiniones,
Que se averigua mal con las razones
Aquello que la causa pone en duda;
Y no hay para mugeres lengua muda:
Que ha dado el mundo en bárbaras querellas
No pudiendo excusar el nacer de ellas.
Pleitos aun no son buenos para gatos,
Porque es gastar la vida y la paciencia:
No hay que tratar de tratos ni contratos,
Ni andar en pruebas ni esperar sentencia;
Si aquesta injuria ha de quedar vengada
Remítase á la pólvora ó la espada.»
«Bien dice (respondió Raposo, haciendo
Debido acatamiento al gran Senado)
Trevejos, y no es justo,
Aunque se apruebe lo que estais diciendo,
Y quede á vuestro gusto sentenciado,
Que deis al pueblo gusto
Al teatro sacando neciamente
Un gato con capuz y caperuza:
Y no menor locura que se intente,
No siendo Mizifuf el moro Muza,
Tratar de desafios
Con quien sabeis que tiene tantos brios.
Perdóneme Zurron, Chapuz perdone,
Y aunque la edad le abone,
Me perdone Panzudo
Si de su parecer mi intento mudo:
Que el mio es juntar gente
Para tan grave empresa conveniente,

Y formando escuadrones
De caballos y armada infantería,
De toda la parienta gatería,
Hacer guerra al traidor, cercar la tierra,
Y asestándole tiros y cañones
Batirle la muralla noche y dia,
Hasta saber que gente le socorre:
Porque si el campo Mizifuf le corre
Y el sustento le quita,
El que deje la plaza necesita;
Ó en forma de batalla
Asalta la muralla,
Él se dará á partido,
Ó le castigareis siendo vencido.
Sacad banderas, pues, tóquense cajas
Haciendo las baquetas
Los pergaminos rajas,
Terciad las picas, disparad cometas:
Que así cobró su esposa en Troya el Griego
Publicando la guerra á sangre y fuego.»
Calló Raposo; y luego del Senado
El voto conferido,
En la guerra quedó determinado,
Por ser de todos el mejor partido,
Mas justo y mas honroso.
Y dando Mizifuf, como era justo,
Los brazos y las gracias á Raposo,
Brotando humor adusto
A hacer la leva de la gente parte.
Perdona, Amor, que aquí comienza Marte,
Y sale Tesifonte

A salpicar de fuego el horizonte:
Suspende entre las armas los concetos:
Pues das la causa, escucha los efetos.

SILVA VII.

Al arma toca el campo Mizigriego,
Contra Marramaquiz, gato troyano:
Violento sube, aunque oprimido en vano,
A la region elementar el fuego:
Inquietan de los aires el sosiego,
Con firme agarro de la uñosa mano,
Banderas que con una y otra lista
Trémulas se defienden á la vista,
No permitiendo, pues no dejan verse,
Que las colores puedan conocerse;
Respondiéndose á coros
Las cajas y los pífanos sonoros,
Y al paso que se alternan,
Siguiendo el son marcial los que gobiernan.
Y luego los soldados
De acero y de ante y de valor armados,
Agujas del cabello por espadas,
Y solo descubriendo las celadas,
Por delante mostachos,
Y por detras plumíferos penachos,
Marchando con tal órden que la planta
Donde el que va delante la levanta
Estampa el que le sigue,
Sin que el baston del capitan le obligue.
Y al son de las trompetas resonantes
Las picas á los hombros los infantes,

En quien la variedad y los colores
Formaban un jardin de varias flores;
A la manera que el abril le pinta
En cultivada quinta.
Las picas de los bravos marquesotes
De varas de medir y de virotes,
Y ya de los plebeyos
Baquetas de Babiecas y Apuleyos,
Sin escuadras gallardas
Que llevaban en forma de alabardas
Aquellos cucharones
Con que suelen sacar alcaparrones,
Y con las palas como medias lunas
Las sabrosas de Córdoba aceitunas:
Córdoba, donde nacen andaluces
Góngoras y Lucanos;
Y encendidas las cuerdas en las manos,
No de Milan dorados arcabuces
Llevaba la lucida infantería,
Mas de huesos de piernas de carnero,
Que gatos de uno y otro pastelero
Trujeron á porfia,
Que no fueron de gato de ventero
Sospechosos en tales ocasiones;
Y de huesos de vaca los cañones
Para batir la torre.
Con esto Mizifuf el campo corre,
Y pone cerco al muro
Armado de un arnes cóncavo y duro
De un galápago fuerte,
Que sin salir de sí le halló la muerte.
La cabeza adornada

De un sombrero de falda levantada,
De un trencellin ceñido,
El pasador y hebilla guarnecido
Con pluma verde ascura,
Señales de esperanza con tristeza,
Aunque la justa causa la asegura.
Con tanta gentileza
Al caballo arrimaba
La estrella de la espuela,
Y con la negra rienda le animaba
A la obediencia del dorado freno
De espuma y sangre lleno,
Que sin tocar los céspedes volaba.
No es nuevo el ver que vuela,
Pues que pinten con alas al Pegaso
Volando por las cumbres del Parnaso,
Y vemos en Orlando el Hipogrifo,
Monstruo compuesto de caballo y grifo.
Mas si dudáre alguno de que hubiese
Caballos tan pequeños,
Pareciéndole sueños,
Y á la naturaleza le quisiese
Quitar de milagrosa el atributo,
Aunque sea sin fruto,
La tácita objecion quedará llana
Con irse de aquí á Tracia una mañana,
Que esté desocupado
De los negocios de mayor cuidado;
Y verá los Pigmeos
Que en la region de Trogloditas feos
Tambien los pone Plinio,
Que hizo de estos montes escrutinio,

Y en las lágunas del egipcio Nilo
Otros autores por el mismo estilo,
Que escriben que trayendo de Etiopia,
Donde hay bastante copia,
Dos Pigmeos á Roma (gente grave)
Se murieron de colera en la nave.
Homero les da patria al mediodia,
Con su intérprete Eustacio;
Mela, de Arabia en el ardiente espacio:
Que el Sol Fenix mayores monstruos cria,
Puesto que aunque confiesa tales nombres,
Aristóteles niega que son hombres.
Ni en su ciudad de Dios pasó en olvido
El divino Africano los Pigmeos,
Y Juvenal *Umbrípedes* los llama,
Sin otros que han negado y defendido
Esta opinion que divulgó la fama.
Pero pues pintan monstruos semideos,
Que por los montes van de rama en rama,
Las poéticas trullas,
Diciendo que batallan con las grullas,
No será mucho que haya semihombres.
Estos con cierta patria y ciertos nombres
En la misma region caballos tienen
De donde nuestros gatos se previenen:
Que á hacer de solo un codo
Hombres naturaleza,
Como pintor que muestra la destreza
A un naipe todo un cuerpo reducido,
Y los caballos no del propio modo,
Mayor monstruosidad hubiera sido
De su instrumento ilustre y poderoso:

Que mal pudiera andar hombre muñeca
En el lomo espacioso
De un gigante babieca;
Asi que, la objecion no es de provecho,
Pues queda el argumento satisfecho.
Demas que el lector puede, si quisiere,
Creer lo que mejor le pareciere;
Porque si se perdiese la mentira,
Se hallaría en poéticos papeles,
Como se ve en Homero describiendo
A la casta Penélope, que admira,
Por los amantes necios y crueles
Tejiendo y destejiendo,
Sin dejarla dormir de puro casta:
Y lo contrario para ejemplo basta,
Haciendo deshonesta
Virgilio á Dido Elisa por Eneas,
Como le riñe Ausonio;
Aunque logró tan falso testimonio,
Menos las aguas que pasó Leteas,
Donde escribió Merlin con cuales iras
Castigan al poeta sus mentiras.
Mas vuelve, ¡o Musa! tú, para que pueda
Ayudarme el favor de tu gimnasio:
Que para lo que queda,
Aunque parece poco,
Al señor Anastasio
Pantaleon de la Parrilla invoco,
Porque de su tabaco
Me dé siquiera cuanto cubra un taco.
Marramaquiz, aunque lo supo tarde,
Habia hecho alarde

De sus gatos amigos,
Y halló que para tantos enemigos
Era su gente poca;
Mas como la defensa le provoca,
Las armas al asalto prevenia,
Supuesto que tenia
Poco sustento para cerco largo.
Y cuidadoso de su nuevo cargo,
Mas triste y desabrido
Que poeta afligido,
Que ha parecido mal comedía suya,
Ó bien la de su cómico enemigo,
Andaba por la torre;
Y viendo que su esposo la socorre,
Zapaquilda mas llena de aleluya,
Mas alegre, contenta y mas quieta
Que aquel mismo poeta,
Si ha parecido mal, siendo él testigo,
La del mayor amigo.
Prevenido en efeto
De toda defension y parapeto,
Sacó sus gatos animoso al muro,
Por todas las almenas y troneras,
Vestido de banderas;
Que en alto de diversos tornasoles
Eran entre las nubes arreboles;
Y coronado de diversos tiros,
Soldados de valor y archimargiros
Opuestos á la furia del contrario.
Como se mira altivo campanario
De aldea, donde hay viñas,
Para bajar despues á las campiñas,

Cubierto por el tiempo de las uvas
Del escuadron de tordos,
Que en aquella sazon están mas gordos
Cuando los labradores
Limpian lagares y aperciben cubas:
Asi la negra cúpula tenia
De soldados de tiros y atambores
No menos valerosa gatería.
Quien viera el pie que el escuadron ceñia
De Mizifuz, y el chapitel armado
De uno y otro gatífero soldado,
Dijera, que tal vista no fue vista
De Dário ni de Jerjes,
Ni tanto perdigon haciendo asperjes
En ninguna conquista,
Ni la vió Scipion, ni el rey Ordoño,
Como en Cartago aquel, éste en Logroño;
Y aunque entre la de Ostende;
Pero sin *nobis domine* se entiende.
Ver tanto gato negro, blanco y pardo
En concurso gallardo
De dos colores y de mil remiendos
Dando juntos maúllos estupendos,
¿A quien no diera gusto,
Por triste que estuviera,
Aunque perdido injustamente hubiera
Un pleito, que es disgusto
Despues de muchos pasos y dineros
Para leones fieros?
Prevenidos en fin para el asalto,
Mueven á sobresalto
Los ánimos valientes

Las retumbantes cajas,
Previenen uñas y acicalan dientes,
Calando juntas las celadas bajas,
Que en las frentes bisoñas
Mas eran de sarten que de Borgoñas.
Pero en silencio los clarines roncos,
Que sonaban á modo de zampoñas,
Puesto á la márgen de unos verdes troncos,
Que no importa saber de lo que fueron,
De pies en uno Mizifuf bizarro,
Cuando del sol el carro,
Que Etontes y Flegon amanecieron,
Atras iba dejando el medio dia,
Dijo á su belicosa infantería,
Que atenta le escuchaba,
Que aunque era gato, Ciceron hablaba:
«Generosos amigos,
De mis afrentas y dolor testigos,
La honra que los ánimos produce
A tan ilustre empresa me conduce:
Esta sola me anima:
Quien no sabe que es honra, no la estima.
Miente el que dijo y miente el que lo estampa,
Que *un bel fugir tutta la vita scampa*;
Pues mejor viene ahora
Que *un bel morir tutta la vita honora*.
Es la virtud del hombre
La que le inclina á los ilustres hechos:
Digna es la fama de valientes pechos:
Hoy habeis de ganar glorioso nombre:
Ninguna fuerza, ni amenaza asombre
El que teneís de gatos bien nacidos:

Que estos viles alardes,
(Porque en siendo traidores son cobardes),
Ya estan medio vencidos
Con solo haber llegado á sus oídos
Que yo soy quien os guia.
A Anibal preguntó Scipion un dia,
Que cual era del mundo el mas valiente;
Y él respondió feroz con torva frente:
Alejandro el primero,
El segundo fue Pirro, y yo el tercero:
Si entonces yo viviera,
Cuarto lugar me diera.
Al arma, acometed, yo voy delante,
Y el no tener escalas no os espante;
Que no son necesarias las escalas,
Si en vuestra ligereza teneis alas.»
Dijo: y vibrando un fresno en la uñosa
Mano, al muro arremete,
Y con él mata siete,
Maús, Zurron, Maufrido, Garrafosa,
Hoziquimocho, Zambo y Colituerto,
Gatazo que de roja piel cubierto,
Crió la mondonguífera Garrida,
Aunque toda su vida
Mas enseñado á manos y cuajares
Que á nobles ejercicios militares.
Mas son tan eficaces las razones
Formadas de los ínclitos varones,
Como Alciato escribe, cuando asidos
Llevaba de una cuerda de los labios
El Anfitrioníades Alcides
Cuantos hombres prestaban los oidos

A la elocuencia de los hombres sabios.
Pero ya los agravios
De Mizifuf la guerra comenzaban:
Ya los gatos trepaban
La torres por escalas de sus uñas,
Mas fuertes garabatos,
Que los de tundidores y garduñas:
Ya por la piedra entre la cal metidas,
Sin estimar las vidas,
Subian gatos y bajaban gatos,
Los unos como bueyes agarrados,
Que clavan en las cuestas las pezuñas,
Los otros como bajan despeñados
Fragmentos de edificio que derriban,
Que de su mismo asiento se derrumba.
A cual sirven de tumba,
Despues que del vital aliento privan,
Las losas que le arrojan;
A cual de vida y alma le despojan
En medio del camino.
No despide en oscuro remolino
Mas balas tempestad de puro hielo,
Que bajan plomos de la torre al suelo.
Alli murió Galvan, alli Trevejós,
Que le acertó la muerte desde lejos,
Dándole con un cántaro en los cascos,
Y otros con ollas, búcaros y frascos.
Así suelen correr por varias partes,
En casa que se quema, los vecinos
Confusos sin saber á donde acudan.
No valen los remedios ni las artes.
Arden las tablas, y los fuertes pinos

De la tea interior el humor sudan:
Los bienes muebles mudan
En medio de las llamas:
Estos llevan las arcas y las camas,
Y aquellos con el agua los encuentran,
Estos salen del fuego, aquellos entran:
Crece la confusion, y mas si el viento
Favorece al flamígero elemento.
Mas como el alto Júpiter mirase
Desde su Olimpo y estrellado asiento
La batalla cruel de sangre llena,
Temiendo qué quedase
En competencia tan feroz y airada
La máquina terrestre desgatada,
Justo remedio á tanto mal ordena:
«Dioses, no es justo (dijo) que la espada
Sangrienta de la guerra
Se muestre aquí tan fiera y rigurosa,
Aunque es la misma de la griega hermosa;
Y que muertos los gatos, esta tierra
Se coma de ratones.
Porque se volverán tan arrogantes,
Que ya considerándose gigantes,
No teniendo enemigos de quien huyan,
Y el número infinito disminuyan,
Serán nuevos Titanes,
Y querrán habitar nuestros desvanes.»
Con esto luego envía
De oscuras nieblas una selva espesa,
Y la batalla cesa
Revuelto en sombras de la noche el dia.
Y desde aquel con inmortal porfía

Los unos y los otros prosiguieron,
Aquellos en la ofensa,
Y estos en la defensa:
Pero durando el cerco, no tuvieron
Remedio, ni sustento los cercados,
Tanto que á Zapaquilda desfigura
La hambre la hermosura.
Vueltas las rosas nieve,
Por onzas come, por adarmes bebe:
Marramaquiz, que ya morir la via,
Con amante osadía,
Pero sin que le viesen los soldados,
Salió por un resquicio á los tejados
De una tronera que en la torre habia,
Para coger algunos pajarillos.
Iba con él Malvillos,
Que á este solo fió su atrevimiento,
Y por partir la caza y el sustento:
Y estando ¡o dura suerte!
Acechando á la punta de un alero
Un tordo que cantaba,
La inexorable Muerte,
Flechando un arco fiero
Traidora le acechaba.
¿Que prevenciones, que armas, que soldados
Resistirán la fuerza de los hados?
Un príncipe que andaba
Tirando á los vencejos,
¡Nunca hubiera nacido,
Ni el aire tales aves sostenido!
Le dió un arcabuzazo desde lejos:
Cayó para las guerras y consejos,

Cayó súbitamente
El gato mas discreto y mas valiente,
Quedando aquel feroz aspecto y bulto
Entre las duras tejas insepulto:
Pero muerto tambien como era justo
A las manos de un Cesar siempre augusto.
Llevó Malvillos pálido la nueva,
Que de su fe y amor llorado en prueba
Se mesaban las barbas á porfía,
Como tudescos, muerto el que los guia;
Mas deseando verse satisfechos
Del sustento forzoso,
Rindieron las almenas y los pechos
Al héroe sin victoria victorioso:
Y Mizifuf con todos amoroso,
Porque le prometieron vasallage,
Hizo luego traer de su bagage
Con mano liberal peces y queso.
Alegre Zapaquilda del suceso
Mudó el pálido luto en rico trage,
Dióle sus brazos y á su padre amado,
Y el viejo á ella en lágrimas bañado,
Y para celebrar el casamiento
Llamáron un autor de los famosos,
Que estando todos en debido asiento,
En versos numerosos
Con esta accion dispuso el argumento,
Dejando alegre en el postrero acento
Los ministriles, y de cuatro en cuatro,
Adornado de luces el teatro.

SONETOS BURLESCOS.

I.

Caen de un monte á un valle entre pizarras
Guarnecidas de frágiles helechos
A su margen carámbanos deshechos,
Que cercan olmos y silvestres parras.
Nadan en su cristal ninfas bizarras
Compitiendo con él cándidos pechos,
Dulces naves de amor, en mas estrechos
Que las que salen de españolas barras.
Tiene este monte por vasallo á un prado,
Que para tantas flores le importuna
Sangre á las venas de su pecho helado.
Y en este monte y líquida laguna,
Para decir verdad como hombre honrado,
Jamas me sucedió cosa ninguna.

II.

Si entré, si ví, si hablé, señora mia,
Ni tuve pensamiento de mudarme,
Máteme un necio á puro visitarme,
Y escuche malos versos todo un dia:
Cuando de hacerlos tenga fantasía
Dispuesto el genio para no faltarme,
Cerca de donde suelo retirarme
Un ministril se enseñe á chirimía.
Cerquen los ojos que os están mirando
Legiones de poéticos mochuelos,

De aquellos que mormuran imitando.
¡O si os mudasen de rigor los cielos!
Porque no puede ser, (ó fué burlando)
Que quien no tiene amor, pidiese celos.

III.

Como si fuera cándida escultura
En lustroso marfil del Bonarrota
A Páris pide Venus en pelota
La debida manzana á su hermosura:
En perspectiva Palas su figura
Muestra, por mas honesta, mas remota,
Juno sus altos méritos acota
En parte de la selva mas oscura.
Pero el pastor á Venus la manzana
De oro la rinde mas galan, que honesto,
Aunque saliera su esperanza vana.
Pues cuarta diosa en el discorde puesto
No solo á tí te diera, hermosa Juana,
Una manzana, pero todo un cesto.

IV.

¿Que estrella saturnal, tirana hermosa,
Se opuso en vez de Venus á la luna,
Que me respondes grave é importuna
Siendo con todos fácil y amorosa?
Cerrásteme la puerta rigurosa
Donde me viste sin piedad alguna,
Hasta que á Febo en su dorada cuna
Llamó la aurora en la primera rosa.

¿Que fuerza imaginó tu desatino,
Aunque fueras de vidrio de Venecia
Tan facil, delicado y cristalino?
Ó me tienes por loco, ó eres necia;
Que ni soberbio soy para Tarquino,
Ni tú romana para ser Lucrecia.

V.

Como suele correr desnudo atleta
En la arena marcial al palio opuesto
Con la imaginacion tocando el puesto,
Tal sigue á Dafne el fúlgido planeta:
Quitósele al coturno la soleta,
Y viéndose alcanzar, turbó el incesto
Vuelto en laurel su hermoso cuerpo honesto,
Corona al capitan, premio al poeta.
Si corres como Dafne, y mis fortunas
Corren tambien á su esperanza vana
En seguirte anhelantes é importunas:
¿Cuando serás laurel, dulce tirana?
Que no te quiero yo para aceitunas,
Sino para mi frente, hermosa Juana.

VI.

Juana, mi amor me tiene en tal estado,
Que no os puedo mirar cuando no os veo:
Ni escribo, ni manduco, ni paseo
Entre tanto que duermo sin cuidado.
Por no tener dineros no he comprado
(¡O amor cruel!) ni manta, ni manteo:

Tan vivo me derrienga mi deseo
En la concha de Venus amarrado.
De Garcilaso es este verso, Juana,
Todos hurtan, paciencia, yo os le ofrezco:
Mas volviendo á mi amor, dulce tirana,
Tanto en morir y en esperar merezco,
Que siento mas el verme sin sotana,
Que cuanto fiero mal por vos padezco.

VII.

Lazos de plata y de esmeralda rizos
Con la yerba y el agua forma un charco
Haciéndole moldura y verde marco
Lirios morados, blancos y pajizos;
Donde tambien los ánades castizos
Pardos y azules con la pompa en arco,
Y palas de los pies parecen barco,
En una selva, habitacion de erizos.
Hace en el agua el zéfiro inquieto
Esponja de cristal la blanca espuma,
Como que está diciendo algun secreto;
En esta selva, en este charco en suma...
Pero por Dios que se acabó el soneto:
Perdona, Fabio, que probé la pluma.

VIII.

Soberbias torres, altos edificios,
Que ya cubristes siete excelsos montes,
Y agora en descubiertos horizontes
Apenas de haber sido dais indicios:

Griegos Liceos, célebres hospicios
De Plutarcos, Platones, Genofontes,
Teatro que lidió rinocerontes,
Olimpias, lustros, baños, sacrificios;
¿Que fuerzas deshicieron peregrinas
La mayor pompa de la gloria humana,
Imperios, triunfos, armas y doctrinas?
¡O gran consuelo á mi esperanza vana,
Que el tiempo que os volvió breves rüinas,
No es mucho que acabase mi sotana!

IX.

Egloga.

Al pie del jaspe de un feroz peñasco
Pelado por la fuerza del estío,
Dosel de un verde campo, tan sombrío
Que contra Febo le sirvió de casco:
Damon con su rabel, y al lado el frasco,
Para cantar mejor en desafio,
Y Tirsi, claro honor de nuestro rio,
Con un violin de cedro de Damasco:
Jüez Eliso, que de un verde pobo,
A falta de laurel, premios tejia,
Zéfiro haciendo de los ecos robo;
Mas cuando Tirsi comenzar queria,
Ladró Melampo, y dijo Antandro: ¡al lobo!
Y el canto se quedó para otro dia.

X.

Aura suave y mansa que respiras
En el clavel de Juana, y las lucientes

Hebras de sus mejillas transparentes
Con blando soplo esparces y retiras:
¿Por qué á la rosa y al jazmin aspiras
Desde el coro de perlas de sus dientes,
Pudiendo reparar mis accidentes,
Cuando en su dulce anhélito suspiras?
El humor de sus labios purpurantes
Para criar aromas bebe Apolo
Del alba ministrado en los diamantes:
Porque respira tan fragante Eólo,
Que ganára un millon tratando en guantes,
Pues fueran de ambar con el soplo solo.

XI.

¡Tanto mañana y nunca ser mañana!
Amor se ha vuelto cuento, ó se me antoja:
¿En qué region el sol su carro aloja
Desta imposible aurora tramontana?
Sígueme inutil la esperanza vana,
Como ave zorrera, ó mula coja,
Porque no me tratára Barbarroja
De la manera que me tratas, Juana.
Juntos Amor y yo buscando vamos
Esta mañana ¡o dulces desvaríos!
Siempre mañana, y nunca mañanamos:
Pues si vencer no puedo tus desvíos,
Sáquente cuervos destos verdes ramos
Los ojos, . . pero no, que son los mios.

XII.

Luciente estrella, con que nace el dia,
Que el oscuro crepúsculo interpreta,

Alma venus gentil, luz que sujeta
Cuanto mortal naturaleza cria:
Dulce dispara á la enemiga mia
Flecha sutil en forma de cometa:
Asi de trino estés con el planeta,
Que parece español en la osadía.
Si sales á la tarde en el safiro,
Purpúreo ya, si al alba en oro y grana,
Siempre me ves en un mortal suspiro:
¡O dulce hasta del cielo envidia humana!
Pues siempre al lado de tu sol te miro,
Tú á mí jamas al de mi hermosa Juana.

XIII.

Picó atrevido un átomo viviente
Los blancos pechos de Leonor hermosa;
Granate en perlas, arador en rosa,
Breve lunar del invisible diente.
Ella dos puntas de marfil luciente
Con súbita inquietud bañó quejosa,
Y torciendo su vida bulliciosa,
En un castigo dos venganzas siente.
Al espirar la pulga dijo: ¡ay triste!
¿Por tan pequeño mal dolor tan fuerte?
¡O pulga, dije yo, dichosa fuiste!
Deten el alma, y á Leonor advierte,
Que me deje picar donde estuviste,
Y trocaré mi vida con tu muerte.

NOTICIAS

DE LOPE DE VEGA.

Nació en Madrid en 25 de noviembre de 1562. Desde sus primeros años dió indicios del feraz ingenio que debió á la naturaleza; y niño componia versos que trocaba por juguetes de sus condiscípulos. A los doce años habia ya estudiado las Humanidades, y era diestro en todos los adornos de una educacion liberal como la danza, la música y la esgrima. Viéndose huérfano y desvalido, entró primeramente en la familia de D. Gerónimo Manrique, obispo de Avila; y despues sirvió de secretario al duque de Alba. Fue casado dos veces, y á la muerte de su segunda muger se hizo presbítero, y entró en la Congregacion de sacerdotes naturales de Madrid. Su vida hasta entonces atenida á lo que le producian sus comedias y sus demas escritos, y agitada con las vicisitudes de su fortuna inquieta, tomó una situacion mas sosegada, y su reputacion y su gloria llegaron á la mayor altura á que puede aspirar un escritor. La fertilidad singular de su ingenio y la muchedumbre inmensa de sus obras ocupaba y espantaba la imaginacion de sus contemporáneos que le miraban como un prodigio. Tenido por un oráculo, las gentes se paraban á verle y señalarle por las calles; venian muchos á Madrid por solo conocerle, y para calificar una cosa de buena se adoptó generalmente el modo antonomástico de decir que *era de Lope*. El papa Urbano VIII le escribió una

carta de su puño confiriéndole el grado de doctor en teología, y dándole el hábito de San Juan en agradecimiento del poema *La Corona trágica* que le habia dedicado. Sus riquezas no fueron menores que su fama, y él vivia con opulencia en la misma calle en que Cervantes, casi desconocido, pasaba una vida ociosa y pobre. Vivió hasta el año de 1635 en que murió á la violencia de una enfermedad aguda, de 73 de edad: y su entierro se hizo con la mayor solemnidad y pompa á costá del duque de Sesa su testamentario. Sus obras, sin contar las dramáticas, que á juicio de sus contemporáneos llegaron á cerca de dos mil, componen diez y nueve tomos en 4.º de la edicion que Sancha ha publicado en nuestros dias.

OBSERVACIONES

LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

CANCION Á FELIPE II. — Con motivo de las fiestas que este Monarca celebró en la canonizacion de San Diego, el poeta le vaticina el mismo honor, y hace su apotéosis en vida, al modo que Horacio y Virgilio hicieron la de Augusto, el uno al frente de las Geórgicas, y el otro en varias de sus odas. No examinaremos aqui si las cualidades de aquel Rey merecian semejante alabanza, y si ésta por inmodesta y excesiva no debió ser usada por Lupercio, ni menos consentida y aceptada de Felipe. Estas son cuestiones que pertenecen á la moral y á la historia, y nosotros aqui no somos mas que humanistas.

Prestándonos pues como tales á la intencion y objeto del poeta para calificar su composicion, vemos que la idea principal que le sirve como de base es tan grande como sencilla, y que el autor la desenvuelve y enriquece con particular maestría. Estas ceremonias, le dice, con que celebras á un santo, no son mas que el preludio de las que despues se harán contigo cuando seas puesto en el número de ellos: la Iglesia te pondrá en sus altares. ¿y cual será la insignia con que allí resplandecerás? ¿Será la espada, será la oliva? ¿Te invocará el soldado en el combate, el labrador en el campo, el navegante en la tormenta, los senadores en sus concilios? Pero antes de esto vivirás felices años, propagarás la justicia, la paz, y la verdadera religion en el mundo, conquistando el santo sepulcro y venciendo la idolatría. Este es

el plan de la obra, desnudo de su poesía, y se ve la oportunidad que ofrece para ensalzar al héroe cuyo aplauso se propone el escritor, y como se vienen espontáneamente á enlazar con la idea principal las virtudes del Monarca, sus altos hechos, su gloria entre los hombres, y la veneracion y culto que de ellos ha de recibir despues: todo subordinado á la intencion religiosa y caracter de santidad que deben dominar en un poema, escrito con motivo de la canonizacion de un santo, y que Lupercio no pierde nunca de vista, dando asi un ejemplo excelente de unidad y variedad.

En la invencion pues y en el artificio poético, esta obra es un modelo digno de ser muy estudiado por la juventud. La série de pensamientos y de imágenes con que el asunto está desempeñado es tambien digna de todo aplauso. *Tú enseñado á escuchar humanos ruegos*, es un pensamiento perfectamente aplicado á un Rey, que solo abandona su trono en la tierra para ocupar otro en el cielo, y que por ello no deja de oir las plegarias de los hombres sirviéndoles de protector y amparo. La estancia tercera es todavía mejor, y la vida el movimiento y el alboroto, por decirlo asi, que hay en aquellos versos, *O si cuando la trompa, &c.* rompen tan felizmente el paso grave y magestuoso de la cancion, que este trozo ha sido justamente aplaudido en todos tiempos de los inteligentes, y aun al menos versado en estos estudios le hacen una agradable y viva impresion en la fantasía y en el oido.

Es lástima que tan bella y excelente poesía esté salpicada con algunos versos bajos y vulgares, tales como estos:

Nuestra madre santísima te ofrece—
Tendremos dos Filipos y dos Diegos—
Lo que hoy estás haciendo,

y otros de igual llaneza que son pura prosa. No sé tampoco si está absolutamente bien traida la semejanza de Felipe II con Gedeon; y el recuerdo de la insignia del Toison de Oro que el Rey lleva

al pecho, podrá á algunos parecer ingenioso, pero no es ciertamente ni bello ni oportuno.

ODA Á LA ESPERANZA. — Si la cancion anterior nos da en su movimiento y en sus formas el caracter grave y magestuoso que Petrarca imprimió en la poesía toscana, esta oda nos recuerda la poesía latina en la gracia y armonía del ritmo, en lo florido del estilo, en la frescura y viveza de los colores, y en la sencillez de la invencion. Parece que se oye á Horacio sacar de unas cuantas imágenes, traidas con oportunidad y acabadas con esmero, una conclusion moral que deja satisfecha la razon al paso que halagada la fantasía. De los cuatro ejemplos con que el poeta ameniza y adorna la idea principal, no se sabe cual elegir, por lo bien concluidos que estan todos: yo sin embargo me inclinaria al primero: hay en él mas música, mas calor, y allí está el mejor verso de la oda:

Cuando su yerta barba escarcha cubre.

SÁTIRA CONTRA LA MARQUESILLA. — Las costumbres de un pueblo consideradas generalmente y en abstracto, no son otra cosa que el conjunto de las opiniones y hábitos de cada familia; y la historia, que no juzga por lo comun á los hombres sino por sus actos públicos, no se interna en lo secreto de las casas para buscar en las acciones privadas de los individuos el origen de la moral pública. De este examen y oficio se han encargado la comedia y la sátira, la una poniendo en accion las costumbres para reformarlas con el espectáculo de su movimiento, su contraste y sus extravíos, la otra zahiriéndolas ya con el azote del escarnio, ya con el rayo de la indignacion. En España como en Roma la sátira nació de la comedia; y asi como allá Plauto y Terencio precedieron á Horacio y Lucilio, aqui tambien la Celestina y demas dramas compuestos á su ejemplo precedieron á Mendoza, los Argensolas, Quevedo y demas satíricos de los siglos posteriores. Los dos hermanos son sin duda los príncipes de es-

de género entre nosotros ; y esta sátira contra la Marquesilla es una de las mas célebres que tenemos, dirigida á poner de manifiesto los vicios de estas mugeres perdidas, que seducen y corrompen la juventud, devoran los patrimonios y destruyen la paz de las familias. Se cree bastante generalmente que hubo realmente una dama cortesana de aquel nombre, en quien plugo á Lupercio acumular todos los golpes de su invectiva, y á quien atribuyó todos los rasgos característicos del vicio que se propuso castigar. Como quiera que sea, el pincel de Argensola siempre puro y decente sabe correr por un asunto tan ocasionado y difícil, sin rozarse jamas con una imágen obscena, ni tropezar con una palabra torpe. Su obra tan suelta y festiva como natural, es un dechado de documentos indirectos para precaver la juventud de los viles artificios, de la avaricia sórdida, y del infame y disimulado libertinage. La ironía que reina en ella es tan sostenida como amarga, y sus versos corren con la fluidez de un rio que sin tropiezo y sin estorbo se desliza por una pendiente suave. Otros poetas nuestros se han ejercitado en el mismo argumento, entre ellos Jáuregui en su sátira

Bien pensarás, ó Lidia engañadora,

y Quevedo en la que empieza

Pues mas me quieres cuervo que no cisne,

pero ninguno de ellos le ha tratado con la superioridad que Lupercio. Jáuregui, culto y urbano como siempre, y menos prolijo, es débil y frio: Quevedo mas libre y mordaz, es al mismo tiempo infinitamente menos puro y delicado. Esta sátira, en fin, seria perfecta en su clase por el tono, por la versificacion, y por la facilidad y maestría de su desempeño, si no se debilitase algun tanto por su excesiva extension. El asunto limitado al aspecto en que el poeta le concibe, no valia la pena de emplear tantos versos en él.

Est brevitate opus ut currat sententia, neu se
Impediat verbis lassas onerantibus aures.
HOR.

SONETOS. — El magisterio con que los dos hermanos manejaban la lengua, la versificacion y la rima, en nada se manifiesta mejor que en estas composiciones, cuyo mérito depende menos del fondo mismo y riqueza de las cosas, que del artificio y distribucion de sus formas, y de la limpieza de su ejecucion. Asi es que en esta parte ellos, y principalmente Lupercio, son los que mas se han acercado á la perfeccion, y de cuando en cuando la alcanzan.

Los que aqui se presentan son todos sobresalientes, y algunos de ellos reputados por clásicos. Señálase el primero en delicadeza de pensamientos y en vivacidad de afectos, y por lo mismo es mas de sentir que decaiga en el último verso, por lo vago é incierto de la sentencia, y por lo desagradable de los sonidos.

Que todo es facil si en la fe se fia.

¿Donde tenia Lupercio sus oidos cuando deja este *fa, fe, fi*, como acento de conclusion en un poemita tan bello?

SONETO SEGUNDO. — Execracion bien elocuente y graduada del dia en que su dama se retiró para siempre de su comunicacion y de su trato. Hay en él un verso que desdice, y es el segundo, por su forma prosáica, y por ser una alusion erudita, que en tal caso toca en pedantesca. Pero aqui el defecto es menos importante que en el anterior; porque cayendo al principio, no destruye el efecto general de la obra, y todo se compensa con la valentía del último terceto.

SONETO TERCERO. — Descripcion natural y bella de la vida rural: conclusion felicísima: obra perfecta en el estilo templado.

SONETO CUARTO. = Aunque escrito en un tono mas cómico que lírico, es de los mas celebrados de Lupercio por su ingeniosidad, y puede tambien decirse que por su filosofía. La conclusion es débil, y aun contradictoria con el intento del poeta: pero ¿quién no admira la feliz alusion al azul cielo, *que ni es cielo, ni es azul?*

SONETO QUINTO = En la ejecucion nada hay que pedir á este soneto tan hermoso como célebre; pero se desearia mas conexion entre el cuadro del último terceto, y la rica y elegante descripcion que le precede: falta pues aquí el enlace que debe haber entre las partes de una composicion para qué formen un todo. *Denique sit quod vis, simplex duntaxat et unum.*

SONETO SEXTO. = Este es el mejor de los seis, y no se ponderará nada aunque se diga que es el mejor de la poesía castellana. La idea principal, los accesorios que la enriquecen, la bella distribución de las partes, la energía de la expresion, la excelencia de los versos, todo es admirable, y hace que este pequeño poema entre en el cortísimo número de aquellos que desesperan por su perfeccion. Si Lupercio no hubiese escrito, ó no tubiésemos de él mas que estos catorce versos, formaríamos de su talento una idea infinitamente mayor que la que resulta de sus demas composiciones.

O á algun avaro en el angosto lecho
Haz que temblando con sudor despierte.

Este *angosto lecho*, este *sudor*, este *temblor* no tienen por su fuerza y por su viveza nada que los iguale en las demas obras del poeta, ni que las exceda en castellano.

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA.

La sátira y la epístola fueron el campo en que con mas frecuencia y mejor fortuna ejercitó su

talento este escritor. Uno y otro género suelen muchas veces confundirse entre sí, carecen, propiamente hablando, de invencion, y no tienen un estilo que les sea propio y peculiar. Los poetas usan de la mayor libertad en esta parte, y toman á su arbitrio el tono que les conviene, ya alto, ya llano, ya florido, ya austero; y á todo se les autoriza con tal que instruyan, y sobre todo con tal que agraden é interesen. Y es claro que esto no puede conseguirse sino á fuerza de sabiduría en el fondo, de nervio y eleccion en los pensamientos y en la sentencia, de variedad en su paso y movimiento, y de importancia y gravedad en el objeto que se proponen. De manera que, siendo esta poesía al parecer tan facil, es en realidad la mas ardua, y son muchos menos los que han sobresalido en ella, que en los otros géneros á quienes se han prescrito reglas mas determinadas y severas.

Tenia sin duda el menor Argensola muchas de las dotes propias para aventajarse en ella, y de hecho se adquirió un lugar que nadie le puede disputar en nuestro Parnaso. Con menos fantasía poética, y menos sensibilidad que su hermano, poseía mas doctrina, miras mas grandes, y mas gravedad de pensar: por lo mismo, siendo mucho menos á propósito que él para la poesía elevada y para la patética, en la moral é instructiva le llevaba conocida ventaja, y pudo subirse á un lugar mas eminente. Tres son las composiciones que se han puesto aqui para muestra de su talento, y son una sátira sobre las pretensiones, en el género de Horacio, otra sobre los vicios de la corte, mas parecida al de Juvenal, y por último una epístola en que se dan algunos preceptos de poética.

SÁTIRA PRIMERA. — Bajo el pretexto real ó fingido de justificar el poeta su indolencia para pretender empleos y dignidades, hace la censura, no solo de los diferentes estados y profesiones á que pudiera inclinarse, sino tambien de los modos de conseguirlas. Supone para ello un coloquio con su

musa en que ella le incita á que abrace una vida mas activa, y vaya á Roma ó á la corte á solicitar algun empleo; y él se defiende manifestando los peligros que hay en ello, y lo opuesto que es á su genio y á sus costumbres. El plan de la obra trazado de este modo es sencillo y natural, y las diferentes censuras que contiene entran en él con oportunidad y conveniencia. Primero sienten directamente el azote los letrados, procuradores, curiales, doctores, simoníacos y usureros; y despues se ponen de manifiesto las malas consecuencias del retiro literario y filosófico en los individuos y en los estados; y con este motivo recuerda la ruina del imperio griego, la indiferencia de las potencias cristianas que le vieron caer, el saqueo de Siracusa y la muerte de Arquimedes, trozos todos de resalto y convenientemente tratados, especialmente los dos primeros. Por último, el poeta disculpándose de no ir á Roma ni á la corte, hace la pintura de los inconvenientes de una y otra residencia, y con el ejemplo de Icaro y el bello apólogo del labrador, que encuentra la urna de cenizas, concluye demostrando los peligros de la ambicion, y en lo que vienen á parar sus ilusiones.

A juzgar no solo por el argumento sino por el desempeño, podria creerse esta sátira una de las primeras obras del autor. Ni los versos ni el estilo tienen aquella seguridad y magisterio que en sus demas composiciones: por manera que la ejecucion, aunque no carece de mérito, no corresponde enteramente á la juiciosa disposicion del todo, ni á la gravedad y seso que hay generalmente en las ideas. Hay en ella tambien el defecto tan frecuente en los dos hermanos que es el de la prolijidad. El pasage por ejemplo en que Euterpe le concede que se distraiga con los libros, podia sin perjuicio, ó mas bien con ventajas del efecto, ser mucho mas corto: tres ó cuatro autores bien caracterizados eran mas á propósito que tantos como allí trae. La respuesta del poeta sobre su ida á Roma, donde en vez de *afilar memoriales para herir á los datarios*, él promete

ocuparse en las antigüedades de aquella capital del orbe, es tan oportuna como ingeniosa y picante; pero se debilita no poco con la extension que el autor da á los objetos de sus investigaciones, que ocupan nueve tercetos, sobrando con la mitad. Por fortuna el defecto está compensado con el rasgo que termina todo el pasage donde el poeta entra con destreza y fuerza en el tono que conviene á su propósito:

Y el ánimo inflamado en esta historia,
Lo libraria del tiempo que ahora corre
Con la dulzura de mejor memoria.

La expresion sin duda es algo vaga, tal vez obscura; pero el golpe no por eso es menos enérgico ni fuerte.

En un códice de poesías antiguas que pertenece á la exquisita y curiosa librería de mi caro amigo el señor don Agustin Duran, se halla tambien esta sátira con el principio algo diferente del que tienen las impresas. Dice asi:

¿Tales consejos das, Euterpe mia?
Cierto que me has dejado de manera
Que no sé si te llore ó si te ria.
Si esta bajeza en Grecia se supiera,
En Beocia á lo menos, su linage
Que se preció de noble, ¿qué sintiera?
Pero como tu patria es hospedage
De todas las mentiras y marañas,
Tú griega en todo sino en el lenguage;
Sin duda que te burlas ó me engañas,
O ya mi condicion se te ha olvidado
Que te mostró en un tiempo las entrañas.
¿Cuando á pleitos me viste aficionado? &c.

El autor sin duda la corrigió despues, y el sentido está mejor en las impresas, aunque el cuarto terceto todavía quedó algo penoso.

SÁTIRA SEGUNDA. — Esta composicion dirigida á un amigo para desaconsejarle que envie sus

hijos á la corte en un tiempo en que no está acabada su educacion, ni ellos arraigados en la virtud, es un ejemplo que confirma lo que se ha dicho arriba, de no necesitar la sátira de particular mérito en la invencion, ni de artificio en el plan. En la forma de una simple contestacion epistolar, y sin mostrar grande esmero en el orden y graduacion de los objetos que succesivamente pasan por la imaginacion del poeta, á fuerza de color en el estilo, de belleza y fluidez en los versos, de seso y dignidad en los pensamientos, sabe cautivar nuestra atencion, y gana nuestro interés de una manera viva y sostenida. En ninguna obra suya ha mostrado Bartolomé tanta fuerza de pincel, ni ha vertido tantas de aquellas expresiones enérgicas y felices que se gravan en el ánimo, y ponen como una señal de hierro ardiente sobre los vicios que castigan. En esta parte se acerca muchas veces á Juvenal á quien sigue, y si no le alcanza siempre, no es por falta de vigor ni de talento, sino por la diferencia de costumbres, de épocas y profesion en los dos satíricos; no siendo lícita ni conveniente en un eclesiástico español toda la libertad á que se abandona el latino. Y sin embargo, ¡cuantos versos, cuantas expresiones, de que este se honraria, sobresalientes, ó por su facilidad, ó por su poesía, ó por su fuerza!

Sepa ser dulce y si conviene amargo—
Y en figura de ninfas son harpías—
Al panal de sus labios inexperto
Corrió para lograr la miel primera,
Con risa del que sabe lo mas cierto—
El agraz virginal de las alumnas
En las prensas arroja aun no maduro—
Entre mil estropeados capitanes,
Que ruegan y amenazan todo junto
Cuando nos encarecen sus afanes.
Los vivanderos gritan, y en un punto
Cruzan entre los coches los entierros,
Sin que á dolor ni á horror mueva el difunto.

Este mismo argumento ha sido tratado por Juvenal en la sátira tercera bajo la persona de su amigo Umbricio, que se retira de Roma por no poder aguantar su confusion ni sus vicios; por Boileau que en su primera obra supone á un escritor huyendo de París por lo mismo; y por el inglés Juan Donne, en cuyas dos sátiras rejuvenecidas por Pope se zahieren y azotan directamente la corrupcion y desórdenes de Lóndres. Pueden unas y otras compararse con la obra española, y de su cotejo resultará tal vez que Juvenal tiene mas fuerza, y abarca mayor número de objetos; que Boileau propende mas á la sátira literaria, como que era su verdadero elemento; que el escritor inglés tiene mas novedad y energía en los pensamientos, aunque con alguna incongruencia y confusion; pero que el autor español desempeña con mas tino el objeto que se propone, y vence por ventura á los otros en despejo y perfeccion.

¿Qué dijera el severo Tertuliano
A vista de costumbres tan inicas?

Alusion al tratado *de cultu fœminarum*, escrito por aquel autor eclesiástico.

EPÍSTOLA. = Si en vez de contentarse con dar algunos preceptos poéticos, como á la ligera y sin particular intencion, se hubiera propuesto Argensola dar una teoría y completa enseñanza del arte; por el modo magistral con que está desempeñado este ensayo, hubiéramos tenido desde entonces una obra en que aprender, y que pudiese entrar á prueba con las mas aventajadas que en esta clase han ilustrado despues la literatura de otras naciones. Doctrina sana y escogida, tino el mas acertado, gusto exquisito, estilo despejado y ameno, siempre ingenioso y frecuentemente pintoresco, tercetos excelentes por donde quiera, son las calidades que se notan en esta bella obra, la mas perfecta en mi opinion de cuantas compuso Bartolomé. Todo es aqui bueno ó excelen-

te, y por esó no hay cosa particular que escoger: sobresalen sin embargo por la razon superior que los ha dictado, y por la gracia en que están escritos, los pasages en que se trata del uso de la rima, del gusto de hacer versos latinos, y del respeto que se debe á las reglas. Nadie presumiria por cierto que un tan gran rimador se declarase contra los consonantes; que el discípulo de Andres Scoto y corresponsal de Lipsio se burlase de los versificadores latinos, y que un escritor tan regular y tan medido se explicase con indiferencia, y aun con poco respeto acerca de los preceptos, y considerase en algun modo independientes de ellos el ingenio y la belleza.

FRAGMENTO. — Está sacado de la epístola que empieza

Con tu licencia, Fabio, hoy me retiro.

y es una traduccion libre del apólogo con que Horacio termina su admirable sátira de los votos. Nada hay que advertir sobre la manera diestra y facil con que la traduccion está desempeñada, y hasta el menos instruido conoce que Horacio se explicaria asi á escribir en tercetos castellanos. Pero es fuerza dar razon de una mudanza que se ha hecho en el terceto noveno, el cual en todas las ediciones está del modo siguiente.

Que royendo unos tronchos se abstenia
De lo bueno y repuesto, porque el hijo
Se acreditase con la demasía.

¿Quien es este hijo que se ha de acreditar con la demasía? Semejante idea ni se liga con las que estan antes, ni con las que estan despues. Horacio se contenta con decir: *Dapis meliora relinquens*, para mostrar la cortesía del raton campesino que deja lo mejor del banquete para su huesped. Decir que Argensola no entendió el sentido de su original, es un despropósito: decir que puso esa expresion obscura y forzada como ripio para

llenar un terceto, tampoco es creible en un autor tan hábil. Ha parecido pues preferible variar el terceto segun se halla en el códice ya mencionado del señor Duran, donde si no exento de toda objecion, el sentido á lo menos está claro y es mas digno de Argensola.

D. ESTEVAN MANUEL DE VILLEGAS.

IDILIO. — De todos nuestros poetas imitadores Villegas es el que menos se parece en gusto y en estilo á los modelos que sigue. El contínuo manejo que en sus estudios poéticos hacia de Horacio, Anacreonte, Teócrito, Tibúlo y Catúlo, parece que debiera inspirarle unos principios mas sanos de diccion; y que la naturalidad, la verdad y la sencillez fuesen las dotes mas recomendables de sus escritos, como lo son tan eminentemente en aquellos escritores. Pero generalmente no es asi, y Villegas sea que imite, sea que traduzca, siempre pone en sus versos el sello de su independencia y travesura juvenil, de su propension á la novedad, y de una afectacion viciosa de que no le pudieron salvar tan bellos dechados, ni tampoco los sanos preceptos que en esta parte pudo recibir de su maestro Argensola.

Ejemplo notable de esto es la composicion presente, imitacion libre, mas bien que traduccion del idilio sexto de Teócrito. En él cantan dos vaqueros, uno bajo el nombre del gigante Polifemo, y otro en el de un rústico que le incita á aprovecharse de las muestras de amor que le está dando Galatea. Compárese la ejecucion de unos mismos pensamientos é imágenes entre los dos poetas, y se verá que el español no se contenta nunca con la idea ó cuadro que le presenta su módelo, sino que le comenta y extiende á su manera; resultando de este esfuerzo continuado que los colores bellos, ingénuos y naturales del escritor griego se conviertan frecuentemente por el español en una iluminacion viciosa llena de oropel, de exageracion y artificio.

Cinco versos emplea Teócrito en la introduc-

cion de su idilio, cuyo sentido literal, segun la traduccion latina publicada por Heinsio, es el siguiente:

Damœtas et Daphnis bubulcus in unum locum
Gregem olim, o Arate, compulerunt: erat verò alter eorum
Rufus, alter semibarbis: ad fontem autem quendam ambo
Sedentes, medio die æstivo, talia canebant.
Prior porro cœpit Daphnis; quoniam et prior provocaverat.

esto, expresado en versos fáciles y sonoros, como son generalmente los de Teócrito, bastaba para la exposicion de un poema tan corto, y en que por otra parte los interlocutores no hacen mas que cantar objetos y pasiones en que no estan personalmente interesados. Las tres octavas que para lo mismo emplea Villegas desdicen de esta economía juiciosa, y faltan al equilibrio y conveniencia de la composicion. Yo no negaré que se lean con bastante agrado por su elegante y numerosa construccion, y por la poesía de estilo que hay en ellas; pero este lujo poético es aqui importuno, y sobre todo es opuesto al caracter del poeta que Villegas se propuso dar en castellano.

Aun es mayor y menos perdonable la licencia que se toma con el otro pasage, tan imitado despues por todos los poetas bucólicos, en que Polifemo recomienda su figura, segun se la habia presentado el mar en un dia sereno.

Certè nuper in mare inspexi: erat autem tranquillitas;
Et pulchra quidem mihi barba, pulchra verò hæc una pupula
(Ut à me judicabatur) videbatur. Dentium porro
Nitorem candidiorem, quam parius lapis est, mare ostendebat.

Quiso Villegas dar mas color y bizarría de expresion á este pensamiento, lo cual no era malo si acertára á hacerlo con la cordura que convenia. Mas prescindiendo de aquella comparacion importuna y desconcertada con el ciervo á quien llama *céfiro ganchoso*; ¿qué quieren decir estos versos con los que ha querido exornar el *pulchra mihi barba*?

No peino crin, ni cejas alcoholo;
Pero de barba y crin hago un torrente,
Que desgajado por espalda y pecho,
Con ser inmenso mar, les vengo estrecho.

¡Enorme barba por cierto! pero esto es figurar una monstruosidad en un estilo mas monstruoso todavía.

No llevemos mas adelante la severidad de la crítica, y dejando á un lado la comparacion con Teócrito, y la poca conveniencia con el caracter pastoril, de que adolece generalmente la composicion española, pongamos la atencion en el brio con que está ejecutada, en lo gratas que son sus octavas al oido, y en las imágenes felices, vivas y naturales de que estan engalanadas. Por ejemplo estas:

Con cuanta desnudez, con cuanto agrado
Del pecho de cristal perlas derrama,
Y con su boca de coral te llama.—
Y ella se lanza al mar, y él la rastrea—
Y yo por mas encarecer su yerro
Hago al descuido que la ladre el perro.

si á esto se añade una cierta novedad de pincel, que en medio de su extrañeza tiene un no sé que de agradable, se conocerá la clase de atractivo que tiene este idilio para ser gustoso en la lectura, y recomendarse poderosamente á la estimacion.

ODAS PRIMERA Y SEGUNDA. — Diversas en gusto y en caracter una y otra, muestran las felices disposiciones del autor, y la flexibilidad de su talento. La primera por su ritmo, por sus galas, y aun por los resabios de mal gusto, pertenece propiamente al caracter español. La segunda parece griega, no solo por el metro, sino por la pureza del gusto, por la gracia, por la elegancia, y por la sencillez del pensamiento único que le sirve de base: prueba manifiesta de que no era el talento lo que le faltaba á Villegas para seguir pun-

tualmente á sus modelos, sino la inclinacion y el gusto. Tiene esta oda segunda la particularidad de ser los primeros buenos sáficos que se han hecho en castellano, y el ensayo mas feliz de las imitaciones métricas en que se ejercitó nuestro poeta. Otros le han seguido en esto con mas ó menos acierto segun han sabido escoger su asunto, y dar á sus composiciones la conveniente extension: porque ni este metro es bueno para todos los argumentos líricos, ni tampoco sufre ser empleado en poemas algo dilatados: hasta aquí las odas sáficas que han hecho mas fortuna son las mas cortas. El mismo Villegas en sus sáficos á la Paloma, Cadalso y Melendez en varias odas, y algun otro mas, han querido suplir con el asonante ó con la rima la perfeccion de la prosodia exacta que no les era asequible; pero hasta ahora estos ensayos no han sido felices: sea por falta de tino, sea por falta de oido, sea que el metro no se preste á ello.

CANTILENAS Y ANACREÓNTICAS.—Era por cierto bien grande el talento del escritor que á los catorce años sabia crear un género de poesía que no se conocia en su pais, y dotándole de gracias propias y nativas, aprovechar, para enriquecerla con una libertad frecuentemente feliz, las bellezas que encontraba en los autores antiguos que leía. Villegas entre nosotros es el creador de la cantilena, y el padre de la anacreóntica, y no ha habido despues quien le siga tolerablemente en la primera, pocos son los que le han igualado en la segunda, y ninguno le ha hecho ni es facil que le haga olvidar ni en una ni en otra. No porque no se hayan compuesto versos de esta clase, mas puros sin duda, mas exquisitos y delicados que los suyos: Melendez tiene asi mil; pero en ningunos está impreso tan bien el caracter anacreóntico como en los de Villegas: ningunos presentan tanta unidad y sencillez en la composicion, tanta libertad y travesura en el movimiento, tanta gracia y suavidad en los números.

Al son de las castañas
Que saltan en el fuego,
Echa vino, muchacho,
Beba Lesbia y juguemos.

Se leerán cien odas que quieran expresar el regocijo y la alegria de una noche de invierno, sin que entre todas acierten á producir la sensacion viva y agradable que dan de sí estos cuatro versos, donde se ve á la musa anacreóntica bailar, saltar y reir. Echese la vista por todas las composiciones de Villegas en este género, y se verá que una imagen risueña, un sentimiento apacible ó festivo, un requiebro, una agudeza, le bastan para formar su obra en que siempre campea el muchacho libre, independiente, amigo del placer, y lleno de donaire y de alegria, que vuela sobre todo, sin pararse en nada, sin cansar jamas. ¿Quien es el que no ha leido deliciosamente y aprendido cuando joven la bellísima cantilena del pajarillo, la lucha del amor y la abeja en el rosal, la sorpresa del amor por Lidia, y otros poemitas semejantes, ya propios, ya imitados de Anacreonte? ¿Quien despues no los recuerda y repite con gusto, y se siente alegrar y rejuvenecer con ellos como si se echase un brindis con un licor espirituoso y restaurante? Buscar en estas composiciones juveniles y ligeras los equívocos, los retruécanos, las antítesis viciosas y demas defectos con que el autor á veces las resabia; examinar si el lírico de Teyo está traducido con puntualidad, y conservado en su primitiva pureza; sujetar en fin estas flores delicadas de la fantasía al examen severo y menudo de la crítica, sería inoportuno y pedantesco por demas. Manosearlas asi es ajarlas y destruirlas. ¿No son sumamente agradables? ¿Que les falta pues?

LOPE DE VEGA.

LA CIRCE.—Podria este poema considerarse como un estudio feliz hecho por nuestro poeta so-

bre Homero, si como tomó de él la invencion, los acontecimientos y los personages, tomára tambien el color, la correccion y el caracter: debió Lope en esta ocasion al autor de la Odisea el mérito de una narracion bastante fluida y despejada, exenta de las extravagancias y extravíos que se encuentran frecuentemente en otras obras suyas de igual clase. Pero nada está mas lejos del estilo de Homero que el estilo de su imitador; y Lope en esta parte, con una libertad que los adoradores del padre de la poesía griega llamarán sacrilegio, y los partidarios del escritor castellano bizarria, hace suyo todo cuanto toma de lo antiguo, salpicándolo á veces con el mal gusto de su tiempo, y debilitándole otras con una llaneza de diccion que toca en trivialidad y prosaismo; pero vigorizándolo y adornándolo no pocas con las galas propias de su talento fácil, afectuoso y brillante. Homero por ejemplo se riyera de compasion al ver á su discípulo decir para designar el tiempo que duró el sitio de Troya

Diez veces nuestra argólica milicia
Sobre Troya miró flechando á Clotho,
Y otras tantas al toro de Fenicia
Pacer estrellas al celeste soto;

pero envidiára quizá, ó por lo menos se agradaria infinito de la ternura y suavidad que respiran estos versos del llanto de Galatea sobre la muerte de Acis

Ya no saldré del mar como solia
Al regalado son de tus amores:

ó de la gracia y frescura de color que hay en estos otros

Como se suele abrir pimpollo en rosa
Primera risa del luciente dia.

ó en fin con la fuerza y resolucion que hay en estos, cuando Ulises, despues del piadoso oficio

Hecho á la sombra de los manes frios,
Al rededor oyó tristes clamores,
Que daban en los cóncavos vacíos
Viéndose de la luz habitadores:
Luego buscó los infernales rios
En cuya margen vió sierpes por flores,
Por árboles tambien espinos secos,
Y le dieron terror los tristes ecos.

Sería fácil multiplicar los ejemplos de talento y de mal gusto, de acierto y de extravío; pero estos pocos bastan á nuestro propósito. Lo que sí es preciso advertir es cuan lejos está tambien Lope de su modelo en la parte del diálogo. Todos sus personages son prolijos cuando hablan, y ademas de esta falta de economía hay otra mayor que es la de conveniencia; no distinguiéndose los discursos de la narracion ni en las formas ni en el ornato, y pareciéndose sus héroes, por los sentimientos y las ideas que expresan, mas bien á españoles del tiempo de Lope, que á griegos del tiempo de Homero. No sé sin embargo si á veces se le podria perdonar esta falta de decoro en gracia de las bellezas originales que presenta. Léase, por ejemplo, el pasage en que Ulises ruega á Circe que le dé licencia para partir; y el que no se ofenda mucho de la afectacion y de los hipérboles que de cuando en cuando le afean, lejos de reprobar la libertad que se ha tomado el poeta español, admirará el artificio con que toda la escena está pensada, el calor y la ternura que la animan, y su desenlace moral, saliendo victoriosos el amor y fidelidad conyugal de la seduccion y hálagos de la encantadora.

Se han hecho algunas cortas supresiones en diferentes partes del poema; unas por obscuras, otras por insufribles en estilo, y otras por ser digresiones inoportunas que molestan y fatigan. El lector que quiera apreciar debidamente la razon de estas alteraciones podrá cotejar la CIRCE, tal como se da aquí, con la misma obra inserta en el

tomo 3.° de la coleccion de Lope publicada por Sancha.

CANCIONES. — Muestras de lo que Lope acertaba á hacer cuando sabia aprovechar la inspiracion de un buen momento. Su poesía es aquí fluida, lozana, numerosa y sobremanera simpática y agradable. En la primera, cuyo argumento es tan comun, los pensamientos son naturáles y convenientes, y la expresion lo es tambien; siendo este elogio de la libertad y retiro campestre, el que despues de la oda de Luis de Leon *Que descansada vida*, obtiene el lugar mas preferente en la antigua poesía castellana. Á juzgarse por la admirable facilidad de la ejecucion, mereceria sin duda el primero: parece leyéndola que no ha costado mas trabajo que el de escribirse; tan espontaneamente salen unas de otras las ideas de las ideas, las imágenes de las imágenes, los sonidos de los sonidos.

Mi regalada cama
De blandas pieles y hojas
Que algun Rey la envidiára,
Y de ti, fuente clara,
Que bullendo el arena y agua arrojas,
Estos cristales puros;
¡Sustentos pobres, pero bien seguros!

Nótese aqui la destreza con que está vencida la dificultad de rimar *arrojas* con *hojas*, y que nueva belleza sabe procurarse el poeta al mismo tiempo de superarla. El único lunar de esta cancion es la obscuridad de que adolece la segunda estrofa.

Mas nueva y poética en su argumento y en su disposicion es la cancion segunda, aunque mucho menos esmerada en versos y en estilo. Pudo acaso Lope tener presente al trazarla la linda oda de Anacreonte en que pinta su combate con el Amor, pero no por eso su poema deja de ser tan original como ingenioso, al paso que su cuadro es mucho mas grande y de mas fuerte combi-

nacion. Todo está encontrado con el instinto mas feliz; la hora, el sitio, la soledad, los dos concurrentes, tan diferentes entre sí en trage, en fuerza y en edad, tan iguales en el orgullo de sus pretensiones; lo que dicen, lo que hacen, la apariencia súbita de aquella celestial hermosura que completa la victoria del Amor; en fin aquel carro triunfal á que son atados el arrogante guerrero y sus despojos, todo conspira felizmente á desenvolver la idea moral que se propuso el autor bajo esta sencilla alegoría, y á hacer poético su desempeño.

CANCION TERCERA. — Imitacion tan diestra como agradable de la oda de Horacio *Audivere Lyce*, y muy superior por su facilidad, dulzura y fluidez á cuantas imitaciones y traducciones se han hecho en castellano de aquella composicion latina.

CANCION CUARTA. — Era tenida en tanto por su autor, que la citó en la segunda parte de la Filomena como una de las célebres canciones que le habian adquirido crédito en el mundo. Tiene sin duda bastante mérito en los pensamientos, en la armonía, y en la frescura de los colores; aunque siempre flaquea, ya por algunas figuras incoherentes y de mal gusto, ya por las negligencias indispensables en la precipitacion con que trabajaba el autor. Muchos poetas se han ejercitado antes y despues en el mismo asunto, sobresaliendo entre todos Metastasio en su célebre cancion de *La libertad á Nice*; y á estar seguros de que aquel escritor conocia las obras de Lope, pudiéramos decir que la tercera estrofa de la oda española le habia dado el gérmen de las mejores de la suya. Los símiles son los mismos; pero en la nuestra no estan mas que indicados; mientras que en la italiana estan desenvueltos con la mayor belleza y maestría.

HIMNO. — El único ejemplo de esta versificacion que he encontrado en nuestros poetas, y que

tiene un mérito particular por su gracia y plenitud. Se halla en la *Dorotea*, y el autor le da el nombre de sáficos y adónicos, sin duda por la semejanza que tiene con ellos la combinacion de versos largos y cortos en la estrofa; porque ciertamenmente por el metro no era posible que así los llamase. Al halago de los sonidos reune esta composicion mucha propiedad y oportunidad en los pensamientos, mucha elegancia y aun fuerza en la expresion, y una poesía exenta de los vicios que frecuentemente afean el estilo de Lope.

ESTANCIAS. — Idilio original, invencion ingeniosa, disposicion dramática y verdaderamente poética, octavas dulces y sonoras. La ejecucion á la verdad no es tan pura, ni tan facil como en el himno; pero es preciso no ser muy escrupulosos en cuanto á correccion cuando se leen las obras de Lope. ¿Que no se perdona por otra parte á las bellezas de sentimiento y de gracia que hay esparcidas por todo el poema, al tono de melancolía y ternura que reina en él, á aquellos ecos tan felices *Visteis por dicha, ninfas, — Aqui vimos, responden*, en fin á una conclusion tan delicada y tan oportuna?

ODAS Á LA BARQUILLA. — En ningunas composiciones ha mostrado Lope mas libertad é independencia de caracter poético que en estas: no se sabe á qué género referirlas; odas por la forma y por el metro, alegorías en su título, elegías por el fondo y por el tono. De aqui la variedad de estilo, las diferentes clases de belleza que presentan, y sus muchos é inconcebibles defectos: digo inconcebibles, porque no se comprende como un animo poseido del sentimiento melancólico que reina en las tres odas, se pueda entretener en las cabilaciones ingeniosas, ponderaciones insufribles, y juegos de palabras pueriles que abundan en ellas, viciosos siempre en toda poesía, pero mucho mas opuestos á la que se supone inspirada por la melancolía y la afliccion. El empieza á hablar con su barquilla *desvelada* y sin

velas y *sola* èntre las *olas*; pero despues la vemos que la llevan á estrellarse entre las rocas de la soberbia envidia *naufragio de las honras* ; y luego tiene cuidado de advertirla que no lleva *velas de mentiras*, ni *remos de lisonjas*. En la segunda oda *lastra de desdichas* el fondo de su barquilla, y la aconseja que huya de Troyas abrasadas;

Siendo al furor de Aquiles
Eneas el silencio,
Y la virtud Anquises.

mas adelante para ponderar lo que llora, aconseja á los que van al mar *que se embarquen en sus ojos y le tendrán mas cerca*. Otros cien despropositos hay como éstos, los cuales si reunidos aqui causan lástima ó risa, cuando se encuentran diseminados en la obra ofenden sobremanera por el raudal de bellezas que interrumpen ó que afean.

A estos vicios de estilo se agrega el no haber en estos poemas composicion propiamente dicha: en vano se buscará en ellos el artificio y graduacion correspondiente, de manera que formen un todo que tenga su principio, medio y fin, y produzcan el interés progresivo que debe llevar consigo toda obra de ingenio. Los pensamientos salen por lo comun como por casualidad, y no naturalmente unos de otros como debieran: inviértase su orden, y se hallará que los mas estarian tan bien en cualquiera otro lugar como en el que actualmente ocupan. Los preceptistas hablan mucho del valor que tiene una palabra puesta en su lugar, pues todavía es mayor la de los pensamientos colocados con la oportunidad poética, necesaria para que contenten la razon al mismo tiempo que hieran la fantasía. ¡ *Tantum series juncturaque pollet!*

¿En que pues consiste, se dirá, que unas obras tan defectuosas en invencion, en disposicion y en estilo, tengan un lugar tan distinguido entre las obras de Lope, se lean con tanto agrado, se citen con tanto aprecio? La causa de esto estriva

en que el talento y las bellezas que hay en ellas son mas sobresalientes que sus descuidos y sus defectos, por grandes que estos sean. En las obras de sentimiento el sentimiento es lo mas, y los buenos trozos que aqui se encuentran son tan tiernos y patéticos, y el dolor del poeta, por la gran pérdida que llora, se explaya con acentos tan naturales y verdaderos, que penetra el corazon, y no puede menos de interesar y conmover. A este mérito esencial se añaden la elegancia, la gracia y la cadencia, propias del metro elegido, y usadas por Lope con gran maestría en muchos pasages de estas odas; igualmente que la variedad de tonos que en ella se observa, desde el mas llano sin ser trivial, hasta el mas alto sin ser hinchado ni inoportuno. Ejemplo muy notable de ello es aquel trozo de su oda segunda que empieza *A climas diferentes*, en que hay una pompa y una grandeza de que no se creyera susceptible el poema, si por la oportunidad y el arte con que está puesto no pareciera alli como nacido. Resulta por consiguiente que los defectos de estas composiciones son como introducidos por fuerza, y agenos y extraños á ellas, mientras que las dotes y buenas prendas les son propias y nativas. ¿Que hay que extrañar pues que en último resultado sean estas las que inclinen la balanza, y hagan pronunciar el juicio definitivamente en su favor? Cadalso, en sus momentos de entusiasmo por la poesía, solia decir *que mas quisiera ser autor de las Barquillas que comendador de Santiago*; y aunque su gusto á la verdad no fuese el mas escrupuloso, todavía cuantos amen la poesía natural, facil, abundante y tierna con que estan ejecutadas estas odas, le acompañarán en su aficion y le aplaudirán la preferencia.

EL SIGLO DE ORO. = Este es el canto del cisne: se tiene por cierto que Lope le compuso pocos dias antes de su última enfermedad, y en tal caso es preciso confesar que á poquísimos poetas les ha concedido la naturaleza el privilegio de conservar su talento hasta una edad tan abanza-

da. Setenta y tres años tenia cuando salian de su pluma estos versos tan vigorosos y nobles en pensamiento, tan ricos y lozanos de expresion, tan dulces y bellos en armonía; y yo no conozco de otro poeta esfuerzo tan feliz hecho á esa edad, ni obra de su clase en castellano donde el plan corresponda mejor al intento, y la ejecucion al argumento y al plan. Digno era por cierto de la madurez y experiencia de Lope, dejar en esta especie de testamento poético el cuadro de la naturaleza todavía vírgen, abandonada á sí misma, y el del hombre ignorante y rudo á la verdad, pero dichoso y alegre sin vicios ni delitos, virtuoso sin política y sin leyes, y vagando libremente por la tierra, no oprimida todavía por su ambicion, ni regada con su llanto y con su sangre. Ilusiones y sueños poéticos se dirá, poco conformes con la realidad de lo que ha sido: ¿quien lo duda? pero estas ilusiones sirven de campo para ofrecer pinturas magníficas á la fantasía, y grandes lecciones de sabiduría y de virtud.

Bella es de toda belleza la estancia quinta, en que con toda la efusion dulce y suave de una alma tierna y sensible, pinta el caracter de inocencia con que el Amor se presentaba en aquellos tiempos felices, y pasa despues con la indignacion mas sentida á mostrar la corrupcion de la época posterior. La expresion *Ni en Chipre se vendia = Amor artificial*, parece dictada por el genio mismo, para dar noblemente una idea que no es de suyo ni noble ni decorosa, y yo conozco pocas de igual elegancia y felicidad.

La pintura de la Verdad que viene despues es toda oriental en riqueza y lozanía, y muestra hasta que punto tenia Lope aficion á esta clase de figuras, en las cuales, como idólatra que fue siempre de la belleza, se complacia y sobresalia infinito. Por otra parte, es una idea bien profunda y filosófica hacer consistir el siglo de oro en el reinado de la Verdad, y suponer que esta es una cosa misma con la felicidad y con la virtud.

La obra se corona en fin con los pensamien-

tos grandes y severos de la estancia penúltima, agolpados con una rapidez nada comun en los escritos de Lope, y conveniente á la indignacion de que se manifiesta poseido cuando los vertia sobre el papel. Hay unos cuantos versos, fáciles de conocer, que se distinguen mucho por la energía, y son tanto mas notables cuanto que la poesía del autor, fuerte pocas veces por la idea, casi nunca lo es por la diccion.

En esta silva se hace notar mas de una vez el defecto, ó por mejor decir, el exceso de la facilidad, y seria bien que el estilo estuviese mas ceñido, para que así correspondiese mejor á su argumento. Hay tambien, aunque pocas, diferentes frases de mal gusto, y aun juegos de vocablos, agenos en extremo del lugar y del género. Tales son

Pero por ser los párrafos primeros—
Ignorando la ley de la partida —
Subióse en hombros de sí misma al cielo—

y algun otro, que la belleza de lo demas da facilmente á conocer.

En todas las ediciones la entrada de esta silva es defectuosa porque no hace sentido ninguno. Falta alguna cláusula que enlace el primer periodo con los siguientes; tal vez de un verso ó de dos. Por esta razon, no debiendo tomarme la libertad de suplirlos, he creido conveniente señalar con puntos el lugar en donde presumo que está el vacío. Una obra hecha de primera mano, y probablemente no corregida, es natural que tuviese esta y otras incorrecciones, que despues no han podido ni llenarse ni enmendarse.

LA GATOMAQUIA.—La mayor parte de los críticos dudan hoy dia, ó por mejor decir, niegan que las poesías publicadas por Quevedo con el nombre de Francisco de la Torre, sean escritas por el mismo Quevedo. Pero que las rimas publicadas por Lope con el nombre del licenciado Burguillos sean de Lope, nadie lo ha dudado sino

el último editor de ellas, que al publicarlas en 1792 en la coleccion de Fernandez, prometió una disertacion en que se proponia probar que eran producciones reales y verdaderas de Burguillos. Esta disertacion, ó no se escribió nunca, ó no se ha publicado, y entretanto se nos permitirá estar á la opinion comun que atribuye estos juguetes á Lope de Vega.

La cuestion no consiste en si hubo ó no un Burguillos que escribiese versos por aquel tiempo. Juan de la Cueba en su *Ejemplar poético* hablando del arte de las coplas castellanas, dice que le usó

> *El numeroso*
> Burguillos *en sus dulces y altas glosas.*

Tambien en algunos códices antiguos se encuentra tal cual copla que se atribuye al mismo poeta; de donde puede deducirse sin duda que hubo entonces un Burguillos, el cual pudo ser condiscípulo de Lope, aficionado á escribir versos, y versos tambien jocosos. ¿Pero es este el autor de la Gatomaquia, de los sonetos y demas rimas dadas á luz por Lope con su nombre? Esta es la verdadera cuestion que las mismas poesías decidirian por su semejanza, en versificacion, en lenguage y en estilo, con las demas obras de Lope, si no vinieran tambien á hacer incontestable este punto los contemporáneos todos que se las atribuyen: Quevedo indirectamente en la aprobacion que les dió, Montalvan de un modo mas positivo en su *Fama póstuma*, y Antonio de Leon en aquellos versos de su *Fenix Mantuano*:

> *Y porque en vega tan florida cabe*
> *Lo jocoso tal vez con lo suave,*
> *Si Homero dió la Batracomiomaquia,*
> *Lope la Gatomaquia,*
> *Que con versos agudos y sencillos*
> *Cantó su musa y publicó Burguillos.*

Invencion ingeniosa y original, accion una, sencilla y bien graduada, juiciosa distribucion de partes, y sobre todo muchas bellezas de diálogo, de versificacion y de estilo, son las prendas de este poema, que ha logrado siempre un concepto muy ventajoso, asi del vulgo como de los inteligentes, y es tenido por una de nuestras obras clásicas de lengua y de poesía. ¡Qué de versos que ya se han hecho proverbiales! ¡Cuantas alusiones, picantes y chistosas unas, otras tiernas y expresivas! ¡Que narracion tan fluida y natural, y á veces tan candorosa! Lope sabe tomar tan bien el tono que conviene al género, y se muestra tan persuadido y tan interesado en los sucesos de los animalejos que le ocupan, que nos hace entrar en los mismos sentimientos; y Marramaquiz, Mizifuf y Zapaquilda consiguen de su pluma en este juguete poético mas vida y mas interes, que el que nunca acertó á dar á los Medoros, Ricardos, Ismenias y Alfonsos de sus poemas heróicos. Quizá la Gatomaquia ganára mucho en haberse escrito en octavas: esta versificacion mas sostenida y artificiosa hubiera enfrenado algun tanto la excesiva facilidad de Lope, y desapareciera asi el único defecto del poema, la dilatacion de los periodos, que debilita el estilo y fatiga no pocas veces.

Como quiera que sea, la *Gatomaquia*, los sonetos, y demas obrillas que la siguen, aunque juegos de ingenio hechos como burlándose, vencen y se aventajan en diccion, en estilo, en composicion, en seso y en gusto, á las demas obras de nuestro autor. ¿Sería por ventura cierto como algunos dicen, que sus estudios escolásticos y su erudicion le perjudicaron, que en él la naturaleza lo era todo, y que como en castigo de no seguir exclusivamente sus inspiraciones, casi nunca apelaba en sus escritos al artificio y á la doctrina que no fuese para echarlos á perder?

INDICE





